ANDRÉ MARTINET

DE LAS ESTEPAS A LOS OCÉANOS

EL INDOEUROPEO Y LOS <<INDOEUROPEOS>>

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
Segundo Álvarez Pérez

GREDOS
BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

DE LAS ESTEPAS A LOS OCÉANOS

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA
FUNDADA POR
DÁMASO ALONSO
II. ESTUDIOS Y ENSAYOS, 404

© 1994, Éditions Payot & Rivages
© EDITORIAL GREDOS, S. A., Sánchez Pacheco, 81
Madrid, 1997, para la versión española

Título original:
Des steppes aux océans. L'indo-européen et les «Indo-Européens»

Diseño gráfico e ilustración:
Manuel Janeiro

Depósito Legal: M. 16668-1997
ISBN 84-249-1864-9
Impreso en España. Printed in Spain
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid)

ANDRÉ MARTINET

DE LAS ESTEPAS A LOS OCÉANOS

EL INDOEUROPEO Y LOS «INDOEUROPEOS»

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

SEGUNDO ÁLVAREZ PÉREZ

GREDOS

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

À Henriette y Gérard Walter

PREFACIO

PARA LOS LECTORES

El público culto se ha interesado muy poco por los problemas de los orígenes indoeuropeos. El descubrimiento, hace unos doscientos años, de que la mayor parte de las lenguas de Europa, incluidos el griego y el latín, se derivaban de una misma lengua más antigua pudo colmar de satisfacción a alemanes y escandinavos, cuyas hablas nativas se veían, de pronto, equiparadas a las lenguas clásicas de Occidente. Los franceses, por su parte, se sentían herederos directos de estas lenguas y, por lo mismo, poco afectados por esa ampliación prehistórica del concierto de las naciones.

Las investigaciones arqueológicas, por el contrario, brillantemente inauguradas en Francia, siempre han llamado la atención sobre ello. ¿Pero cómo relacionar al hombre de Cromañón, el Mas d'Azil y, más recientemente, las pinturas de Lascaux con alguas investigaciones de lingüística comparativa, con un alto grado de abstracción, suscitadas en su punto de partida por lejanos contactos con eruditos de la India? Durante mucho tiempo, las relaciones esbozadas entre las reconstrucciones lingüísticas y los hallazgos efectuados en ciertos tajos de excavación y en los lugares de enterramiento parecieron hipótesis gratuitas, incluso a algunos de los que las aventuraban. Actualmente la extensión a gran escala de las búsquedas arqueológicas a Rusia y al conjunto de los Balcanes permite reconstruir procesos de expansión en el espacio que podrían coincidir con los desplazamien-

tos de grupos de usuarios de lenguas indoeuropeas. Tales identificaciones siguen siendo hipotéticas, pero abren la puerta a una coherente confrontación de los datos aportados por las diferentes disciplinas. En lo sucesivo podemos arriesgarnos a presentar un marco concreto, con localizaciones aproximativas y cronologías relativas, en el que ordenar hechos de todo tipo.

Cuando se plantea la pregunta «el indoeuropeo, ¿dónde y cuándo?», se esperan respuestas en términos de realidad geográfica, histórica y social. Pero no se debería olvidar que el indoeuropeo, que delimita nuestro tema, sigue siendo un concepto puramente lingüístico. Si en nuestro subtítulo los «indoeuropeos» aparecen entre comillas, es para recordar que los pueblos que en el curso de los cinco últimos milenios, y hasta nuestros días, hablaron o hablan lenguas indoeuropeas tienen pocas posibilidades de representar genéticamente a aquellos que, en el fondo, siguen empleando su idioma. Los antepasados lingüísticos no se identifican necesariamente con los antepasados a secas. Los franceses, que se consideran galos a los que se les impuso la lengua latina, no tendrán ninguna dificultad en admitirlo.

En el sentido amplio del término, el indoeuropeo es el conjunto de las leguas pasadas, presentes y futuras que se derivan paralelamente, y con las divergencias que resultan de diferentes vicisitudes, a partir de un «tronco común». Frecuentemente se reserva el término «indoeuropeo» para la designación de ese tronco, incluso si se precisa la idea mediante la adjunción del epíteto «común» o, en inglés, del prefijo *proto-*. No obstante, este indoeuropeo común, como todas las lenguas, evoluciona continuamente, y, más que la forma estereotipada hacia la que tendían los esfuerzos de nuestros predecesores, lo que actualmente se trata de restablecer es un proceso evolutivo. Para ello, no nos inspiramos sólo en la comparación de las lenguas antiguamente documentadas, sino también en los antecedentes que sugieren las irregularidades de su morfología y en las enseñanzas de la lingüística general, estructural y funcional.

No vemos claro cómo, en el curso de la presente obra, hubiéramos podido prescindir de los datos lingüísticos. Afirmar simplemente

que el español y el ruso fueron en otro tiempo *la misma lengua* será percibido como una ocurrencia, una manera desenvuelta de hacer malabarismos con los hechos. Se captará mejor lo que implica esta formulación si mostramos que la misma palabra *lengua*, con sus dos valores: órgano de la deglución e instrumento de la comunicación, se deriva de *la misma forma* antigua que su equivalente ruso *iazyk*, como resultado de procesos perfectamente identificados. Aunque la enumeración de esos procesos pueda resultar árida, nos ha parecido necesaria para convencer a los lectores de que la identificación de dos formas tan diferentes no era un mero producto de la imaginación.

Así pues, esperamos una lectura «impresionista» de ciertos pasajes por parte de muchas de las personas a cuyas manos llegue esta obra. El simple título de «fonología» del capítulo IX amedrentará, sin duda, a muchos. El de «gramática», en el capítulo siguiente, quizá no sea muy atractivo. Pero también en esos casos, y aunque el lector no se obligue a registrarlo todo, puede resultar informativa una ojeada rápida. En esta cuestión, conviene evitar las ideas preconcebidas: habrá quien se extrañe de seguir tan fácilmente lo que se dice de los cambios fonéticos, al tiempo que muchas reconstrucciones gramaticales le dejarán perplejo.

Más adelante, en las págs. 341-343, se encontrará una tabla de convenciones gráficas.

Para terminar, es preciso advertir que el cuadro de los datos referentes al indoeuropeo, aquí ofrecido, en muchos puntos se aparta abiertamente de la tradición. Actualmente sabemos mejor cómo funcionan las lenguas y cómo cambian para adaptarse a las necesidades comunicativas de los hablantes. Así pues, hay que progresar siguiendo el principio de que es mejor exponerse al error que condenarse al silencio por exceso de precauciones.

ADVERTENCIA

A LOS INVESTIGADORES

Esta obra reproduce, esencialmente, las enseñanzas impartidas por mí en dos ocasiones, 1976-1977 y 1983-1984, en la «École Pratique des Hautes Études». Que me haya aventurado fuera del campo de la lingüística general, implícito en el título de la Dirección de Estudios a mi cargo, se debe a la exigencia de mis auditorios, cuyos integrantes se reclutan, fundamentalmente, entre investigadores que a su formación como generalistas añaden una buena práctica en la descripción de los estados de lengua. Por lo que a la evolución lingüística se refiere, a falta de formación filológica y de conocimiento de los estados sucesivos de una misma lengua, se limitan, las más de las veces, a nociones teóricas. Muchos, sin embargo, desean ser informados acerca de los métodos de comparación y reconstrucción. No obstante, ante su desconocimiento de la mayor parte de las lenguas antiguas disponibles a este respecto, no tienen acceso a los manuales clásicos cuya lectura supone un perfecto dominio del griego y del latín. Por esta razón, como se podrá comprobar, acudimos aquí a las lenguas modernas en todos los casos en que éstas permiten ilustrar los fenómenos descritos: el inglés *what*, particularmente en su pronunciación americana [hw], relacionado con el latín *quod*, por sí mismo documenta tres de los rasgos fundamentales que distinguen al germánico de las demás lenguas de la familia.

El segundo de mis cursos fue íntegramente grabado y transcrito por mis amigos Henriette y Gérard Walter. Lo esencial de lo conteni-

do en estas páginas es una versión del mismo, despojado de las repeticiones y de los giros familiares que marcan mi dicción, incluso la universitaria. Más allá de lo generalmente admitido por los comparativistas contemporáneos, se encontrarán de nuevo algunas de las manifestaciones hechas por mí anteriormente y recogidas en *Évolution des langues et reconstruction*, París, 1975[1]. He desarrollado además ciertas sugerencias que había presentado sólo sumariamente en alguna reseña, o, incluso, simplemente en nota. Esto es lo que ocurre con la interpretación de las oclusivas sonoras como producto de antiguas glotalizadas.

Lo nuevo aquí es la reconstrucción de un sistema de fonemas prenasalizados que permite explicar, entre otras cosas, las célebres alternancias de *-r-* y *-n-*, y las de *-m-* y *-bh-* en los casos oblicuos del plural. También es nueva la presentación del proceso de conjugación, que ha desembocado en la constitución de los diferentes sistemas verbales de las lenguas documentadas y en la progresiva identificación de un antiguo absolutivo con un ergativo en *-s*, procedente de una construcción ablativa más antigua.

Se evidenciará, sin duda, un constante esfuerzo por evitar la proyección de los resultados de la comparación sobre la pantalla de un indoeuropeo común, y por tratar de reconstruir en cada ocasión un proceso evolutivo. No se me oculta que la empresa es ardua y que su éxito final exigirá que se enseñe a los jóvenes lingüistas a trabajar con la sincronía dinámica, ésa que permite observar los cambios en curso.

Me falta dar las gracias a quienes se han dignado leer mi manuscrito y ayudarme con sus observaciones críticas: además de Henriette y Gérard Walter, ya mencionados, Jeanne Martinet, Thérèse Martinet y Johann Öberg. Jean Haudry merece un especial reconocimiento, porque en todos los campos por los que me he aventurado me he beneficiado de su competencia. No hace falta decir que sólo yo soy el responsable de las hipótesis demasiado temerarias o de las inconsecuencias que se puedan advertir en las páginas que siguen.

[1] Versión española de Segundo Álvarez Pérez, *Evolución de las lenguas y reconstrucción*, Madrid, Gredos, 1983.

Capítulo I

EL INDOEUROPEO: DÓNDE Y CUÁNDO

La mayor parte de las palabras que usamos cotidianamente pueden adquirir distintos sentidos, según las situaciones o contextos en que se las emplee. Estamos acostumbrados a ello y no nos molesta. La situación es diferente cuando abordamos el estudio atento de un fenómeno. Entonces es indispensable caracterizar con exactitud aquello de lo que se va a tratar, y si, para designarlo, nos servimos de un término de la lengua corriente, habrá que precisar cuál de sus diversos sentidos se considera en ese caso concreto. Muchas veces se impone encontrar un término nuevo para el objeto de estudio, y eso es exactamente lo que ha ocurrido con el indoeuropeo. Los primeros en utilizar este término, sin duda, sabían con exactitud qué valor le atribuían. Pero como en el punto de partida se trataba de una abstracción, no es extraño que, con el paso del tiempo, el término se haya podido ir cargando de implicaciones que varían según las épocas, los investigadores y los autores. No deberá extrañar, por tanto, que tratemos prioritariamente de definir los términos que hemos destacado en nuestro título.

Desde el primer momento hay que distinguir entre el adjetivo *indoeuropeo* y el sustantivo correspondiente. El adjetivo *indoeuropeo* fue creado para caracterizar ciertas lenguas a las que se cree procedentes, por evolución regular, de una misma lengua desaparecida y

no documentada. Estas lenguas, durante mucho tiempo limitadas al antiguo continente —del Atlántico al Golfo de Bengala—, se hablan actualmente como primeras o segundas lenguas en el mundo entero.

Por consiguiente, hay numerosas lenguas indoeuropeas, entre las que se hallan el francés, el inglés, el alemán, el ruso y otras menos conocidas, como el bengalí o el oseta.

El sustantivo *indoeuropeo*, creado a partir de ese adjetivo, designa las más de las veces la lengua no atestiguada misma. Podemos oír enunciados como: «En indoeuropeo, 'caballo' se decía *ekwos*». Pero, en este caso, los comparativistas son más precisos y hablan de indoeuropeo común, en inglés de *Proto-Indo-European*, en alemán de *Urindogermanisch*; prefiriendo los alemanes hablar de *Indogermanisch*, en vez de su equivalente internacional *Indoeuropäisch*. En un principio, este indoeuropeo había sido concebido como poco diferente del sánscrito, lengua sagrada de los brahmanes y lengua de cultura de la India. El descubrimiento del sánscrito por los europeos, en el siglo XVIII, había suscitado su equiparación a las lenguas clásicas de Occidente y dado nacimiento a la lingüística comparada. La práctica de esta nueva disciplina hizo comprender pronto que no podía haber identidad entre el sánscrito y la lengua común cuya existencia se postulaba en un pasado lejano. Por esto se ha intentado reconstruir esta última destacando, entre los rasgos atestiguados en las diferentes lenguas en cuestión, los más extendidos y los que menos pudieran corresponder a innovaciones particulares. De este modo, para «padre», se restituía una forma *patər*, con *p* inicial mayoritaria, la del latín *pater*, griego *patēr*, sánscrito *pitā(r)*; interpretándose la *f* del germánico (inglés *father*), la *h* del armenio *(hayr)* y su ausencia en el celta (irlandés *athir*) como ulteriores debilitamientos. En un segundo momento, mediante un esfuerzo de interpretación de las estructuras reconstruidas, nos hemos remontado más allá de la ecuación *pətēr* = «padre». Primero, en el plano de la forma, interpretando la *-ə-* de la forma reconstruida como reducción, en sílaba no acentuada, de un grupo primitivo *-eH-*, en el que *H*, en cierta manera, es una magnitud algebraica. Después, en el plano del sentido, estableciendo para *pətēr*

ya no el valor de «progenitor», sino el de jefe de la gran familia patriarcal.

El descubrimiento, a comienzos del siglo xx, de nuevas lenguas como el tocario y el hitita, evidentemente emparentadas con las que se consideraba como indoeuropeas, ha venido a reforzar la concepción de un indoeuropeo que evolucionó con el tiempo, como todas las lenguas, sugiriendo la posibilidad, incluso la verosimilitud, de sucesivas escisiones del tronco común. En estas condiciones, la reconstrucción no puede ser ya la de un estado de lengua concebido como perfectamente estable, a imagen de lo que en nuestra imaginación son a menudo las lenguas nacionales contemporáneas, sino la reconstrucción de un proceso evolutivo que, desde la noche de los tiempos, llega hasta nuestros días. Esto nos lleva a replantear la noción del «indoeuropeo común» al que, con ayuda de los arqueólogos, podríamos localizar en el tiempo y en el espacio, con más o menos precisión. En adelante hemos de intentar imaginárnoslo como una lengua en perpetua evolución, la de una comunidad continuamente expuesta a ver cómo algunos de sus componentes se separan para establecerse en otros lugares. Entre los demás elementos, los que no se mueven, pueden establecerse en una región determinada ciertos contactos muy estrechos, que, en lo que a la lengua se refiere, entrañarán peculiares innovaciones. Ello dará como resultado, de una parte, la aparición de diferentes dialectos, pero también, simultáneamente, la eliminación de divergencias que habían comenzado a fijarse. Este flujo y reflujo se da en todas las épocas, y no nos podemos imaginar, en el eje del tiempo, un punto antes del cual existiera una lengua inmutable y homogénea y después del cual se encontraran separadas y perfectamente diferenciadas las lenguas documentadas más tarde por textos, o todavía habladas actualmente. En consecuencia, ¿debemos renunciar a reconstruir las formas desaparecidas? De ninguna manera. Pero cada vez que lo hagamos debemos continuar siendo conscientes de que cada una de ellas es, en el mejor de los casos, una etapa: la forma *pətēr*, presentada anteriormente, no ha de ser desechada sino establecida como un paso intermedio entre una forma más antigua, cuya notación

sería *pH°ters*, y las que encontramos más tarde en los textos antiguos y en nuestras lenguas contemporáneas. Si vacilamos en pronunciar *pətēr* y, más aún, *pH°ters*, es porque tales grafías no pretenden reproducir una realidad oral precisa. Constituyendo sólo una especie de fórmula a partir de la cual el comparativista puede encontrar de nuevo las diversas formas documentadas y las relaciones que se postulan entre éste término y otros reconstruidos de la misma manera.

Se ha de comprender con claridad que el paso de una etapa a la siguiente no implica necesariamente que el ámbito de las lenguas indoeuropeas se encuentre fraccionado: si distinguimos un indoeuropeo occidental, es simplemente porque estamos mal informados respecto a las formas lingüísticas practicadas por poblaciones situadas geográficamente entre esos occidentales y los antepasados lingüísticos del griego o del eslavo. En otros términos, este esbozo cronológico refleja más el estado de nuestros conocimientos que la realidad de los hechos.

Cuando se amplíe el ámbito indoeuropeo, necesariamente se producirán en él soluciones de continuidad, es decir, amplios espacios en los que se continuará hablando otras lenguas. Podemos pensar que en tal o cual rincón del mundo, y durante mucho tiempo, el indoeuropeo va a continuar siendo la lengua de una clase dominante que vive en contacto con una mayoría de alófonos. Pero esto no implica necesariamente que estén rotos los contactos entre las clases dominantes de los diferentes islotes así formados. Cuando, en la primera mitad del primer milenio antes de nuestra Era, los celtas seguían siendo todavía recién llegados, y probablemente minoritarios, en lo que más tarde sería la Galia y España, se mantuvieron los vínculos a través de los Pirineos y el país de los aquitanos, primos de los actuales vascos, a lo largo de una ruta jalonada de fortalezas, los *Verdun* o *Berdún* de la toponimia céltica.

Cuando, con todo el derecho, deseamos precisar las respuestas a los «cuándo» fechando las hipótesis, e intentamos pronunciarnos sobre los lugares en que se debe situar tal o cual variedad del indoeuropeo en una fecha concreta, hay que recurrir necesariamente, de una parte,

a una reconstrucción semántica con la que trataremos de representarnos las cosas y las nociones que corresponden a las unidades lingüísticas, y, de otra, a los resultados de la investigación arqueológica.

Durante largo tiempo muchos comparativistas se han mantenido escépticos respecto a la posibilidad de localizar las reconstrucciones lingüísticas recurriendo a datos externos a su disciplina. Comprendemos perfectamente las reticencias al respecto: por naturaleza, uno siente aversión a aventurarse fuera del campo de su competencia. Cuando tratan de interpretar los hechos lingüísticos, los filólogos, que en un principio frecuentemente son comparativistas, se sienten tentados a partir de lo que ellos conocen de la cultura de las civilizaciones clásicas, más que a utilizar los datos de la antropología y de la arqueología contemporáneas.

Por su parte, los datos arqueológicos deben ser interpretados en términos evolutivos. Cada cultura ha de ser considerada como un proceso en vías de expansión o de recesión, y debe hacerse un esfuerzo por restablecer, allí donde existe, el vínculo entre los movimientos prehistóricos, los desarrollos perfectamente documentados y los procesos observables en el mundo contemporáneo. La conquista del mundo, por los pueblos de lenguas indoeuropeas que, hasta nuestros días, han ido por delante en la aplicación de ciertas superioridades técnicas al servicio de la violencia, comenzó por la subyugación de las poblaciones preexistentes, desde la India a Irlanda. No terminó con la conquista del Oeste americano, la del Asia septentrional y con el imperialismo colonial, pues se prolonga en nuestros días con el terror atómico. Ha habido diversas peripecias, avances y retrocesos, sin solución de continuidad real desde las primaverales expediciones lanzadas a la conquista de Italia en el curso del milenio antes de nuestra Era, hasta los caballeros de Hernán Cortés, las divisiones blindadas de los años cuarenta del presente siglo y el napalm de Vietnam.

Únicamente se puede comenzar a comprender el fenómeno si se deja de abordarlo atendiendo sólo a las grandes culturas del pasado, cada una de las cuales representa ya una amalgama. Hay que intentar

superar la concepción, muy persistente, de una sola y única diáspora indoeuropea con, a primera vista, un número determinado de nuevos pueblos que corresponden a los que conocemos perfectamente porque han dejado su huella en la historia.

Al lado de pueblos, como los vénetos de Italia y los mesapios, de los que, además del nombre, nos quedan algunas inscripciones que nos convencen de que eran auténticamente de lengua indoeuropea, ¡cuántos otros de lenguas emparentadas, de los que no sabemos nada, han debido de desaparecer subyugados o absorbidos por sus vecinos!¡Cuántos nuevos contactos debieron de establecerse, aproximando dialectos inicialmente muy divergentes, hasta el punto de convertirlos en variedades de una misma lengua! Más adelante veremos qué lugar se ha de conceder a la convergencia de las lenguas para explicar la asimilación de migrantes por su nuevo medio.

Antes de intentar responder a las dos cuestiones planteadas en el título de este capítulo, hay que formular una tercera: ¿quién habló o habla el indoeuropeo?

Teniendo en cuenta sólo los indicios propiamente lingüísticos, es decir, limitándonos a las partes netamente estructuradas de las lenguas y sin hacer intervenir a los significados, que ganan al ser cotejados con los datos arqueológicos, podemos intentar responder al «quién», al «dónde» y al «cuándo», si nos contentamos con una relativa y poco precisa cronología.

En una primera época, en la prehistoria, el término indoeuropeo se aplica a la lengua de los antepasados (lingüísticos) de *todos* los que actualmente nos identificamos como habiendo pertenecido o perteneciendo al grupo. Naturalmente, debemos precisar el término «antepasados lingüísticos», porque en fechas históricas, incluida la nuestra, existen muchas posibilidades de que quienes hablaban, o hablan, indoeuropeo hayan tenido una mayoría de antepasados que hablaban otras lenguas.

En una segunda época, para la que disponemos de documentación lingüística, se distinguirá, en primer lugar, entre 1) los *anatolios*, que se establecieron en Asia Menor en los milenios tercero y segundo

antes de nuestra Era, pero que pudieron secesionarse en fecha mucho más temprana, representados esencialmente por los hititas, y 2) todos los demás, los que permanecen estrechamente agrupados para innovar juntos, por ejemplo, al establecer una distinción entre género femenino y género masculino.

En una tercera época, entre estos últimos se esboza una distinción entre 1) las poblaciones que, en el Este, van a palatalizar sus dorsales, es decir, por ejemplo, cambiar la *g-* que encontramos en el latín *gnosco*, 'conocer', en una *z* o el equivalente del francés *j*, en *joli*, 'hermoso', o *dj*, en *adjoint*, 'adjunto', y 2) aquellas que, al menos por el momento, conservan intactas su *k* y su *g* y que, en general, se hallan localizadas más al Oeste. En las primeras se hallan incluidos los indoiranios —a los que más tarde volveremos a encontrar en Asia, desde Mesopotamia al Golfo de Bengala—, los armenios, los albaneses, los baltos y los eslavos. Sin embargo, el griego, que escapó a la palatalización y, por consiguiente, donde *(gi)gnosco*, 'conocer', mantuvo su *g*, debió de permanecer largo tiempo en estrecho contacto con los dialectos de los pueblos que darán lugar a los indoiranios.

El indoeuropeo occidental, que finalmente se extenderá desde el Báltico al Mediterráneo y al Atlántico, lleva en germen las variedades que acabarán siendo el itálico, el celta y el germánico.

Durante mucho tiempo, los esfuerzos por responder a la pregunta «dónde» se han visto irremediablemente falseados por prejuicios nacionalistas, deseando cada cual encontrar un hábitat indoeuropeo primitivo lo menos lejos posible de su propia residencia: no volveremos aquí sobre la insistencia de ciertos investigadores alemanes por relacionar un hábitat de este tipo con, por ejemplo, la presencia del «haya», lo que tendía a desplazar al Oeste el dominio original de los «indoeuropeos». En cuanto a los franceses, que desde el comienzo habían tenido que renunciar a encontrar los orígenes indoeuropeos entre el Mosa y los Pirineos, en general, se han desinteresado del problema.

Los progresos realizados en el curso de los últimos decenios por las ciencias arqueológicas, especialmente en lo que se refiere a la datación del resultado de las excavaciones, y por la exploración racio-

nal de nuevos asentamientos hacen posible, por primera vez en la historia de la investigación, que actualmente se pueda establecer un vínculo entre datos lingüísticos y datos arqueológicos, con posibilidad de llamar la atención, si no necesariamente de convencer.

El primer esfuerzo en este sentido va unido al nombre de Marija Gimbutas, y en sus escritos[1] fundamentalmente me inspiro para el esbozo expuesto a continuación. No tengo intención de justificar aquí cada una de mis aserciones. No me dirijo, por el momento, a los especialistas en reconstrucción, que serían los únicos capacitados para discutir los puntos de vista adoptados. Toda teoría científica se hace para suscitar puestas a punto y teorías opuestas. Pero su presentación a un público que no se limita a los especialistas sólo puede tender a ofrecer una base de reflexión y un marco en el que puedan ordenarse algunos datos. El esquematismo, incluso el maniqueísmo, es aquí voluntario. Cada uno de mis lectores sabrá matizar a su modo las imágenes simplistas y a veces toscas que yo aporto.

5.000 años antes de nuestra Era, el pueblo de lengua indoeuropea se halla localizado al sudeste de la Rusia actual, en la llamada «Región de los Kurganes». Los kurganes son túmulos en los que se encuentran los restos de lo que se supone que es un jefe, rodeado de riquezas —a menudo suntuosas— y de los esqueletos de un cierto número de mujeres jóvenes y servidores. Si olvidamos por un instan-

---

[1] Ver fundamentalmente en A. Scherer, dir., «Die Indoeuropäer», en *Die Uhrheitmat der Indogermanen*, Darmstadt, 1968, págs. 538-571; dos artículos en *The Journal of Indo-European Studies*: vol. 5, 1977, págs. 277-338, «The first wave of Eurasian Steppe Pastoralists into Copper Age Europe», y vol. 8, 1980, págs. 273-315, «The Kurgan wave 2. (*c.* 3400-3200 B. C.) into Europe and the following transformation of culture», y finalmente «Old Europe in the fifth millennium B. C. The European situation on the arrival of Indo-Europeans», en *The Indo-Europeans in the fourth and third millennia*, bajo la dirección de Edgar C. Polomé, Ann Arbor, Michigan, Karoma, 1982, págs. 1-60. En este volumen, citado en adelante abreviadamente como *The Indo-Europeans...*, encontraremos suplementos bibliográficos. Todo esto es tenido en cuenta en el artículo «Les chemins de l'orgueil», de Patrice Leclercq, aparecido en *Le Monde*, 28-1-83.

te las teorías tendentes a explicar, en términos sociológicos o religiosos la ejecución de las viudas y de los parientes del difunto, se comprende la eficacia de estas prácticas para prevenir toda tentativa criminal por parte del entorno. Nos hallamos aquí ante una sociedad patriarcal sumamente jerarquizada, la que hace esperar la reconstrucción semántica. Sepulturas del mismo tipo se van a encontrar a través de Europa, hasta en lo que actualmente constituye la Alemania central. Pero, a medida que nos desplazamos hacia el Oeste, las dataciones son más recientes y encontramos menos riquezas y menos personas inmoladas. Esto implica un empuje conquistador en dirección a Occidente, a través de las regiones en que las sepulturas anteriores testimonian generalmente concepciones más igualitarias —en la muerte, si no en vida—, en las que cada uno tiene su propia tumba y muere solo.

El patriarcado de los kurganes permite suponer un panteón fundamentalmente masculino que refleja los tres estados de la sociedad: sacerdotes, guerreros y pastores. Inicialmente se trata, en efecto, de nómadas más propensos a aprovecharse de lo que encuentran en sus correrías que a suscitar por sí mismos, mediante el cultivo, la aparición de nuevos recursos. Son ganaderos, es verdad, pero en cierto sentido siguen siendo depredadores. El caballo, más uncido que montado, desempeñará un papel importante en su expansión.

Hacia el Oeste, en tres oleadas sucesivas que se fechan desde antes del -4000 a después del -3000, por tanto, en un milenio y medio aproximadamente, el pueblo de los kurganes penetrará en lo que actualmente conocemos como la llanura del Danubio y en los Balcanes. Allí encontrará una civilización avanzada, de tipo matriarcal y agrícola, por consiguiente lo más diferente posible de la suya desde el punto de vista cultural, con un culto y diversas diosas de la fecundidad. Ciertamente, los indoeuropeos impondrán finalmente su lengua y algunos huéspedes de su panteón, pero no sin que se produzca la amalgama que nos proporciona —frente a los dioses del trueno y de la guerra—, diosas como Gea, Deméter, Perséfone y Atenea, al lado de las Venus, las Juno y las Freyja de sociedades en que la mujer es

concebida, prioritariamente, como «el descanso del guerrero» o la protectora de los héroes.

Falta por ver en qué escalón de esta prehistoria se debe situar la separación de los anatolios, y después, más tardía, la de los indoiranios.

Podemos preguntarnos por qué camino, a partir de las estepas de los kurganes, alcanzaron Asia Menor. Para los anatolios, que encontramos establecidos allí definitivamente, se podría pensar en una ruta por el Cáucaso y la orilla oriental del Mar Negro. Para los indoiranios, para quienes Asia Menor podría ser sólo una etapa en su migración hacia Irán y la India, contemplaríamos más bien un paso a través de los Balcanes, lo que concordaría perfectamente con las analogías estructurales que descubrimos entre griego y sánscrito. Sea como fuere, las hipótesis que presentamos al respecto[2] parecen menos garantizadas que las referentes a la indoeuropeización de Europa.

¿Qué pensar, ahora, de los indoeuropeos de antes del -5000? Nicolas Trubetzkoy[3] ha presentado la hipótesis de que eran el resultado de la amalgama de diferentes poblaciones. Esto tal vez permitiría explicar ciertas heterogeneidades lingüísticas. Es llamativo, por ejemplo, que en la numeración de 1 a 100, la única que podemos reconstruir para un indoeuropeo antiguo —dejando a parte los anatolios, sobre los que nos falta documentación—, no encontremos como consonantes oclusivas más que las de las series designadas tradicionalmente como sordas y sonoras, excluyendo las «sonoras aspiradas». El griego ático, por ejemplo, de 1 a 10 presenta *heîs*, *dúo*, *treîs*, *téttares*, *pénte*, *héx*, *heptá*, *októ*, *ennéa*, *déka*; para 20, *eíkosi*; para 100, *hekatón*. En esta lista, no se hallan vestigios de las *ph*, *th*, *kh* que atestiguarían la presencia de las oclusivas aspiradas. Ahora bien, en el conjunto del vocabulario, esas aspiradas tienen una frecuencia análoga a la de las sordas, y claramente superior a la de las sonoras simples.

[2] Véase, por ejemplo, Homer L. Thomas, «Archaeological evidence for the migrations of the Indo-Europeans», en *The Indo-Europeans...*, págs. 61-86.

[3] En «Gedanken über das Indogermanenproblem», en *Acta Linguistica*, 1, págs. 81-89.

Esto permite suponer que la numeración proviene de una lengua distinta de la que ha proporcionado lo fundamental del corpus léxico, pero sugiere más la adopción de ese sistema que la amalgama de dos poblaciones diferentes.

Vittore Pisani[4] consideraría, inicialmente, el encuentro de nómadas guerreros que vagaban por las estepas y sacerdotes de origen caucásico. La tentación frecuente de hacer intervenir el Cáucaso podría explicarse simplemente por la proximidad geográfica. Pero, de hecho, esa tentación se deriva sobre todo del deseo de justificar ciertas hipótesis relativas a las estructuras fonológica y sintáctica, postuladas para estadios muy antiguos de la lengua.

Como veremos a continuación, actualmente se piensa que las consonantes sonoras, del tipo de *b*, *d* y *g*, que, por ejemplo, encontramos en francés, provienen de glotalizadas[5], es decir, de articulaciones acompañadas de un cierre de la glotis. Ahora bien, las lenguas caucásicas son, en las regiones occidentales del antiguo continente, las únicas que presentan actualmente glotalizadas. No obstante, las investigaciones contemporáneas han demostrado la frecuencia de ese tipo en los sistemas con tres series de oclusivas, como el que se establece actualmente para el indoeuropeo antiguo. En consecuencia, no se impone en absoluto la necesidad de vincular el indoeuropeo con un área de glotalización que incluya el Cáucaso. Recordemos que también se establecen glotalizadas para el origen de las «enfáticas» en las lenguas semíticas contemporáneas[6].

---

[4] En *Indogermanisch und Europäer*, Múnich, 1974.

[5] Cf. André Martinet, «La palatalisation 'spontanée' de g en arabe», en *B. S. L.*, 54, 1959, págs. 90-102, reproducido en *Évolution des langues et reconstruction*, París P.U.F., 1975, págs. 233-247 (versión española de Segundo Álvarez, «La palatalización espontánea de "g" en árabe», en *Evolución de las lenguas y reconstrucción*, Madrid, Gredos, 1983, págs. 235-249), la descripción del paso de *k* glotalizada a *g*, pág. 241 (244, en la versión española).

[6] Véase, del autor de estas líneas, la exposición titulada «Remarques sur le consonantisme sémitique», en *B. S. L.*, 49, 1953, págs. 67-78, reproducido en *Évolution...*, págs. 248-261 (versión española, «Observaciones sobre el consonantismo semítico», en *Evolución...*, cit., págs. 250-263).

En materia sintáctica, hace mucho tiempo que, para los estadios muy antiguos del indoeuropeo, se ha considerado una construcción ergativa, es decir, el empleo de una marca positiva para designar el agente cuando éste figura en el mismo contexto que un paciente, mientras que este último aparece sin ninguna indicación de función, desinencia o partícula. Sobre este punto, también las lenguas caucásicas presentan un rasgo postulado para un estadio arcaico del indoeuropeo. Pero la construcción ergativa es un fenómeno muy extendido a través del mundo y que, bien mirado, resulta tan «lógica» como la construcción con objeto a que nos tienen acostumbrados nuestras lenguas europeas contemporáneas[7].

No excluimos en absoluto la posibilidad de contactos entre los antiguos indoeuropeos y sus contemporáneos caucásicos, pero hasta el presente no se ha descubierto ninguna huella precisa. Las similitudes estructurales que podríamos imaginar en una fecha muy alejada no implicarían ni comunidad de origen ni período de simbiosis.

Desde hace mucho tiempo se ha venido pensando en la posibilidad de un parentesco bien con las lenguas camito-semíticas practicadas actualmente desde el Golfo Pérsico al Maghreb, bien con las lenguas fino-ugrias habladas en Hungría, en la Eurasia septentrional, incluso, como se trata de demostrar[8], por los indios de la California central. Pero todo esto sigue estando en el ámbito de las hipótesis inverificadas y, tal vez, inverificables[9].

En las páginas que preceden hemos encontrado formas reconstruidas por comparación y por hipótesis. A menudo las volveremos a

---

[7] Véase, por ejemplo, André Martinet, *Sintaxe générale*, París, 1985, § 8-14 a 8-18 (versión española de A. Yllera y J. F. Corcuera Manso, *Sintaxis general*, Madrid, Gredos, 1987).

[8] En 1976, con «Repport on the state of Uralo-Penutian Research», en *Ural-Altaische Jahrbücher*, Wiesbaden, 48, págs. 191-204, se inician unas investigaciones dirigidas por Otto J. Sadovszky. De próxima aparición «Contributions to an Ob-Ugrian-Maiduan Comparative Grammar».

[9] Hay que señalar el innnovador intento de N. D. Andreev, en *Ranneindoeuropeiskii praiazyk*, Leningrado, 1986, por hacer derivar el indoeuropeo de un protoboreal que estaría en el origen de las lenguas de la Eurasia septentrional.

encontrar. Siguiendo la tradición, irán precedidas de un asterisco que indica que esas formas no se hallan documentadas en ninguno de los textos existentes, manuscritos o inscripciones lapidarias. Si se intenta pronunciarlas, recordaremos que las letras tienen en ellas, las más de las veces, el mismo valor que en nuestra lengua. No obstante, el signo *ə* puede ser reproducido como la «e muda» del fr. *je n'veux pas*. Una *o* encima de la línea como la que, en general, se emplea para «grado», corresponde a una vocal análoga, lo más breve posible. A las *H* se les atribuirán pronunciaciones diferentes, según la cifra que figura como subíndice: H_2 podría ser reproducida como la *ch* del alemán *Bach*, o la *j* del español *jamás*; H_3, como el grupo *ju* en *Juan*. En cuanto a H_1, en la práctica, podremos darle tratamiento de *h* muda.

Las notaciones fonéticas se efectúan siguiendo el alfabeto fonético internacional. Para las articulaciones chicheantes hemos preferido las formas coronadas con acento circunflejo invertido [š], [ž], que se corresponden, respectivamente, con *ch* y *j* del francés. Para la consonante inicial del inglés *thin* o del español *cinco*, hemos preferido la *thorn* germánica þ, que aparecerá siempre en ciertas formas citadas, a la *thêta* griega, a la que los estudiantes suelen denominar «cigarro (puro)». Nos hemos permitido algunas infracciones al sistema cuando hemos creído que los lectores, habituados a los valores tradicionales de nuestras letras, se encontrarían más cómodos con ellas: para el equivalente ruso de «lengua», [iazyk] nos ha parecido preferible a [jazyk]. Las notaciones colocadas entre paréntesis cuadrados reproducen el detalle de las pronunciaciones; las que van entre barras oblicuas, reproducen las unidades distintivas de la lengua. Van normalmente en *cursiva* tanto las formas con asterisco como las tomadas de las diversas lenguas citadas. Las que provienen de las lenguas escritas en alfabeto latino se reproducen tal cual. Las que normalmente se escriben en otro alfabeto están transliteradas, con una letra (a veces dos) del alfabeto latino sustituyendo a otra del alfabeto en cuestión. Para las lenguas de escritura ideográfica, como el japonés o el chino, existen equivalentes oficiales en caracteres latinos.

Para más precisiones referentes a los tipos articulatorios y a las notaciones fonéticas, remitiremos a la tabla de las págs. 341-343.

Cuando se citan formas indoeuropeas, reconstruidas o antiguas, a menudo se hace porque se trata del radical de la palabra, sin cuidarnos de las terminaciones, que varían según la función de esa palabra en la frase. Para marcar que en ese caso se trata del radical, lo reproduciremos con un guión final: **newo-* 'nuevo'. **Newo*, sin guión, remite a una época en que la palabra podía aparecer desnuda, sin final. Recurriremos con frecuencia al guión para visualizar el análisis de una palabra en sus elementos componentes: **owi-o-m*, compuesto de *owi-*, 'cordero', del sufijo adjetival *-o-*, y de la terminación *-m*, propia de nominativo-acusativo neutro.

El adverbio «regularmente», utilizado con referencia a un cambio fonético, quiere decir que en la lengua y en la época en cuestión era inevitable y por lo tanto previsible. Es su ausencia la que exigiría que se investigase un condicionamiento particular como, por ejemplo, la analogía con una forma distinta. Para cada uno de esos cambios, no podemos ofrecer, por supuesto, la documentación que confirmara el carácter ineludible de los mismos, y rogamos simplemente a nuestros lectores que nos otorguen su confianza. Más adelante, en el capítulo VII, volveremos sobre estos problemas.

No es fácil fechar con exactitud los diferentes acontecimientos que marcan la expansión indoeuropea y las innovaciones del lenguaje que han terminado convirtiendo una sola y misma lengua primitiva en multitud de idiomas distintos. Cuando nos referimos a siglos o milenios, generalmente salimos del paso empleando ordinales cronológicos: por ejemplo, el siglo XV, el segundo milenio; indicando, siempre que no se desprenda del contexto, si se trata de nuestra Era o de las épocas que le precedieron. Cuando se puede especificar un año, como datación precisa o aproximada, se harán preceder del signo «menos» los años antes de nuestra Era: -106, por ejemplo, quiere decir 106 años antes de la fecha supuesta para el nacimiento de Cristo, es decir, seis años antes del final del siglo II contando en sentido inverso a partir de esa fecha.

Capítulo II

SUBSISTENCIA Y DESPLAZAMIENTOS DE POBLACIÓN

Ante la imposibilidad de elegir, en el eje del tiempo, un punto en el que construir un estado de lengua, una comunidad que la usara y una cultura correspondiente, se nos impone una visión dinámica del fenómeno indoeuropeo. Por consiguiente, más que los períodos de relativa estabilidad, ocuparán nuestra atención los procesos evolutivos, sean éstos lingüísticos o culturales, y, por supuesto, los desplazamientos que romperían los lazos existentes y establecerían nuevos contactos que, por una parte, implicaron divergencias y, por otra, convergencias.

Según la visión histórica tradicional, los movimientos de población son concebidos, si no necesariamente como catástrofes, al menos como episodios deplorables que afectan la tranquilidad de sociedades totalmente estables. Incluso cuando resultan de una iniciativa de gentes asentadas, como la llegada a Europa occidental y central de alógenos magrebíes, turcos u otros, en las décadas de los años 50-70 del presente siglo, tarde o temprano crean problemas. Piénsese en los germanos, establecidos pacíficamente como colonos en el Imperio Romano, quienes se manifestaron como el comienzo de una futura invasión. La historia es, muy a menudo, la del país que ha padecido la afluencia en masa de recién llegados, por ello se comprende que prefiera tratar de las consecuencias de esa afluencia que de las cir-

cunstancias que determinaron el movimiento. Nuestro punto de vista es necesariamente muy distinto, ya que nuestra atención se centra inicialmente en los invasores, aunque la identidad, la cultura y la suerte de las poblaciones asentadas no nos sean en absoluto indiferentes. En otros términos, debemos preguntarnos prioritariamente por qué los pueblos de lengua indoeuropea se pusieron en marcha.

Si encontramos tantos investigadores que se resisten a investigar el porqué de las cosas se debe a que todo fenómeno, por insignificante que sea, se revela como el punto de incidencia de una infinidad de causas, la mayor parte de las cuales escapa muy pronto a las posibilidades de verificación, incluso de examen. No obstante, hay un medio de abordar con provecho el estudio de las causas. Consiste en identificar una que sea probable y después investigar, en cada caso, en qué medida ha podido intervenir para suscitar o simplemente favorecer el fenómeno.

Consideremos, por ejemplo, la expansión islámica que siguió a la Hégira y condujo a los árabes hasta el Atlántico en los siglos VII y VIII de nuestra Era. A primera vista, parece determinada por la eclosión de una nueva fe, origen de un intenso proselitismo. Pero a menos que aceptásemos encontrar su primera y única causa en la voluntad de Alá, debemos suponer un complejo de condiciones particulares, siendo la predicación de Mahoma simplemente una más, la cual ha dado extraordinaria amplitud a uno de los múltiples desbordamientos humanos producidos en Arabia. Esta semidesértica península merecería, tanto o más que Escandinavia, la designación de *officina gentium*[1], «fábrica de pueblos»: es el arquetipo mismo de vasta región, con recursos naturales limitados, situada en las inmediaciones de un país rico, aquí Mesopotamia, crisol de sucesivas civilizaciones, de donde irradian las innovaciones capaces de atenuar y, posteriormente, reducir las hambres. Las recurrentes carestías eran precisamente el contrapeso a la fecundidad natural, que posibilita el nacimiento de

[1] La expresión es de Jordanes, obispo e historiador de los godos en el siglo VI, a quien debemos lo fundamental de lo que sabemos sobre la historia de ese pueblo.

niños durante tanto tiempo como la mujer pueda gestarlos. Su atenuación, incluso su desaparición, condujo a lo que se designa como boom demográfico, un crecimiento de extraordinaria rapidez, posible preludio de una expansión.

Una situación de este tipo es la que podemos suponer en Europa, hacia los inicios de nuestra Era, con un Imperio Romano que concentraba, y después difundía, una masa de innovaciones técnicas que conducen a un aprovechamiento más satisfactorio de los recursos naturales y, en consecuencia, a una mejora general de las condiciones de vida. Entre sus vecinos, vascos, germanos y otros, que no se ven afectados por la disminución de la natalidad propia de las poblaciones romanizadas y que conocen la fecundidad natural, tiene lugar una considerable expansión demográfica que ejerce una presión constante sobre las fronteras. Una vez que se retiran las legiones romanas, se produce el desbordamiento conocido como invasiones bárbaras. A menor escala, los vascos no asimilados de las zonas escarpadas y boscosas de los Pirineos y Cantabria se expanden hasta el Garona para formar la Gascuña (*Vasconia*) y hacia el Suroeste, hasta las proximidades de Burgos, donde van a contribuir de manera decisiva a hacer del castellano una lengua profundamente distinta de las demás hablas de la Península[2].

En el mundo contemporáneo, los progresos de la medicina sustituyen a los de las técnicas rurales para paliar las carestías y mantener con vida la cantidad de niños que encontramos dondequiera que no se haya establecido el control de la natalidad. De ahí las demografías galopantes que constatamos en el Tercer Mundo. Las hambres, como sabemos, no están excluidas de los lugares donde intervienen circunstancias climáticas particularmente desfavorables: los hombres mueren a millares en el Sahel. No obstante, la mejora general de las condiciones de subsistencia puede mantener con vida una población

[2] Ver André Martinet, *Économie des changements phonétiques*, Berna, 1955 (versión española de A. Lafuente, *Economía de los cambios fonéticos*, Madrid, Gredos, 1974), en particular el Capítulo 12: «El ensordecimiento de las silbantes en español».

bastante densa en los países llamados en «vías de desarrollo». Sin embargo, la diferencia entre la riqueza de los países de cabeza y la relativa indigencia de los que les siguen crea un desequilibrio que las restricciones a la libre circulación no permiten reabsorber. Ese desequilibrio puede ser origen de violencias de distinto tipo.

En resumen, la «invasión de los bárbaros» o, en otros términos, la irrupción de conquistadores en un país de nivel de vida superior, es muy posible que se origine de una explosión demográfica en el seno de una población que se ha beneficiado de las innovaciones técnicas referentes a los bienes de consumo... y de los artilugios bélicos, sin verse afectada por la limitación de la natalidad. Pero, en los países que se hallan a la cabeza del desarrollo, no se ha conseguido que el conocimiento y la práctica de los medios anticonceptivos se extiendan al conjunto de la población. Por consiguiente, podrán producirse excedentes de población que será tentador exportar. De ahí las colonias de poblamiento con eliminación física de las autóctonas, su reducción al estado de siervos o su reclusión en las zonas menos fértiles del territorio. Las colonias de explotación y la conquista de nuevos mercados completan el panorama de la expansión en el mundo contemporáneo. Éstas, sin duda, desempeñaron un papel menos importante en las épocas aquí tratadas.

Las consecuencias lingüísticas de un movimiento de población dependen, por supuesto, de diversos factores entre los que hay que destacar, en primer lugar, el respectivo poderío de los grupos humanos que van a entrar en contacto: gentes poco numerosas y carentes de recursos no tienen ninguna posibilidad de imponer su lengua cuando se encuentran en contacto con una población abundante y acomodada. Podemos sentirnos tentados a hacer valer el grado de cultura como uno de los factores que contribuirán a hacer triunfar una lengua sobre otra que compite con ella: en la Galia, el romance pudo prevalecer sobre el germánico porque era el vehículo de la cultura latina; pero para explicar las fronteras de ambas lenguas, hay que hacer intervenir necesariamente el número de hablantes de una y otra: el latín en su forma romana era la lengua de cultura tanto en Saint-Gall

o en Reichenau, donde actualmente se habla alemán, como en París o en Soissons. Pero lo mismo ocurría en el Este, cuando en el Oeste era también la lengua cotidiana de la mayoría.

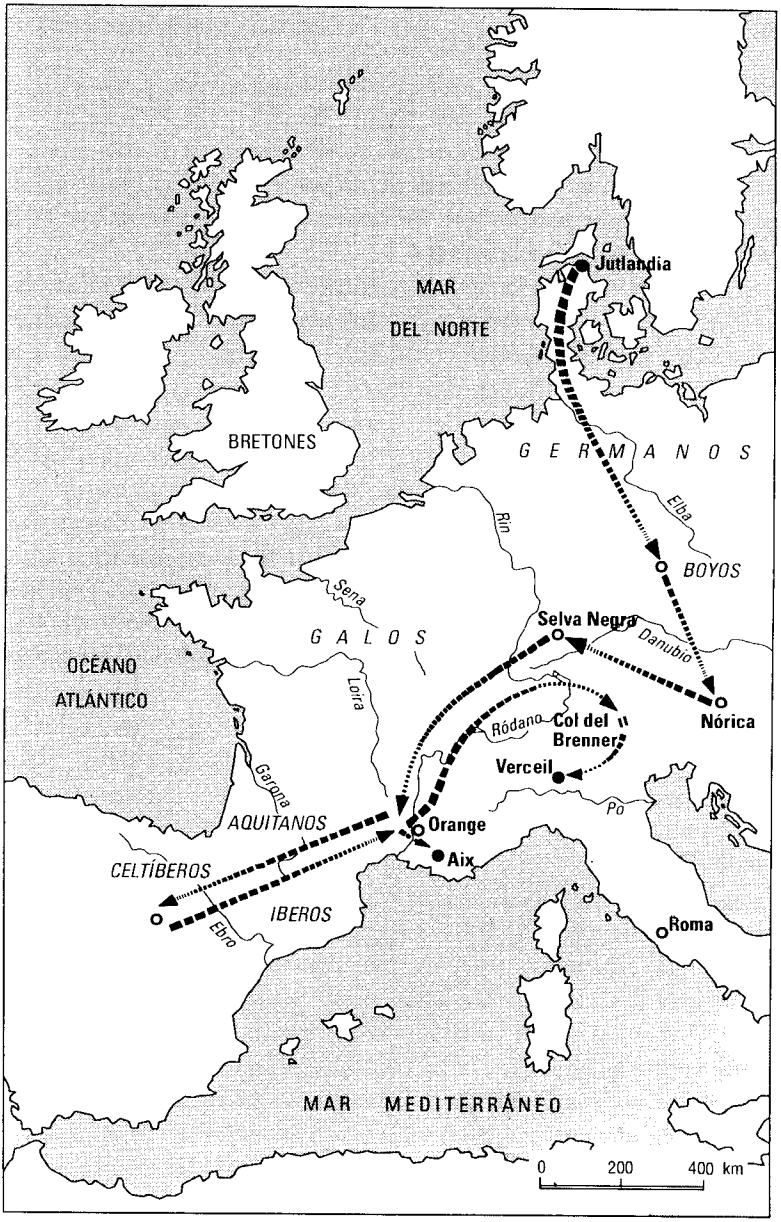
Uno de los factores más decisivos en la materia, es la distribución de los sexos entre los recién llegados: si éstos llegan con sus mujeres y, lo que normalmente entraña esto, con sus familias y sus enseres, existen todas las posibilidades de que sus descendientes continúen, al menos durante cierto tiempo hablando su lengua. Si, por el contrario, los hombres llegan solos, totalmente decididos a encontrar *in situ* los medios de subvenir a todo tipo de necesidades, incluidas las sexuales, es bastante verosímil que los niños nacidos de los nuevos contactos hablen la lengua de sus madres, más bien que la de sus padres, más ocupados en asentar su dominación en el nuevo hábitat que en intervenir en la educación de su progenitura. En 911, los saqueadores normandos, de lengua danesa, se instalan en Neustria. Pero, en 1066, cuando Guillermo atraviesa la Mancha para hacer valer ciertos derechos sobre la corona de Inglaterra, sus compañeros son francófonos.

Frente al caso de Normandía, consideremos el del Périgord. Aquí también el nombre de la provincia nos informa del origen de la población: Normandía es el país de los hombres del Norte (danés *mand,* «hombre», y *nord*, «norte»); Périgord es la región donde se establecen cuatro tribus en marcha (galo *petru-*, «cuatro», y *-corii*, «tribu, horda»). Veremos más adelante que *petru-* es el equivalente celta regular del latín *quattuor*, «cuatro»; en cuanto a *corii*, plural de *corios*, cuyo radical se encuentra en la forma alemana *Heer*, «ejército», sin duda designa no sólo los guerreros, sino el conjunto del grupo humano que se desplaza con familias, armas y bagajes, con la intención de ocupar un nuevo territorio. Esta vez, no es verosímil que estas gentes abandonen su lengua si la operación tiene éxito. Los autóctonos quizá sean marginados si se muestran reacios a someterse, pero es más verosímil que sean eliminados o reducidos a esclavitud. Las mujeres indudablemente serán tratadas con indulgencia, por galantería, marcando claramente los dos sentidos de este término. Pero sus hijos, en calidad de esclavos, aprenderán la lengua de los vencedores.

El desplazamiento de la tribu en masa puede estar determinado por la presión ejercida por otra población. Los celtas que se establecen en lo que los romanos llamarán la Galia a menudo parecen hacerlo bajo la presión de los germanos. Los volcos, por ejemplo, que más tarde encontramos en el Languedoc, entre el Ródano y Toulouse, en fecha más antigua se habían establecido en la Alemania media, en contacto inmediato con los germanos, que utilizaron su nombre, *wolkai*, como designación general de los vecinos meridionales. Convertido de un modo regular en *walh-*, este término fue tomado en préstamo más tarde por los eslavos para designar a los celtas romanizados y a los romanófonos en general establecidos en la Península de los Balcanes. Las formas eslavas son *vlach* y *valach-*, designando la primera a los pastores de Yugoslavia, y apareciendo la segunda en el nombre de Valaquia. En germánico ha sobrevivido un adjetivo derivado: *walh-isk-*, del que procede *Welsh*, *welsch*. La palabra designa, en inglés, los galeses celtófonos; en alemán, los suizos de lengua romance.

La llegada de los hunos a Europa, en los siglos V y VI fue un factor determinante de la presión de los germanos hacia Occidente. Hemos de renunciar a continuar la investigación que nos permitiría saber en qué circunstancias tomaron los hunos la ruta del Oeste. Se piensa que se debe a una derrota que les infligieron los chinos. Para comprender esto, habría que determinar en cada conflicto qué nueva técnica ha asegurado la superioridad de un ejército sobre otro, la utilización del metal, las nuevas aleaciones, la monta del caballo, la invención del carro, la del estribo —que permite al caballero tirar tajos—, la del arco, la honda, la ballesta, la pólvora, el carro de asalto y la bomba atómica, sin hablar de las técnicas de defensa que responden a cada innovación en la agresión.

Una de las causas primeras de los movimientos de población la costituyen las catástrofes naturales —sequía, maremoto, ciclón— que agostan las fuentes de subsistencia. A un ritmo más lento, hay que tener en cuenta los procesos de enfriamiento o de recalentamiento de la atmósfera, que determinan la renovación de la fauna y de la



Vagabundeo de cimbrios y teutones, de -115 a -101

flora. Se cree, por ejemplo, que el recalentamiento postglaciar empujó de nuevo hacia el Norte los rebaños de renos que durante mucho tiempo debieron de representar uno de los pilares de la economía de la Europa Central. Los hombres siguieron entonces al reno, siendo reemplazados por poblaciones más meridionales, acomodadas en lo sucesivo a latitudes más elevadas.

Uno de los casos mejor documentados de movimiento de los pueblos es el de los cimbrios y los teutones. Se habían establecido en Jutlandia, esa península que constituye una avanzadilla de la llanura de la Europa septentrional en dirección a Noruega y que separa el Mar del Norte, al Oeste, del Cattegat, al Este; vía de acceso marítimo a las tranquilas aguas del Báltico. El Mar del Norte es duro, a menudo violento, y amenaza continuamente a los países bajos que lo bordean hacia el Sudeste. Hacia finales del siglo II antes de nuestra Era, invadió el norte de Jutlandia, dejando al retirarse un canal, el Limfjord actual, que aísla su parte septentrional. Los cimbrios se encontraban en lo que hoy denominamos el Himmerland, al Norte de Aarhus (**kimbr-* se ha convertido de una manera regular en *himmer-*). Los teutones ocupaban, sin duda, un espacio más amplio, pero los afectados por el maremoto estaban situados más al Oeste; sobre el Limfjord, la ciudad de Thisted, donde *Thi-* sería lo que queda de *Teutón*, podría dar testimonio aún de su antigua presencia en esos lugares. Su territorio devastado no deja a esas gentes más elección que la muerte por inanición o la partida en busca de nuevas tierras. Se dirigen hacia el Sudeste. Llegados a los confines de Bohemia, se enfrentan a los boyos, tribu celta que los rechaza. La ruta se curva hacia el Sur. Penetran en lo que los antiguos llamaban el *Noricum*, es decir, la Estiria y la Carintia actuales, al suroeste de Viena. A su paso encuentran allí una legión romana, a la que aniquilan, en -113. Sin embargo no prosiguen hacia el Sur, sino que giran hacia el Oeste. En las proximidades de la Selva Negra, encuentran a los helvecios, pueblo celta que un poco más tarde volveremos a encontrar en lo que constituye la Suiza actual. Algunos de esos helvecios, los ambrones, se unen a los migrantes que penetran en la Galia, llegan hasta lo que se-

rá la Provenza, encontrando allí a los romanos a los que derrotan en Orange, en -109. Entonces se dirigen hacia España. Aquí se enfrentan con las poblaciones locales. No insisten y vuelven a pasar a la Galia, donde se separan. Los teutones se quedan en la Provincia, mientras que los cimbrios vuelven hacia el Este para ganar Italia por la vía clásica de las invasiones, el Col del Brenner. Los romanos, dos veces escaldados, se recuperan y envían contra los invasores a su gran general Mario, que, en -102, se enfrenta a los teutones al este de Aix-en-Provence, al pie del Monte de Sainte-Victoire, y los aplasta. Según cuentan los vencedores, es una carnicería, inmolando los teutones a sus hijos antes de darse la muerte. Al año siguiente, Mario va en busca de los cimbrios a los que aniquila muy cerca de Verceil (Vercelli) en lo que actualmente es el Piamonte. Así termina este dramático episodio que ilustra claramente las consecuencias de un cataclismo natural de gran amplitud. ¿Fue la energía de la desesperanza lo que permitió a esos germanos, que indudablemente carecían de todos los recursos de sus adversarios, desbaratar por dos veces las legiones antes de sucumbir finalmente ante un gran hombre de guerra?

La conquista del mundo occidental por los «indoeuropeos» debió de hallarse marcada por conflictos de este tipo entre tribus y pueblos de un mismo origen lejano. Por otra parte, vemos cómo el parentesco lingüístico de rusos y afganos no ha hecho que el reciente conflicto entre estos pueblos fuera distinto del que opuso a americanos y vietnamitas.

Frente a los desplazamientos en masa de las tribus y de los pueblos, hay lo que ya hemos encontrado en el caso de los normandos: la partida, en primavera, de unos jóvenes guerreros totalmente decididos a labrarse un dominio en los espacios ocupados por poblaciones con técnicas guerreras menos refinadas. En el marco del régimen patriarcal que suponemos para las antiguas sociedades de lengua indoeuropea[3], los segundones, en el sentido más amplio del término, sólo podían esperar zafarse de la autoridad del hermano mayor, jefe

[3] Cf. más adelante, Cap. XI, pág. 302.

del clan, huyendo y confiando para subsistir en su aptitud como depredadores. Estas expediciones de jóvenes conquistadores, en la Italia antigua, habían recibido el refrendo de la religión. Lo que en latín se designaba como el *uer sacrum*, «la primavera» (¿pero cómo traducir *sacrum?*), era la autorización, incluso la recomendación, de sacrificar a las divinidades todo cuanto encontraban al paso. Sabemos que, en tales casos, las divinidades tienen ancha espalda: las bestias inmoladas, en realidad, sirven de alimento a quienes las inmolan, y los hombres conducidos a la muerte dejan mujeres de las que podrán aprovecharse los instrumentos del destino. Así aparecen nuevos clanes de los que nacerán nuevos segundones prestos a renovar la operación. De este modo, un país puede ser paulatinamente subyugado, y, contrariamente a lo ocurrido en Normandía, la lengua de los conquistadores, finalmente, puede llegar a imponerse, sobre todo si éstos vuelven a buscar esposas «legítimas» en las tribus establecidas desde más antiguo. Piénsese en el rapto de las sabinas. Estas prácticas parecen haber desempeñado un importante papel en el poblamiento indoeuropeo en las partes de Italia todavía no ocupadas por pueblos poderosos como los etruscos. Una primera oleada llegó a los asentamientos latinos del sur de Etruria. Otra, rodeando por las montañas a los conquistadores ya establecidos, ocupa Umbría, más tarde Sabina, y, con los samnitas, se extiende por Campania y el sur de la bota.

Todo esto sugiere que la indoeuropeización, desde la India a Irlanda e Islandia, debió de hacerse de una manera bastante gradual, disolviéndose finalmente unas primeras oleadas de conquistadores en las poblaciones autóctonas, o, por el contrario, formando núcleos resistentes susceptibles de ser incorporados por nuevos recién llegados. Piénsese en los celtas de España, llamados celtíberos. Están separados de sus primos de la Galia y de Gran Bretaña por la cadena de los Pirineos y por los éuscaros de Aquitania. Son suficientemente fuertes para oponer a los romanos una obstinada resistencia. Para reducirlos será preciso el asedio y la masacre de Numancia, en -133.

Donde es una lengua indoeuropea la que se impone, podemos estar seguros de que la población se cruzará, procediendo los mismos

conquistadores, con toda verosimilitud, de diversas mezclas más antiguas. No es cierto que la unificación entre los diversos componentes de la población se efectúe desde las primeras generaciones. Durante siglos se podrá distinguir, sobre el terreno, entre los señores o los patricios, por una parte, y los esclavos, los siervos o la plebe, por otra. Pero en un plazo, más o menos largo, las oposiciones se atenuarán para terminar desapareciendo o seguir existiendo sólo en forma de una minoría desdeñada, de la que ya no se sabe qué la distingue del resto de la población a no ser la discriminación que se le muestra. Tal es el caso de los santones del Bearne y del País Vasco, y el de los etas en el Japón. A mayor escala, piénsese en las castas de la India con los intocables [los parias], casta ínfima en la jerarquía social.

Lingüísticamente, la absorción definitiva de antiguas poblaciones subyugadas puede manifestarse por la aparición de nuevas normas: en los usos cotidianos no se constata la sustitución de una forma lingüística por otra; hace mucho tiempo que los hábitos lingüísticos de las clases inferiores influyeron en el uso general. Pero lo que antes era marca de habla familiar o descuidada terminó imponiéndose como la forma de lengua que, en lo sucesivo, se empleará en todas las circunstancias de la vida, incluidas la literatura y las ocasiones solemnes. En España, en el curso del siglo XVI, cuando, tras la expulsión de los moros, la conquista de América sella la unidad de la nación, la norma fonológica experimentará un vuelco. La antigua, todavía representada en la gramática de Nebrija (hacia 1500), dejará sitio a otra que integra algunas confusiones y evoluciones fónicas que tienen su origen en las imitaciones imperfectas del romance de España por individuos de lengua vasca, bastantes siglos antes[4]: a comienzos de siglo, el buen tono exigía que se pronunciara *viejo* dando a las consonantes su valor francés. Cien años más tarde, se proponen a los extranjeros las pronunciaciones actuales, con una [b] inicial y la *jota* «gutural».

La grafía del irlandés contemporáneo reproduce bastante fielmente la de los textos medievales que se remonta a las glosas del siglo

[4] Ver André Martinet, *Économie...*, cit., *ibid.*

VIII. Esas glosas presentan la lengua utilizada entonces por los monjes irlandeses, es decir, una forma muy «usada» del celta occidental que perdió una sílaba de cada dos. Dos siglos antes, las inscripciones ogámicas de Gran Bretaña nos ofrecían la misma lengua, pero con todas las sílabas que sugiere la comparación con las demás ramas del indoeuropeo y que encontramos, mucho antes, en las pocas inscripciones galas que nos quedan. La lengua no pudo cambiar hasta tal punto en doscientos años. En realidad, las inscrip ciones ogámicas están redactadas según una norma que, ya entonces, no debía de corresponderse con los usos cotidianos. Éstos debían de reflejar ya las deformaciones que los autóctonos, los fomoros —gentes que según la leyenda provenían de «debajo del mar»—, habían hecho experimentar a la lengua de los conquistadores indoeuropeos.

Capítulo III

CONDICIONES GENERALES DE LA EXPANSIÓN INDOEUROPEA

Si se quiere captar la naturaleza de las relaciones entre las diferentes ramas del indoeuropeo en la prehistoria y al comienzo de los períodos históricos, hay que tener presente que el poblamiento de la Europa de entonces no tenía ninguna relación con lo que conocemos en la época contemporánea. Actualmente, cada individuo está ligado a un estado-nación. Hay fronteras precisas. Dentro de esas fronteras, la distribución de las lenguas y de las etnias es de tipo muy variable, pero la existencia de esas fronteras nos da la impresión de cierta simplicidad organizativa.

RECOLECCIÓN Y AGRICULTURA

En la Europa del segundo milenio antes de nuestra Era, la situación debió de ser muy distinta. Por doquier hay soluciones de continuidad, es decir, que una población determinada se extiende sobre un ámbito bastante amplio con espacios no ocupados, u ocupados por otras poblaciones. Con frecuencia, se trata todavía de nómadas y, por consiguiente, los contactos pueden relajarse en un punto y posteriormente ser restablecidos. La densidad de población es muy baja. Es

todavía una densidad que recuerda la de las épocas pre-neolíticas que precedieron a la invención del cultivo del suelo. «Neolítico» es un término muy ambiguo. Etimológicamente, la palabra evoca una «piedra nueva», es decir, la piedra pulimentada. Pero en su uso actual, mucho más que la naturaleza de las herramientas de piedra, «neolítico» implica el cultivo del suelo, y la aparición del metal no pondrá fin a este estadio de la evolución de la Humanidad. Antes del Neolítico, hay que suponer sociedades que viven de la caza o de la recolección, es decir, de la utilización de los productos del suelo, pero únicamente de los productos naturales, lo que en otro tiempo se denominaba las «raíces». Todavía encontramos, en África del Sur, a los bosquimanos, que viven de la recolección. Lo esencial de su alimentación está asegurado por las plantas que recogen o arrancan y cuyas hojas, tallos o raíz comen. Paralelamente, practican la caza y utilizan el producto de la misma para completar su alimentación. Cuando decimos «neolítico» va implícito que aquellos a los que se aplica ese epíteto ya no lo son. No que hayan abandonado por completo la recolección y la caza —ésta nunca será abandonada—, sino que una parte importante, incluso esencial, de la alimentación va a ser proporcionada por los productos del cultivo del suelo.

Ese cultivo entraña un incremento considerable en la densidad de la población. Para alimentar una población mediante la recolección y la caza se necesita una gran extensión: los vegetales utilizables para la alimentación del hombre aparecen de modo natural bastante espaciados. Piénsese, por ejemplo, en la recogida de setas en un bosque. Por el contrario, cuando se ha sembrado trigo en un espacio desbrozado previamente, la densidad de tallos portadores de espiga es muy elevada. Por su parte, la misma caza depende, para su subsistencia, de los productos naturales, vegetales o animales, lo que limita su desarrollo.

En el tercer o cuarto milenio antes de nuestra Era, en la época que abarca el Neolítico, su modo peculiar de vida está plenamente establecido en la Europa danubiana. En otras partes gana terreno, pero lentamente, y la densidad de la población debe de seguir siendo muy

baja. Durante el tiempo que se practica de una manera muy general la recolección y la caza, podemos estimar la densidad de población en 0,5 habitantes por kilómetro cuadrado, cuando actualmente encontramos en Francia, por ejemplo, cerca de 100 personas en el mismo espacio, con densidades superiores en otras regiones de Europa occidental. Así pues, para ese espacio vital y en la época que nos interesa, hay que pensar en soluciones de continuidad y en un seminomadismo bastante general.

En la medida que «neolítico» quiere decir cultivo de la tierra, no hemos salido de él. Es más, la recolección todavía existe —¿quién no ha cogido moras en los zarzales?— y la caza también, aunque haya que importar los animales previamente. Es interesante destacar que la caza se ha mantenido como ocupación noble, prohibida a la «gente de baja condición», frente a la agricultura, durante mucho tiempo considerada cosa de patanes.

Podría parecer que la agricultura implica sedentarización, pero esto no se produce automáticamente: muy a menudo, el cultivo consiste en una especie de horticultura que no llega muy lejos de la casa. Por otra parte, la «casa» no es un edificio permanente. Puede ser una tienda, una «yurta», como entre los mongoles. Una vez hecha la recolección se desplaza. La razón de ello es simple: se comprueba que en una tierra virgen las plantas producen mucho más que en una tierra cultivada anteriormente. En la actualidad, se tiene la posibilidad de cultivar cualquier tipo de tierra porque disponemos de los abonos. Lo que se exige a una tierra cultivable es que sea llana. Las Landas fueron antiguamente un país casi desértico, porque la tierra no se prestaba al cultivo. Se comenzó haciendo crecer pinos. Pero actualmente encontramos allí soberbias cosechas de maíz, en los lugares donde toda la tierra ha sido renovada. Por consiguiente, la existencia de fertilizantes químicos ha cambiado completamente los datos del problema. Pero al principio, cuando se instala el neolítico, las gentes se establecen para una estación en un punto en el que hacen crecer su cosecha. Al año siguiente se desplazan porque saben que en otra parte su cultivo, en tierra virgen, les producirá mucho más. Todavía

hoy lo podemos constatar en distinta regiones: si se rotura un trozo de pradera en el que no ha habido cultivos desde hace un siglo, en el primer año se puede contar con una cosecha prodigiosa.

El cultivo de la tierra, por tanto, no elimina el nomadismo, ya que las gentes se desplazarán en busca de nuevas tierras. Más tarde, cuando al aumentar la población las gentes se apretaron los codos, se descubrió que se podía permanecer en la misma tierra, utilizando el abono, hecho al principio con el estiércol de los animales domésticos y los excrementos humanos, pero también, mucho más tarde, con productos importados y, finalmente, con productos químicos. Se descubrió la rotación trienal cuando se tuvo conciencia de que las diferentes plantas no se aprovechaban de los mismos niveles del suelo utilizando unas solamente las capas superficiales y, otras, las profundas. Así pues, el primer año se podía sembrar trigo, de raíces muy superficiales; el segundo, remolachas, que aprovechaban capas más profundas del suelo; el tercer año se dejaba descansar la tierra, lo que se denominaba barbecho. Pero todos estos refinamientos no existían en las épocas que nos interesan.

Es preciso asimismo tener presente que, cuando se produjo la expansión de los pueblos de lenguas indoeuropeas, el avance no se realiza sobre un frente. Hay cierta probabilidad de que estos pueblos estuvieran aislados unos de otros. Cuando la presión tiene lugar en zonas de escasa densidad, gentes de un origen común pueden quedar separadas por zonas con poblaciones autóctonas, por desiertos, o por marjales. Haya nomadismo o seminomadismo, es fácil que gentes del mismo origen pierdan el contacto entre sí.

EXPANSIÓN CELTA

Como ilustración a gran escala, consideremos el caso de la expansión de los celtas. Éstos, en el momento en que se les identifica, se encuentran en Alemania, en Turingia y al sur de ésta. Ocupan asimismo Bohemia y lo que actualmente se conoce como Austria.

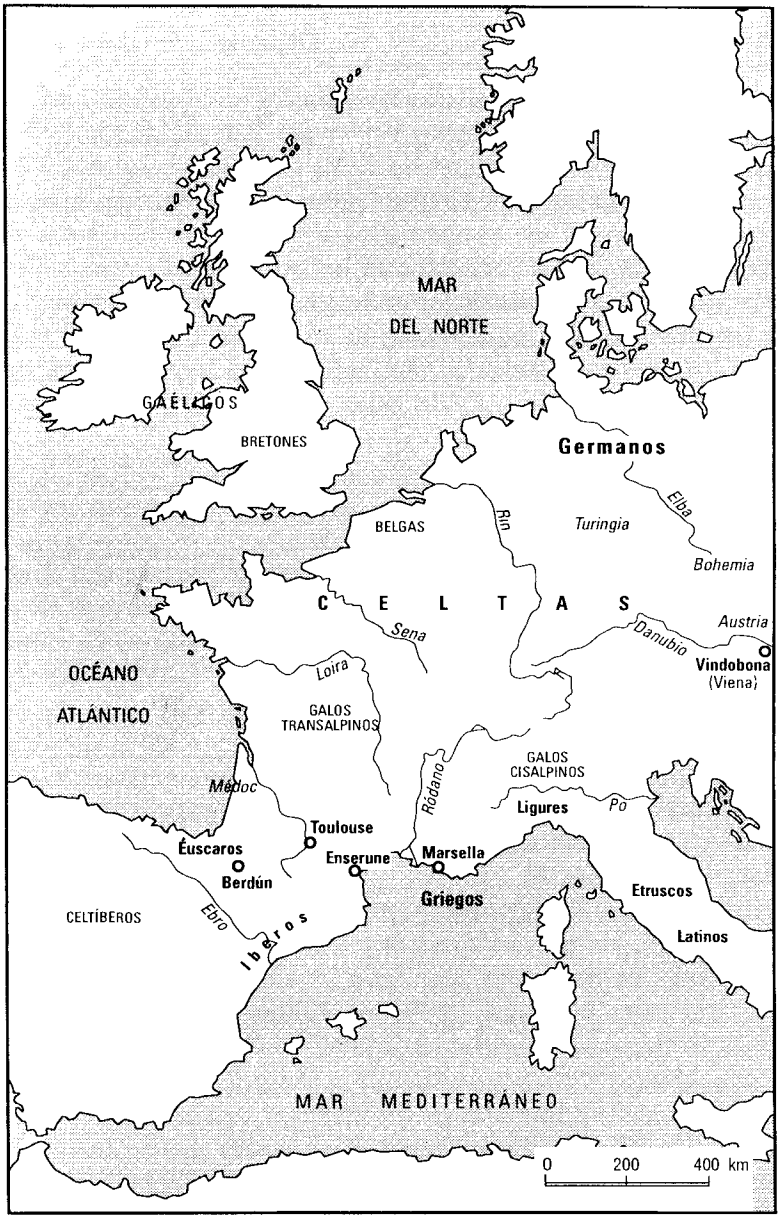
Posteriormente penetran, poco a poco, en lo que más tarde se ha llamado la Galia, pero eso no quiere decir que en el momento en que llegan los romanos toda la Galia se halla celtizada, ni siquiera bajo dominación de los celtas. Cuando los romanos ocupan allí la costa mediterránea y crean la *Provincia romana*, la Provenza, esa región lleva, como mucho y sólo superficialmente, dos siglos de ocupación celta, sin decir que los iberos habían sido totalmente desalojados de las llanuras del Languedoc. En Gascuña sólo fueron alcanzadas algunas franjas: el Médoc, Burdeos, Arcachon, quizá con una cabeza de puente en Tolosa. En otros lugares, el espacio se halla habitado por los aquitanos, de lengua éuskara, prácticamente el vasco. Pero a través de Aquitania y de los Pirineos, más al Sur, los celtas debieron de establecer puntos de apoyo, que les permiten mantener contactos con España, donde se han establecido algunos de ellos. Son los que designamos como celtíberos, no necesariamente porque fueran una mezcla de celtas e iberos, sino quizá simplemente porque los romanos, al penetrar en España, habían tenido que atravesar regiones ocupadas por los iberos para entrar en contacto con ellos.

En lo que actualmente es la Provenza, a la llegada de los romanos, dos siglos antes de nuestra Era, se afirma la existencia de «celto-ligures». Pero se trata de ligures, con toda verosimilitud, de lengua no indoeuropea, que estaban en el sitio cuando los griegos, hacia -600, fundaron Marsella. Fue dos siglos más tarde cuando, procedentes del Norte, llegaron los celtas que no parece que ocuparan la costa, jalonada de establecimientos griegos. En el interior, si hemos de creer a la arqueología, los celtas impusieron cruelmente su dominación a las poblaciones locales. En el Languedoc, si Narbona evoca a los celtas (*-bona*, «puerto», como en *Vindobona*, Viena, «el puerto blanco» sobre el Danubio), el sitio de Ensérune, cerca de Béziers, testimonia la importancia de los establecimientos iberos antes de la llegada de los volcos celtas.

No lejos de la costa mediterránea, los celtas penetraron en España, pero a través de los Pirineos, probablemente por el puerto muy accesible de Somport. De ello da testimonio el sitio de Berdún, situa-

do en la salida sur del camino de ese puerto. Berdún, burgo encaramado en una acrópolis, con la confusión castellana de *b* y *v*, es naturalmente un Verdún. La etimología de este nombre es evidente: *Ver-* proviene de *wer-*, a su vez, procedente de **uper* como consecuencia de la caída de *p*, que, como veremos más adelante, es el rasgo más característico de las lenguas celtas. Se trata de un adverbio indoeuropeo muy conocido, que puede llevar *s-* inicial, como en el latín *super*, pero que también puede estar desprovisto de la misma, como el alemán *über* y el inglés *over*. El griego *huper* es ambiguo, porque en ático todas las *u-* iniciales han recibido aspiración, provengan de *u-* o de *su-*. El sentido de *wer-* es el de «sobre», «encima de», pero también el de *super-* o *hiper-* en nombres compuestos modernos del tipo de *supermercado*, *hipermercado*. Es el que encontramos en el inicio del nombre *Vercingétorix*, «el jefe supremo de los guerreros»; título, más que verdadero nombre. En cuanto a *-dūn*, con *u* larga, inicialmente era, al parecer, una cerca; en alemán, el equivalente exacto es *Zaun*, «seto»; en neerlandés, *tuin*, «jardín»; en inglés *town*, «ciudad». Estas variantes semánticas recuerdan las que se encuentran para otro término: latín *hortus*, «jardín»; griego *khórtos*, «cercado»; inglés *yard*, «cercado»; los derivados ing. *garden*, al. *Garten*, francés *jardin*, eslavo ant. *gradŭ* (ruso *gorod*), «ciudad», préstamo probable del germánico (i.-e. **ghortó*). Así pues, un *verdun* es inicialmente un lugar fortificado en la cima de una colina; posteriormente, quizá, cualquier lugar fortificado. Es verosímil que, como sugiere la toponimia, tales fortalezas jalonaran la ruta que unía los establecimientos celtas de la Galia y España.

Más al norte, tanto en el continente como en las islas, más allá de la Mancha, la dominación celta era ciertamente más antigua, pero, como veremos más adelante, se produjo en sucesivas oleadas, y los gaélicos que más tarde volveremos a encontrar en Irlanda, en los primeros siglos de nuestra Era se hallan atestiguados en Gran Bretaña, al oeste de los bretones. Es indispensable mantener una visión dinámica de esos poblamientos, que inicialmente respetan las lenguas de los autóctonos. A medida que estos últimos vayan aprendiendo la



Los celtas en Europa central y occidental en el siglo III antes de nuestra Era.
Los nombres de los pueblos celtas están en VERSALES; los de los demás pueblos en **negritas.**

lengua de los invasores, ésta se adaptará a sus hábitos y necesidades. Las lenguas celtas actuales presentan rasgos de todo tipo, sintácticos especialmente, como la frecuencia de las construcciones del tipo del fr. *c'est... qui*, de las que no hay vestigios en los testimonios más antiguos. Esos rasgos son compartidos a menudo por los dialectos románicos de Occidente: pensemos en la frecuencia de *c'est... qui* en francés, o en la distinción de los verbos *ser* y *estar* en castellano, que se encuentra de nuevo en irlandés y no es totalmente extraña al francés (*était*, derivado de *stabat*, que suplanta, en la conjugación del verbo *être*, las raíces *es-* y *fu-* del latín).

LA JERARQUÍA SOCIAL

Es evidente que la expansión indoeuropea se produce casi siempre en forma de sometimiento de poblaciones locales por una aristocracia dominante. Para emplear un término que utilizaron de nuevo los alemanes en apoyo de la aventura nacional-socialista, los usuarios del indoeuropeo se presentan inicialmente como un *Herrenvolk*, un pueblo de señores. La naturaleza de las relaciones entre la clase dominante y el resto de la población pudo ser bastante variable. En ciertos casos podemos suponer la existencia de estratos jerarquizados, como se encuentran en Esparta donde, sometidos a una población bastante restringida de guerreros —los espartiatas propiamente dichos—, viven en los suburbios gentes desprovistas de todos los derechos cívicos, los periecos (*perioikoi*, «los que habitan alrededor»), productores de bienes que permiten a los señores ejercitarse en las artes marciales. Un tercer estrato, los hilotas, constituyen, pura y simplemente, esclavos del Estado, a los que se podía someter y sacrificar a capricho. Con toda verosimilitud, los periecos son aqueos que descienden de la primera oleada indoeuropea, llegada a Grecia hacia -2000, a los que se debe la civilización micénica. Los hilotas quizá representen poblaciones preaqueas. Los espartiatas son dorios, los indoeuropeos de la segunda oleada, llegados a Grecia hacia -1200, que

no hemos de creer que provinieran necesariamente de la misma rama que los aqueos. El dorio, como dialecto del griego, podrá no ser otra cosa que aqueo modificado en su evolución por eso que se ha venido en llamar superestrato, es decir, la lengua de los señores eliminada finalmente por la lengua de la generalidad.

Naturalmente, en todas las situaciones de este tipo, se puede plantear la cuestión de las proporciones respectivas de invasores, de una parte, y de autóctonos o de los ya mestizados, de otra. No obstante, es muy difícil responder a esto. En el caso de Esparta, sobre el que estamos bastante bien informados, los señores pudieron representar menos de la décima parte del total, pero esto ciertamente varió a través del tiempo. En las apreciaciones efectuadas, pudo intervenir la frecuencia del rasgo de rubicundez. Sabemos que los galos fueron presentados por los romanos como rubios. Pero si se piensa en la población francesa contemporánea que, de ser modificada, lo fue por la llegada de los germanos, que debían de ser también mayoritariamente rubios, cabe preguntarse por qué hay en Francia una clara mayoría de morenos. Se podría estar tentado a interpretar la rubicundez como una especie de afección del sistema capilar determinada por la proximidad del Báltico. Es ésta una hipótesis aventurada pero que todavía puede recibir un principio de verificación. De hecho, si se pasa un verano a orillas del Báltico, en Escandinavia, cabe la posibilidad de ver clarear la punta de los cabellos. En cuanto a los ojos azules, es una cosa totalmente distinta: es sabido que los ojos claros tienen una extensión más amplia que los cabellos rubios. Tenemos, por ejemplo, poblaciones británicas muy morenas con ojos azules. Volviendo sobre los cabellos rubios y una influencia del Báltico, se recordará que no está demostrada la transmsión de los caracteres adquiridos, pero es evidente que la conservación de mutaciones puede explicar que el hábitat influya en los tipos físicos de los individuos. Ocurre simplemente que en el mundo hay pueblos con cabellos claros de los que podemos pensar que, en una época determinada, habitaron en el norte de Europa. En Francia, hay más rubios en el Norte y el Este que en otros lugares, y lo mismo podemos decir de cualquier parte de Euro-

pa, incluida Rusia. El hecho de que, en la historia, los conquistadores indoeuropeos sean descritos a menudo como rubios no quiere decir que provengan con seguridad del Báltico. Si se trata de un hábitat, puede haber tenido una extensión mucho más amplia, incluso que la verosímilmente septentrional.

Sea cual fuere el origen de la rubicundez, no se le puede hacer intervenir cuando se trata de poblaciones desaparecidas para las que, en el mejor de los casos, disponemos de apreciaciones esporádicas e impresionistas de ciertos autores. Recordaremos simplemente que los pueblos de lenguas indoeuropeas de la Antigüedad generalmente estimaron la rubicundez. Es éste un rasgo físico frecuentemente atribuido a los héroes [1].

---

[1] Véase, por ejemplo, lo que dice al respecto Jean Haudry en «Deucalion et Pyrrha», en *Études indo-européennes*, Lyon, Université Jean Moulin, págs. 1-12.

Capítulo IV

DATOS LINGÜÍSTICOS Y DATOS ARQUEOLÓGICOS

La comparación de las lenguas indoeuropeas, como hemos visto, ha conducido a la reconstrucción, para una época anterior a su diferenciación, tanto de la forma de ciertas palabras como del valor que entonces pudieran tener: para «padre» se reconstruye la forma **pətēr* y un valor que no es el de «progenitor», sino el de jefe de clan. Estas operaciones, cuando están bien llevadas, deberían permitir que nos hiciéramos una idea de la naturaleza de la sociedad que hablaba la lengua, de sus condiciones de vida y de ciertos rasgos de su hábitat: en Roma, al sumo sacerdote se le designa *pontifex*. Esta palabra se interpreta inmediatamente, en latín, como el «hacedor de puentes», como *panifex* es el «hacedor de pan», el panadero. No obstante, la comparación revela que el radical *pont-* designaba inicialmente el camino. Esto sugiere que los antepasados de los latinos vivían en una región en la que los caminos tenía forma de pasarelas, probablemente a través de los almarjales, y esto ha hecho pensar que se identificaban con los ocupantes de las marismas de la Italia septentrional.

Por consiguiente, se pensó muy pronto en utilizar los datos de la comparación para volver a situar la comunidad primitiva en el espacio y en el tiempo[1].

[1] Para todos los acercamientos lingüísticos mencionados a continuación, podemos referirnos a los diccionarios etimológicos siguientes: Oscar Bloch y Walter von Wart-

MAR Y LAGO

Consideremos, por ejemplo, las designaciones empleadas para las extensiones de agua, desde el estanque hasta el océano. En francés, se distingue claramente *la mer*, que se extiende hasta perderse de vista, y *le lac*, sustituido por el estanque para las extensiones de menor dimensión. *Mer* se remonta al lat. *mare*, que se opone a *lacus*, más o menos como en francés o español. Las formas documentadas en otras lenguas indoeuropeas permiten establecer una base **mor*, que aparece, las más de las veces, en derivados variables. Se la encuentra por doquier, pero está lejos de designar de una manera uniforme el mar propiamente dicho, incluida la alta mar. En germánico, por ejemplo, allí donde está documentada la palabra, designa más bien un lago o un estanque. Así ocurre en neerlandés donde, antes de ser desecado, el «Mar de Haarlem» era una extensión tan exigua que se hubiera dudado en designarlo como lago. El inglés *mere*, arcaico y provinciano, está documentado en el nombre *Windermere*. Se trata, en su origen, de un lago de dimensiones muy pequeñas, situado en lo que se conoce

---

burg, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, París, 1932; Émile Boisacq, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, 4ª edición, Heidelberg, 1950; Carl Darling Buck, *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*, Chicago, 1949; Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1961; Albert Dauzat, Jean Dubois, Henri Miterrand, *Nouveau dictionnaire étymologique*, París, 1964; A. Ernout y Antoine Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, 2ª ed., París, 1939; H. S. Falk y Alf Torp, *Norwegisch-dänisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, 1911; Sigmund Feist, *Vergleichendes Wörterbuch der gotischen Sprache*, 3ª ed., Leiden, 1939; Elof Hellquist, *Svensk etymologisk ordbok*, Lund, 1922; Ernst Klein, *A Comprehensive Etymological Dictionary of the English Language*, Amsterdam, 1966; Friedrich Kluge, *Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache*, Estrasburgo, 1910; Max Vasmer, *Russisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, 1955.

como el *Lake District*, al noroeste de Inglaterra. En alemán, el empleo de *Meer* para «mar» no es el propio de una población realmente en contacto con la realidad oceánica. Con idéntico sentido, el alemán conoce la palabra *See* (*die See*, fr. *la mer*, «mar», pero *der See*, fr. *le lac*, «lago», con idéntico género como se ve, para las formas alemanas y francesas, lo que no puede ser efecto de la casualidad[2]). Para la misma noción el inglés tiene *sea*, que se opone a *lake* como «mar» a «lago». Esta palabra estrictamente germánica eliminó a **mor* en Escandinavia, pero aparece en cierto modo devaluada con relación al inglés *sea*: *sø*, en danés, designa el lago o un mar muy tranquilo, y se opone a la palabra *hav*, que designa el mar violento, el que sube y baja, a la que probablemente hay que poner en relación con *hæve*, «levantar, alzar», ing. *heave*, al. *heben*: con un primer elemento de orientación «este» y «oeste», tenemos respectivamente, *Østersøen*, el Báltico, y *Vesterhavet*, nuestro Mar del Norte. Para el mar, el gótico tiene un derivado a partir de un *mari*; aparece en *marisaiws* en composición con *saiws* (ing. *sea*, al. *See*) para designar el lago. Este último se emplea también solo con este sentido.

En celta, **mor* aparece en fecha muy antigua en el galo *Aremorici*, que designa a los habitantes de Armórica, «los que están cerca del mar», como *Arelate*, «Arlés», era la ciudad «cerca de la llanura», es decir, la *Crau*, con *are-*, «cerca de», que corresponde al griego *pará* (por ejemplo, en *paralelo*, «uno al lado de otro») y *-late*, equivalente del griego *platús*, en ambos caso con caída regular, en celta, de la *p*- inicial. En las lenguas documentadas más recientemente, *mor* se ha establecido con el sentido de «mar», como en bretón y galés. Pero los irlandeses, al lado de *muir*, tienen otra palabra para el océano o la alta mar. Para el lago, tenemos las formas *loch*, *loc'h* del irlandés, del escocés y del bretón, al lado del bretón *lenn* y galés *llyn*.

[2] Sobre otros efectos del bilingüismo romano-germánico en el Imperio Franco, cf. más abajo, págs. 120 y 195.

En eslavo la situación recuerda la del latín, con **mor-* (ruso *more*), que designa el mar, y otra palabra (ruso *ozero*), que designa el lago. En báltico encontramos derivados de **mor-*, pero normalmente se emplean formas nuevas. Lo mismo, poco más o menos, podemos decir de los indoiranios, que sólo en un derivado conservan huellas de **mor*. En griego, la única forma para «mar» es *thalassa*/*thalatta*, que, si tiene origen indoeuropeo, querría decir «la profundidad», con la base que encontramos de nuevo en inglés *dale*, al. *Tal*, «valle», y el eslavo antiguo *dolŭ*, «pozo». En inglés, se oye *the deep*, «la profundidad», para referirse al mar. En griego es evidente la oposición entre *thalassa* y *limnē*, «el lago» y «el estanque», este último de una base que evocaría más el légamo de los marjales que las olas del océano.

Finalmente, hay que recordar que, a partir de la base **mor*, tenemos formas paralelas o derivadas que designan el marjal. La misma palabra francesa *marais*, «marjal», como el inglés *marsh*, representa un germánico *mar-isk*. El inglés *moor*, con una antigua vocal larga, designaba inicialmente el marjal.

De todo esto se puede concluir que la forma más extendida, a la que hemos designado como la base **mor*, inicialmente debía de aludir a una extensión de agua sin una especificación particular, tanto una zona pantanosa como una extensión que se pierde de vista. Esto parecería indicar que no se conocía la vida propiamente marítima, la que caracteriza el contacto con la alta mar y entraña una distinción clara entre lago y estanque, por una parte, y mar, por otra. Llegados al lado de un mar con mareas de gran amplitud y resaca violenta, lo que crea condiciones muy especiales para la navegación, fue necesario establecer ciertas distinciones: bien oponiendo **mor* o sus derivados a una palabra para lago, como en latín y eslavo; bien, como ocurre en germánico, oponiendo a **mor*, reducido al sentido de lago o estanque, una nueva designación del mar, susceptible a su vez de ser destronada por un competidor que remita a la alta mar, o, incluso, como sucede en griego, descartando de plano a **mor* en beneficio de dos recién llegados.

EL HAYA

Un vocablo que ha estado en el origen de numerosas especulaciones es el nombre del haya, en latín *fāgus*, palabra que subsiste en francés antiguo bajo la forma *fou*, «haya», de donde proviene el diminutivo *fouet*, «látigo», y el verbo *fouetter*, «azotar». La forma correspondiente en alemán es *Buche*, con el mismo sentido. De ella se ha derivado la palabra que designa «el libro», *das Buch*, y «la letra», *die Buchstabe*, propiamente «bastón de haya», derivados uno y otra del uso que se hacía de la madera y de la corteza de ese árbol para grabar mensajes. Todas las lenguas germánicas conocen esta designación del haya, a veces bajo una forma un tanto modificada, como el ing. *beech* o el danés *bøg*. La palabra germánica ha sido tomada como préstamo por el eslavo, y la palabra latina, por el celta. En Grecia, donde no encontramos hayas, el equivalente *phēgós* designaba una especie de encina. En Alemania, algunos investigadores deseosos de desplazar hacia el Oeste el hábitat primitivo de los indoeuropeos han destacado que el haya no crece al nordeste de una línea que partiendo de Könisberg, actualmente Kaliningrado, se dirige hacia Crimea. A esto se ha respondido haciendo observar que, más que en su identidad botánica, la designación de los nombres de árboles se basa bastante a menudo en las utilizaciones que, con diferentes fines, se hace del árbol o de sus frutos. La forma básica *fāgus*, *Buch*, *phēgós*, podría estar próxima al griego *phágein*, «comer», y designar en realidad el árbol que produce lo que, antes de los cereales, pudo ser una de las bases de la alimentación: el hayuco (fruto del haya) o la bellota de ciertas encinas. En este caso, el origen y difusión del término no dependería ya de la presencia del haya. La proximidad, menos evidente, a ciertas formas eslavas que designan el saúco estaría justificada por los usos alimentarios de las bayas de este árbol, todavía atestiguados en Escandinavia.

EL PEZ

Las conclusiones que podríamos querer extraer de las designaciones del «pez», en las diferentes lenguas, respecto a un hábitat primitivo ilustran con claridad el carácter sumamente hipotético de tales consideraciones. En el centro del campo, desde el báltico al griego y el armenio, tenemos formas derivadas de una base primera que los lingüistas identifican perfectamente, pero que puede perder su identidad debido a su brevedad e inestabilidad fonemática. Júzguese por las siguientes muestras: griego *ikhtûs*, prusiano antiguo /zuk/, en lituano *žuvis* —pero también *žuk-* en composición—, armenio *jukn*. Se esperaría de esto que el eslavo estuviera representado aquí, lo que esbozaría un vínculo entre las lenguas del Norte y las del Sur. De hecho, responde de manera no muy aproximada mediante el ruso *ryba*, palabra indudablemente reciente y que recuerda al al. *Raupe*, «oruga», *Aalraupe*, «rape». Se ha pensado en una sustitución debida a algún tabú: en el Este, tenemos formas (sct. *matsya*, iran. *masya*) que parecen recordar el carácter viscoso de la piel del animal. En el Oeste, encontramos designaciones formadas a partir de una misma base, la del latín *piscis*, del gót. *fisks*, y del irlandés *íasc*, con pérdida regular, en celta, de la *p* inicial. Se podría ver en ello un adjetivo derivado mediante un sufijo *-isk-* a partir de una palabra que designa el agua corriente, *ap-* o *āp-*, incluso *ab-*, representada de un extremo a otro del dominio; en latín, por ejemplo, bajo la forma de un derivado *amnis* (de **ap-ni-s* o **ab-ni-s*). Así pues, el pez sería el «bicho de las corrientes de agua» y se podría tratar, aquí también, de una sustitución debida a un tabú. ¿O deberíamos ver en esa designación muy poco específica la señal de cierto desinterés? Esto vendría en apoyo de la opinión de que los pueblos muy antiguos de lengua indoeuropea manifestaban cierta prevención frente al pez, lo que explicaría que no haya en esa lengua una sola especie de pez para la que podamos reconstruir una forma común antigua. Esa repugnancia se explicaría

perfectamente cuando recordamos que la carne de pez se conserva mal y que sólo a partir del momento en que se descubrieron técnicas de conservación como el ahumado o la salazón pudo constituir un recurso alimentario serio. Anteriormente, el pez podía ser tenido por sospechoso, algo así como las setas de cuyo consumo, como sabemos, ciertos grupo humanos se abstienen por completo.

Los nombres de especies particulares de pez son de origen tardío y su extensión no coincide de ningún modo con la de las diferentes ramas de la familia: el *arenque*, por ejemplo, se designa así en la Europa Occidental, desde el alemán *Hering* al francés *hareng*, mientras que las lenguas escandinavas comparten con las eslavas otro término: danés *sild*, ruso *sel'd'*. Para la *trucha*, la forma documentada abarca un ámbito que va desde el inglés *trout* al francés *truite* y el italiano *trota*; la forma alemana *Forelle* alcanza a Escandinavia, donde tiene, no obstante, una forma local distinta (dan. *ørred*), y a Rusia, donde la palabra entra en conflicto con otra, que abarca la Europa oriental y central, incluidas Rumanía y Hungría, y que se deriva de un adjetivo que tiene el sentido de «abigarrado, multicolor». La designación de la carpa, casi uniforme de un extremo a otro de Europa, parece haber irradiado desde Alemania, pero formalmente no tiene aspecto de palabra germánica.

Todo esto viene a reforzar la impresión sugerida por el examen de las designaciones de masas de agua. En su origen, evidentemente, no nos hallamos ante un pueblo de marinos. El pez es, naturalmente, una realidad identificada, pero que merece escaso interés, un poco sospechosa y, en el plano alimentario, durante mucho tiempo despreciada. En el curso de la expansión, se alcanzarán regiones en las que los productos del mar desempeñaban un gran papel en la subsistencia. Piénsese en los *køkkenmødding* daneses, amontonamiento de conchas arrojadas tras el consumo de los moluscos. Pero quedan vestigios del desdén de los conquistadores. A pesar del importante papel desempeñado por el pez en los Evangelios, la Iglesia no estima que su consumo afecte al ayuno, y esto debió de ser un factor determinante en el desarrollo de la pesca como medio de subsistencia. Pero no vemos

claro en qué sentido interpretar la existencia, en el centro del dominio, de una designación (griego *ikhthûs*, etc.) del pez verosímilmente antigua, reemplazada en el Este y en el Oeste, lo mismo que en el centro (con el eslavo *ryba*) por diversos sustitutos.

EL REY

Frente a este caso, en que el centro parece conservar la forma antigua, mientras que los márgenes innovan, nos encontramos frecuentemente con el caso inverso la innovación en el centro, permitiendo subsistir en los márgenes geográficos, del Oeste y del Este, la designación tradicional. Tal es, por ejemplo, el caso de la palabra *rey*, que sólo se halla documentada en los dos extremos del dominio. En sánscrito bajo la forma *rāj-*, de donde proceden los derivados modernos bien conocidos: el *rajah* y el *maharajah*, es decir, el gran rey y su partenaire, la *rani*. En latín y celta, con *rēx*, de donde se derivan *rey*, *roi*, etc., y con el galo *-rix* en los nombres compuestos del tipo *Dumnórix*, «rey del mundo», *Vercingétorix*, «jefe supremo de los guerreros». El germánico adoptó la forma celta, de donde deriva el gótico *reiks* (pronúnciese *rîks*), «jefe, príncipe», y sus derivados: en al. *Reich*, el dominio del jefe, el «estado», el «imperio», y *reich*, «rico», que a su vez han tomado como préstamo otras lenguas, tales como el francés y el español. *Austria* se deriva de un antiguo **Austerrîki*, «el Estado del Este». Entre estos dos extremos, para el jefe del clan, de la tribu y, posteriormente, del pueblo, se han encontrado formas sin duda mejor adaptadas a las realidades locales. En germánico, la forma antigua del verdadero rey, tomada y conservada tal cual en finés, era **kuningas*, de donde proceden ing. *king* y al. *König*. Se trata del «jefe de la gente», formado a partir de la misma base que *gens*, *genus*, *generare*. El gótico *thiudans*, «rey», de manera análoga, se deriva de *thiuda*, «pueblo». De paso, obsérvese que el adverbio *thiudiskō* quiere decir «a la manera del pueblo»; hablar de ese modo significa distinguirse de los clérigos, que hablan latín o, más exactamente, ro-

mance; la palabra se convirtió en *deutsch*, «alemán». En eslavo es *Karolus (Magnus)*, es decir, «Carlomagno», quien está en el origen de la palabra empleada para «rey», en ruso, *korol'*. El griego tiene su propia forma, *basileús*, de origen oscuro.

EL ARADO

Si las diferentes formas que acabamos de examinar no aportan apenas pruebas referentes a una antigua localización geográfica de un pueblo indoeuropeo en la época en que aún permanecía unido por el examen de ciertas innovaciones podemos sacar conclusiones sobre la cronología relativa de ciertos movimientos. La técnica del laboreo mediante un instrumento arrastrado se manifiesta a través de la base que encontramos en *aratrum*, *aratorius*. Nos topamos con ella en todas las lenguas europeas de la familia, y en armenio, pero falta en las lenguas de la India y del Irán, lo que puede hacer suponer que quienes hablaban esas lenguas se separaron antes de la invención del arado. ¿O debemos pensar que esos pueblos tuvieron un largo período de nomadismo, que habría hecho caer en el olvido el vocabulario correspondiente al laboreo mediante tracción animal? Sin duda, el vocabulario puede renovarse al tiempo que se renuevan las técnicas. Esto es lo que ha ocurrido cuando el arado, provisto de ruedas, sustituyó al arado antiguo, simple rama de árbol cortada por debajo de un brazo lateral, al que se despuntaba para que penetrara en el suelo. Las antiguas lenguas germánicas conservan la base *ara-* para «labrar», pero para el instrumento emplean ya el neologismo inglés *plough*, *plow*, al. *Pflug*. En germánico, una *p-* inicial indica casi con toda seguridad un préstamo o una creación expresiva.

LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS

Para apoyar o completar los datos de la comparación se ha pensado, por supuesto, recurrir a los datos arqueológicos[3]. Pero durante mucho tiempo, ha resultado difícil combinar las aportaciones de ambas disciplinas. Los arqueólogos, con toda legitimidad, se han interesado en gran medida por las cerámicas, por las diferentes técnicas que éstas manifestaban, por la evolución de tales técnicas a través del tiempo, y por la difusión de los diversos tipos a través del espacio. Desgraciadamente, resultaba que esta difusión se hacía las más de las veces de Sur a Norte, mentras que los desplazamientos de pueblos que sugerían los datos históricos o las conclusiones de los comparativistas se hacían más bien de Norte a Sur. Esto quería decir, simplemente, que existían relaciones comerciales entre pueblos establecidos en diferentes latitudes, y que, por supuesto, de la presencia de cerámicas del mismo tipo en dos regiones diferentes no se podía concluir un parentesco lingüístico de las poblaciones en cuestión.

Ocurre ciertamente de modo muy distinto con los tipos de sepulturas. Si se comprueba que un tipo dado, perfectamente caracterizado, se encuentra en regiones diferentes con dataciones sucesivas, parecería que a menudo se puede llegar a la conclusión de un desplazamiento de población. Pero, también aquí, podría haberse extendido gradualmente una moda. Falta por saber cuál era la lengua que practicaban esas gentes. Los objetos que acompañaban al difunto en su tumba habían podido ser fruto de intercambios comerciales entre los pueblos. Ciertos rasgos físicos puestos de manifiesto en las osamentas,

[3] Aquí nos hemos inspirado fundamentalmente en los datos aportados por Edgar C. Polomé (dir.), *The Indo-European in the fourth and third millennia*, Ann Arbor, 1982. Otras fuentes de documentación están representadas por Guy Rachet, *L'univers de l'archéologie, technique, histoire, bilan*, 2 Verviers, 1970, y André Leroi-Gourhan y su equipo, *La préhistoire*, París, 1966. Las dataciones varían mucho según los autores, con tendencia a retroceder en el tiempo.

como la relación entre la longitud y la anchura del cráneo, han ocupado la atención durante mucho tiempo. Se ha distinguido entre gentes de cráneo alargado, o dolicocéfalas, y gentes de cráneo corto y ancho, o braquicéfalas. Comparando los datos de este tipo entre las poblaciones establecidas actualmente y las que se ponían de manifiesto teniendo en cuenta las osamentas extraídas, se podían dibujar algunos sentidos del desplazamiento. ¿Pero se podía atribuir la dolicocefalia o la braquicefalia a los usuarios de tal o cual lengua sin recurrir, en un principio, a hipótesis inverificables?

Antes de ver cómo se plantea actualmente el problema de las relaciones entre la arqueología y la localización —en el tiempo y el espacio— de las poblaciones indoeuropeas, puede ser interesante resumir rápidamente los datos arqueológicos relativos a los movimientos culturales en Europa occidental y central, sin remontarse en el pasado hasta la época de las glaciaciones.

EL NEOLÍTICO

La primera expansión de la que debemos ocuparnos es la del Neolítico. Se trata de una cultura que no se caracteriza, como su nombre parece sugerir, por un nuevo tratamiento del sílex, sino por el paso de la recogida a la agricultura. Se advertirá, no obstante, que el metal no ha hecho su aparición y que las herramientas siguen siendo de piedra. ¿Resulta esta expansión de una aculturación que se propaga por imitación de manera paulatina, o de movimientos de población, propios de agricultores que se desplazan a medida que se agotan las capas superiores del suelo? Resulta difícil pronunciarse con seguridad, y probablemente haya que suponer ambas cosas. En Europa, el Neolítico se manifiesta a partir del VII milenio, en los Balcanes y en la llanura danubiana, procedente, sin duda, de Oriente Próximo. Allí parece irradiar en torno a los enclaves danubianos, donde lo volveremos a encontrar más adelante cuando tratemos de evaluar su contribución fundamental a las culturas europeas que han modelado el

mundo contemporáneo. Desde allí, en el V milenio, se extiende a Italia y, a través de Provenza, hasta la Península Ibérica. Hacia el Norte, llega hasta Alemania y Escandinavia, y, girando al Oeste, hasta los Países Bajos, el norte de Francia y Gran Bretaña.

En el curso del IV milenio se completa la ocupación neolítica de Europa occidental, tanto si se propaga por el Norte como por el Sur. Pero en el momento mismo en que esta cultura se establece aquí a fondo, hace ya algunos siglos que se halla expuesta, en su enclave originario danubiano, a presiones procedentes de las estepas eurásicas. Tal vez esas presiones se hallen en el origen de los desplazamientos de población que activaron e intensificaron esta neolitización del oeste europeo, condicionando su evolución económica posterior de una manera mucho más permanente que las oleadas sucesivas de conquistadores indoeuropeos, ya se trate de galos, romanos o francos.

LOS MEGALITOS

La expansión, Este-Oeste, del Neolítico va a entrar en contacto con una presión procedente del Sur y que se extiende por el Norte a lo largo de las costas, la de los megalitos. Nada ha dejado sobre el terreno huellas tan evidentes como eso que solemos designar como cultura megalítica. Los megalitos son las «grandes piedras», en bretón *men hir*, que encontramos aisladas o en hileras, como en Carnac en Bretaña. No se sabe bien qué finalidad tenían. Pensamos, por supuesto, en un culto. Pero al lado de los *menhires* encontramos «mesas de piedra», los *dólmenes*, inicialmente cubiertos de tierra y formando cuevas que sirvieron como lugares de enterramiento, algo así como los panteones familliares contemporáneos. Adviértase que los cuerpos encontrados allí corresponden a decesos ocurridos en fechas diferentes y no, con toda verosimiltud, a ejecuciones destinadas al acompañamiento de un difunto poderoso. El movimiento megalítico, de origen oriental indudablemente pero que no se ve con claridad cómo pudo propagarse hasta Occidente, parece iniciarse en Europa en el IV

milenio; primero en España, después en Bretaña, el oeste de Francia y las Islas Británicas; finalmente, en el III milenio, a lo largo del Mar del Norte hasta Dinamarca. ¿Se trata de un pueblo que se desplaza o de un comportamiento que se difunde progresivamente siguiendo un proceso que nosotros asemejaríamos a una evangelización dirigida a gentes de la misma o distinta lengua? No resulta fácil pronunciarse. Las consideraciones desarrolladas anteriormente a propósito de la designación del mar, unidas a muchas otras, sugieren que, en esta fecha y en esas regiones, no se trata de poblaciones de lengua indo-europea. Al parecer, es conveniente distinguir entre esa presión megalítica y un rebrote posterior, al que se debe el conjunto de Stonehenge, en Inglaterra, mucho más sabiamente elaborado que los alineamientos de Carnac, por ejemplo.

LOS KURGANES

Antes de encontrar en la cuenca del Danubio los primeros representante del Neolítico europeo y, finalmente, para resaltar mejor la originalidad de su cultura, nos trasladamos a las estepas de Eurasia, donde la arquelogía contemporánea ha identificado lo que se conoce como la cultura de los kurganes. Tenemos buenas razones para pensar que era la de un pueblo que, en el VI milenio, se hallaba ubicado entre los Urales y el Mar Caspio y hablaba una forma de indoeuropeo común.

Los kurganes, en inglés *pit-graves*, son lugares de sepultura semienterrados, con paredes y techo de piedra recubiertos de tierra. Son las sepulturas de jefes que se suponen ricos y poderosos si se tienen en cuenta los tesoros y el número de servidores y concubinas que los acompañan en la muerte. Esto recuerda el sacrificio de las viudas sobre la pira del marido que se han contemplado en la India casi hasta nuestros días. Las riquezas que contienen los kurganes no parecen ser producto de las industrias locales y es posible que povengan de rapinas más que de negocios. Todo indica la existencia de una sociedad

muy jerarquizada, con una clase dirigente de jefes y también de sacerdotes, si se extrapola, a partir de culturas del mismo tipo pefectamente descritas, con los brahmanes de la India y los *flamines* de Roma. Encontramos después una clase de guerreros y, finalmente, pastores encargados de asegurar la supervivencia. No obstante, hay que evitar una identificación demasiado estrecha con las estructuras sociales de épocas más recientes en contacto con la cultura neolítica y las actividades agrícolas que la caracterizan. La complejidad de la estructura social que implican los datos arqueológicos parece excluir una economía basada exclusivamente en la caza y la recolección, y por esta razón se debe suponer que algunos pastores guiaban sus rebaños a través de las estepas. En cierto momento se domesticará el caballo, lo que facilitaría las actividades depredadoras. Para hacerlo participar en acciones propiamente belicosas, sin duda, habrá que esperar a la invención del carro, que asegura al guerrero una estabilidad que a caballo no encontrará hasta mucho más tarde, con el estribo.

Sepulturas del mismo tipo que los kurganes, con víctimas inmoladas, jalonarán el avance de los indoeuropeos a través de Europa. Se las ha encontrado en Bohemia y Alemania central, en Unětice por ejemplo, con datación de -1700. Están documentadas al norte del Cáucaso, en Transcaucasia y Anatolia, en la ruta probable de algunas oleadas de conquistadores indoeuropeos. Las dataciones no indican en absoluto un punto de llegada, pues la inmolación de familiares debió de continuar a través de los tiempos, aunque por falta de documentación arqueológica no podamos indicar sus etapas. La volvemos a encontrar en la época merovingia en la tumba de Childerico I en Tournai. Los sacrificios humanos son perfectamente conocidos en la Antigüedad clásica, aunque no sea más que en la forma espectacular de los combates de gladiadores. Las masacres a gran escala de las guerras contemporáneas, en las que se inmolan millones de seres humanos en aras de la patria, de la democracia o de cualquier otra abstracción nos recuerdan la permanencia de ciertos comportamientos que sólo nos sublevan cuando ya no advertimos las justificaciones que para los mismos se pudiera dar.

LOS DANUBIANOS

Las excavaciones que en fecha relativamente reciente se han llevado a cabo en los Balcanes y en la cuenca del Danubio permiten percibir mejor las condiciones en que se produjeron las expansiones indoeuropeas hacia el Suroeste, partiendo de las estepas de Eurasia. Desde el VII milenio antes de nuestra Era se desarrolla en ese ricón del mundo, cuna del Neolítico europeo, una cultura que, a partir del V milenio, va a estar expuesta a las incursiones de los nómadas de los kurganes, y que debido a eso retrocederá hacia las costas del Mar Egeo y Creta, para ceder, finalmente, a finales del III milenio a la presión de los indoeuropeos, los aqueos, pero no sin haber marcado profundamente a los invasores. Lo que la arqueología revela de esta cultura la sitúa en las antípodas de lo que debía de ser la estructuración social de los conquistadores. Los neolíticos danubianos aparecen como los representantes de una sociedad matriarcal, cuya divinidad central es una diosa madre de la fecundidad, y en la que la técnicas agrícolas y la producción de objetos de consumo parecen más honrosas que la práctica de las artes marciales. Los lugares habitados desde más antiguo no revelan auténticos dispositivos de defensa contra la agresión exterior. Sólo tardíamente, cuando se haga sentir la presión recurrente de sus turbulentos vecinos, aparecerán embriones de fortificaciones que al fin se revelarían ineficaces contra los raids de jinetes poderosamente armados.

Si se tiene presente la antigüedad de las manifestaciones de esta cultura, asombra el avance que ella representa en la senda del desarrollo de la Humanidad. Durante mucho tiempo se pensó que, en el III milenio antes de nuestra Era, sólo en Mesopotamia y en el valle del Nilo se debían buscar los primeros vestigios, por ejemplo en el ámbito de la escritura, de lo que habría de desembocar en la cultura de Occidente. De hecho, entre los danubianos podemos seguir la evolución de un grafismo a partir de signos de origen cultural, que, en el

IV milenio, conduce a lo que parece ser un silabario, respecto del cual podemos preguntarnos si no estaría en el origen de los que más tarde encontramos de nuevo en Creta.

Una exposición cuya unidad cronológica, a gran escala, ya no es el siglo sino el milenio no pone de relieve el decisivo papel que debió de desempeñar esta cultura danubiana en el desarrollo del subcontinente europeo. Conviene insistir en el hecho de que, desde su aparición hasta su ocaso, debió de prolongarse durante más de dos mil años, salvando lo esencial de sus aportaciones al progreso de la Humanidad. A menudo se ha hablado del milagro griego. Aunque mantengamos las distancias frente a un término que no hace sino bloquear la reflexión y frenar la investigación, podemos ver en él una manera un tanto ingenua de caracterizar esa más que notable amalgama de poder creador y vigor expansional, surgida de la simbiosis de la fecundidad danubiana y la agresividad de los nómadas. Esa síntesis, cuyo modelo para nosotros es la Grecia clásica, se halla perfectamente ilustrada por el sincretismo de la religión helénica, en la que el panteón masculino de los conquistadores indoeuropeos está próximo a las diosas de la fecundidad y de la inteligencia. De una parte, el clan de los varones, con Zeus —dios del cielo y del rayo— a su cabeza, y como parejas femeninas Venus, o su réplica nórdica, Freyja, concebida como el «reposo del guerrero», y Hera —la Juno de los romanos—, esposa del jefe y protectora de los héroes, con una base *hēr-*[4] muy extendida, lo que no es fortuito. De otra parte, las divinidades propiamente helénicas de la tierra, de la fecundidad y de la invención: Gea, Deméter, Perséfone y Atenea.

Esta simbiosis en realidad sólo existe entre los que participaron de las culturas del mundo egeo. Otros indoeuropeos —de los que se piensa que en el curso de sus desplazamientos pudieron habitar du-

[4] Esta base parece identificarse con la del ing. *year*, al. *Jahr*, «año», propiamente «el año nuevo», siendo el héroe aquel que más allá de la muerte invernal puede participar en la renovación anual. Sobre todo esto, véase Jean Haudry, «Héra 1», en *Études indo-européennes*, 6, 1983, págs. 17-41; «Héra 2», *ibid.*, 7, 1983, págs. 1-28, y «Héra et les héros», *ibid.*, 12, 1985, págs. 1-51.

rante algún tiempo en la cuenca del Danubio— o bien, como quizá los indoiranos, no participan en absoluto de esa amalgama, o, como los latinos, sólo la conocen como préstamo tardío.

PRIMERA OLEADA DE GENTES DE LAS ESTEPAS

Hacia finales del V milenio, las gentes de las estepas penetran por primera vez en el espacio danubiano. Parece que su base de partida fueron los cursos inferiores de los ríos Don y Dniéper. Más que de una invasión se trata de incursiones de jinetes que imponen su dominio en ciertos puntos del territorio. Las huellas de esos ataques se encuentran desde la desembocadura del Danubio, río arriba, hasta lo que actualmente constituye la llanura húngara y, por el Sur, hasta Macedonia. A veces, las poblaciones locales debieron de oponer a los invasores una resistencia bastante eficaz. Al parecer, tal fue el caso de los primeros afectados en la región del Dniéster, en lo que actualmente es Ucrania occidental y Moldavia. ¿Tenían experiencia anterior de las agresiones de sus vecinos del Este? En la llanura de Tisza, unas poblaciones fueron subyugadas y su cultura aniquilada; otras, se replegaron hacia el Sur y Occidente, habiendo tenido que establecer un *modus vivendi* con el invasor. Naturalmente, es imposible precisar cuál podía ser la situación lingüística en las regiones en cuestión al final de estos movimientos. Podemos suponer, simplemente, que esas incursiones no condujeron a un aflujo de nuevas poblaciones y que, incluso allí donde los conquistadores terminaron imponiéndose, su mezcla con las poblaciones autóctonas pudo desembocar en la eliminación de su lengua, algo así como lo ocurrido cinco mil años después en Normandía.

SEGUNDA OLEADA DE GENTES DE LAS ESTEPAS

Cerca de un milenio más tarde se produce una nueva avalancha de gentes de las estepas, que terminará con la ocupación de una gran

parte de Europa por poblaciones de lengua indoeuropea. Como tampoco en el curso de la primera oleada, no debemos suponer en este caso una eliminación de las poblaciones locales. Las más de las veces, sin duda, habrá amalgama y, desde el punto de vista lingüístico, no se dice que el indoeuropeo se imponga en todas partes. El punto de partida de esta nueva oleada debemos situarlo, al parecer, más al Este que el de la primera, en la región situada al norte del Cáucaso. Esta vez, el empuje se verifica no sólo en dirección oeste-suroeste, sino también hacia el Noroeste. Se ocuparon las actuales Ucrania, Polonia y Alemania hasta el Elba, e incluso más allá. Se alcanzó también el norte y centro de Italia[5]. Hacia el Sur, apenas si se rebasa Macedonia, aunque el empuje se extiende por Asia Menor. En este espacio se producirán más tarde diversos movimientos que, a la postre, conducirán a una total indoeuropeización. Por supuesto, no fue esta segunda oleada la que llevó a Italia lo que serían el latín y las lenguas itálicas.

TERCERA OLEADA DE GENTES DE LAS ESTEPAS

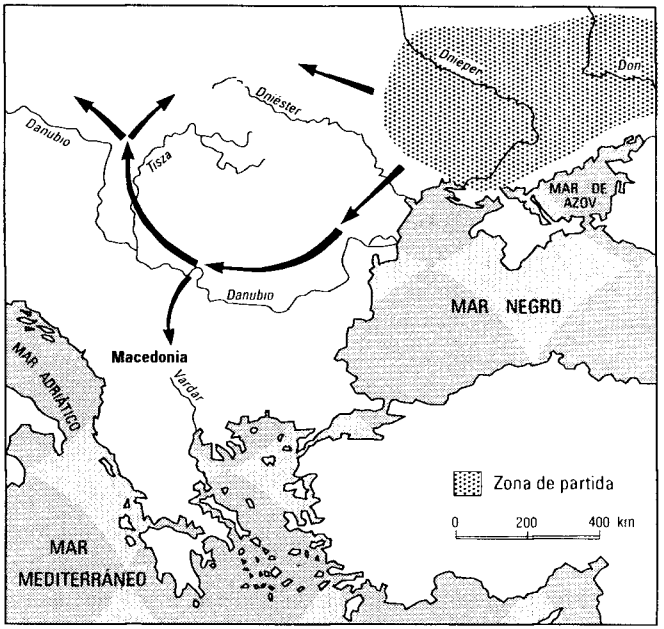
Más tarde, a comienzos del III milenio, una tercera oleada de invasores de las estepas, procedente de una zona que se extiende desde el Dniéster hasta los Urales, cubrirá de nuevo la Europa central. Supondremos aquí que el indoeuropeo aportado por las últimas oleadas llegadas del espacio danubiano se halla en el origen, por una parte, del griego especialmente y, por otra, de las lenguas arias, mientras que lo designado como indoeuropeo del Oeste: itálico, celta y germánico, deriva de los invasores procedentes del norte de Europa. En esta zona septentrional y en esta época se ubica una cultura llamada del ánfora globular. Ésta hará sitio un poco más tarde a la cerámica cordada, cuya difusión se extiende desde Rumanía, a través de la lla-

[5] De esta época, tal vez, son algunos grabados rupestres del Val Camonica; cf. Isabelle Turcan, *Études indo-européennes*, 6, 1983, págs. 1-15.

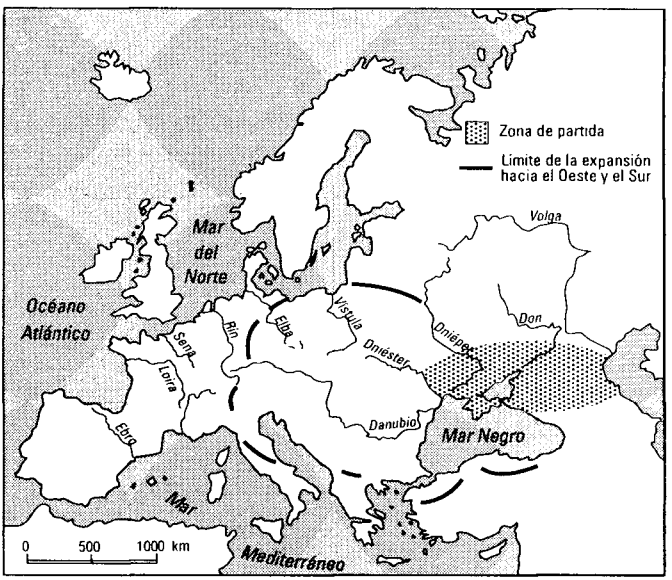
nura del norte, hasta los Países Bajos y Escandinavia. Se trata de una alfarería caracterizada por impresiones efectuadas en el barro mediante cuerdas. Es de la misma época que el hacha de combate, fabricada de cobre o de piedra pulida al modo de los instrumentos de metal.

La difusión hacia el Oeste de la cerámica cordada es contemporánea de la expansión de otro tipo de alfarería conocido con el nombre de vasos campaniformes, que al parecer provenía de España. Podría, sin duda, tratarse de una expansión comercial, pero los arqueólogos tenderían a identificar su presión hacia el Nordeste con la de un pueblo de arqueros que se desplazaba paralelamente a la cultura megalítica, pero un poco más al interior de las tierras. Esta actividad de los representantes de las culturas de Occidente explica, sin duda, el carácter tardío de la expansión indoeuropea hacia las costas del Mar del Norte y más allá del Rin. Entre la segunda oleada y la penetración en masa de los celtas en lo que vendría aser la Galia transcurrirán más de dos milenios.

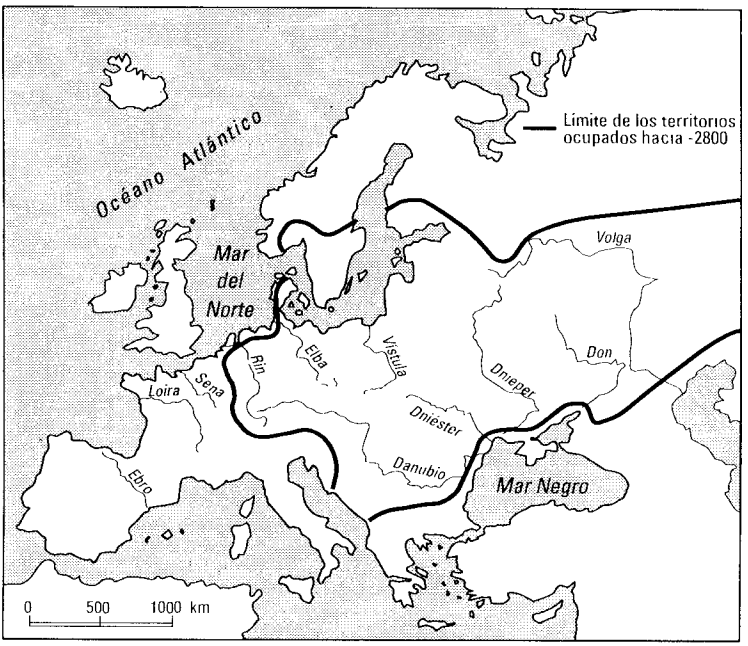
Hacia finales del III milenio, podemos suponer formas de indoeuropeo perfectamente establecidas, desde la Alemania central a Ucrania, desde el Báltico a los Balcanes, en un espacio en el que se mantienen ciertamente en concurrencia con formas lingüísticas más antiguas, pero donde ellas representan la lengua de los elementos más poderosos y más dinámicos de la población. No hay que olvidar, sin duda, que dondequiera que la agricultura sigue siendo desconocida, o practicada de manera nómada, es decir, en forma de horticultura sin fijación permanente, la densidad de la población sigue siendo muy débil. La llegada a una región de elementos alógenos no excluye, pues, una coexistencia paralela, sobre todo si los menos fuertes se contentan con aquellas partes del territorio menos fértiles y menos ricas en caza. A partir de este dominio, probablemente, se difundirán las lenguas indoeuropeas, exceptuando las anatolias. En primer lugar, quizá, las lenguas arias, hacia Asia Menor; después el griego, hacia el Sur; el latín y, posteriormente, las demás lenguas itálcas, desde el Norte hacia el Danubio, más tarde hacia Italia; los celtas van tras ellos, después giran hacia el Oeste; los germanos se dirigen primeramente hacia el Norte, y después, tras los pasos de los celtas, hacia el Sur.



Primera oleada del pueblo de los kurganes (-4200)



Segunda oleada del pueblo de los kurganes (-3300).
Esta oleada es contemporánea a la extensión de los megalitos a lo largo del Atlántico y en torno al Mar del Norte.



Tercera oleada del pueblo de los kurganes (-2800).

Respecto a la segunda oleada, se advertirá un menor avance hacia el Sur y la progresión en las otras direcciones. Esta oleada es contemporánea de la extensión de los arqueros portadores de vasos campaniformes de España a Bohemia.

EN EL ALBA DE LA HISTORIA

En el cambio del último milenio antes de nuestra Era apareció el rito funerario de la incineración con enterramiento de los receptáculos que contenían las cenizas en los cementerios designados «campos de urnas». Encontramos estos campos en la llanura del Norte, en Lusacia, pero también en Italia septentrional con la cultura villanovense, que irradia a par-

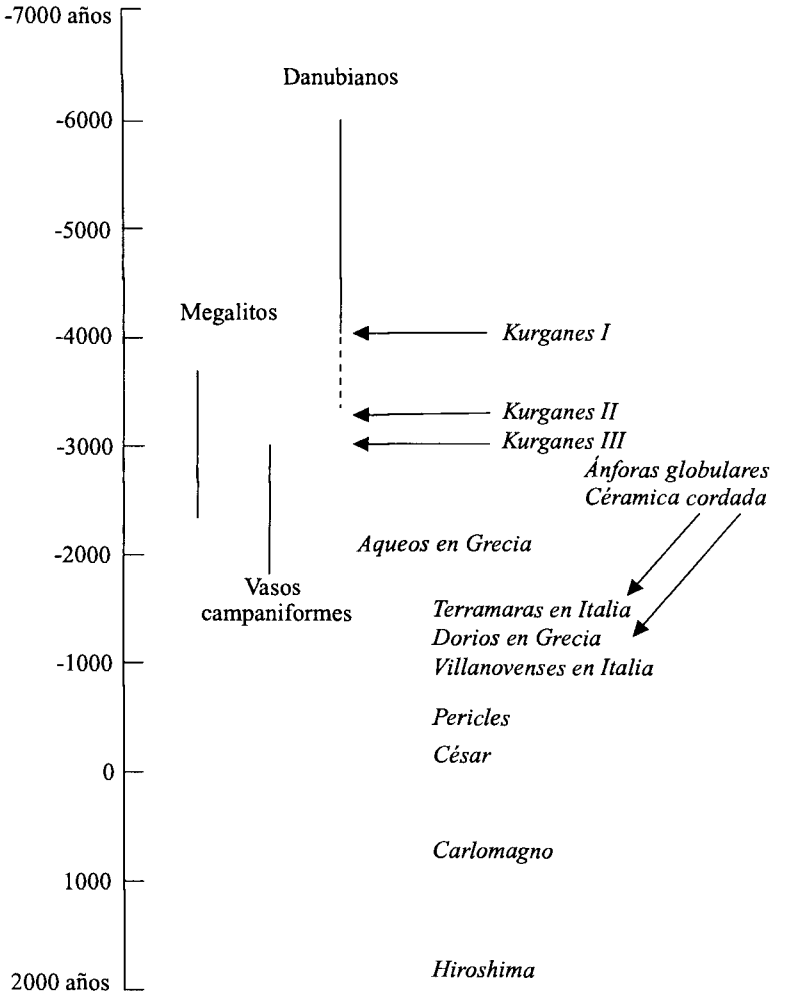
[6] Estos mapas se inspiran directamente en los de Marija Gimbutas, en *The Indo-Europeans in the fourth and third millennia,* págs. 53, 54 y 55.

tir de la Emilia. Esta cultura estuvo precedida varios siglos antes, en lugares situados más al Oeste, por la de las terramaras. Más al Norte encontramos la cultura llamada atestina, la de los vénetos. Todas estas culturas son atribuidas a pueblos de lenguas indoeuropeas. Las gentes de las terramaras fueron los primeros en descender hacia el Sur, pudiéndose ver en ellos los antepasados de los latinos. Cuando los villanovenses, sorteando a los etruscos, penetren a lo largo de los Apeninos serán identificados como umbros, sabinos, oscos y samnitas, perteneciendo todos ellos a un grupo lingüísticamente bien caracterizado. A los vénetos, durante mucho tiempo asimilados con los ilirios, hay que equipararlos a los latinos por su lengua. Desde el punto de vista cultural, resulta difícil distinguir a los villanovenses de los etruscos, situados históricamente en Toscana, es decir, más al Sur, pero se oponen a ellos por la lengua, pues, con toda seguridad, el etrusco no es una lengua indoeuropea.

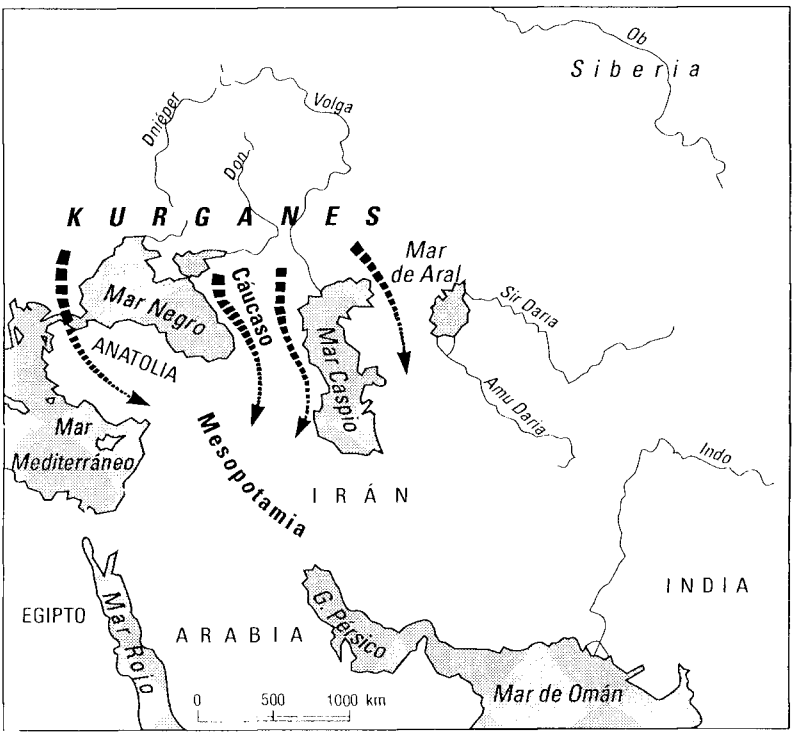
Asimismo, a finales del segundo milenio situamos un movimiento, llamado de «las espadas largas», surgido del Norte y que a través de Europa se extiende hasta los Balcanes. Se le imagina avanzando, más allá del Mediterráneo, hasta Palestina, donde habría dado origen al pueblo de los filisteos[7].

Con el primer milenio antes de nuetra Era llegamos a la edad del hierro, en la que este metal simultanea con el bronce más antiguo. Se distingue un primer período llamado de Hallstadt, localizado en Austria central, en la primera mitad del milenio. Desde el punto de vista lingüístico, se trata de celtas que en un primer momento incineran como los villanovenses, pero que finalmente vuelven a la inhumación directa. Su centro de gravedad no se desplazará hacia el Oeste hasta -500, en el momento en que se impone la metalurgia del hierro. Es lo que se conoce como la cultura de La Tène, de un lugar con ese nombre situado en la meseta suiza, en las proximidades del lago de Neuchâtel.

[7] ¿Es menester hacer, como Vladimir Georgiev, *Introduction to the history of the Indo-European languages*, pág. 107, que esta penetración hacia el Sur retroceda mucho más atrás en el tiempo y pensar en los pelasgos, ocupantes muy antiguos de Grecia, en los que algunos quieren ver a los representantes de un antiguo avance indoeuropeo? Cf. más adelante, pág. 100.


-7000 años
Danubianos
-6000
-5000
Megalitos
-4000
Kurganes I
Kurganes II
-3000
Kurganes III
Ánforas globulares
Céramica cordada
Aqueos en Grecia
-2000
Vasos campaniformes
Terramaras en Italia
Dorios en Grecia
-1000
Villanovenses en Italia
Pericles
César
0
Carlomagno
1000
Hiroshima
2000 años

Europa en el alba de la Historia. Mapa de orientación



De la región de los kurganes hacia el Sudeste

LOS ANATOLIOS

Los indoeuropeos de Asia Menor, los conocidos como anatolios, especialmente los hititas, llegaron allí por el Cáucaso, que en sus extremos apenas presenta obstáculos para el paso de los pueblos en movimiento. Allí establecieron contactos ciertamente muy estrechos con las culturas mesopotámicas, como lo testimonia la adopción de

grafías cuneiformes. Se podría pensar que los indoiranios, de los que algunos al menos dejaron huellas en Asia Menor, siguieron con apreciable retraso la misma ruta que los anatolios. Pero, por una parte, ciertas consideraciones lingüísticas sugieren que los antepasados de griegos e indoiranios estuvieron durante mucho tiempo en contacto. En otro sentido, cuando se recuerda que en fecha histórica, algunos pueblos iranios se manifestaron en las estepas, al norte del Mar Negro y muy alejados en Asia, y que en fecha muy antigua estuvieron en contacto con los fino-ugrios, sin duda en los confines de Siberia, uno puede preguntarse si no debemos pensar en una presión ejercida por diferentes caminos —al oeste y al este del Mar Negro, incluso a ambos lados del Mar Caspio—, confluyendo a la postre las principales corrientes hacia Irán y el valle del Indo.

Capítulo V

LENGUAS Y GRUPOS DE LENGUAS INDOEUROPEAS

Hasta aquí hemos evitado aludir a lenguas o pueblos poco conocidos, tomando los ejemplos principalmente de las culturas clásicas u occidentales, que no resultarán extrañas a los presuntos lectores de esta obra. Todo el mundo conoce a los griegos y a los romanos, y términos como celtas, germanos o eslavos evocan algo, aunque las ideas que tenemos de los pueblos a los que se aplicaban, y continúan aplicándose, estén teñidas de prejuicios nacionalistas aparecidos muy frecuentemente en los bancos de la escuela. La historia, tal como se ha enseñado a los niños a partir del siglo XIX, ha tendido fundamentalmente a reforzar la unidad nacional y, con este fin, entre los datos reunidos por los investigadores, ha seleccionado los que conducen necesariamente a una visión parcial e inexacta de la realidad. En Francia, por ejemplo, en la enseñanza destinada al «pueblo», se optó por exaltar la Galia y a los galos. El primer héroe nacional es Vercingetórix, al que hizo frente al romano César. En la enseñanza secundaria, durante mucho tiempo reservada a los «burgueses», se ha conservado una visión más amplia de la realidad histórica, y se han hecho intervenir, de un modo más liberal, los orígenes latinos de la cultura nacional. Como no podía negarse la importancia de los invasores germanos —después de todo, algunos de ellos, los francos, dieron su nombre al país—, en cierto modo ha sido camuflada. Oponer la «sangre roja de los francos» a la «sangre azul de los germanos» es

dejarse llevar, inconscientemente tal vez, por una manipulación destinada a hacer olvidar que, si «germánico» tiene un sentido, este epíteto se aplica tanto a los francos como a los alamanes, sus adversarios en la batalla de Tolbiac (al. *Zülpich*).

No podemos continuar aquí sin precisar a qué nos referimos cuando citamos tal lengua o tal pueblo, bien porque conviene rectificar, o al menos matizar, las ideas que de ellos se hace el público, incluso el culto, bien porque sólo los especialistas conocen la existencia de los mismos.

¿En qué orden presentar las lenguas indoeuropeas? ¿Debemos enumerar todas las que tienen identidad propia, ordenándolas de la *a* a la *z*, o agrupar aquellas que, como las lenguas románicas, se derivan de una misma lengua antigua, el latín, o aquellas que, con toda verosimilitud, en un momento determinado fueron dialectos estrechamente emparentados? Tradicionalmente se ha adoptado este último partido, y apenas encontramos razones para actuar aquí de otro modo. ¿Pero en qué orden debemos presentar los diferentes grupos así delimitados? ¿Vamos a dar preferencia a una división geográfica, teniendo en cuenta los hábitats de cada grupo en la fecha en que están documentados por primera vez, y procediendo de Este a Oeste, o de Oeste a Este? ¿O daremos prioridad al tiempo frente al espacio, a la historia frente a la geografía? ¿Y, en este caso, optaremos por la historia de la investigación, comenzando por las lenguas utilizadas desde más antiguo en la comparación de las lenguas, u optaremos por la historia de las lenguas mismas, comenzando por las que, al separarse en fecha más temprana del tronco común, asumieron antes su identidad? Se puede titubear, con toda razón, entre esos diferentes principos de exposición. Finalmente tomaremos partido por la historia de la investigación, aunque sólo sea porque, así, procedemos en general de lo mejor a lo menos bien conocido, y porque deduciremos antes los rasgos que han permitido identificar y clasificar las lenguas descubiertas o descifradas tardíamente.

La cuestión que se plantea desde el principio es saber cómo constituir los grupos con que vamos a operar: al lado de semejanzas y

agrupamientos que se imponen a todo investigador, hay otros más discutibles: no hay, por ejemplo, ningún problema respecto al establecimiento de un grupo germánico distinto; dentro de ese grupo, no se dudará en oponer un subgrupo escandinavo o nórdico a otro subgrupo llamado wéstico que incluye el alemán, el neerlandés, el inglés y el frisón. Dentro de este último, opondremos al alemán y al neerlandés, lenguas de Teutonia, el inglés y el frisón. Pero si consideramos las lenguas, actualmente desaparecidas, como el gótico, perfectamente documentado y el burgundio, que apenas lo está, estamos menos seguros de que, para estos últimos, sea preciso establecer un grupo oriental distinto, o vincularlos bien al escandinavo si se atiende a algunos rasgos fónicos, bien a los dialectos wésticos si atendemos a ciertas identidades léxicas. Frente a la especificidad del germánico, hallamos el caso del «balto-eslavo», con lenguas eslavas perfectamente caracterizadas, respecto a las que podemos preguntarnos si sus semejanzas con las lenguas denominadas bálticas se deben, fundamentalmente, a una indiferenciación originaria o contactos relativamente recientes.

CENTUM Y SATEM

Si queremos marcar adecuadamente las relaciones y diferencias entre las diversas lenguas, la necesidad de operar con grupos y subgrupos nos incita a comenzar por una dicotomía tradicional, la que, en las lenguas indoeuropeas, distingue entre lenguas llamadas *centum* (pron. *kentum*) y las lenguas llamadas *satem*. *Centum* es la forma latina de la palabra *cien*, que en la época clásica se pronunciaba con [k] inicial. *Satem*, o más exactamente *satəm*, es la forma de la misma palabra en iranio. Podemos ver cómo el vocablo presenta en esta lengua una vocal sin nasal, y, sobre todo, que la [k] inicial, que se supone primitiva, ha evolucionado hacia una silbante. Se ha de advertir que la [k] latina, escrita *c*, para dar [tš] en italiano, interdental [Þ] en español, [s] en francés, sólo palatalizó delante de las vocales *i* y *e* ar-

ticuladas en la parte anterior de la boca: en la región llamada palatal. En las lenguas llamadas *satem*, en principio, palatalizaron todas las [k], cualquiera que fuera la vocal siguiente. Observemos que, tal como ocurre en las lenguas románicas, el producto de la palatalización varía de una lengua a otra. Tenemos *s* en ruso, como en iranio, pero [š] en lituano y una silbante palatal en sánscrito, la *ch* de *ich* en alemán. Observaremos también que la palatalización no afecta solamente a [k], sino a todas las articulaciones oclusivas con la misma profundidad en la boca: a la *g* del latín *gnō-sco*, *gnōu-ī*, «conocer», corresponde la *z* del ruso *zna-t'* de idéntico sentido. Esto es lo que comprobamos también en italiano donde, frente a [tš] de *cento*, «cien», tenemos el equivalente sonoro [dž] en *gelare*, «helar». En francés y español, no se ha mantenido el paralelismo. El francés tiene la silbante [s] *cent*, «cien», pero la chicheante [ž] en *geler*, «helar»; el español presenta la interdental [þ] en *ciento*, pero *h*, es decir cero, en *helar*.

No sería necesario creer que la participación en la evolución *satem* tuviera que implicar necesariamente la pertenencia a una unidad política o étnica particular, como ha habido tentación de hacer, quizá equivocadamente, cuando se establece un grupo germánico distinto. Pudo haber aquí un paralelismo evolutivo entre gentes que no estaban ya en contacto. Ocurre, no obstante, como veremos más adelante, que la distribución de las lenguas *satem* en el mapa no es en absoluto aleatoria.

No podemos decir que, entre las lenguas indoeuropeas, el francés, por ejemplo, es una lengua *satem*, porque la oposición *centum-satem* se refiere a un proceso particular que se produjo en una época prehistórica, constituyendo, en el tiempo y en el espacio, un acontecimiento distinto del que caracteriza la aparición de las lenguas románicas. El primero puede fecharse, muy aproximadamente, en el tercer milenio antes de nuestra Era; el segundo, en el siglo II d. C. Esto explica que se alinee también entre las lenguas *centum* el germánico, donde la *k* antigua está representada desde los primeros textos por *h*, como vemos en ing. *hundred*, «cien». Compárese asimismo el fr. *corne* (esp.

cuerno) y su equivalente ing. *horn*. Ahora bien, este paso de *k* a *h* no había comenzado en el siglo VI antes de nuestra Era, pues el nombre del cáñamo, que se extendió por Europa hacia esa fecha y que tiene, respectivamente, las formas *kannabis*, *cannabis* en griego y en latín, fue tomado como préstamo por el germánico en fecha bastante temprana para que, en él, la *k* pudiera evolucionar a *h*, como atestiguan las formas modernas del ing. *hemp*, al. *Hanf*.

La evolución en germánico de *k* a *h* se halla marcada por la forma de los nombres propios documentada en latín o en románico. Los cimbrios, conocidos desde el siglo III antes de nuestra Era, conservan, en lat. *Cimbri*, su [k-] inicial. Más tarde los *Chatti*, que se convertirán en los *hessianos*, tienen derecho a una [k-] aspirada con notación *ch*. Más tarde aún, en época merovingia, los romanófonos también van a reproducir como [k], en *Clovis*, lo que debía de ser ya [x] (es decir, el *ach* alemán o la *j* española) y que, a partir de los textos alemanes del siglo VIII, vamos a encontrar con la notación *h*-, de ahí *Hluodowig* (al. *Ludwig*), latinizado en *Ludouicus* y que conduce al fr. *Louis*, «Luis» (con una grafía, exceptuada la C- inicial, idéntica a *Clovis*, que en realidad se escribe *Clouis*). Hasta nuestros días, el vasco *Koldo*, «Luis», conserva la [k-] de una forma románica antigua **Klodo*-, con metátesis de la *l*, en una lengua que no conoce el grupo consonántico a comienzo de palabra.

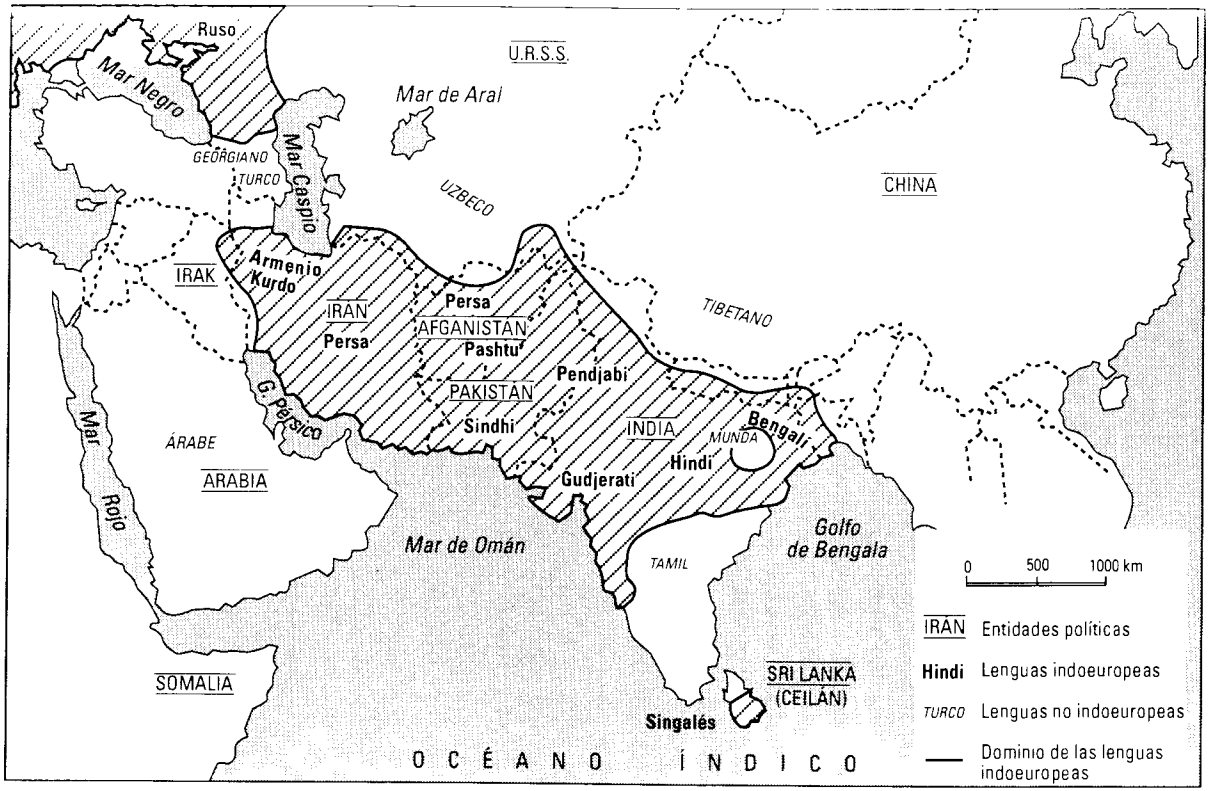
En la evolución *satem* ocurre lo mismo con otro fenómeno. Para el indoeuropeo antiguo se establece un orden de labiovelares, es decir, consonantes del tipo de [k] y [g] acompañadas de un redondeamiento de labios que todavía percibimos cuando se produce la explosión de la consonante. Por este motivo, los latinos, para la notación de la sorda, se valían de dos letras sucesivas bajo la forma de *qu*.

En una lengua *centum* como el latín se mantiene la labiovelar, la que encontramos en la posición inicial del interrogativo *quis*. Pero allí donde [k] se palataliza, *qu* (con notación fonética [k^w]) se simplifica en [k]. Esto es lo que encontramos en los equivalentes sánscrito *kas* y ruso *k(to)*. Esto asimismo es lo que ocurrió en las lenguas ro-

mánicas, en las que *quis* dio *chi* [ki] en italiano, *qui(en)* en español, y *qui* en francés —todos con [ki] y no [kwi]—, cuando *ci-*, en *ciuitatem*, «ciudad», por ejemplo, se palatalizó para dar lugar a [tš] en el italiano *città*, a [þ] en el español *ciudad*, y a [s] en el francés *cité*. Cuando, más tarde, [k] se palatalizó en francés delante de una *a* que tendía a [e] (*carum* > *cher*), *qu* también perdió en esta lengua su [w], originándose así la pronunciación [kã] de *quand*, frente al italiano *quando* y al español *cuando*, que conservan su [w]. El germánico en fecha antigua también conservó el elemento labial. Es el único elemento del antiguo [k^w] que ha sobrevivido en el inglés británico *which* [witš], mientras que el uso americano conserva la [h] correspondiente a la [k] del complejo [k^w], de donde [hwitš].

La distribución de la lenguas *centum* y *satem*, en el mundo contemporáneo, se hace de una manera bastante coherente: al Oeste, *centum*; al Este, *satem*. El celta que, para «cien», tiene *cét* [ke:d] en irlandés y *kant* en bretón, el germánico *hund-*, con su *h* procedente de [k], y el latín con *centum* [kentum] se sitúan claramente al oeste del territorio. El griego que, en *(he)katón*, ha conservado la [k] se encuentra actualmente rodeado de lenguas *satem*: albanés, serbio, macedonio y búlgaro; las tres últimas son eslavas. Más al Este, el lituano con *šimtas*, el ruso con *sto*, el iranio con *satəm*, y el sánscrito con *çatam* forman el conjunto coherente de las lenguas que, en fecha muy antigua, palatalizaron las oclusivas del tipo [k]. Recordemos, para la sonora correspondiente, el caso del verbo «conocer» con la [g] conservada en latín *gnō(scō)*, en griego *(gi)gnṓ(skō)* y su equivalente regular [k] en germánico, inglés escrito *know*, frente a diversas palatales, en ruso *zna(t')*, en lituano *žino*, «sabe», en iranio *žnā(tar-)*, «conocedor», y en su equivalente sánscrito *jnātā-*.

Esta distribución geográfica bastante coherente ha perdido parte de su valor, a comienzos del siglo XX, por el descubrimiento e identificación, en el Turquestán chino, de una lengua designada con el nombre de tocario. A pesar de esa localización extremo-oriental, se trata de una lengua *centum* donde «cien» es *kənte* y donde el equivalente del interrogativo *quis* tiene la forma *k^use*, cuya *u* suscrita da tes-



Lenguas indoeuropeas habladas actualmente en el suroeste de Asia

timonio del carácter labiovelar de la [k]. Un poco más tarde, en 1917, el desciframiento del hitita reveló en Asia Menor, la presencia de otra lengua *centum*, en la que «corazón» se dice *kartis* con la [k] del latín *cor*, del griego *kardia*, del irlandés *cride* y la [h] equivalente regular del inglés *heart*, frente a la chicheante y a las silbantes del lituano *širdis*, del ruso *serdce*, y del armenio *sirt*. El interrogativo *kwis* conserva en hitita la labiovelar.

La inesperada presencia de lenguas *centum* al este del dominio podría explicarse, para el hitita, arguyendo que ésta y las demás lenguas anatolias se separaron del tronco común antes de que se manifestaran las tendencias a la palatalización. En el caso del tocario, para el que nada parece justificar una separación tan antigua, podemos suponer un desplazamiento de Oeste a Este. Hacemos notar el caso divertido de que una palabra indoeuropea sólo se halla documentada en los extremos del dominio, en irlandés y bretón al Oeste, y en tocario al Este. Se trata de un término que designa la mujer o la muchacha, y que se reconstruye como $*k^{w}_{g}ljo$, con o sin sufijo añadido: irl. *caile*, y, con sufijo, *cailín* [kaˈl'i:n], de donde el inglés *colleen*, que designa una joven irlandesa; en bretón, un antiguo $*k^{w}l$- ha dado regularmente *pl*-, de donde, con otro sufijo, procede *plac'h*, de idéntico sentido; en tocario, tenemos $k^{w}lyi$, que, a pesar de las apariencias, es el correspondiente exacto del *caile* irlandés.

LA RAMA INDOIRANIA

Comenzamos por esta rama del indoeuropeo, porque el descubrimiento del sánscrito, lengua de la India, por los occidentales fue el origen de la lingüística comparativa. A los pueblos que hablaron y hablan las lenguas indoiranias a menudo se les conoce como arios. La utilización de este término con referencia al conjunto de los «indoeuropeos» es un abuso nada recomendable ya que sirvió a los nacionalsocialistas de los años 30 y 40 para oponer a judíos y no judíos.

Los húngaros y los japoneses, aliados de los alemanes, fueron designados «arios de honor».

El rasgo que mejor opone este conjunto a todas las demás ramas es la confusión en *a*, larga o breve, de dos vocales, distinguidas por otra parte como *e* y *o* en griego, itálico y celta; como *e* y *a* en las demás lenguas. Pero se advierten otros muchos puntos que indican la existencia de una comunidad antigua que agrupaba a indios e iranios. Sin embargo, ciertos hechos sugieren que muy pronto se subdividieron en una rama india y otra irania: en el segundo milenio antes de nuestra Era, los jefes del reino de Mitani, en Asia Menor, tienen nombres que podemos interpretar como específicamente indios. Esto indicaría que a partir del año -2000 pudo efectuarse una disociación. Algunos investigadores se inclinan por establecer una separación mucho más antigua. Sin duda, fue a través del Irán por donde los indios debieron de llegar al país del que toman su nombre, pero no necesariamente en compañía de los iranios a los que habrían dejado en el mismo lugar que ocupaban.

LOS IRANIOS

Los iranios, así denominados porque es en Irán donde se les conoce en fecha histórica, ocuparon o dominaron antiguamente una parte importante del Asia occidental, hasta las proximidades de lo que actualmente es Siberia. Allí entraron en contacto con los finougrios, representantes de otra familia lingüística, de quienes tomaron algunos préstamos. La gran lengua irania de esas regiones fue el sogdiano, pero no era la única. Relacionamos con los iranios a esos que la Antigüedad clásica conoció con el nombre de escitas y quizá, por su lengua, a los sármatas que les sucedieron en lo que actualmente constituye la Rusia meridional. Fue ahí, sin duda, donde los antepasados de los eslavos tomaron algunos préstamos del iranio.

Las lenguas iranias documentadas desde más antiguo son el persa antiguo y la lengua del *Avesta*. El persa antiguo lo está por inscrip-

ciones en grafía de origen acádico, datadas entre los siglos VII y V antes de nuestra Era. Se trata de una forma occidental del iranio, pues Persia es propiamente la parte del Irán situada cerca del Golfo Pérsico. Era la lengua de los soberanos cuyos ejércitos amenazaron Grecia. El *Avesta*, biblia del mazdeísmo, es un conjunto de textos religiosos de fechas distintas y de una delicada interpretación lingüística; algunas partes están redactadas en una lengua tan arcaica como los textos indios más antiguos. Esta lengua representa un dialecto más oriental que el persa antiguo. Actualmente, además del persa, lengua oficial del Irán, las lenguas iranias son, fundamentalmente, el kurdo, hablado en Irán, Irak y Turquía, y el pashtu, que en Afganistán compite con el persa y se extiende por Pakistán. Aislado en el Cáucaso se encuentra el oseta, quizá lo que queda de la lengua de los antiguos escitas.

LOS INDIOS

Los indios, en el sentido propio del término, debieron de extenderse progresivamente por la península cuyo nombre llevan, a expensas de pueblos de lenguas dravídicas no indoeuropeas. Esas lenguas, la más conocida de las cuales es el tamil, se han conservado hasta nuestros días en el sudeste del subcontinente, con algunos islotes aislados hacia el Norte, hasta territorio iranio.

La forma más antigua de las lenguas indias se halla documentada en el *Rig-Veda*, la parte más arcaica de los *Vedas*, textos sagrados del brahmanismo. La lengua de estos textos es conocida con el nombre de «sánscrito», es decir, la «elaborada». Se estableció como lengua de cultura en toda la India, incluidas las regiones de lenguas dravídicas. Los primeros textos sánscritos son tardíos, pero nos ofrecen formas lingüísticas más antiguas, transmitidas oralmente, que se suelen datar en fecha anterior a -1000. Desde muy temprano, en concurrencia con la lengua literaria, existieron lo que designamos como prácritos, es decir, las hablas cotidianas más evolucionadas.

Actualmente, existen varias lenguas indias como el bengalí, el gujerati, el penjabi, pero la lengua oficial del Estado indio, empleada en concurrencia con el inglés, es el hindi, forma literaria del indostaní, en cuya notación se emplea la grafía llamada *devanagari*, que sirve asimismo para el sánscrito. Muchos términos de éste han pasado como préstamos al hindi, aproximadamente del mismo modo que el latín y el griego han proporcionado muchos términos a las lenguas europeas. Lo que denominamos *devanagari* ha coexistido con otras escrituras del mismo tipo. Más que en un alfabeto propiamente dicho, consiste en un silabario en el que cada letra equivale a una consonante seguida de [a]. Si la vocal es una [a] larga o con otro timbre, se emplea un diacrítico pospuesto o suscrito. El sentido de la grafía va de izquierda a derecha como en los alfabetos occidentales. La grafía *devanagari* presenta rasgos muy acusados: el conjunto de los signos de una misma palabra presenta en su cresta una barra hoizontal prácticamente ininterrumpida. Otra forma literaria del hindostaní es el urdu. Caracterizado por numerosos préstamos del persa y escrito mediante el alfabeto árabe, se sirven de él los musulmanes de la India y de Pakistán.

Entre las lenguas indias hay que señalar el gitano (tsigano), cuyos hablantes debieron de abandonar la India hace por lo menos 1.500 años. No obstante en la India se encuentran gitanos, identificados como tales, con el mismo comportamiento nomádico que los del resto del mundo.

Lo que caracteriza al sánscrito y hasta cierto punto a las lenguas contemporáneas de la India, en oposición al iranio, es su sistema de consonantes, cuya riqueza y simetría habían impresionado a los primeros comparativistas hasta el punto de que en él habían basado sus reconstrucciones. La existencia en esas lenguas de un orden de retroflejas, es decir, de consonantes articuladas con la punta de la lengua vuelta hacia atrás y apoyada contra el paladar, pronto fue interpretada como un rasgo específicamente indio. Pero las cuatro series de oclusivas que podemos ilustrar para las labiales, por ejemplo, por medio de *p*, p^h, *b* y b^h, han sido consideradas durante mucho tiempo, y por

algunos investigadores hasta la fecha, como una preciosa herencia de la «lengua madre», es decir del indoeuropeo común. He aquí un cuadro completo inspirado en el sánscrito:

p	t	k'	k	k^w
p^h	t^h	$k^{h'}$	k^h	k^{hw}
b	d	g'	g	g^w
b^h	d^h	$g^{h'}$	g^h	g^{hw}

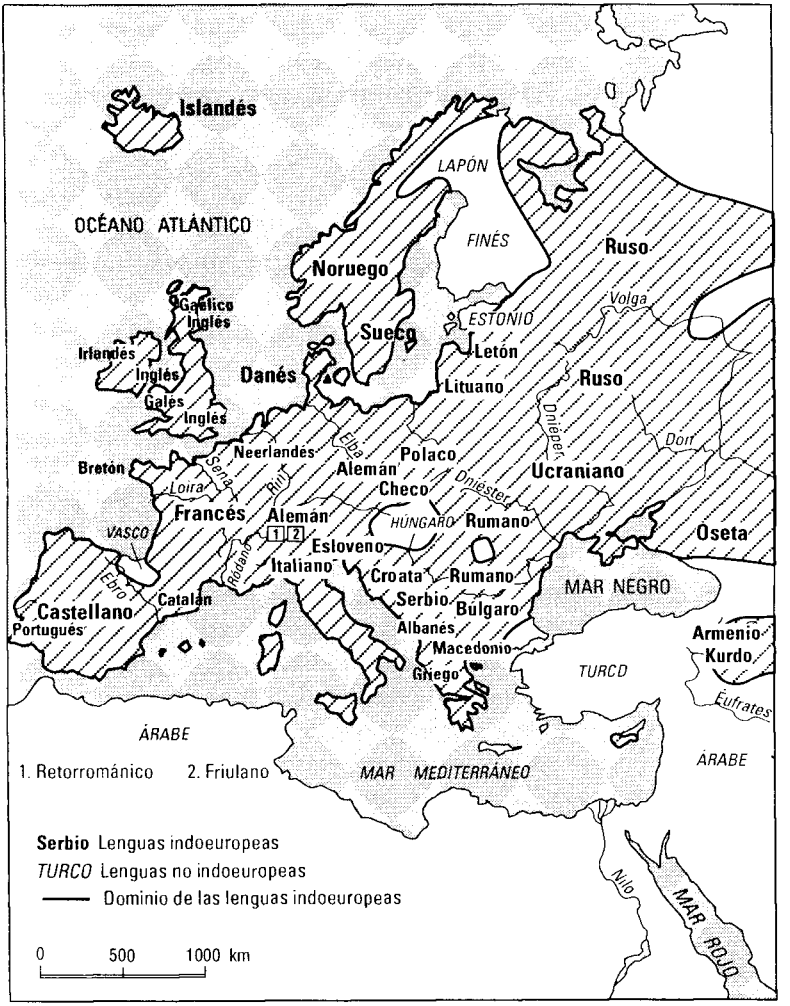
Más adelante se verá qué reservas sugiere. El iranio no conocía las retroflejas, y redujo las cuatro series del sánscrito a dos

(p, t, ..., b, d, ...).

Al contrario de lo que ocurre en iranio, la evolución *satem* del indio no ha llegado a confundir la *s* procedente de [k] con la *s* común a las lenguas *centum* y *satem*.

EL ARMENIO

Hablado todavía hoy en Armenia, el punto donde Asia Menor limita con el Cáucaso, el armenio se dispersó a causa de las persecuciones de que fueron objeto sus usuarios. Actualmente encontramos comunidades armenias en casi todas partes, en repúblicas de la antigua URSS, en Francia, en el Líbano, en Estados Unidos y en otros lugares. Durante algún tiempo se creyó que el armenio era una lengua irania debido a los diversos préstamos tomados por los armenios de sus vecinos del Sudeste. La final *-ian*, tan característica de los nombres armenios, de hecho es de origen iranio. En realidad se trata de una variedad de indoeuropeo, con rasgos extremadamente acentuados, en la que se ha producido una mutación consonántica análoga a la que encontramos en germánico con, inicialmente, aspiración de las sordas *(t'aršamim*, «yo pongo a secar», frente al griego *tarsos*, «horno para secar»), ensordecimiento de las sonoras *(tiv*, «día», frente al



Lenguas indoeuropeas habladas actualmente en Europa

lat. *diēs)* y evolución como sonoras simples de antiguas «sonoras aspiradas» *(dustr*, «muchacha», frente al griego *thugátēr*, donde *th* proviene de **dh-*). Pero el paralelismo, que, por otra parte, no se desarrolla en todos sus detalles, no implica ningún parentesco particular entre armenio y germánico. Las evoluciones regulares a menudo condujeron a formas a primera vista difícilmente equiparables a las de las demás lenguas de la familia: «dos» se dice *erku*, lo que corresponde exactamente al **dwō* inicial (lat. *duō*, gr. *dúo)*: la *-w-* de **dwō* pasa a *-g*^{w}- y después a *-g-*, que ensordece en *-k-*; *d*, en esta posición pasa a *r*; para ser pronunciable, la combinación *-rk-* está provista de una *e-* protética.

EL ALBANÉS

Esta lengua apenas se halla documentada antes del siglo XVI. Está repleta de palabras tomadas como préstamo del eslavo, del turco, del griego y de las lenguas románicas, de modo que apenas la décima parte del vocabulario es propiamente indígena. El albanés es una de esas lenguas que plantean al comparativista más problemas de los que contribuye a resolver. A menudo se le ha querido relacionar con el ilirio, basándose en la situación geográfica de Albania. En efecto, los griegos situaban Iliria más o menos donde se encuentra actualmente Albania. Más tarde, los romanos la ubicaron más al Norte, en lo que actualmente es Croacia y Eslovenia. Por desgracia, las lenguas habladas antaño en esas diferentes regiones apenas nos son conocidas, a no ser por algunos topónimos que no prueban gran cosa. Como la etiqueta «ilirio» estaba disponible, se trató de colocársela a las lenguas identificadas en el contorno del Adriático no reivindicadas por otras ramas del indoeuropeo. Tal ha sido el caso del véneto, de Venecia, y del mesapio, documentado por algunas inscripciones en la Pulla y Calabria. Observando atentamente, el véneto se ha revelado próximo a las demás lenguas de Italia, especialmente al latín. En

cuanto al mesapio, todavía carecemos de pruebas evidentes de su parentesco con el albanés, y no vemos claramente la ventaja que se obtendría en bautizarlo como «ilirio».

Gusta vincular con el ilirio la lengua de los filisteos de Palestina. Esta última tiene en griego la forma *Palaistinē*, que recuerda la ciudad de Palaiste en Epiro. En la Antigüedad, *palaistînos* designa el Estrimón, río de Tracia. Se supone que hacia finales del segundo milenio antes de nuestra Era tuvo lugar un ataque procedente del norte de Europa, llamado «de las espadas largas», mencionado anteriormente, pág. 72, que, en su impulso, habría avanzado por tierra o por mar hasta el emplazamiento de la actual Gaza. Recordemos simplemente que de los filisteos tan sólo se sabe su nombre y lo que de ellos nos dice la tradición hebraica.

El albanés es ciertamente una lengua *satem*, aunque en él la palabra para «cien» parezca ser [k'ent], con una [k] palatalizada, que podemos suponer tomada del románico. La **k* se halla atestiguada allí como [s] o como [θ], por ejemplo en *vis*, «lugar», frente al griego *(w)oikos*, «casa», y lat. *uīcus*, «barrio», y en *θεni*, frente al griego *konís*, «liendre». **g* y **gh* adoptaron las formas sonoras correspondientes a [s] y [θ], es decir, [z] y [ð], en *-zet*, «veinte», frente al lat. *(uī)-ginti*; en *ðemp*, ruso *zub*, «diente», frente al gr. *gomphos*, «clavija»; y en *erða*, «he venido», frente al gr. *erkhomai*, «vengo». Estos resultados no se confunden con los representantes de la **s* primitiva que son [š] en los contextos palatales (en *šī*, «lluvia», frente al griego *huei*, «llueve», de **suei)* y, en otros lugares, unas veces *h*, otras su antigua compañera sonora γ, que debió de aparecer en contextos especiales: tenemos *hel'k'*, «yo tiro», frente al lat. *sulcus*, «surco», pero *γarpεr*, «serpiente», frente al lat. *serpō*, «reptar». Esto incitaría a relacionar el albanés más bien con las lenguas situadas más al Este, como el macedonio o, mejor, el tracio: dos lenguas de las que no se sabe gran cosa, a parte de que la segunda era *satem*.

RAMA BALTO-ESLAVA

Se trata aquí de lenguas *satem*, caracterizadas especialmente por el hecho de que las cuatro series de oclusivas establecidas a partir del sánscrito están representadas en ellas sólo por dos series, una serie /p/ y otra serie /b/. Tienen esto en común con el iranio, pero se diferencian del mismo especialmente en que no confunden los timbres vocálicos [e] y [a], ni probablemente, en fecha antigua, [o] y [a].

EL BALTO

Se deben tratar por separado las lenguas bálticas y las eslavas. Aquéllas están documentadas muy tardíamente, en el siglo XVI, como el albanés. Pero al no encontrarse, como este último, en lugares de paso, son más conservadoras y resulta mucho más evidente su carácter de lengua indoeuropea.

EL PRUSIANO ANTIGUO

Cronológicamente, la primera de estas lenguas en ser identificada es el prusiano antiguo, actualmente desaparecido. Es conocido gracias a un catecismo redactado por evangelizadores germanófonos, con grafías que hay que pronunciar como si se tratara del alemán. Consideremos, por ejemplo, para «lengua», la forma *insuwis* que se debe pronunciar [inzuvis], o, para «pez» (en acusativo plural), *suckans*, que debe leerse [zukans].

EL LITUANO

El lituano, todavía hablado, presenta rasgos muy arcaicos. Como el prusiano antiguo, conserva las finales plenas que corresponden a las terminaciones en *-us* del lat. o a las en *-os* del griego. En él se distinguen dos tonos, sobre las vocales largas y los diptongos acentuados, correspondiendo cada uno a alargamientos de fechas diferentes. El marcado por medio del acento agudo comienza en una cresta melódica, por ejemplo, en *žinóti*, «saber». El acento circunflejo, con la forma que éste tiene en griego, indica una melodía ascendente, alcanzando su cresta hacia el fin de la vocal, en *eĩti*, «ir», por ejemplo. La forma *šimtas*, para «cien», ilustra varias características de la lengua: en primer lugar, el tratamiento *satem* de la **k* inicial; después, la existencia del tono marcado por el acento circunflejo sobre el grupo *-im̃-*, tratado como un diptongo; la conservación de la *-s* final de nominativo; pero, aquí, el *-as* sustituye la final primitiva en **-om*, pues esta lengua de aspecto general tan arcaico innovó confundiendo el neutro con el masculino, lo mismo que las lenguas románicas: por eso la sustitución de la final neutra *-om* por *-os*, que se convierte en *-as*.

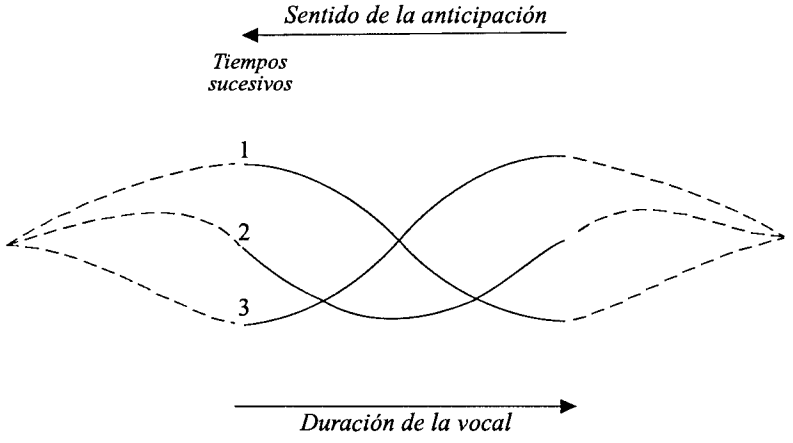
En la existencia de dos tonos, en lituano y en griego, durante mucho tiempo se ha visto un rasgo que habría caracterizado el indoeuropeo común. Lo que sí es bastante verosímil, es que varias ramas, entre ellas el balto-eslavo, el griego y el germánico, tuvieron una evolución paralela, en el curso de la cual aparecieron nuevas vocales largas en unas condiciones que condujeron a la diferenciación de dos tonos: supongamos que una vocal larga resulta de la contracción de dos vocales breves en contacto, la segunda de las cuales está acentuada, por ejemplo *-oó-* que equivale a *-ō-*. Si, como es probable, el acento entraña una ascensión melódica, la parte final de *-ō-* estará en una nota más alta que el inicio. Esto es lo que se representa, tanto en lituano como en griego, por medio del circunflejo. Pero si una vocal

acentuada va seguida de una consonante, que, con el transcurso del tiempo, enmudece alargando la vocal, como la *s* del fr. ant. *paste* (conservada en el préstamo ing. *paste*) ha desaparecido alargando la *a* que le precede, y, por consiguiente, da lugar a *pâte*; el punto más elevado de la curva melódica se hallará, naturalmente, al comienzo de la vocal larga, la parte que corresponde a la vocal antigua. Se tendrá de este modo un descenso melódico, lo mismo que en el caso anterior se tenía una ascensión melódica. Debemos establecer una evolución de este tipo, no sólo para el balto-eslavo, sino también para el griego y el germánico. Obsérvese que el acento, llamado «circunflejo», del francés *pâte* no tiene ni la forma ni el valor del acento circunflejo del lituano y del griego. En la transliteración del griego, aquí empleamos la forma francesa del circunflejo, por razones prácticas.

EL LETÓN Y LA ANTICIPACIÓN DE LOS TONOS

En relación con el lituano, el letón representa un estadio del balto en general más evolucionado. En él, los tonos parecen invertidos, estando la cresta melódica sobre el inicio de la vocal allí donde en lituano se halla al final, y viceversa. Esto nos sigue llamando la atención, pues, a primera vista, no se ve cómo ha podido producirse este cruzamiento. De hecho, la cosa es bastante simple si se recuerda que una ascensión melódica que contribuya a la identificación de las palabras y de las formas va precedida y seguida de un hundimiento de la curva para hacerla destacar más. No es raro que los hablantes anticipen una articulación melódica. Supongamos tal anticipación gradual de la melodía para uno y otro tono. Partimos de un sistema en el que se oponen un tono *alto en posición inicial* (tipo *žinóti*) y un tono *bajo en posición inicial* (tipo *eĩti*). El esquema de más abajo, en el que las partes plenas de las curvas se corresponden con lo que se percibe como coincidente con la vocal, ilustra la evolución del primer tono (tipo *žinóti*). En él, el primer tiempo corresponde a la curva núm. 1. En un segundo tiempo, el inicio de la vocal en lugar de en-

contrarse, para *žinóti*, en el punto más alto de la curva, va a coincidir con su descenso hacia la cavidad que le sigue, lo que representa la curva 2 del esquema. Para el otro tono (tipo *eĩti*), en vez de encontrarse el inicio de la vocal en el punto más bajo de la curva, coincidirá con su ascensión. Así pues, en este segundo tiempo, un tono *descendente* (en *žinóti*) se opondrá a un tono *ascendente* (en *eĩti*). En un tercer tiempo, el inicio de la vocal en (*žinóti*) coincidirá con la cavidad de la curva. Esto es lo que representa la curva 3 del cuadro. Para el otro tono (en *eĩti*), el inicio de la vocal coincidirá con la cresta de la curva. Por tanto, habrá oposición entre un tono *bajo en posición inicial* y un tono *alto en la misma posición*, como en el primer tiempo, pero las palabras en que la cresta de la curva estaban al principio, en adelante la tienen al final, y viceversa.



Esquema de la evolución de un tono alto, en posición inicial, a un tono bajo, en la misma posición.

En general, los contactos entre gentes de lenguas diferentes pueden suscitar o acelerar las evoluciones lingüísticas, pudiéndose concluir del arcaísmo de las lenguas bálticas que han sido habladas por

poblaciones bastante estables, situadas en regiones que no se encontraban en el trayecto de las grandes corrientes migratorias. Así pues, consideraríamos con toda seguridad a los baltos asentados ya desde fecha antigua en regiones en un principio selváticas, es decir, poco favorables para el nomadismo de los criadores de ganado, situadas entre los almarjales del Pripet, al Sudeste, y el Báltico, al Noroeste. Las mismas regiones donde los encontramos actualmente.

EL ESLAVO

Las lenguas eslavas, actualmente numerosas y que ocupan un dominio bastante amplio, se derivan en fecha relativamente reciente de una forma del indoeuropeo que, a principios de nuestra Era, podía ser hablada en el Noroeste de lo que actualmente es Ucrania, así pues, bastante cerca del emplazamiento que se consideraba ocupado por los baltos, pero en una región más expuesta a los contactos con los nómadas. Algunos préstamos, por ejemplo la palabra para «cien», indican contactos con ciertos iranios, probablemente escitas, establecidos, como hemos visto, al norte del Mar Negro algunos siglos antes de nuestra Era. Pero parece que es fundamentalmente en contacto con los godos, germanos procedentes de Escandinavia y que irradian hacia el Sudeste a partir del bajo Vístula, cuando los eslavos, en los primeros siglos después de Cristo, recibieron el impulso cultural origen de su expansión. Hay posibilidades de que palabras como el ruso *khleb*, «pan», o *gorod*, *-grad*, «ciudad», sean préstamos, de una parte, del gótico *hlaifs* (ing. *loaf*) y, de otra, de *gards*, «casa, lugar de habitación en un recinto» (ing. *yard*). Podemos preguntarnos si el adverbio *vy* del ruso, cuyo comportamiento acentual como preverbio es muy especial, no se ha visto influido por su equivalente, formal y semántico, *ūt* (inglés *out*) del gótico. Los progresos técnicos resultantes de ese contacto, con toda verosimilitud, fueron el origen de la explosión demográfica que es necesario suponer para explicar la expansión eslava posterior. Bajo la presión de los hunos, procedentes de

Asia, los godos emigran hacia Italia, el sur de la Galia y España. Un poco más tarde, los avaros, procedentes también de Asia, parecen haber arrastrado consigo a los eslavos hacia el Oeste y el Sur. Los eslavos, que terminan imponiéndose, menos quizá por la violencia que por su fecundidad, ocupan los Balcanes donde chocan con Bizancio. Hacia el Oeste, por la cuenca del Danubio, se infiltran hasta el Tirol y ocupan una gran parte de lo que actualmente es Alemania. Más allá del Elba, a la altura de Hannover, subsistirá hasta el siglo XVII un pueblo eslavo, los polabos (de *po-*, «sobre», y de *-lab-*, «el Elba», *Albis*, con anticipación eslava de la líquida, de donde procede **Labis*, en checo *Labe)*.

El Imperio Franco fue el primero en intentar poner freno a esa penetración e iniciar lo que vendría a ser la germanización de los países ocupados por los eslavos. Más tarde se designará como *Drang nach Osten* a ese impulso hacia el Este, que culminará a las puertas de Estalingrado, en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Hacia finales del siglo IX, los húngaros, procedentes de la Siberia occidental, se establecerán en la llanura del Danubio. Allí chocan pronto con los alemanes que llegan hasta Viena en su marcha hacia el Este, fundando la antigua *Ostmark*, lo que más tarde será Austria: *Österreich*. Cuando los pastores romanófonos descienden de los Cárpatos y pueblan Moldavia y Valaquia, llevarán a cabo la ruptura total entre, de una parte, los eslavos del Sur (yugoslavos), es decir, de Oeste a Este: eslovenos, croatas, servios, macedonios, y, más al Este, los búlgaros eslavizados de la antigua Mesia. De otra parte, los eslavos del Este: rusos y ucranianos, y los del Oeste: polacos, servios de Lusacia, checos y eslovacos.

En el siglo IX, Cirilo, originario de Salónica, y su hermano Metodio asumen la tarea de evangelizar a los eslavos. Para traducir los Libros Sagrados crean sucesivamente una grafía en minúsculas, llamada glagolítica, y después una adaptación de las mayúsculas del alfabeto griego. Este alfabeto, llamado cirílico, se impondrá finalmente entre macedonios, servios, búlgaros y eslavos del Este. La lengua empleada, llamada eslavo antiguo, permite entrar en contacto con los

diferentes eslavófonos, cuyos dialectos están relativamente poco diferenciados. Las franjas occidentales del dominio, de los polacos a los croatas, evangelizados desde el Oeste, adoptarán el alfabeto latino.

En relación con el balto, el eslavo se halla caracterizado por un fenómeno que se manifestará un poco más tarde en francés. Se trata de la eliminación progresiva de todo lo que, en la sílaba, se halla después de la vocal. La suerte de una palabra como el francés *fait* ilustra perfectamente lo ocurrido: su grafía reproduce su pronunciación en cuatro fonemas /f/, /a/, /i/ y /t/, con /a/ como centro de la sílaba. Entre los siglos XII y XV, /i/ desaparece modificando la pronunciación de /a/; el fonema /t/ desaparece también, excepto delante de la vocal inicial de una palabra siguiente, permitiendo más tarde restablecerla a quienes pronuncian [fet] en *C'est un fait*.

Un proceso análogo tuvo lugar en eslavo antes del siglo IX: las consonantes finales desaparecen; los diptongos se reducen a vocales simples; delante de *n* o *m*, las vocales se nasalizan con caída de la consonante nasal: **pontis*, «camino», pasa a **põti* y, más tarde, en ruso, a *put'*; las sucesiones *-al-*, *-ar-* pasan a *-la-*, *-ra-* o, en ruso, a *-ala-*, *-ara-*, lo que permite a las sílabas terminar en vocal. Hemos visto anteriormente *Albis*, el Elba, que aparece como *Labe* en checo. En cuanto a un gótico antiguo **gardas*, va a adoptar las formas **gradŭ* o **garadŭ* antes de llegar a las formas *gradŭ* del eslavo antiguo y *gorodŭ* de la grafía del ruso antiguo, ambas con el sentido de «ciudad». En eslavo, se va tan lejos en este proceso de eliminación de las partes finales de la sílaba que las vocales largas se abrevian, siendo anticipada parte de su articulación a la consonante que le precede: en una sílaba como *bī*, [b] se «mojará», resultando algo así como [b^{j}i]; en *bū*, el redondeamiento de labios de [u] se trasladará a la consonante, resultando [b^{w}], y la vocal se convierte en la posterior no redondeada que, en las transliteraciones del ruso, representamos con la notación *y*.

Una vez terminado el proceso de eliminación de los elementos postvocálicos, se tenderá a descuidar la pronunciación de la vocal más frecuente, lo que puede realizarse sin afectar a la comprensión ya

que, cuando escuchamos una consonante sin que le siga vocal, el oyente restablece inconscientemente esa vocal tras la consonante: en francés, cuando *fait* se convirtió en [fɛ] y *faite* en [fe-tə], la [ə] de este último pudo desaparecer porque una pronunciación [fɛt] continuaba asegurando la distinción entre *faite* y *fait*, y todavía hoy muchos parisinos se creen que pronuncian la *e* de *faite*. Esta es toda la historia de la «e muda».

En eslavo había dos «e mudas» designadas *iers*, que reproducían, respectivamente, una *i* o una *u* breves. Ambos han desaparecido, pero el primero ha «mojado» la consonante precedente. El segundo le ha conferido una coloración [u], percibida claramente todavía en el caso de la *l*, que entonces es «vibrante», como en ing. *battle*. Del mismo modo que en francés se conservan algunas «e mudas» para evitar la acumulación de las consonantes sucesivas, en *brebis*, por ejemplo, o en *je m' de-mand'*, también se conservan las de los *iers* que aligeran la pronunciación. En ruso, se representan por *e*, si derivan de *ĭ*, y por *o*, si derivan de ŭ: un antiguo **atĭko*-, «papaíto», aparece en ruso como [at'éts], escrito *otec*; el equivalente ruso del eslavo antiguo *krŭvĭ* (cf. lat. *cruor*) es *krov'*, «sangre». No obstante, el timbre de la vocal, en este caso, pudo venir determinado por la «coloración» de la consonante siguiente. Sea, por ejemplo, la palabra que designa el águila. Se puede establecer inicialmente una forma **arĭlŭ*. El timbre de las vocales se tansferirá a la consonante precedente, quedando las vocales, por su parte, con un timbre neutro y reducidas al máximo. El resultado será **arʲəlʺə*. La vocal final cae, resultando, pues, **arʲəlʺ*. La vocal que precede es influenciada por la coloración de la consonante que le sigue y aparece, no como *e*, sino como *o*, lo que da *arʲolʺ*, que se escribe *orël*. Encontramos fenómenos análogos en inglés, donde la palabra *silk*, por ejemplo, con una *l* de timbre [u], puede oírse como [suk]. En inglés antiguo, la palabra *milk* tenía la notación *mioluc*, donde *o* y *u* tendían solamente a marcar el timbre de la *l*.

LAS DEMÁS LENGUAS «SATEM»

Algunas lenguas de los Balcanes y de Asia Menor, como el tracio y el frigio, apenas son conocidas más que por el nombre que las designaba en griego, y por algunos nombres propios. Resulta difícil tenerlas en cuenta en la reconstrucción del indoeuropeo, lo mismo que ocurre con la lengua de los dacios y la de los getas, habladas antiguamente en la Rumanía actual.

EL GRIEGO

La tradición dice que Grecia fue ocupada por sucesivas oleadas de gentes procedentes del Norte. Ya hemos encontrado a los aqueos, llegados unos dos mil años antes de nuestra Era, y a los dorios, que aparecen unos ochocientos años más tarde. A veces se ha pensado en una oleada más antigua de ocupantes indoeuropeos, que habrían dejado en la lengua huellas caracterizadas por una mutación consonántica del tipo de la que debemos establecer para el germánico y el armenio. A ella se deberían, por ejemplo, los finales en *-ntho-*, en *Kórinthos*, «Corinto», por ejemplo, con una aspirada en lugar de la no aspirada primitiva de los frecuentes *-nto-*.

El griego es una lengua *centum*, como lo atestiguan la *k* de *hekatón*, «cien», y la *g* de *(gi)gnőskō*, «conozco». Las labiovelares antiguas del tipo $*k^{w}$, como es normal en una lengua *centum*, se mantuvieron en fecha antigua. La forma *hekatón* presenta un rasgo que equipara el griego a las lenguas indoiranias. Se trata del cambio en *a* de las nasales silábicas antiguas. La palabra que significa «cien» en un principio era derivada de la palabra que significaba «diez» mediante el sufijo *-tó-*. La palabra para «diez» se reconstruye como $*dek̨m̥$; por tanto «cien» habría sido primeramente $*dek̨m̥tóm$, convertido tras

la caída de la vocal no acentuada en **dkm̥tóm* y después en **km̥tóm*; *m̥* representa una [m] silábica, más o menos lo que se oye en una pronunciación rápida de fr. *d'après ce que me disent...* [dapreskm̥diz]. En las demás lenguas, se desarrolló una vocal delante de la nasal, que se mantuvo: tenemos *e* en latín *centum*, *a* en bretón *kant*, *u* en el gótico *hund*, *ə* en el tocario *kənte*, *i* en el lituano *šimtas*, que conserva la *m* primitiva asimilada en *n* a la *t* siguiente en las demás lenguas. En griego y en sánscrito, desaparecieron nasal y nasalidad, de ahí, respectivamente, *he-kaτón* y *çatám*.

El griego antiguo conservó en forma de oclusivas las tres series que se reconstruyen con seguridad para el indoeuropeo común, es decir:

p	t	k
b	d	g
p^h	t^h	k^h

Desde finales del mundo antiguo y en griego moderno, las aspiradas han dejado el puesto a ciertas fricativas: p^h se convirtió en [f]; t^h en [þ], como la t^h inglesa de *thin*; k^h, en [x], como el *ach-Laut* del alemán o la *j* española. En los préstamos del griego clásico, los franceses tienen [f] por la antigua [p^h] en *phare*, por ejemplo, pero no distinguen, en la pronunciación, entre *t* y *th*, entre la *c* (escrita por *k*) y *ch* (escrita por *kh*), en *tome* y *thèse*, *arcadien* y *archéologie*, por ejemplo. Las pronunciaciones fricativas debieron de aparecer en Grecia en fecha bastante temprana: en algunas inscripciones de Laconia, tenemos, por ejemplo, grafías *sio* por *theos*, «dios». Pero en Atenas hay que esperar al siglo III después de Cristo para tener pronunciaciones fricativas de manera regular: el préstamo latino del griego *élephas*, *eléphantos* se escribe siempre con *ph*, nunca con *f*. Sin embargo, el *olifant* de Roldán y *ulbandus* en gótico (donde este préstamo del románico designa curiosamente el otro animal extraño, el camello) indican que, en el uso popular, se pronunciaba la fricativa. La forma *ol-*, *ul-* manifiesta la evolución regular en latín de un *el-*, como en *olīua*, «olivo», préstamo del griego *elaíwā*; la *-b-* del gótico, que

se pronunciaba como una *b* espirante, a la española, representa la evolución regular de *-f-* entre vocales.

LOS DATOS HOMÉRICOS

Hasta fecha muy reciente, el griego era conocido por textos lapidarios o manuscritos que reproducen lenguas habladas a partir del siglo VI antes de nuestra Era. Ciertas formas más arcaicas nos eran conocidas por tradiciones orales completadas por datos proporcionados por la métrica. Este es el caso de los poemas homéricos, transmitidos bajo una forma que, en lo referente al léxico y a la gramática, puede remontarse hasta el siglo VIII antes de nuestra Era. En el aspecto fónico, los textos nos presentan un uso más tardío, pero podemos reconstruir parcialmente las formas antiguas apoyándonos en la métrica. Tal es el caso del griego *ánax*. Es sabido que en griego, como en latín, los versos se hallan constituidos por determinadas sucesiones de sílabas largas y breves. Una sílaba es larga si presenta una vocal larga, como la primera en lat. *dōnum*, griego *dôron*, «don (regalo)», o si termina en consonante, como las dos sílabas de lat. *mentum*, «mentón», griego *anthos*, «flor». Si, en el verso, *ánthos* va seguida de vocal (*anthos o...*), la *s* se pronuncia con esa vocal, la sílaba se convierte en *-tho-* y cuenta, por tanto, como breve. Consideremos ahora el griego *ánax*, «príncipe», que encontramos en el nombre *Astyanax* (de *ástu*, «ciudad», y *-anax*, por tanto, «príncipe de la ciudad»). Si, en el texto homérico, va precedido de un adjetivo en *-tos*, se esperaría que la *s* de éste formara ligazón con la *a-* inicial de *ánax*, contando desde ese momento como breve la sílaba *-tos*, privada de su *s*. Ahora bien, no ocurre así: *-tos* cuenta como larga, como si *ánax* comenzara por consonante. En efecto, sabemos por otras fuentes que antiguamente la palabra era *wanax*.

EL ALFABETO GRIEGO

El griego clásico se escribía universalmente mediante el alfabeto, perfectamente conocido, que está en el origen de todos los alfabetos posteriores. El alfabeto, designado por medio de sus dos primeras letras: *alpha* y *beta*, es una adaptación feliz del silabario fenicio, identificado inexactamente con un alfabeto. De hecho, los fenicios habían comprobado muy inteligentemente que las escrituras, probablemente mesopotámicas, en que podían inspirarse, estaban muy mal adaptadas a su lengua semítica. Efectivamente, además de los ideogramas, contenían signos que se correspondían con sílabas, de tal suerte que los signos para *ka* y *ku*, por ejemplo, no tenían ningún rasgo común. Ahora bien, en semítico, son las consonantes quienes aseguran lo esencial de la identidad de la palabra, variando las vocales en el curso de la flexión y de la derivación: en árabe, «escribió» se dice *kataba*, y «escrito», *ma-ktūb*, con el prefijo *ma-* y las mismas consonantes *k*, *t*, *b*, pero con un vocalismo totalmente diferente. A los fenicios les pareció que era preferible asegurar la unidad de la palabra, escribiendo respectivamente *k-t-b* y *m-k-t-b* sin notación para las vocales, a emplear signos totalmente diferentes para las cinco sílabas de las dos formas. Se estableció, por consiguiente, un silabario de veintidós signos que prescindía del timbre de las vocales; *k*, por ejemplo, vale tanto para [ka], [ku], [ki], como para [k] sin vocal siguiente. Cada signo llevaba un nombre que comienza por la consonante representada. Al primero de la lista se le designaba [ʔalef] y valía para la oclusión glotal /ʔ/, fonema regular de la lengua. El número seis, denominado *wau*, valía para la consonante /w/; el número diez, llamado *yod*, valía para la consonante /y/. Los griegos reprodujeron [ʔalef] como [alfa], dada su imposibilidad para pronunciar la [ʔ], que no existía en su lengua, y, naturalmente, el signo correspondiente ha servido de notación para el fonema inicial de la palabra *alfa* que designa la letra, la vocal /a/. La *wau* fue utilizada tanto para la /w/ de

wánax como para la /u/ de *phúlax*, «guardián», (que más tarde se convirtió, en Atenas, en *u* francesa). La forma inicial de *wau* se diferenció posteriormente en Y para la vocal y F para la forma no silábica [w]; al perder su trazo vertical, Y dio V, que, en latín, valía tanto para la vocal de *sus*, «cerdo», como para la consonante inicial de *uersus*, «verso». Hasta el siglo XVI, principalmente en España, no se comenzó a distinguir entre *u* y *v*.

EL MICÉNICO

Los datos relativos al griego se han visto revolucionados por un descubrimiento reciente: un británico, de nombre Ventris, que en la armada inglesa estuvo en el servicio de codificación, aplicó sus conocimientos al desciframiento de lo que se conoce como el lineal B, en colaboración con un helenista, Chadwick. En Creta, en una región en la que se hablaba griego en fecha muy antigua, había inscripciones en dos grafías diferentes, designadas arbitrariamente A y B, que evidentemente constituían silabarios. Una grafía es identificada como silabario por el número de caracteres: si es ideográfica, los caracteres se cuentan en ella por millares; si es alfabética, se cuentan por decenas. Si se trata de un silabario, el número de caracteres distintos se sitúa entre las dos precedentes. Así pues, cuando no se conoce una lengua, es posible pronunciarse sobre el carácter ideográfico, alfabético o silábico de la grafía utilizada. Ventris formuló la hipótesis de que las grafía en linear B correspondían a un tipo de griego, y esta hipótesis ha sido verificada.

Es frecuente que, para reducir el número de sílabas con notación, no se tengan en cuenta ciertas distinciones fonológicas, por ejemplo la que existe entre /pa/ y /ba/. En japonés se utilizan diacríticos para estos casos: hay, por ejemplo, un carácter para *ha* que antiguamente era /pa/; provisto de una especie de diéresis, ese carácter vale para *ba*, y con un pequeño círculo suscrito, corresponde al *pa* que encontramos en los préstamos extranjeros, como *pan*, «pan». En el silabario B

no se distinguía entre sordas y sonoras, lo que en numerosos casos permite la posibilidad de diferentes lecturas. Pero, finalmente, a través de él se ve con suficiente claridad, y el desciframiento de Ventris aporta las pruebas, que el griego del siglo XIV antes de nuestra Era, llamado micénico, no había reducido todavía, como el griego clásico, las antiguas labiovelares del tipo k^w a labiales (tipo *p*) o a apicales (tipo *t*), como se ve por el griego *leipō*, «yo dejo», frente al latín *liquī*, «yo he dejado», o griego *tís*, frente al latín *quis*. En micénico, el resultado de *-$k^w o$ no se identifica, como en griego clásico, con un antiguo *-po-*.

Sabemos que, en la Antigüedad, los griegos se establecieron en Creta, en Jonia, en las costas occidentales de Asia Menor, en el sur de Italia, en lo que se llamaba la Magna Grecia, en Sicilia, y en las costa provenzal y languedociana, especialmente en Marsella, en Niza y en Antibes (*Antípolis*, «la ciudad de enfrente [de Niza]»), en Agde (*Agathé*, «la Buena»). Es inútil volver aquí, sobre el papel decisivo que ejerció la cultura griega en el mundo mediterráneo y, por extensión, en la civilización occidental, pero también, a través de Bizancio, en la Europa del Este. Actualmente, la lengua hablada en Grecia es una forma evolucionada de la lengua común, la *koïné*, que se había establecido en la Antigüedad, a partir de Atenas. En nuestros días, se oscila entre dos normas, la *katharévousa*, «la depurada», más próxima a la forma clásica, y la *demótica*, o popular, más próxima a la realidad hablada.

LAS LENGUAS ITÁLICAS

Durante mucho tiempo se habló de una rama itálica del indoeuropeo. No obstante, ciertos investigadores han emitido la idea de que las principales lenguas indoeuropeas habladas antiguamente en Italia central podían deber sus evidentes semejanzas a que se habían encontrado en la Península sin haber formado de antemano un grupo espe-

cial. Actualmente somos muy conscientes de la importancia de los contactos de lenguas para descartar deliberadamente esta hipótesis. Pero no es imposible explicar los rasgos fónicos generales que caracterizan estas lenguas a partir de un sistema análogo al del griego, con tres series: sordas simples, sonoras y sordas aspiradas. Por consiguiente, en el tercer milenio antes de nuestra Era, se podría suponer, en alguna parte de Europa central, una serie de poblaciones de lengua indoeuropea en la que se habría desarrollado este sistema. Una parte de esa serie habría migrado hacia el Sudeste y allí habría constituido los aqueos; el resto se habría dirigido en dos oleadas hacia el Suroeste, constituyendo los dos estratos del itálico. La primera quizá sea la que se encontraba en las regiones pantanosas de la llanura del Po a mediados del segundo milenio, y que, por consiguiente, sería la población de las *terramaras*. Sería la que más tarde volvemos a encontrar en la Península, más allá de los territorios etruscos, y conocida con el nombre de latinos. La segunda oleada, portadora a comienzos del primer milenio de la cultura llamada villanovense, descenderá paulatinamente a lo largo de los Apeninos para constituir los llamados pueblos osco-umbros. Recuérdese el mapa de la pág. 74.

Latín de una parte, osco y umbro, de otra, son lenguas *centum*, las que inicialmente conservan las labiovelares (el tipo $*k^w$). Pero mientras el latín las conserva, por ejemplo, en el interrogativo *quis*, el osco y el umbro las cambian en labiales, de ahí que tengamos *pis* con el mismo valor. La diferencia entre ambas formas es tan llamativa que nos sentimos tentados de atribuirle gran importancia. Pero la experiencia de las diversas lenguas de la familia muestra que el paso de $*k^w$ a [p] no es en absoluto excepcional, como se comprueba en rumano, donde el latín *aqua* está representado por *apa*; en Cerdeña, donde encontramos *battoro* como producto del latín *quattuor*; en griego, donde el paso de $*leik^w\bar{o}$ a *leípō*, «yo dejo», debió de producirse después de la época micénica. Más adelante veremos cómo se plantea el problema en germánico y en celta.

El osco y el umbro han desaparecido, absorbidos por el latín, dejando quizá algunos restos en las lenguas de Campania.

EL LATÍN

En un principio, el latín se hablaba en Roma y su región, al sur y sudeste de la ciudad, en lo que se conoce como el Lacio. Esta lengua estaba en contacto inmediato con algunos dialectos del tipo osco-umbro, el sabino especialmente, que proporcionó muchas formas al latín. Es evidente que los campesinos sabinos y romanos estaban constantemente en contacto y que la palabra que designa el «buey», *bōs*, tiene la consonante inicial que se espera en osco-umbro y no en latín, donde la forma «regular» sería **uōs*. El conflicto homonímico con *uōs*, «vosotros», pudo favorecer el préstamo. Pero el caso no es aislado. A partir de **wl̥kʷos*, forma reconstruida para «lobo», no es *lupus*, con *p*, lo que cabría esperar en latín, pues en esta lengua se mantuvo **kʷ*.

El latín aparece un poco aislado. Sin embargo, a diez leguas hacia el Norte, había una ciudad de nombre Faleria donde se hablaba una lengua, el falisco, bastante próximo al latín pero con algunos rasgos que recuerdan el osco-umbro, como la *-f-* intervocálica por la *-b-* latina. La tradición decía que la ciudad había sido fundada por los sículos, establecidos posteriormente en Sicilia, a la que dieron su nombre. A juzgar por los pocos textos que nos quedan, el sículo se parecía mucho al latín.

EL ALFABETO LATINO

El latín se escribe mediante un alfabeto derivado del de los griegos, en la forma practicada por los dorios de la Italia meridional: por ejemplo, la H no designaba una vocal, como en Atenas, sino la consonante llamada «aspirada». Se atribuye a la influencia etrusca el valor sordo dado en latín a C en lugar del de [g] conferido en griego a la tercera letra. De ello resulta la necesidad de una nueva letra, la G,

modificación de la C. Pero esto no implicó la eliminación de la K, que constituye una duplicación. El mantenimiento de una Q, seguida siempre de V, tiene justificación en el sentido de que, de este modo, QVI «qui», monosílabo, puede mantenerse diferenciado de CVI, disilábico, dativo del mismo relativo. La necesidad de notar los préstamos del griego hizo que se añadieran Y y Z a las 21 letras tradicionales. En la Antigüedad nunca se distinguió, en la grafía, [j] (*y* del fr. *yole*) de [i], ni [w] de [u]. Cuando el alfabeto latino se ha empleado en la notación de otras lenguas —las románicas, resultantes de la evolución del latín, o lenguas de otros grupos, como el celta o el germánico—, han sido necesarias algunas adaptaciones: por ejemplo en germánico, se ha duplicado la V para distinguir la [w] no silábica de la vocal [u] cuya notación es V; surgió la idea de marcar el valor silbante de *c* mediante una pequeña *z* [zɛd] suscrita, de ahí el nombre español de *zedilla, cedilla* con que se designa este apéndice. Hasta el inicio de los tiempos modernos no se pensó en especializar cada una de las variantes gráficas *i* y *j*, *u* y *v*, para distinguir entre la vocal y la consonante. Antes de esto, se había recurrido a una *h* muda para distinguir, en francés, entre la *u* de *huile* y la *v* de *vile* (y también en español *hueso*); y lo mismo ocurre en *hièble*, variedad de «saúco», del lat. *ebulum*, para evitar una pronunciación *jèble*, que habría sugerido **ièble*.

LAS LENGUAS ROMÁNICAS

Como sabemos, el latín evolucionó de manera distinta en las diferentes partes del Imperio Romano en que había sido adoptado por las poblaciones locales. Las personas cultas, sin embargo, continuaban inspirándose en las normas clásicas. Hasta el siglo IX, en el norte de la Galia, no se comienza a redactar textos en lengua local. Los esfuerzos de la realeza franca por restituir el latín clásico, en el uso eclesiástico, habían revelado que el pueblo llano ya no comprendía a sus pastores, de ahí la prescripción de decir los sermones en lengua

vulgar y la concienciación de la existencia de formas lingüísticas distintas.

Es imposible presentar aquí las diferentes lenguas románicas contemporáneas. Conviene simplemente no olvidar que su status actual no afecta a su carácter de lenguas indoeuropeas. Recordaremos simplemente que las lenguas oficiales de los cinco estados-nación, de Oeste a Este, portugués, español, francés, italiano y rumano, no se impusieron desde su origen como tales, es decir, como los únicos representantes válidos de la romanidad. Ha habido múltiples intentos para elevar a ciertos dialectos locales a la dignidad de lengua literaria. Recordemos la prolongada coexistencia del francés y del picardo; el desarrollo de una lengua de oc, condenada por la hegemonía política de las gentes del norte; la presencia de tres lenguas en la Península Ibérica, gallego-portugués, castellano y catalán, correspondiendo cada una a un esfuerzo de reconquista; la larga fluctuación de los italianos, a quienes la autoridad de Dante impuso finalmente el florentino. En los Balcanes, el románico subsiste, de hecho, al menos bajo tres formas: el dacorrumano, en Rumanía; el meglenorrumano, al norte de Salónica, y el aromúnico, en Macedonia, sin hablar de huellas que se remontan hacia el Norte hasta Istria. Está planteado el debate para saber si el dacorrumano es exactamente el resultado del latín llevado a Dacia por las legiones romanas y conservado en los Cárpatos, o si resulta de un repoblamiento llevado a cabo por nómadas valaquios procedentes del Sur y del Oeste. El friulano y el retorrománico, en contacto con dialectos eslavos y germánicos, plantean problemas especiales, tanto en lo que concierne a su origen como en lo relativo a su supervivencia. El poder de los Estados contemporáneos implica, en plazo más o menos largo, la desaparición de los dialectos locales, sobre todo cuando éstos no alcancen un status político o cultural.

LAS LENGUAS GERMÁNICAS

Es conveniente precisar desde el primer momento que germánico, tanto en el uso lingüístico como en el histórico, no es en absoluto sinónimo de alemán: el inglés, el neerlandés y las lenguas escandinavas son lenguas germánicas de pleno derecho.

LA MUTACIÓN CONSONÁNTICA

La unidad de las lenguas germánicas no puede ofrecer ninguna duda. A partir de la fecha relativamente tardía en que se hallan documentadas, es decir, desde los primeros siglos de nuestra Era, aparecen perfectamente caracterizadas, fundamentalmente debido a la mutación que experimentó su sistema consonántico. Para ilustrar las diferencias que resultan de ella, comparemos algunas palabras inglesas con sus equivalentes griegas y latinas: *father*, «padre», tiene *f* frente a la *p* de *patēr*, *pater*; la *h* de *heart*, «corazón», corresponde a *k*, *c*, de *kardía*, *cordis* (genitivo); en *tooth*, «diente», encontramos *t-* y *-th*, correspondientes, respectivamente, a la *d-* y a la *t-* de los genitivos *(o)dóntos*, *dentis*; el inglés tiene *k-* en *know*, «saber», frente a la *g* del radical *-gnō-* de las lenguas clásicas; obsérvese asimismo *what*, «que», con *wh-* y *-t*, que corresponden a *qu-* y *-d* del latín *quod*.

El alemán, por su parte, ha conocido una nueva mutación que le proporciona especialmente silbantes, *z* y *s*, en vez de las *t* del inglés, *Herz* (*heart*), *Zahn* (*tooth*) y *was* (*what*).

La mutación germánica que, a grandes rasgos, se encuentra también en otros lugares, en armenio especialmente, como hemos visto, merece ser presentada en su génesis y en su desarrollo. Ocurre como si la glotis tardara en ponerse en movimiento. Las cuerdas vocales, que constituyen la glotis, se aproximan y comienzan a vibrar un poco

más tarde de lo previsto: para [ta], por ejemplo, no tiene lugar inmediatamente después del relajamiento de la [t], como en el francés *tas*, «montón», sino una fracción de segundo más tarde, dando tiempo a que pase el aire antes de que percibamos la vocal que caracteriza la voz, es decir, las vibraciones de la glotis. Es lo que ocurre en la pronunciación del inglés *tar*, cuya notación será [tʰɑ:]. En inglés, no obstante, este tiempo es muy breve. En danés, por el contrario, se trata de una «aspiración» caracterizada, y la palabra *tager* tendrá la notación [thɑʔʁ]. Para [da], se considera que las vibraciones comienzan con el inicio mismo de la consonante. Éstas constituyen lo fundamental de la diferencia, en francés, entre *dard*, «dardo», y *tard*, «tarde»; en inglés *dart*, se producen con un poco de retraso, pero la [d] sigue siendo parcialmente sonora; en danés *dale* sólo comienzan con la vocal y la [d] se percibe como una [t] debilitada, con notación [d̥]. Sin embargo, seguimos distinguiendo entre *dale* [d̥a:lə], «hundirse», y *tale* [tha:lə], «hablar», debido fundamentalmente a la aspiración de la segunda.

Ocurre como si el danés contemporáneo reprodujera la antigua mutación del germánico común[1]. Esta mutación, por supuesto, no afectó solamente a *t* y *d* sino también a *k* y *g*, así como a *p* y *b*, esta última probablemente inexistente en indoeuropeo común y apareciendo poco más que en los préstamos de otras lenguas. Con el transcurso del tiempo, las aspiradas se relajarán, como ocurrió en griego, dando paso a las fricativas: [th] se convierte en lo que representamos con la notación [θ] o [þ], es decir, la *th* inglesa de *thin*; de la misma manera, **p* da lugar a [ph], después a la bilabial [φ] y, posteriormente, a [f]; **k*, a [kh] y después a [χ], es decir, a la *ch* del alemán *ach* o la *j* del español; **k*^{w} desemboca asimismo en [χ^{w}], es decir, aproximadamente en lo que oímos en la inicial de esp. *Juan*. En posición inicial, [χ] y [χ^{w}] se debilitarán y al fin sólo oiremos la fricción del aire

[1] Para comprender lo que sigue convendrá tener en cuenta el esquema de la pág. 152.

en la glotis abierta, la «aspiración». En cuanto a las antiguas **b*, **d*, **g*, **g*^{w}, una vez que se hayan ensordecido se reforzarán: [p], [t], [k] y [k^{w}].

No sabemos qué podían ser exactamente, en la época de la mutación, las consonantes llamadas «sonoras aspiradas» y representadas mediante la notación **b*^{h}, **d*^{h}, **g*^{h}, **g*^{hw}. Al final del proceso, se presentan acompañadas de sonoridad a lo largo de su emisión, y, al menos entre vocales, sin oclusión bucal. En su notación se emplean a menudo letras griegas [β, δ, γ, γ^{w}]. Pueden endurecerse en [b, d, g] y [g^{w}] cuando se articulan con especial energía y después de una consonante nasal, que implica un cierre bucal.

LA «LEY DE VERNER»

Antes de que el acento antiguo fuera sustituido por un reforzamiento automático de la inicial de la palabra, las espirantes sordas [φ θ χ χ^{w}], derivadas respectivamente de **p*, **t*, **k*, **k*^{w}, lo mismo que la silbante **s*, se sonorizan en [β δ γ γ^{w}] y [z] cuando no están *ni en posición inicial ni van inmediatamente precedidas del acento.* Así pues, las cuatro primeras se confunden con los resultados obtenidos de **b*^{h}, **d*^{h}, **g*^{h}, **g*^{hw}. En consecuencia, **kṃtóm*, «cien», da, en un primer momento, [χunθám]. La [χ-] inicial permanece sorda, pero la [-θ-] interna, que no va precedida sino seguida del acento, se sonoriza en [-δ-] que, en contacto con [-n-], se endurece en [-d-]. Cuando el acento incide en la inicial, la final [-am] desaparece. La [χ-] inicial evoluciona normalmente a [h-], dando como resultado *hund*, documentado tal cual o en el compuesto *hundred*. La formulación de este haz de cambios se debe al danés Karl Verner, de quien recibe el nombre de «Ley de Verner» con que se la conoce.

En su funcionamiento, el sistema consonántico que se restablece para el germánico común y que nos encontramos de nuevo en gótico tiene un asombroso parecido con el del español contemporáneo. En el cuadro que va a continuación se encontrará, en cada caso, una pala-

bra gótica y otra española con sus grafías respectivas, pero que en posición inicial, presentan el mismo producto fónico:

[f]	*fadar*	[θ]	*þaurp*	[χ][h]	*heþjo*	[χ^{w}][hw]	*hweila*	[β][b]	*badi*
	fuego		*cerro*		*jefe**		*juego**		*beso*
[δ][d]	*daigs*	[γ][g]	*galwo*	[w][γ^{w}][g^{w}]	*warmjan*	[p]	*paida*	[t]	*taihum*
	dedo		*gana*		*hueso*		*padre*		*tal*
[k]	*kara*	[k^{w}]	*qino*						
	casa	[kw]	*cuanto*						

* Muy especialmente en algunos usos de América.

LOS RESULTADOS DE «-WW-»

Al alborear los tiempos históricos, nos podemos imaginar a los germanos en lo que actualmente es Dinamarca, el sur de Suecia y las partes septentrionales de Alemania inmediatamente próximas. En la Península Escandinava hay quienes endurecen en *-ggw-* las *-ww-* de la lengua. Para una noción que el francés no podía designar hasta la creación, reciente, del adjetivo *fiable*, vamos a encontrar, entre los que durante mucho tiempo habitaron la Suecia meridional, las formas *triggws*, del gótico, y *tryggr*, del islandés antiguo —respectivamente *trygg* y *tryg* en sueco y danés contemporáneos—. Entre los descendientes de quienes ocupaban *entonces* Dinamarca, Schleswig, Holstein y Mecklemburgo, las formas documentadas carecen de *g(g)*: *triuwe*, en frisón antiguo, por ejemplo; *true*, en inglés; *treu*, en alemán. El femenino correspondiente, *triggwa*, en gótico, y *triuwa*, después *Treue*, en alemán, ha sido tomado por las lenguas románicas con el sentido de «tregua». El italiano y el español, que reciben la palabra del gótico (ostrogodos en Italia, visigodos en España), tienen la forma *tregua*, que conserva la *g*. El francés recibió de los francos la forma sin *g*, *triuwa*. El diptongo *iu* del germánico antiguo se acentuaba en la *i*, exactamente igual que el diptongo *ie* del francés antiguo. En ambas lenguas apenas se percibían los timbres de *u* y *e*. Así pues, *triuwa* se reprodujo como *triewa*, que en francés evolucionó de modo regular a *trève*.

LOS GERMANOS DEL ESTE

Entre los germanos establecidos en la Suecia meridional, los que cambiaron *-ww-* en *-ggw-*, los hay que, a través del Báltico, se dirigen al Sur y al Sudeste. Algunos de ellos, los godos, parece que provienen de la isla de Gotland, en medio del Báltico. Ya los hemos encontrado en la desembocadura del Vístula, y después en la Ucrania actual, donde someten a los futuros eslavos; finalmente, después de haber atravesado la Europa central, se establecen en Italia, en la Galia meridional y en España. De la isla de Bornholm, antiguamente *Burgundrholm*, hoy políticamente danesa, pero que físicamente pertenece a Suecia, parten los burgundios. Los volveremos a encontrar en el curso medio del Rin, donde posteriormente fundarán un reino, más al Suroeste, desde Borgoña a Saboya, en el que se mantienen durante algún tiempo antes de ser absorbidos por los francos. Godos y burgundios hablaban una variedad de lengua designada «germánico del Este», actualmente desaparecida. La conocemos fundamentalmente por la traducción del Nuevo Testamento realizada en el siglo IV por Wulfila, miembro de una familia de Capadocia secuestrada por los godos en el curso de una expedición. En el siglo XVI, un viajero flamenco subrayó algunas palabras de un dialecto gótico todavía hablado en Crimea en aquella época.

LOS GERMANOS DEL NORTE

Otros de entre los que se establecieron en Suecia permanecen en su sitio o, atravesando los estrechos, conquistarán Dinamarca. Los lingüistas designan su lengua como «germánico del Norte», y son los que más tarde conoceremos como escandinavos. En este término se encuentra, ligeramente deformado, el nombre de Escania, la más meridional de las provincias suecas. Su lengua se halla documentada

desde el siglo III en las inscripciones rúnicas. La más antigua, grabada en un cuerno de oro hoy desaparecido, puede reproducirse como *ik hlewagastiz holtingaz horna tawido*, y ser comprendida como «yo, Hlewagastiz, hijo de Holt, hice el cuerno». *Hlewagastiz* está formado con *hlewa-*, que corresponde al griego *kléo-s* (<*kléwo-s*), «célebre», y con *-gastiz* (ing. *guest*, al. *Gast*), que es el latín *hostis*, pero con el sentido de «huésped», no de «enemigo».

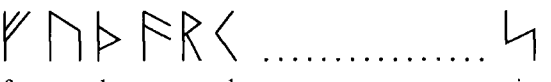
Las runas se derivan sin ninguna duda de uno de los numerosos alfabetos aparecidos en Italia y que, bien mirado, se remontan al de los dorios de la Magna Grecia. Los caracteres rúnicos se distinguen de sus modelos meridionales en que evitan toda barra horizontal. La T, por ejemplo, conserva su asta vertical, pero ésta se halla coronada por dos barras oblicuas descendentes, a derecha e izquierda: ᛏ. Se explica este rasgo por el hecho de que, antes de ser talladas en la piedra, las runas se grababan en tablillas de madera. Las astas verticales, que cortan las fibras, eran muy visibles, pero las barras horizontales se confundían con ellas. Esas tablillas eran de madera de haya (al. *Buche*), de donde procede la palabra *Buchstabe*, que, todavía hoy, designa la «letra» en alemán. En inglés antiguo, *bōc* designa tanto «el libro» como «la haya»; en gótico, *boka* es «la letra», y su plural *bokos*, «el libro».

Medio milenio más tarde, los germanos del Norte, conocidos en este caso como vikingos, después de haber ocupado la parte más importante de Noruega, irán a saquear las costas de las Islas Británicas y de La Mancha, y se establecerán de modo permanente en Islandia, en Inglaterra y en Normandía, para llegar posteriormente hasta Sicilia. Por el Este, en la ruta de Bizancio, fundarán el Estado ruso, que recibirá su nombre, *Rusĭ*: en finés, *Ruotsi* quiere decir «sueco».

LOS GERMANOS DEL OESTE

Los germanos que no endurecieron *-ww-*, establecidos primeramente en Dinamarca y, en Alemania, en la costa entre el Weser y el

LAS RUNAS



f u þ a r k j

He aquí los seis primeros y el duodécimo caracteres del alfabeto rúnico original, llamado *futhark*. Si recordamos que los rasgos horizontales se excluían porque, en las tablillas, se confundían con las vetas de la madera, las runas 1, 4, 5 y 6 se explican fácilmente a partir de las letras F, A, R y C del alfabeto latino. La runa 2 es una V invertida en la que han primado las verticales. La runa 3 no corresponde a ningún fonema del latín. Se piensa, naturalmente, en la thêta griega, θ, que debió de comenzar a pronunciarse como la *th* del inglés *thin*, en lugar de la aspirada primitiva, al principio de nuestra Era.

Cada runa tenía su nombre, y el valor fónico de cada una de ellas estaba sometido a las vicisitudes de la evolución fónica de la inicial de su nombre. La runa 4, por ejemplo, llevaba el nombre de las divinidades conocidas más tarde como Ases. La forma antigua del singular de este término debía de ser [ansaz]. En los dialectos germánicos del Norte [an] dio lugar a [ã] delante de [-s-], obteniéndose así [ãsaz]; durante un tiempo bastante largo, la runa 4 tuvo el valor de [ã] (la [a] nasal representada en francés con la notación *an*). Se planteó entonces el problema de la notación de la [a] no nasal. En ese momento interviene la duodécima runa. Ésta había recibido el nombre del año [ja:ra] (<*yēro-; cf. anteriormente, pág. 66 n. 4, a propósito de Hera), de donde proviene el ing. *year* y el al. *Jahr*. En Escandinavia, la [j] inicial (*y-* francesa) desapareció, la palabra adoptó la forma [a:ra] (danés *år*), y la runa así designada ha sido utilizada para la notación de la [a] ordinaria.

Oder, con el transcurso de los siglos, se dispersarán hacia el Sur y el Oeste. Consecuentemente, los lingüistas designan su lengua «germánico del Oeste», o wéstico. Ya seguimos a cimbrios y teutones en su dramática migración en el siglo II antes de nuestra Era. Desde esa época, podemos suponer a los germanos en contacto con los celtas en las proximidades de Turingia. Pero la expansión continuó muy pronto. César detiene a un pueblo germánico, los suevos, que guiado por su jefe Ariovisto está a punto de invadir la Galia. Los suevos darán más tarde su nombre a Suabia, al suroeste de Alemania. A la caída del Imperio Romano los encontraremos de nuevo en la Península Ibérica hasta Portugal. Por el Noroeste, los germanos ocupan en fecha muy temprana la costa del Mar del Norte, hasta la desembocadura del Mosa, donde se les identifica como los bátavos.

LOS ANGLO-FRISONES

Los pueblos del Mar del Norte serán designados más tarde anglofrisones. Éstos son los que, en el siglo V, ocuparán el sudeste de la Gran Bretaña. Lingüísticamente se les reconoce en que palatalizan las [k] en [t] y después en [tš]: la designación de la iglesia mediante una palabra griega, *kūri(a)kon*, «la casa del Señor», dará lugar en ing. a *church*, frente al danés *kirke*, origen del ing. *Kirk*, designación de la Iglesia de Escocia; el alemán *Kirche* ha tratado a su manera la segunda *k*. El latín *caupō*, «tabernero», se halla en la fuente del alemán *kaufen*, «vender», pero también del inglés *cheap*, que encontramos en el nombre del barrio londinense conocido como *Cheapside*, «el lado del mercado», y, naturalmente, en *cheap*, «barato» (en fr. *(bon) marché*). El mismo tratamiento tenemos, evidentemente, en una palabra no tomada en préstamo como *chin*, «barbilla», frente al alemán *Kinn*, de idéntico sentido, y el danés *kind*, gótico *kinnus*, con el sentido de «mejilla», como su correspondiente latino *gena*.

LOS FRANCOS

Incluso antes de que esos pueblos del mar partieran a colonizar la Gran Bretaña, a su retaguardia y más al Sur, se produjo el agrupamiento de los francos. En el umbral del siglo v, en el momento en que van a ceder la fronteras del Imperio Romano, los francos se hallan junto al Rin, en el lugar donde desemboca en la llanura del Norte. Sin duda, hace tiempo que se hallan presentes, en calidad de colonos, en la orilla izquierda del río. A partir de comienzos del siglo v, avanzan en cantidad hacia el Oeste y se establecen de manera permanente en los territorios que ocupan. Su primera capital es Tournai, después Soissons y, finalmente, París. El golpe maestro de su jefe Clodoveo es la conversión al cristianismo romano de ese pueblo, frente a otros germanos, sectarios de la herejía arriana. Esto, que va a facilitar la mutua compenetración de galorromanos e invasores, contrasta con lo que hacia la misma época ocurre en España, donde los visigodos, recién llegados, convivirán durante siglos con los primeros ocupantes, conservando cada componente de la población sus propias costumbres. En cuanto a los francos, su fusión con los galorromanos —además de su talento militar—, les asegura inmediatamente una superioridad sobre los demás germanos que penetraron en el territorio del Imperio. Por el Oeste derrotan a los visigodos en Vouillé, cerca de Poitiers; por el Sudeste, someten a los burgundios. En la batalla llamada de Tolbiac, no lejos de la actual Bonn, baten a los alamanes, recién aparecidos en escena, quienes reemplazaron a los suevos en el Rin, alto y medio, y que, antes de ser integrados finalmente en el Imperio franco, ocuparán lo que actualmente es Alsacia y Suiza. Hacia el Este, los francos extienden también su dominio por todo lo que es la Alemania central y especialmente la Franconia, más allá de Francfort (el «Vado de los Francos», en el Meno). Más tarde, a las órdenes de nuevos jefes, los carolingios, harán retroceder a los árabes hasta España e iniciarán la reconquista catalana. Penetrarán en Italia, en-

contrándose allí con los lombardos, otros germanos del Oeste que habían reemplazado a los ostrogodos, y Carlomagno (*Karl der Grosse*) irá a Roma a hacerse coronar Emperador de Occidente. Al Nordeste cortarán el avance a otros germanos, los sajones —último resto en el continente de aquellos que se habían unido a los «pueblos del mar» para ir a ocupar Inglaterra.

EL ALTOALEMÁN

En el plano lingüístico, se produjo una nueva escisión entre los germanos de Alemania, debido a lo que se designa como segunda mutación consonántica. Ésta es la que da, para el «arado», el alemán *Pflug*, frente al inglés *plough*, danés *plov*; al. *zahlen*, «contar», inglés *tell*, danés *tale*; al. *zwei*, «dos», inglés *two*, danés *to*. Los francos, lo mismo que sus adversarios sajones y los emigrados de Gran Bretaña, conservan el consonantismo antiguo. Los préstamos formados por las lenguas modernas, dan testimonio de ello: *ordalía*, «juicio de Dios», en fr. *ordalie*, conserva la *-d-*, y lo mismo hace el inglés *ordǣl* —actualmente *ordeal*—, frente a la *-t-* de su equivalente alemán *Urteil*, «juicio». Los alamanes de Suiza son los que van más lejos en la mutación: hacen «estallar» no sólo la *p* en [pf] y la *t* en [ts] (con notación *z*), sino la *k* en *kch* (con la *ch* del alemán *ach*), que los parisienses oyen como *kr*. Los lombardos también participan en la mutación, como lo atestigua, por ejemplo, el italiano *zanna*, «diente, defensa», con *z* como el alemán *Zahn*. En adelante opondremos: *a*) de una parte, el bajoalemán, el de la llanura del Norte, del que el neerlandés actual —de los Países Bajos y de Bélgica—, es una variedad occidental, pero que se extiende hasta Berlín y más allá, y *b*) de otra parte, el altoalemán, el de los acusados relieves de la Alemania central y meridional, de Austria y de Suiza. El alemán oficial actual es una creación un tanto híbrida basada en los usos de la Alemania central. Utilizado primeramente como lengua de cancillería, se impuso cuando Lutero lo adoptó para su traducción de la *Biblia*.

EL BILINGÜISMO DEL IMPERIO FRANCO

La simbiosis de francos y galo-romanos del Norte determinó un largo período de bilingüismo que ha dejado huellas tanto en francés como en alemán: el latín *altus*, «alto», había dado lugar en la Galia a **aut-*; la forma germánica de idéntico sentido era *hauh-*, transfiriéndose la *h-* inicial de esta última a **aut*, de donde resulta *haut*; el Midi tiene, sin *h*, *Auterive*; en Saboya, a pesar de la grafía, se dice *d'Hauteville* y no *de Hauteville*. En inglés, la palabra *sake*, por ejemplo, en *for my sake*, «por [mor de] mí», nunca tuvo más sentido que el de «causa» (por el que nos decidimos), y no se confunde en absoluto con *thing*, «cosa». Su equivalente alemán, *Sache*, es al menos tan corriente como *Ding*, con el sentido de «cosa», tomando probablemente como modelo el francés, donde *cause*, «causa», y *chose*, «cosa», durante largo tiempo han sido simples variantes de una misma palabra. El francés y el alemán tienen en común el empleo del nominativo de la palabra para «hombre» con valor de indefinido: fr. *on*, «se», de lat. *homo*; al. *man*, «se», frente a *Mann*, «hombre». El inglés no presenta nada parecido.

Por lo que concierne a los germanos de Inglaterra, conocidos globalmente como anglosajones, su lengua se vio influida por el celta que encontraron en la isla de una manera más profunda de lo que se ha creído durante mucho tiempo. Después de un largo período de bilingüismo continuó la conquista normanda. Un diccionario del inglés contemporáneo tiene más palabras de origen francés o latino que términos derivados del germánico, aunque éstos sean más frecuentes en los textos.

LAS LENGUAS CÉLTICAS

Más arriba, ya hemos tenido ocasión de mencionar a los celtas en varios lugares, así como el rasgo más llamativo de sus lenguas, la desaparición de la *p* en posición inicial y entre vocales. Como la *p* era muy frecuente en indoeuropeo común, su desaparición difícilmente puede pasar inadvertida. En las lenguas del Oeste, el vado, realidad cotidiana antes de que se construyeran los puentes, se designaba mediante el término **prto-* derivado del adverbio *per*, «a través de». En germánico, esto desembocó en *ford*, forma documentada por ejemplo, en *Oxford*, el «vado de los bueyes», y, como hemos visto, en *Francfort* con la *-t* del alemán *Frankfurt*. En celta, según las normas de la evolución, esto da **rito-*, con (para este nombre neutro) un plural **ritā*, que es el antiguo nombre de Limoges, sobre el Vienne, en el lugar donde debía de ofrecer varias posibilidades de travesía. Encontramos de nuevo el término en *Chambord*, de **camborito-*, el «vado en la curva del río», como *Cambridge* es el puente en un paraje análogo. Recordemos el caso de Arlés, *Arelate*, en el que se ponen en contacto las formas griegas *pará* y *platús*. A la gran selva de Alemania central se la designaba *Herciniana*, con *h-* inicial, último resto de la antigua *p-* de **perkus*, «encina»; con una *f-* inicial regular, el gótico *fairguni* designa la montaña, confundiéndose a menudo «montaña» y «selva». Recordemos asimismo **wer-*, derivado de **uper*, «encima», con pérdida de la *-p-*, frente a **wo-*, de **upo*, «debajo», con la misma desaparición, correspondiendo uno y otro al griego *hupér* y *hupó*, con *h-* no necesariamente etimológica.

En el alborear de la Historia hemos de situar a los celtas fundamentalmente en la Alemania actual —con excepción de las zonas más septentrionales—, en Austria y en Bohemia. Desde allí, a partir de los comienzos del primer milenio antes de nuestra Era, irradiarán especialmente hacia el Oeste, hacia lo que se convertirá en la Gran

Bretaña, la Galia y España. Pero también hacia el Sur y el Este: los encontramos de nuevo en el norte de Italia y, tras una escapada a Grecia, en Asia Menor, donde se les conoce con el nombre de gálatas.

Como en fecha antigua no hay *b* en la lengua, $*g^{w}$ pasará generalmente a *b*, como ocurre en la designación del «buey»: irl. *bó*, bretón *buoc'h*. Cuando *p* desaparece, el sitio queda libre para una evolución paralela de $*k^{w}$, **kw* hacia *p*, y es efectivamente lo que se observa, pero solamente en una parte del dominio céltico: el equivalente del latín *quattuor*, «cuatro», es en galés antiguo *petguar*, con *p*-, pero en irlandés es *cethir* con *c*- (=[k]); el «caballo» es *epo*- en los antropónimos galos, pero *ech* (de *ek*-) en irlandés. Los lingüistas distinguen de este modo, entre un celta con *q*, o gaélico, y un celta con *p*, o británico; situado actualmente el primero en Irlanda y Escocia, y el segundo, en el País de Gales y Armórica. Como el galo es considerado «lengua con *p*», y como el celta de España, mal conocido, parece haber sido «lengua con *q*», a menudo se cree que una primera oleada, que había conservado $*k^{w}$, penetró hasta el extremo oeste representado por Irlanda y España. Mientras que una segunda oleada, «con *p*», se estableció algo más cerca, en la Galia y Gran Bretaña. Pero, como hemos visto, no es del todo cierto que el galo haya sido de manera uniforme una lengua «con *p*», y podemos suponer que [k^{w}] y [p] pudieron ser, durante mucho tiempo, variantes más o menos aisladas del mismo fonema.

LAS LABIOVELARES

Hemos de imaginarnos las labiovelares del tipo [k^{w}], [g^{w}] como formas muy inestables que a la menor incitación pueden cambiar a [p] y [b]. Respecto a esto, es sintomático el caso de la forma empleada en numerosas lenguas para designar la «esponja». Al parecer, debemos partir de un originario $*g^{hw}ong^{hw}o$-, forma expresiva con consonante reduplicada que designa un montón de materia blanda, que

cede a la presión, como el suelo del marjal, un hongo, o ciertas mucosas (los labios, por ejemplo)[2]. Esta forma podrá recibir una *s-* prefija, frecuente en indoeuropeo, como en **stegō*, coexistente con **tegō*, «cubrir», sin que se le pueda atribuir un valor determinado. Se parte, por tanto, de **g*^{hw}*ong*^{hw}*o-* o de **s-g*^{hw}*ong*^{hw}*o-*, pero encontramos también una forma «femenina» en *-ā* final en lugar de *-o*. Se producirá una disimilación de una de las dos **g*^{hw} por la otra, es decir, que una de ellas va a diferenciarse en **b*^{h}. Si es la primera obtendremos **sb*^{h}*ong*^{hw}*o*, que aparece en griego como *sphóggos* (es decir, *sphóngos*), también documentado como *spóggos*, *spoggiá*, formas que originan las latinas correspondientes, y de ellas derivan tanto el fr. *éponge* como el ing. *sponge*. Si es la segunda *g*^{hw} la que cede y pasa a **b*^{h}, tendremos **g*^{hw}*ombho-*, **g*^{hw}*ombha*, dando éste en ruso *guba*, «esponja», pero también «labio». Con *s-*, tendremos *s-g*^{hw}*ombho-*, que da en germánico **swamb-*, de donde procede el al. *Schwamm*, «esponja», pero también «hongo, seta». Encontramos formas paralelas con *-p-* en lugar de *-b-*: danés *svamp*, «esponja» y «hongo»; inglés *swamp*, «marjal». De una forma con vocal reducida en primera sílaba **s-g*^{hw}*m̥b*^{h}- se espera **swumb-*, después **sumb* y, con *p* en lugar de *b*, **sump*, origen del alemán *Sumpf*, «marjal». Con un peculiar tratamiento de la inicial, tenemos en griego *somphós*, «esponjoso».

En lugar de una disimilación podemos tener, por el contrario, asimilación de una labial inicial a una labiovelar posterior y distante: el lat. *quercus*, «encina», se remonta a un **querquus* derivado del **perk*^{w}*us* que hemos encontrado anteriormente a propósito de la selva Hercíniana. Igualmente el latín *quinque*, «cinco», frente al griego *pénte* (=**penk*^{w}*e*): el irlandés *cóic*, de igual sentido, se remonta también a una forma con dos **k*^{w}.

[2] Se trata extensamente este prototipo en «La phonétique des mots expressifs; le cas d'*éponge*», que aparece en *Glossologia*, Atenas, 3, 1986, donde se reconstruye el prototipo como una reduplicación del tipo *traintrain*, *gnangnan*, siendo la consonante inicial de cada sílaba redupicada *g*^{hw} prenasalizada; cf., más abajo, págs. 217-223.

LA LENICIÓN

Las lenguas célticas en su conjunto se vieron afectadas desde antes de nuestra Era por el fenómeno conocido como lenición. Se trata del debilitamiento de las consonantes cuando se encuentran entre dos vocales. El proceso puede ilustrarse mediante ejemplos tomados de las lenguas románicas: por ej., lat. *sonator*, «el que suena»; la *t* está intacta en el italiano *sonatore*, pero en español *sonador* se ha debilitado en una *d* de articulación muy débil (la *th* del inglés *this*, con menos energía); en el francés *sonneur*, el debilitamiento ha llegado a la desaparición de la consonante.

La lenición se produce en las lenguas que presentan muchas geminadas, es decir, grupos de dos consonantes idénticas entre vocales. Muchos franceses pronuncian una *l* geminada en *illusion* y una *m* geminada en *sommet*. Puede ocurrir que, debido a la evolución de la lengua, el número de geminadas aumente considerablemente en una lengua, hasta el punto de que la sucesión *-atta-* tenga la misma frecuencia que *-ata-*; o, en todo caso, que aparezca en ella con mucho mayor frecuencia que un grupo de consonantes cualesquiera, el de *-asta-*, por ejemplo. Como lo frecuente es poco informativo, la gente tenderá inconscientemente a reducir la energía utilizada en la producción de las geminadas que se han hecho muy frecuentes: por consiguiente, *-atta-* tenderá a *-ata-*. Pero como es necesario seguir entendiéndose y, en francés, por ejemplo, no confundir *la dent* /ladã/ con *là-dedans* /laddã/ o *il a pris* /ilapri/ con *il l'a pris* /illapri/, la geminada únicamente podrá debilitarse si la simple colocada en la misma posición (es decir, entre vocales), se debilita al mismo tiempo; por consiguiente, *-atta-* sólo se convertirá en *-ata-* cuando el antiguo *-ata-* se haya convertido, según las lenguas, en *-ada-*, o *-atha-*, con una *th* análoga a la del inglés *thin*.

La lenición es antigua en celta. Descubrimos vestigios de la misma en las inscripciones galas, y ella explicaría la *v* de *Cévennes*

frente a la *m* de la designación griega, *kemenoi*, de las mismas montañas. La lenición que encontramos en las lenguas románicas del Oeste presenta rasgos que hacen pensar que pudo iniciarse por los hábitos de gentes de lengua celta cuando aprendieron el latín. Pero encontramos la lenición en casi todas partes, en hebreo y en finés, por ejemplo. Lo que en esta materia caracteriza con propiedad al celta son los vestigios que ha dejado en la gramática de las diferentes lenguas, una vez realizado el proceso fonético. El francés, y esto no es sin duda una casualidad, presenta vestigios de fenómenos análogos en forma de ligazones: el lat. *(il)las feminas*, «esas mujeres», ha desembocado en francés en *les femmes* que, en fecha muy antigua, se pronunciaba de acuerdo con la grafía, es decir, [les femes]; *(il)los infantes* ha desembocado en *les enfants*, pronunciado en otro tiempo [lezẽfãs], con lenición en [z] de la *s* intervocálica. Actualmente, la *s* ha desaparecido en *les femmes*, pero la [z] se oye aún en *les enfants*. En las lenguas célticas, muchas marcas de flexión son de este tipo. Consideremos la palabra irlandesa *beatha*, «vida», uno de los elementos del compuesto *uisge beatha*, «agua de vida, whisky». Actualmente se pronuncia [bʲɑhə]. La grafía, muy arcaizante, reproduce la pronunciación del siglo XII. Colocado delante de esta palabra, el posesivo de 3ª persona «su, sus» tiene la misma forma, *a* [ə], pero según que el poseedor sea masculino, femenino o plural, la inicial de *beatha* variará. Si se trata de un masculino, «su vida», ing. *his life*, será *a bheatha* [ə vʲɑhə]. Si se trata de un femenino, tendremos *a beatha*, ing. *her life*, con mantenimiento de la inicial, por tanto, [ə bʲɑhə]. Si hay varios poseedores, «su vida» será *a mbeatha* [əmʲɑhə], ing. *their life*. En realidad, el posesivo en este caso representa un antiguo personal en genitivo, por tanto, «de él, de ella, de ellos». En masculino, este genitivo estaba marcado por *-s*, como ocurre frecuentemente en latín. La *b-* inicial de *beatha* estaba, por tanto, entre vocales y se ha debilitado de manera regular en [ß] (por ej., *v* española en *la vaca*), posteriormente se ha convertido en una [v] normal. En el femenino, el genitivo estaba marcado por *-s* (como el lat. *pater familias* «padre de familia»). Protegida por esta *-s*, la *b-* inicial de *beatha*

se ha conservado. El plural hacía el genitivo en *-m*, como el latín *hominum*, «de los hombres». La sucesión *...mb...* ha sido tratada como todas las *-mb-* de la lengua, es decir, se ha simplificado en *m-*.

De manera análoga, la palabra bretona para «padre», que deriva de un antiguo **tata*, de origen infantil —de donde es verosímil que proceda el inglés *dad, daddy*, «papá»—, tiene las formas *tad, zad* o *dad*, según el contexto gramatical.

LO QUE QUEDA DEL CELTA

Entre los romanos al Sur y los germanos al Norte y al Este, los celtas vieron cómo su territorio se reducía progresivamente. Durante mucho tiempo se pensó que la Galia había sido romanizada íntegramente antes de la llegada de los invasores germanos. Actualmente tendemos a creer que, en el continente, el celta se había mantenido en zonas periféricas como Armórica, o de difícil acceso, como Suiza. Cuando los celtas de Gran Bretaña, bajo la presión de los anglosajones, retrocedieron hacia el Oeste y algunos de ellos atravesaron La Mancha encontraron, en lo que más tarde iba a llamarse Bretaña, poblaciones que todavía hablaban el celta de la Galia. Los recién llegados, más numerosos al Norte que al Sur, habrían impuesto su dialecto insular, excepto en la región de Vannes, donde se habrían mantenido las formas continentales. Los tres dialectos del bretón, llamados KLT, es decir, Quimper (Kemper), Léon y Tréguier, acentúan, como el galés, la penúltima sílaba. El vanetés tiene el acento en la última.

En la actualidad, las partes del Occidente europeo que se mantuvieron celtófonas, en general, son bilingües: franco-bretón, anglo-galés, anglo-escocés. En Eire, donde oficialmente tiene el rango de lengua nacional, el irlandés no ha logrado imponerse. Desde mediados del siglo XIX, cuando terribles hambrunas diezmaron la población y ésta tuvo que emigrar masivamente a América, el uso del irlandés quedó limitado a las poblaciones rurales de las franjas occidentales de la isla.

EL TOCARIO

Se trata de la primera de las sorpresas que el siglo xx ha deparado a los indoeuropeístas. Su descubrimiento, en el Turquestán chino, y el desciframiento de documentos redactados en dos dialectos distintos, designados muy a menudo por medio de las letras A y B, no ha revolucionado la reconstrucción indoeuropea: se trata de una lengua cuya identificación como indoeuropea no ha planteado apenas ninguna dificultad, lo que implica que casi no aporta elementos nuevos que puedan modificar nuestra concepción de la lengua común. Se halla documentada en fecha bastante reciente, siglo VII de nuestra Era, por consiguiente con un vocabulario bastante renovado. Despertó la imaginación sobre todo porque, como hemos visto, no se esperaba encontrar una lengua *centum* tan lejos hacia el Este. Acerca de las razones que pudieron conducir a esas gentes hasta ese lugar, al parecer, ni siquiera se arriesgan hipótesis. Las grafías empleadas, de origen indio, han facilitado el desciframiento, pero están adaptadas a medias al sistema fonológico de la lengua. Revelan una evolución muy particular que ha hecho que se confundieran las tres series de consonantes, es decir, las series *t*, *d* y *dh*, en una sola, *t*. Estas confusiones, en cierta manera, han sido compensadas mediante un fenómeno análogo al que hemos puesto de manifiesto para el eslavo y que encontramos de nuevo en el otro extremo del dominio, en irlandés. Se trata de la transferencia, a la consonante, de las características de la vocal siguiente, al mismo tiempo que ésta se debilita. Cuando desaparece la vocal, el número de consonantes, en principio, se encuentra multiplicado por tres. Consideremos las tres formas siguientes: *tati*, *tata* y *tatu*. En el primer caso, se anticipa la articulación de *i*, obteniéndose tat^{i}; en el tercer caso es la articulación de *u* la que se anticipa, y así obtenemos tat^{u}; *tata* da *tat*. De este modo se obtienen tres consonantes distintas: /t^{i}/, /t^{u}/, /t/ que, en cierto modo, vienen a sustituir las an-

tiguas oposiciones de la sorda **t* a la sonora **d* y a la aspirada **dh*. Esta evolución reconstruida para el tocario ya está superada en el estado de lengua atestiguado por los documentos, pero explica las curiosas mutaciones de las vocales (por ej., *keme*, «diente», que corresponde al griego *gomphós*) y su inesperada distribución: obsérvese la vocal entre *p* y *n* en *špane*, «sueño», frente al griego *húpnos* y al sánscrito *svapnas*.

EL HITITA

El conocimiento del hitita, descifrado en 1917, ha tenido repercusiones mucho más profundas para la práctica comparativista. Era ésta la lengua de un imperio situado en el centro de Asia Menor en el segundo milenio antes de nuestra Era. Los hititas empleaban la grafía acadia (o, si se quiere, asirio-babilonia), de origen sumerio, a la que se califica de cuneiforme. En ella, cada carácter se reproducía mediante un determinado número de presiones con el estilete en unas planchas de arcilla. Se trataba de un sistema mixto, que combinaba ideogramas y sílabas. Los ideogramas correspondían, en las diferentes lenguas, a las mismas nociones: 8 es, si se quiere, un ideograma comprendido tanto por los rusos, los alemanes o los franceses, aunque para unos se trate de *vosem'*, para otros de *acht* y para los terceros de *huit*. Los que sabían leer el sumerio y el asirio-babilonio no tenían, por tanto, ninguna dificultad para identificar los ideogramas en los textos hititas, aunque no pudieran pronunciar las formas correspondientes. Por el contrario, sin comprenderlos, sabían pronunciar los elementos reproducidos mediante los signos silábicos. La hipótesis —que ha resultado ser correcta— de que el hitita era una lengua indoeuropea, con la ayuda de los ideogramas del contexto cuyo valor se conocía, ha permitido identificar esos elementos pronunciables.

Lo mismo que el tocario, el hitita es una lengua *centum*, pero al estar situado el Imperio Hitita mucho más al Oeste, esto no ha pare-

cido excesivamente llamativo. El retraso en la identificación inmediata de la lengua con el indoeuropeo, tal como se había reconstruido éste hasta entonces, se ha debido a lo que se presentaba como profundas divergencias, debidas, en parte solamente, a que el carácter de la grafía no permitía identificar la forma de ciertas palabras. De hecho, da enteramente la impresión de que la lengua se hubiera separado del tronco común mucho antes de la separación de las demás ramas de la familia: la inexistencia de una distinción entre masculino y femenino, una economía bastante especial de la conjugación en la que identificamos los mismos elementos formales que en otras partes —pero en unas relaciones diferentes—, el mantenimiento de algunos de los fonemas que determinadas consideraciones de tipo algebraico habían conducido a establecer anteriormente en la reconstrucción —cuando faltaban los testimonios reales—, son razones que sitúan claramente al hitita en un plano aparte. Por otro lado, no es la única lengua de su especie. Hacia la misma época, hay en Anatolia otras lenguas indoeuropeas del mismo tipo, siendo la mejor conocida el luvita, que, como el hitita, se halla documentada en grafía cuneiforme. Otras como el licio y el lidio, con notación alfabética, eran las lenguas de pueblos perfectamente identificados desde la Antigüedad. Su interpretación plantea algunos problemas.

Al parecer, el hitita distinguía entre dos tipos de oclusivas, quizá sordas y sonoras. Pero la grafía es de tal naturaleza que la distinción sólo se halla marcada en el interior de las palabras en que hay cierta constancia en las grafías dobles y simples, correspondiendo generalmente las segundas a ciertas sonoras de las demás lenguas. Las condiciones en que conocemos el hitita no permiten que nos pronunciemos, en ésta como en otras materias, con la misma seguridad que en el caso de lenguas con grafía más homogénea y menos ambigua. No obstante, y hasta cierto punto, el contacto con un idioma tan característico ha alentado a los investigadores en la interpretación que hacían de los datos de otras lenguas.

BIBLIOGRAFÍA

Sería inútil pretender apoyar cada una de las afirmaciones o sugerencias que encontramos en este capítulo con referencias exactas a un texto. Ofrecemos aquí una síntesis de elementos muy dispares recogidos, en el tanscurso de sesenta y tantos años, en los textos o charlas de mis maestros y colegas, pero repensados y reinterpretados con mis propias palabras. En un punto particular, como por ejemplo el de las relaciones mutuas de las diferentes hablas germánicas, las opiniones han evolucionado mucho en el curso del presente siglo, y sería interminable citar todos los escritos y enseñanzas que han podido influir en mi juicio, desde los cursos en la Sorbona impartidos por mi maestro Paul Verrier, en los años veinte, hasta las conversaciones que mantuve hace unos años en Chicago con mi colega Witold Manczak. Sólo citaré aquí las obras que he tenido constantemente a mano para comprobar formas y aserciones, sin volver sobre los diccionarios de uso corriente y sobre los que figuran en las notas del anterior cap. IV, págs. 51-76:

T. Burrow, *The Sanskrit Language*, Londres, s. d.

A. Leskien, *Handbuch der altbulgarischen Sprache*, 6ª ed., Heidelberg, 1932.

—, *Litauisches Lesebuch mit Grammatik und Wörterbuch*, Heidelberg, 1919.

Antoine Meillet y Jules Vendryes, *Traité de grammaire comparée des langues classiques*, 2ª ed., París, 1948.

Holger Pedersen, *Tocharisch*, 2ª ed., Copenhague, 1949.

Edgar H. Sturtevant, *A comparative Grammar of the Hittite Language*, Filadelfia, 1933.

Rudolf Thurneysen, *Handbuch des Altirischen*, Heidelberg, 1909.

Capítulo VI

DIVERGENCIAS, CONVERGENCIAS Y PARENTESCOS

Todas las lenguas están en continua evolución. Hay varias razones para ello. La más importante se debe a que la estructura de las sociedades varía con el curso del tiempo. Ello implica que hay nuevas cosas que decir o que es preciso presentar de otro modo lo que existía anteriormente. En el mundo contemporáneo en el que, debido a la disminución de las distancias, los contactos entre las diferentes culturas son cada vez más frecuentes y más estrechos, apenas hay necesidad de recordar esta permanente inestabilidad de las sociedades, aun en el caso de que no sea vivida como tal. En efecto, esta evolución conduce las más de las veces a la satisfacción de nuevas necesidades, razón por la que no desemboca en conflictos, pasando generalmente inadvertida. Ocurre que es casi sólo con motivo de reflexiones retrospectivas cuando nos damos cuenta de que el mundo ha cambiado, de que tal producto que no existía en los mercados hace veinte años es hoy de consumo corriente, que tal moda en el vestir pertenece ya al pasado, que tal visión del mundo ha periclitado. La mayor longevidad actual facilita estas vueltas atrás, aunque son propias de todos los tiempos como lo atestigua la expresión *laudator temporis acti*, «elogiador del tiempo pasado», que no es precisamente de ayer.

La toma de conciencia de la inestabilidad de las culturas contemporáneas no entraña automáticamente el sentimiento de que la lengua se vea afectada por ella. Como las palabras que desaparecen gradual-

mente del uso permanecen en la literatura, los usuarios de la lengua no tienen la sensación de que haya nunca renovación del vocabulario. Aun en el caso de que se den cuenta de que no hace tanto tiempo vivían sin conocer el fruto del aguacate, el foie-gras, el anorak o las sicav, ello no quiere decir que perciban la intrusión de esas novedades como un ataque a la integridad del léxico tradicional. Incluso cuando se llama la atención sobre el aflujo de palabras nuevas, su reacción, por lo demás bastante sana, será sin duda la de que esta espuma no afecta a la lengua en sus profundidades: a su pronunciación, a su gramática, a su léxico básico. Sin embargo, si oímos hablar y se pretende hacer como si viviéramos todavía en 1900, ignorando que ha habido dos guerras mundiales y todos los cambios materiales, intelectuales y morales acumulados desde entonces, comprobaremos que uno de cada dos enunciados resulta incomprensible.

Sin duda, podemos destacar que esto vale sobre todo para nuestro siglo y que al lado de las sociedades que, por así decir, están en la ola, hay aquellas «primitivas», que todavía hoy permanecen en la Edad de Piedra. En efecto es verosímil que el ritmo de la evolución de las lenguas, en la medida en que es un reflejo de la evolución del mundo, sea mucho más lento en ciertas células sociales muy homogéneas y encerradas en sí mismas que en nuestros complejos nacionales e internacionales contemporáneos. Pero incluso al margen de todo contacto, una lengua tiene algunas posibilidades de evolucionar. En efecto, la lengua constituye el lugar en que se hallan en perpetuo conflicto las necesidades de comunicación, los imperativos de una tradición y la lentitud de ciertas mentes que se oponen a la vivacidad de otras. En el individuo mismo intervienen las asimetrías de los órganos llamados del habla, que, en realidad, atienden prioritariamente a otras muchas necesidades.

EL JUEGO DEL MAXILAR

Nada ilustra mejor las causas permanentes de inestabilidad de las lenguas al nivel más elemental, el de los sonidos del lenguaje, que el

juego del maxilar en la producción de los mismos. Las vocales, esos elementos obligados en toda habla, no son otra cosa que el sonido producido por las vibraciones de las cuerdas vocales que repercuten en la cavidad bucal. Lo que las distingue entre sí es la forma adoptada por esa cavidad, que depende del juego de los órganos que se encuentran en ella, del desplazamiento hacia adelante o hacia atrás de la masa de la lengua, del juego de los labios, de la posición del velo del paladar, pero también, en gran medida, del grado de descenso del maxilar inferior, que condiciona la abertura de la boca. Esta abertura es considerable para [a], leve para [i] y [u], media para [e] y[o]. Para abrirse, la mandíbula inferior no se mueve exactamente de arriba a abajo, sino que en realidad pivota sobre sus apófisis, de tal suerte que para un mismo ángulo de abertura de la boca la distancia de un maxilar al otro es mayor en la parte anterior que en la posterior. Por consiguiente, la observación de los sistemas de vocales, de las diferentes lenguas muestra que éstas tienden a emplear *los mismos ángulos* de los maxilares, que la lengua se apelotona hacia la parte anterior o posterior de la cavidad.

Una lengua que ofrezca tres grados de abertura en la parte anterior para distinguir entre /a/ (en fr. *patte*), /e/ (en fr. *clé*) e /i/ tiene posibilidad de distinguir tres grados en la parte posterior /ɑ/ (fr. *pâte*), /o/ (fr. *clos*) y /u/ (fr. *clou*). Si, ahora, una lengua emplea cuatro grados de abertura en la parte anterior y distingue entre /a/, /ɛ/ (fr. *è*), /é/ (fr. *è*) e /i/, podemos esperar que realice los mismos ángulos con los maxilares y distinga entre /ɑ/, /ɔ/ (fr. *sotte*), /o/ (fr. *saute*) y /u/. Esto es exactamente lo que constatamos en francés contemporáneo, en italiano, en danés y en otras partes. Lo mismo que ocurre en estas tres últimas lenguas, dondequiera que la distinción sea menos constante entre dos vocales en la parte anterior (por ejemplo *é* y *è* francesas, entre las que se titubea en palabras como *antérieur*, *exact*, *quai*, *gai*, etc.), es también menos constante en la parte posterior para las vocales que corresponden al mismo ángulo de abertura ([ɔ] y [o] en francés). Si una vocal anterior se diptonga, es decir, varía su grado de abertura en el curso de la emisión de la misma, como ocurre, por

ejemplo, para [e^{i}] en el inglés *pale*, en la posterior se advierte la misma tendencia a diptongarse, por ejemplo en [o^{u}] de *pole*.

No obstante, debido a la configuración de los órganos, las distancias entre las posiciones que asumen para los diferentes sonidos y, en consecuencia, para las diferencias entre los timbres realizados serán menores en la parte posterior. En muchas lenguas encontramos una vocal distinta supletoria en la parte anterior: en alemán del Sur, por ejemplo, donde se distingue entre *segen*, «bendecir», y *sägen*, «serrar», se tiene para las largas, tres vocales /ɛ:/, /e:/, /i:/ en posición anterior, pero solamente dos vocales /o:/, /u:/ en la posterior, manteniéndose neutra la /a:/. Hasta el siglo XVIII se distinguía en francés, en posición anterior, entre *é* larga (*idée*), *é* breve (*dé*), *ê* larga (*être*) y *è* breve (*mettre*), pero, en posición posterior, únicamente entre *ô* larga (*saute*) y *o* breve (*sotte*). Sin embargo, el examen de la evolución de los sistemas vocálicos más diversos indica que la desproporción entre la posición anterior y la posterior no es de 4 a 3, sino intermedia entre 4/3 y 3/3, originándose así una permanente causa de inestabilidad: en términos un tanto simples, cuatro vocales en posición anterior son demasiado; tres no son bastante. La historia de las vocales del francés en el transcurso de los tres últimos siglos es la de la extensión de los cuatro grados de abertura de la serie anterior a la serie posterior, y la de la oposición de *ô* larga a *o* breve que pasa a la oposición de *ô* cerrada a *o* abierta, dando origen a una relación 4/4. En alemán, los usos del Norte reducen, para todas las vocales, la relación 4/3 a 3/3, confundiendo en la pronunciación *segen* y *sägen*.

LA INESTABILIDAD GRAMATICAL

En otro plano muy distinto, se encuentran casos análogos de inestabilidad. Cuando en una lengua se distinge un pasado de un presente, uno se siente legítimamente inclinado a distinguir también un futuro, siendo esto precisamente lo que se advierte cuando seguimos durante el tiempo suficiente la evolución de una lengua. Pero esta

lógica un tanto simplista choca con la realidad psicológica, que representa perfectamente y con bastante objetividad el pasado vivido pero imperfectamente los acontecimientos futuros, a los que se tiende a considerar bajo el ángulo de una obligación, de una voluntad o de un deseo. Así pues, es normal —y es lo que se desprende de la realidad— que la futuridad pura se halle expresada menos frecuentemente que el pretérito, y que el sistema de futuro, donde existe, se halle menos desarrollado que el de pasado: en francés, por ejemplo, donde distinguimos, en pasado, entre *il fut* e *il était*, para el futuro sólo conocemos *sera*. Habrá conflicto constante entre, de una parte, la tendencia a completar los paradigmas —por ejemplo, en francés, a partir de *il a fait*, a combinar con el participio pasado todos los tiempos y todos los modos del verbo *avoir*, o, en inglés, con la forma en *-ing*, todos los tiempos y todos los modos del verbo *to be*—, y, de otra parte, la resistencia contra una expansión que, hasta cierto punto, contradice las necesidades reales de la comunicación lingüística.

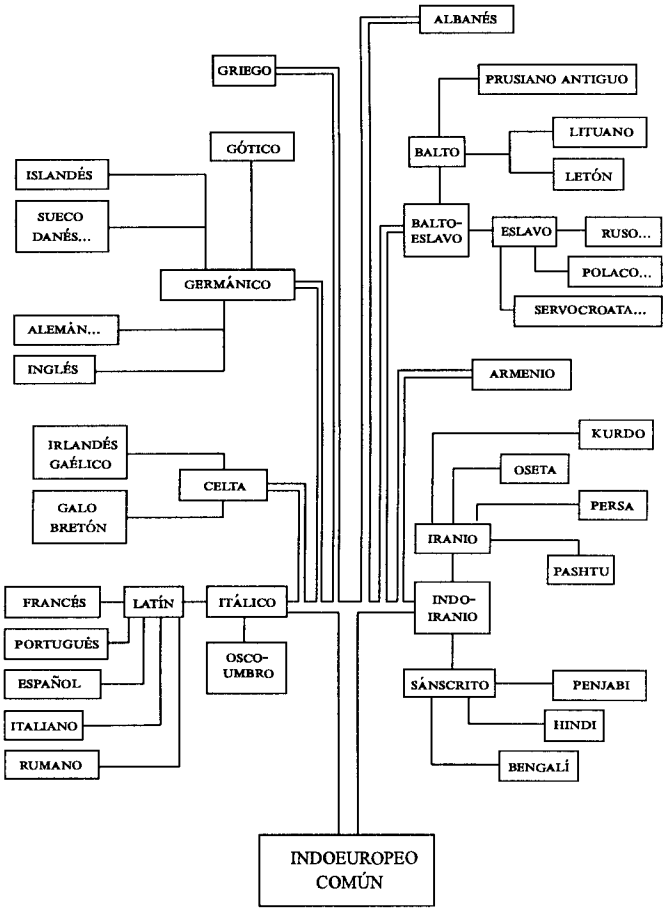
EL CONDICIONAMIENTO INTERNO

Una importante consecuencia de lo anteriormente manifestado es que la evolución de una lengua no se halla únicamente determinada por la aparición de nuevas necesidades comunicativas que es preciso satisfacer, sino que *la naturaleza misma del sistema lingüístico*, en un momento dado de la evolución, *va a determinar, en amplia medida, su sentido*: una lengua que distingue un tiempo pasado del tiempo presente tiene más posibilidades de crearse un futuro que otra que no hace esa distinción. Una lengua que distingue una *p* aspirada (/p^h/) de otra *no* aspirada tiene algunas posibilidades de extender esta distinción a *t* y a *k*, porque quienes la hablan saben cómo combinar un cierre en la boca ([t] por ejemplo) con la articulación abierta de la glotis, es decir [h]. Esto quiere decir que cuando un pueblo se escinde en varias ramas que, al emigrar, pierden el contacto, se puede esperar que en todas las ramas la evolución sea inicialmente paralela, pu-

diendo incluso continuar afirmándose cierto grado de paralelismo cuando los diversos grupos se hallen sometidos a influencias diferentes. Si se trata de procesos prehistóricos que se pretende fechar, no podremos hacer coincidir la separación con el momento en que se ponen de manifiesto ciertas divergencias en las evoluciones respectivas. Por ejemplo, mediante la comparación de las lenguas románicas, se ha tratado de reconstruir un románico primitivo, el que prescinde de todas las divergencias que manifiestan las lenguas procedentes del latín. El resultado de esta operación no se confunde en absoluto con el latín, pues todas esas lenguas comenzaron evolucionando en el mismo sentido. Si, por ejemplo, se hace intervenir el rumano, italiano, francés, español y portugués, y reconstruimos mediante la comparación la palabra para *cien*, no es el *centum* ['kentum] latino lo que se encontrará, sino algo análogo a la forma italiana ['tšento].

LA DIVERGENCIA Y EL «STAMMBAUM»

Durante mucho tiempo los lingüistas, que en esas épocas normalmente eran comparativistas, consideraron la evolución de las lenguas únicamente bajo el prisma de la divergencia. Consideremos una lengua hablada por un pueblo. Éste se escinde en varios pueblos distintos, y la lengua de cada uno de ellos evoluciona a su propio ritmo y según sus propios modos. Después esa lengua particular se escinde a su vez en otras lenguas que repiten la misma operación. Todo esto puede visualizarse como un árbol genealógico, cuyo tronco representa la lengua de partida, de la que arranca cierto número de ramas que corresponden a otras tantas lenguas. Éstas se dividen de nuevo en lenguas particulares, y así sucesivamente. Para el indoeuropeo, el tronco representa la lengua común. Se podrá considerar, en primer lugar, una horquilla con las lenguas *centum* a un lado y las *satem* al otro. La rama *centum* se divide luego en una rama helénica, una rama itálica, una rama céltica y una rama germánica. Esta última da otras tres: la de las lenguas del Este, la de las lenguas nórdicas y la de las



Este árbol genealógico refleja los conocimientos y las opiniones generalmente admitidos hacia finales del siglo XIX. No figuran en él ni el tocario ni el hitita. Los puntos suspensivos aluden a las lenguas que por falta de espacio no han podido ser mencionadas, como el neerlandés o el checo.

EL ÁRBOL GENEALÓGICO (*Stammbaumtheorie*)

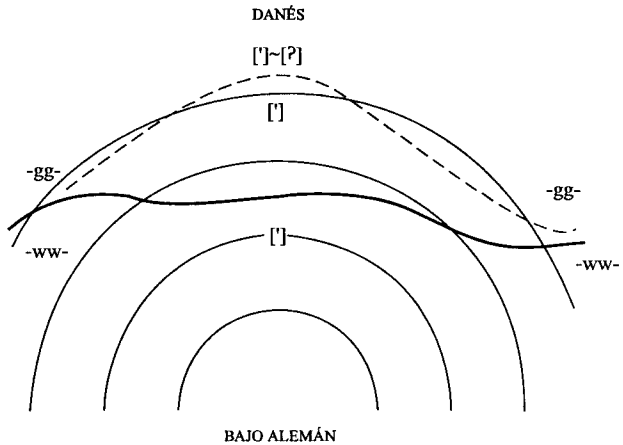
lenguas wésticas. De ésta, parte la rama alemana y la anglo-frisona, que, a su vez, dará otras dos: la frisona y la inglesa. Ramificándose ésta en dialectos como el kentiano, los sajones (del Este, del Sur y del Oeste), el merciano y el nortumbrio. Si deseáramos continuar, sería preciso señalar que tras algunas fluctuaciones sólo una de estas ramas, el merciano, se ha impuesto bajo la forma del inglés de la Edad Media y de la época contemporánea. No obstante, hemos de señalar que en la época en que el árbol genealógico —en alemán se decía *Stammbaum*— estuvo de moda apenas se tenían en cuenta los deterioros de este tipo. Se observará que no hemos mencionado las lenguas identificadas tardíamente, como el tocario y el hitita, pues, desde ese momento, la visión un tanto simplista del *Stammbaum* estaba superada.

LA «WELLENTHEORIE»

La teoría que a finales del siglo XIX vino, si no a destronar realmente, sí, por lo menos, a suplementar útilmente el árbol genealógico es la de las ondas (en alemán *Wellentheorie*). La idea básica es la de que los cambios lingüísticos son resultado de innovaciones que aparecen en un punto del dominio y se van extendiendo progresivamente, del mismo modo que las ondas concéntricas que se desplazan a partir del punto de la superficie del agua en que ha caído una piedra. Vemos inmediatamente que la óptica ha cambiado. No se trata ya de masas de migrantes que, abandonando el hábitat primitivo, se internan en un desierto humano. Se considera ahora un dominio continuo en el que, a partir de determinados puntos centrales, se van a producir dialectalizaciones que, por sucesivas adiciones de diferentes innovaciones, podrán dar lugar a idiomas totalmente diferenciados. Si varias innovaciones parten del mismo lugar y si las ondas resultantes de las mismas se detienen perceptiblemente en los mismos puntos, se creará allí una frontera lingüística, es decir que, debido a la suma de innovaciones, las gentes de una y otra parte tendrán dificultades para comu-

nicarse lingüísticamente. Si el proceso se prolonga, se llegará a la no comprensión, por consiguiente, a la aparición de dos lenguas diferentes.

Esta teoría de las ondas aparece en el momento en que comienza el interés activo por los dialectos, en el momento en que se adquiere conciencia de que las grandes lenguas, las que tienen uno de los nombres que figuran en el árbol genealógico, no son datos inmediatos, sino que resultan de la nivelación lingüística de un dominio heterogéneo debida a una expansión política, económica o cultural: el francés inicialmente es la lengua vernácula hablada en París, que, a través de los siglos, se impondrá por la fuerza de las armas o por elección de



TEORÍA DE LAS ONDAS (*Wellentheorie*)

Ciertos desplazamientos de población habían puesto en contacto a dos ramas diferentes de germanos, los que habían cambiado *-ww-* en *-gg-* y los que habían conservado *-ww-*. Más tarde, la influencia del bajo alemán, en el que sólo hay un único tipo de acento (cuya notación es [']) afectó a algunas partes del ámbito danés reduciendo a un solo acento [ˈ] la oposición danesa de dos acentos: [ˈ] ~ [ʔ] (*mor* [moˈʁ], «madre», ~ *mord* [moʔʁ], «asesinato», caracterizándose el segundo por un leve golpe de tos).

mercaderes y poetas, primeramente, a las poblaciones de los alrededores que modelan su uso sobre el de París, y posteriormente, a medida que nos alejamos de la capital, a aquellos que lo aprenden como lengua común y oficial, a la vez que durante cierto tiempo conservan su idioma local: lengua de oïl, lengua de oc, catalán, vasco, bretón, flamenco o alsaciano.

LA CONVERGENCIA

Es evidente que este modelo francés, en todos sus detalles, no podría ser mantenido tal cual para el indoeuropeo del segundo o tercer milenio antes de nuestra Era. Pero conviene tener presente su noción de convergencia, consista ésta en acercar el habla de un individuo a la de su interlocutor para así facilitar la comunicación, o en convencerse de que para lograr esto la mejor solución es aprender su lengua. Es menester comprender perfectamente que la convergencia, si no afecta al mismo tiempo a todos los individuos de la comunidad, implica *ipso facto* divergencia. Si hace que un dialecto se aproxime a otro, es posible que implique diferenciación respectos a otros dialectos vecinos que no participan del acercamiento.

La investigación contemporánea ha mostrado la importancia de la convergencia bajo su forma más sutil, la que no conduce al abandono puro y simple de una lengua por otra. Por esta razón, en lo que atañe al indoeuropeo, no se podría descartar, sin un examen atento de todos los datos, el punto de vista generalmente adoptado por los investigadores italianos a propósito de las relaciones entre el latín y las demás lenguas indoeuropeas de la Italia central, según el cual sus evidentes similitudes podrían explicarse no como debidas a una comunidad más antigua, sino a ciertos contactos establecidos en la Península. Más arriba hemos adoptado una posición diferente al defender que el consonantismo de todas esas lenguas se explicaba perfectamente a partir de un estado de lengua en el que los fonemas llamados sonoros aspirados habían tomado forma de sordas aspiradas. Esto no excluye en

absoluto la posibilidad de una convergencia. No obstante, ésta debería ser considerada, anteriormente a la llegada de todos esos pueblos a Italia, en una zona de la Europa central, por ejemplo a la altura del Danubio, donde las diversas variedades de indoeuropeo que existieron allí en cierta época han hecho, todas en común, que ciertos fonemas que en celta y germánico aparecen como sonoros: *b*, *d*, etc., se conviertan en sordas aspiradas: *ph*, *th*, etc. Si partimos de la noción usual de los fonemas de esta serie, a saber, para las labiales, por ejemplo, $*b^h$, se resumirá lo que precede diciendo que en los dialectos indoeuropeos hablados más al Norte, el celta y el germánico, la aspiración ha desaparecido, lo que da lugar a *b* o [β], mientras que en esta zona de la Europa central la aspiración se ha mantenido, desonorizándose la oclusiva, originándose **ph*. Esta **ph* se ha mantenido en griego clásico donde sólo más tarde se convierte en [f], mientras que esta evolución tuvo lugar en fecha antigua entre las poblaciones que se habían desplazado hasta Italia. Más adelante volveremos detenidamente sobre las dificultades que plantea la identidad de las «sonoras aspiradas» en indoeuropeo común.

LOS VÉNETOS

El caso de los vénetos ilustra perfectamente la posibilidad de que un mismo pueblo del segundo o tercer milenio antes de nuestra Era aparezca más tarde en tres partes diferentes del subcontinente, con formas de lengua encasilladas en distintas ramas del indoeuropeo.

Algunos siglos antes de nuestra Era, en el Véneto actual —en torno a Venecia (ital. *Venezia)*—, encontramos un pueblo, los vénetos (lat. *Veneti)*, cuya lengua nos es conocida por algunas inscripciones. Un examen atento permite equipararla a las demás lenguas indoeuropeas de la Italia central y especialmente al latín.

Por otra parte, en el transcurso de su conquista de la Galia, César tropieza en Armórica, en lo que actualmente constituye la región de Vannes, con un pueblo de vénetos (lat. *Veneti*, también), cuya perte-

nencia al conjunto de ciudades galas nadie pone en duda. En esta región designada *Venetia* por los romanos, se habla actualmente un dialecto bretón, el vanetés. Algunos creen que a diferencia de las demás hablas de Armórica que proceden de Gran Bretaña, el vanetés podría ser lo que queda del galo en el territorio de la Francia contemporánea. Por consiguiente, no puede caber duda de que los vénetos de la costa atlántica formaran parte de los celtas.

Es de notar, por otra parte, que uno de los brazos del lago de Constanza, al Nordeste de Suiza, en la Antigüedad llevaba el nombre de *Venetus Lacus*, lo que podría indicar, allí, la presencia de *Veneti* en cierta época, sin que se pueda saber si se les debe vincular con los vénetos de la Galia o con los de Italia.

Ocho siglos más tarde, en los dialectos germánicos, encontramos formas como *Winida* en alto alemán, *Winedas* en inglés antiguo, que se corresponden de un modo regular con el *Veneti* [weneti:] latino. Con esas formas se designaba a los eslavos establecidos en esa época en la llanura del norte de Europa, desde Pomerania a Mecklemburgo. El término ha sobrevivido en la forma *wendos*, designando entre los alemanes a las poblaciones eslavófonas del Spreewald, al sureste de Berlín, quienes se autodenominan sorabos. En Austria, el adjetivo *windisch* califica a las localidades habitadas tradicionalmente por eslavófonos.

¿Qué concluir de la existencia de un mismo vocablo para designar un pueblo itálico, un pueblo celta y un pueblo eslavo? ¿Podría tratarse de una simple homonimia? Esto no es apenas verosímil. La identidad formal es tan llamativa, como inesperada una forma indoeuropea con *e* en dos sílabas sucesivas. Por tanto, se puede establecer la existencia de un pueblo de vénetos ([ˈwenet-] con desinencia de nominativo plural *-os*, la testimoniada por el inglés antiguo *Winedas*, sustituida en celta y latín por *-ī)*. Encontramos en este nombre una raíz *wen-* perfectamente conocida, la de *Venus*, la del alemán *Wunsch*, ing. *wish*, «deseo», danés *ven* y sueco *vän*, «amigo», en sueco también «encantador», por tanto —sin duda—, «los amables». Si es así exactamente como los vénetos se designaban a sí mismos, gusta creer

que esta opinión favorable era compartida por sus vecinos. No obstante, parece que las tribus indoeuropeas eran menos inclinadas a mostrar su encanto que a hacer ostentación de su eficacia y poderío. También se inclinaría uno aquí por atribuir a la raíz *wen-* su valor de «ganar, conquistar». A finales del tercer milenio o comienzos del segundo, podríamos situar a los vénetos en la llanura del norte de Europa en algún lugar entre el Báltico y los montes de Bohemia o un poco más al Este o al Oeste. En la época considerada, se les puede suponer cierta autonomía lingüística que no impide la comprensión con las tribus indoeuropeas vecinas.

En un punto del tiempo, aquellos de entre los situados más al Oeste de su dominio experimentan la atracción de algunos de sus vecinos, los que resultarán ser los celtas. Como entre estos últimos, su **p* va a comenzar a debilitarse para convertirse finalmente en *h-*, documentada en el nombre de la Selva Herciniana (<**perk*"*us*, «encina»). Seguirán a los celtas en su movimiento hacia el Oeste y, finalmente, se confundirán con ellos.

Otros vénetos se unirán a las tribus que se desplacen hacia el Sur para permanecer durante algún tiempo en la cuenca del Danubio. De esta estancia conservarán las sordas aspiradas de los itálicos y de los griegos.

Otros, finalmente, que se quedan en su sitio pudieron ser parcialmente germanizados, perdiendo de este modo su identidad debido a las presiones procedentes del Norte. No obstante, de ella quedó lo suficiente como para que, entre los germanos, el nombre *wendos* siga siendo la designación normal de sus vecinos orientales. De manera análoga, hemos visto que, para designar a sus vecinos del Suroeste, los germanos habían conservado el nombre de una tribu celta, los volcos con los que se encontraban en contacto. Más tarde, hacia el siglo v de nuestra Era, los vecinos orientales de los germanos van a ser cubiertos por la marea eslava. En esa fecha, después de milenios de divergencia entre las lenguas *centum* del Oeste y el *satem* eslavo, difícilmente se puede suponer una gradual adaptación de su lengua a la de sus invasores, sino más bien su eliminación. En ciertos dialectos

eslavos del Oeste quizá queden vestigios de la adopción de la lengua por elementos extraños: frente a las vocales nasales o desnasalizadas de las demás lenguas eslavas, el polaco presenta sucesiones vocal + consonante nasal: el «diente», que en eslavo antiguo era *zǫbŭ* (es decir, aproximadamente ['zõbə]) y que ha dado *zub* en ruso o servocroata, *zôb* en esloveno, *zəb* en búlgaro, se pronuncia en polaco [zɔmp]. Esto recuerda lo que ocurrió en Francia cuando los meridionales tuvieron que aprender francés y reprodujeron *canton* como *can'tong*.

Los germanos han seguido utilizando el término *wendos* para designar a ciertos vecinos cuya lengua, antes o después de las migraciones, les resultaba igual de incomprensible. De manera análoga, si *Welsh* continúa designando en inglés a los celtófonos del País de Gales, el alemán *Welsch* se aplica actualmente a los romanófonos de Suiza. Recordemos aquí que los eslavos llaman a los alemanes «los mudos», aquellos con los que es imposible comunicarse por medio del lenguaje.

GERMÁNICO, CELTA E ITÁLICO

El caso de los vénetos llama la atención sobre lo que, en cierta época, debió de ser un estrecho parentesco entre germanos, celtas e itálicos. Los comparativistas franceses, por razones referentes a la historia de su país, se han sentido inclinados a equiparar el itálico y el celta. Efectivamente, encontramos innovaciones comunes a las dos ramas: el genitivo singular, marcado por *(-o)s* o *(e)s*, podía plantear algunos problemas de homonimia en el caso de los radicales que terminan en *-o-*, con su nominativo en *-os*. Las soluciones divergen de rama a rama, pero itálico y celta coinciden aquí en sustituir *-os* y *-es* por *-ī*. Por otra parte, nos hemos sentido muy impresionados por el paralelismo italo-celta en la división de los dialectos —en ambas ramas—, en dos tipos: uno que inicialmente conserva la $*k^w$, y otro que la sustituye por *p*. Para «cuatro», tenemos de una parte, con *qu-* o *c-*,

el latín *quattuor* y el irlandés *cethir*, y de otra, con *p*-, el osco *petora* y el galés *pedwar;* igualmente para el interrogativo, el lat. *quis* y el irlandés *cía* se oponen al osco *pis* y al galés *pwy*. No obstante, no faltan aproximaciones del mismo tipo, por una parte, entre el celta y el germánico, y, por otra, entre el itálico y el germánico. Hemos señalado anteriormente los tratamientos excepcionales que presentan, en latín, *lupus* y *bos* con *-p-* y *b-* en lugar de las esperadas *-qu-* y *u-*. Pero encontramos desviaciones del mismo tipo en germánico: tenemos *f-* en el gótico *fidwor*, «cuatro», *-f* en *wulf*, «lobo», en lugar de la h^w que corresponde regularmente a $*k^w$ en el relativo-interrogativo gótico h^was (lat. *quis*) o ah^wa, «río» (lat. *aqua*, «agua»).

Las relaciones entre celta y germánico merecen un tratamiento particular. Por encima de las diversas particularidades comunes que implican la pertenencia antigua a un mismo conjunto, existe una serie de préstamos del germánico al celta en fecha relativamente tardía en la que ambas lenguas habían divergido lo suficiente como para que se pueda identificar fácilmente el sentido del paso de una a otra lengua: hay en primer lugar términos que se refieren a la organización de la sociedad, como el gótico *reiks* (pronunciado [ri:ks]), con los valores de «jefe» y de «rico», y su derivado *reiki* que designa el dominio del jefe, más tarde el Estado y el Imperio (al. *Reich*). La forma inicial es la que encontramos en latín *rēx*, «rey», en plural *rēgēs*. El celta, entre las lenguas del Occidente, es la única que ha cambiado de modo regular la *ē* larga en *ī* larga. Frente al latín *Rhēnum*, el francés y el alemán tienen respectivamente *Rhin* y *der Rhein* que dan testimonio de la antigua *ī* céltica. Los «Reyes del mundo» eran los *Biturīgēs*. Acentuado a la latina sobre la *-ī-*, la forma ha desembocado en *Berry*, nombre de la provincia; acentuado a la gala sobre la *-u-*, ha dado *Bourges*, que designa la capital de la misma. Es inútil recordar aquí a *Vercingetórix*, que no es otro que el «jefe supremo de los guerreros», por consiguiente, quizá más un título que un nombre. Otro préstamo interesante es la palabra que se encuentra en galo bajo la forma (latinizada) *ambactus*, que designaba el «servidor»; en alto alemán antiguo, la forma es *ambaht*, reducido en alemán moderno a *Amt*, palabra con la que se desig-

na la función pública; un funcionario es un *Beamter*. Lejos de devaluarse con el transcurso de los siglos, la palabra ha seguido la valorización de su equivalente latino *minister*, que se especializa pronto con el sentido de servidor de Dios o del príncipe. De *ambactus* se derivan *embajada*, *embajador*, es decir, cuantas connotaciones favorables pudieran vincularse, desde el inicio, con ese término.

En otro campo muy distinto, el de las técnicas, existe cierta posibilidad de que tanto el ing. *leather* como el alemán *Leder*, «cuero», estén tomados del celta, irlandés antiguo *lethar*, galés *lledr*, derivado de la raíz de lat. *pellis*, «piel», con caída regular de la *p-*, suponiendo, al inicio, *pel-* —que encontramos de nuevo en el inglés *film* (*p-* > *f-*)—, que alterna de manera regular con *ple-* y va seguido del sufijo *-tro-*, perfectamente identificado.

Más adelante, pág. 334-335, veremos que los germanos tomaron prestado de los celtas el nombre del hierro en diversos estadios de la evolución de la lengua.

La posibilidad de identificación de tales préstamos implica que celtas y germanos restablecieron las relaciones después de un período en el que se habían debilitado los contactos que, nos inclinamos a suponer, existieron entre ellos en fecha antigua. Es conveniente, por supuesto, no imaginarse de manera demasiado simplista las relaciones que podían existir en el tercer milenio entre los que más tarde iban a representar las diferentes ramas de la familia. En la creencia de su distribución posterior, tenderíamos a situar a los itálicos al Sur, a los celtas en el centro y a los germanos al Norte, con otros pueblos, los vénetos quizá, flanqueando a todos ellos por el Este. Pero recuérdese que todavía serán precisos dos mil años para que los germanos se decidan a iniciar su mutación consonántica, la que realmente permite distinguirlos de sus parientes. Para no dar más que un solo ejemplo, existen todas las posibilidades de que la palabra que más tarde se convertirá en *father* en inglés, *Vater* en alemán, *athir* en irlandés, *père* en francés, *padre* en italiano y español, en la época considerada se pronunciara todavía de manera uniforme *patēr*, más o menos como se hacía en Atenas en la época de Pericles.

Capítulo VII

COMPARACIÓN Y RECONSTRUCCIÓN

Podría resultar interesante, si no reconstruir la prehistoria de la empresa comparativista, sí al menos despejar los prejuicios que retrasaron su aparición. Esta empresa comienza en el momento en que los occidentales descubren la existencia del sánscrito y se convencen de que las evidentes similitudes de éste respecto a sus lenguas clásicas, griego y latín, no pueden ser fruto de la casualidad. Pero es evidente que, mucho antes de establecer estrechos contactos con la cultura india, algunas mentes curiosas, entre los europeos, se sintieron impulsadas a poner de manifiesto las similitudes entre las lenguas que ellos conocían. Sin ir muy lejos, los términos de parentesco más elementales, como *padre*, *madre*, *hermano* (*père*, *mère*, *frère*, en francés; *father*, *mother*, *brother*, en inglés, etc.), presentan evidentes paralelismos que debían de llamar la atención a cualquiera que estuviera dispuesto a plantearse interrogantes en la materia. Pero, para hacer esto, era preciso convencerse previamente de que las palabras no se identifican con las cosas o los seres que designan. La primera reacción, frente a los paralelismos formales del tipo de los que acabamos de citar, no es que necesiten una explicación, sino más bien que, al ser las relaciones expresadas por esos términos las mismas en las diferentes comunidades, es perfectamente natural que se les designe mediante términos análogos. Por el contrario, se estaría dispuestos a aceptar, por ambas partes, que esas formas sean menos diferentes, incluso idénti-

cas. A estas reacciones es a lo que pretende responder el mito de Babel. El éxito que no hace mucho han encontrado, entre el público contemporáneo, las doctrinas según las cuales todas las lenguas, más allá de desviaciones meramente superficiales, estarían construidas siguiendo idéntico modelo, demuestra la permanencia de este deseo —estaríamos tentados a decir esta necesidad— de identificar la realidad percibida y la lengua.

La significación del paralelismo de fr. *père*, *mère*, *frère*, e ing. *father*, *mother*, *brother*, sólo puede aparecer si, en su camino, nos hemos encontrado con lenguas, percibidas desde el primer contacto como un tanto escandalosas, en las que tal paralelismo ya no existe. Una vez dado este primer paso en el camino del destierro, esperaremos a que las divergencias crezcan proporcionalmente a la distancia, en el espacio y en el tiempo. No nos extrañaremos, por tanto, de que el chino difiera profundamente del latín, ya que se encuentra al otro extremo de la Tierra y los separan dos milenios. Pero que, bajo la forma de *pitā(r)*, *mātā(r)*, *bhrātā(r)*, encontremos de nuevo nuestro trío en parajes tan lejanos como la India, no puede dejar de llamar la atención. Nos preguntaremos entonces por qué lenguas tan parecidas se hallan situadas tan lejos unas de otras. ¿Quién se ha desplazado? ¿Los europeos, de Asia hacia Occidente, o los indios, de Europa hacia el Este? Toda la prehistoria del mundo conocido se ve afectada por la respuesta a esta cuestión.

En realidad, los franceses y los ingleses, primeros en darse cuenta de la similitudes lingüísticas entre sánscrito y lenguas europeas, no son quienes verán en ello materia para una nueva disciplina, sino los daneses y los alemanes, a quienes la posibilidad de equiparar sus propias lenguas con las, prestigiosas, de la Antigüedad clásica aporta una importante satisfacción a su amor propio. Si el danés Rask es el primero en esbozar el marco comparativo, serán, no obstante, los alemanes, durante tres cuartos de siglo y casi solos, quienes construirán el edificio de la gramática comparativa indoeuropea. El término indogermánico, que sigue siendo usual en Alemania para designar esta familia de lenguas, es muy significativo del papel que ha desem-

peñado la nueva disciplina en la exaltación de la grandeza nacional. En una época en que esa disciplina es casi desconocida en otros lugares, toda universidad alemana que se precie ofrece una cátedra de sánscrito, en la que se trata de equiparar esta lengua con el latín y el griego, sin duda, pero también con el «alemán» concebido como aglutinante de casi todas las lenguas germánicas, desde el gótico al anglosajón y al islandés antiguo. En Francia, son el alsaciano Bréal y, un poco más tarde, el ginebrino Saussure quienes, en el último tercio del siglo XIX, aclimatarán la nueva disciplina. Será preciso esperar a Meillet para que, en el siglo siguiente, París contribuya de manera significativa al progreso de la investigación comparativa.

Con todo derecho, podemos preguntarnos a qué tiende la comparación de las lenguas indoeuropeas. ¿Se trata de una tentativa de penetración más profunda en la prehistoria? ¿Se trata de construir el modelo que, extendido a otras familias de lenguas, permitirá encontrar el pasado lingüístico de la Humanidad? ¿Se quiere aprovechar una documentación que se remonta mucho más lejos en el tiempo que en cualquier otra parte, para descubrir en qué condiciones y según qué modalidades evolucionan las lenguas? Un poco de todo, sin duda. Pero, en los programas, la comparación figura unida fundamentalmente a estudios filológicos que tienden a una mejor comprensión de los textos antiguos. En inglés, *philology* ha sido durante mucho tiempo la designación oficial de la disciplina. En Francia, se la sigue considerando, de manera general, como coto reservado a los filólogos avezados. Es esa una manera de precaverse contra las hipótesis arriesgadas y las divagaciones irresponsables, pero esto no favorece la difusión de sus adquisiciones y apenas incita a cuestionar las enseñanzas ya superadas.

Todo comienza, por supuesto, por la equiparación de las lenguas que suponemos derivadas de otra más antigua. El modelo de las lenguas románicas, que resultan todas de evoluciones divergentes a partir del latín, no ha desempeñado en esta cuestión el papel que se hubiera podido esperar. De hecho, la comparación resuelta de las lenguas románicas entre sí, lejos de preceder a la de las antiguas lenguas indoeuropeas, la ha seguido en el tiempo y no ha suscitado nunca la

visión dinámica de la evolución lingüística que habría podido derivarse del examen atento de realidades lingüísticas directamente accesibles. Los romanistas, lo mismo que los indoeuropeístas —y quizá más que éstos—, se han mantenido, a menudo hasta nuestros días, como simples filólogos fascinados por la permanencia de los textos, tan tranquilizante frente a un habla incomprensible permanentemente abierta a todas las innovaciones que exige la variedad de las experiencias que hay que comunicar.

La comparación de las lenguas se hace, por supuesto, punto por punto. Las similitudes que primero llaman la atención se hallan entre las formas de las palabras, incluidas en ellas las que aparecen en el radical, es decir, la parte de las palabras que no cambia, y las que encontramos en las terminaciones, marcas de los casos, del número, de las personas, de los tiempos y de los modos. Al principio no se da excesiva meticulosidad: se tienen en cuenta las identidades formales y se prescinde de las desviaciones concebidas como caracterizadoras de cada lengua particular. Pero muy pronto se comprueba que esas desviaciones no se realizan al azar, que con una *p-* del sánscrito coincide siempre una *f-* del gótico, no sólo en *pitār* ~ *fadar*, sino en *paçu* ~ *faihu*, que designa el «ganado», en *pāt* ~ *fōtus*, «pie», en *pūrnas* ~ *fulls*, «lleno», y dondequiera que la forma y el sentido sugieren una aproximación. Se llega, pues, a correspondencias regulares del tipo *p-* en sánscrito ~ *p-* en griego ~ *p-* en latín ~ *p-* en eslavo ~ *f-* en gótico ~ cero en irlandés.

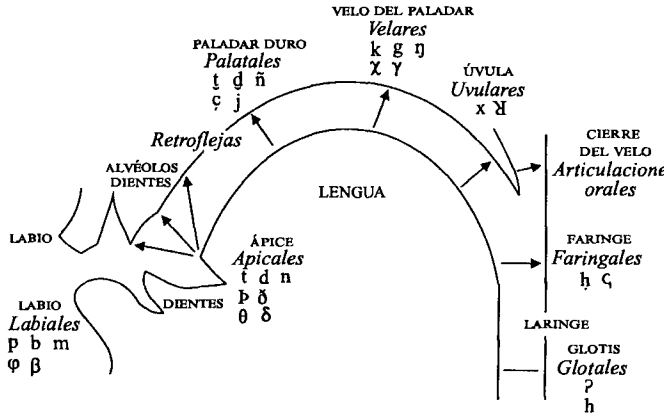
Por supuesto, pronto surgió la pregunta de qué lenguas habían innovado y cuáles habían conservado la forma primitiva. En muchos casos la respuesta apenas podía plantear duda: la *p-* del sánscrito, por ejemplo, era claramente mayoritaria; las formas *f-* y cero existían cada una sólo en una rama, el germánico y el celta, respectivamente. A esto se añadía la verosimilitud fonética: no se podía concebir un paso de cero a [p]; un endurecimiento de [f] no podía desembocar en [p], sino que un debilitamiento de [p] puede conducir a [f] pasando por [Φ], fricción del aire entre los labios que, si ha de mantenerse claramente perceptible y, en consecuencia, asegurar su función distintiva, debe dar lugar a una [f] mucho más audible. Si este paso no tiene lu-

gar, será finalmente el ruido del aire que pasa por la glotis, es decir por la parte más estrecha del canal respiratorio, el que se perciba en lugar del ruido de la fricción labial. En la notación, [h] reemplazará a [Φ]. A su vez, hay cierta posibilidad de que desaparezca esta misma [h], si puede hacerlo sin que se produzcan confusiones.

Pero al establecer que *p* es la forma antigua se va más allá de la simple correspondencia: se reconstruye un fonema de la lengua desaparecida, de la que se derivan las lenguas documentadas. Su carácter hipotético se marca con un asterisco antepuesto: por tanto, **p*. Ya en la pendiente, nada impedirá reconstruir todos los fonemas de una palabra dada: así pues, a partir de sánscrito *paçu*, gótico *faihu*, latín *pecu*, se reconstruirá **peku*. Si ahora pensamos que se puede hacer lo mismo para todas las palabras y todas las formas gramaticales de la lengua, eso querrá decir que se ha reconstruido esa lengua y que, por consiguiente, nada podrá impedir que se escriba en esa lengua un texto entero.

Esto tiene un famoso precedente: el de la fábula compuesta por el comparativista alemán August Schleicher, publicada en 1868, y que llevaba por título *Avis akvasas ka*, es decir, «El cordero y los caballos». Sólo citaremos la primera línea: *Avis jasmin varna na ā ast, dadarka akvams...*, «Un cordero al que le faltaba la lana vio unos caballos...». Desgraciadamente, algunos de los principios fundamentales de la reconstrucción practicada hasta entonces iban a ser cuestionados años más tarde: el cordero, de *avis* se convertía en **owis*, y la lana sería **wl̥nā* en vez de *varna*; actualmente se establecería de buen grado **H₃ewis* y **wl̥H₂neH₂*, respectivamente. Uno se explica, sin duda, que la tentativa de Schleicher no haya tenido continuación y que muchos comparativistas hayan emitido la opinión de que era preferible no arriesgar más allá de las correspondencias. En el *Dictionnaire étymologique de la langue latine* de Meillet y Ernout, por ejemplo, encontramos muy pocas formas con asterisco. Nos inclinamos por aprobar esta reserva hasta el momento en que se compruebe que esas formas constituyen la manera más simple de representar las correspondencias y que es menester tenerlas constantemente en la cabeza para poder prescindir de una llamada.

El verdadero inconveniente de concebir la gramática comparada como simple reconstrucción es que con ello nos olvidamos de que el indoeuropeo ha evolucionado con el curso del tiempo. Lo que se cree reconstruir es la lengua hablada en el momento mismo en que el pueblo de lengua indoeuropea va a escindirse en tantas ramas distintas



ESQUEMA DE LAS ARTICULACIONES CONSONÁNTICAS

Los tipos articulatorios aparecen en cursiva. Por falta de espacio no figuran en el esquema las variantes *ápico-dentales* y *ápico-alveolares* de las apicales, ni tampoco las *labio-dentales* (f, v). Para cada tipo, figuran en primera línea las oclusivas, y en segunda, las continuas. Cuando hay una sola línea, se trata de continuas. Para las apicales distinguimos las continuas de articulación tensa (segunda línea) de las de articulación distendida (tercera línea).

En las *silbantes* (s, z) y las *chicheantes* (š, ž), el aire se desliza por el surco central de la lengua, realizándose la fricción entre un punto de la parte anterior de la lengua y un punto también anterior de la bóveda.

A lo largo del texto señalaremos las *retroflejas* con un punto suscrito, y las *palatales* y *palatalizadas*, indistintamente, con un acento agudo pospuesto. En las reconstrucciones, se trata de palatales, y en la notación del ruso, de las palatalizadas que combinan una articulación específica y otra palatal.

como las documentadas más tarde, sin perjuicio, por supuesto, de las que desaparecieron más tarde sin entrar en la Historia. Pero actualmente percibimos con claridad que se trata de una ilusión, pues no hay ninguna verosimilitud de que todas las lenguas indoeuropeas resulten de una diáspora única y repentina. El desciframiento del hitita ha sido decisivo para esto. Que el hitita está emparentado con el griego y con el sánscrito resulta claro, pero le faltan evidentemente rasgos como, por ejemplo, la distinción de un masculino y un femenino, comunes a los dos pilares tradicionales de la comparación. A menudo las formas están ahí, como lo que conoce-mos como *-i* del «presente», pero aparecen con una distribución y en condiciones bastante diferentes. Asimismo, podemos dejarnos influir por el giro inesperado de las formas que resultan de la utilización por los hititas del silabario que la grafía cuneiforme comporta. La reacción del hititólogo y comparativista Edgar Sturtevant fue muy indicativa de la manera en que se comprendía, de hecho, la reconstrucción: el indoeuropeo provenía de la proyección sobre una pantalla de los resultados de la comparación de las lenguas que tradicionalmente consideramos emparentadas. Puesto que la adjunción del hitita a estas últimas conducía a enturbiar la imagen, era preciso considerar otra pantalla sobre la que se proyectaría la imagen de otra lengua reconstruida, el indo-hitita.

Sturtevant esperaba salvar de este modo la imagen tradicional del indoeuropeo reconstruido. ¿Pero valía esto la pena en un momento en que se estaba a punto de replantear algunas de las prácticas fundamentales? De hecho, apenas fue seguido y ya no se habla del indo-hitita. Pero habría sido bueno resaltar y explicitar mejor las razones por las que se debían descartar las propuestas de Sturtevant. En realidad, habría sido preciso hacer que todos los investigadores interesados tomaran conciencia de que en adelante no se trataba ya de reconstruir un estado de lengua al que se considera representante de la práctica de todo un pueblo en vísperas de su diseminación por el mundo. Lo que había que tratar de imaginar era la dinámica de una evolución lingüística, remontándose todo lo posible en el pasado y extrapolando a partir de los procesos evolutivos identificados mediante el examen

de los sucesivos estados de lengua. Esos estados de lengua no se limitaban ya a aquellos para los que había textos, sino que comprendían los que se restituían mediante la comparación y los sugeridos por una interpretación de los arcaísmos documentados sostenida por la experiencia proporcionada desde hacía cincuenta años por la descripción de las estructuras lingüísticas más diversas.

En adelante, no trataremos de llevar las investigaciones por esta vía, ni tan siquiera de precisar el programa de las mismas. Se tratará simplemente de mostrar, a veces con todo detalle, cuáles han sido hasta hoy las sucesivas concepciones de la estructura del indoeuropeo, las mismas que han sido ilustradas muy esquemáticamente por las tres versiones sucesivas de la reconstrucción de la palabra que designa el «cordero»: **avis*, **owis*, **H*$_3$*ewis*.

Aunque una estructura lingüística sea un todo en el que cada parte condiciona a todas las demás, no se puede comprender su funcionamiento sin distinguir en ella diferentes planos que es conveniente examinar sucesivamente, comenzando por aquellos en que se encuentran las unidades que es indispensable identificar antes de acceder a los enunciados, es decir, a las formas lingüísticas en que se organiza la experiencia que se desea comunicar. Comenzaremos, por consiguiente, por la fonología, es decir, por el examen de los fonemas y, más generalmente, de los rasgos que permiten identificar la forma de los elementos significantes. Seguirá el examen de las formas gramaticales, de las consideraciones relativas a las estructuras fundamentales del enunciado y, finalmente un sobrevuelo por el vocabulario.

Capítulo VIII

CAMBIOS FONÉTICOS Y ANALOGÍA

LA REGULARIDAD DE LOS CAMBIOS FONÉTICOS

La comparación de las lenguas indoeuropeas y los esfuerzos por reconstruir la lengua común adquirieron carácter propiamente científico a partir del momento en que hubo convencimiento de que los cambios fonéticos se hacían de manera regular, es decir de que si —en una lengua particular y en una época determinada—, en una palabra dada, *a* se cambiaba en *e*, se debía esperar que en otra palabra cualquiera se produjese el mismo cambio. Las únicas desviaciones admisibles eran aquellas en que el contexto era diferente: en el paso del latín al francés, las *a* cambian en *e* únicamente en las sílabas denominadas abiertas, aquellas en las que la vocal no va seguida, en la misma sílaba, de ninguna consonante. En otros lugares, *a* se ha conservado: *mare* (*ma-re*) da *mer*, pero *parte(m)*, pronunciado *par-te(m)*, da *part*. En sílaba abierta, pero delante de una *n* o *m* de la sílaba siguiente, *a* se convierte en *-ai-*: *pane(m)* da *pain*; *fame(m)* da *faim*. En todos estos casos se trata de cambios regulares.

Donde encontramos desviaciones, éstas pueden ser sólo aparentes; por ejemplo, cuando los clérigos, influidos por la forma latina *clarus*, cambiaron en la grafía francesa el regular *cler* en *clair*. Pero también pueden haber sido determinadas por diversas influencias: en francés *fiancée*, *fian-*, por lo general, se pronuncia en París como una

sola sílaba, exactamente igual que en *confiance*, donde encontramos la misma raíz, la de *fier*, *confier*; pero se oye asimismo una pronunciación *no regular* que trata a *fiancée* como si la palabra se escribiera *fillancée*, cuya pronunciación parece ser una equiparación de este término con *fille*. Diremos, en este caso, que una equiparación analógica de *fiancée* y de *fille* ha impedido la evolución regular de [i] + vocal en [j] + vocal. Es totalmente necesario comprender que esta equiparación analógica no es más que una hipótesis, habiendo escapado el proceso mismo a la observación. Lo mismo se puede decir probablemente en un caso como el de la sustitución de *cler* por *clair*, a no ser que tuviéramos el testimonio explícito del que decidió escribir *clair* con *-ai-*. He aquí la razón de que algunos investigadores se resuelvan a recurrir a tales suposiciones de muy mala gana.

DESVIACIONES EXPRESIVAS

En principio, el sentido de las palabras en que aparece un sonido dado no puede influir en la evolución de ese sonido. Hay, no obstante, casos en los que, al sentirse afectada la persona que habla por el valor de la palabra que pronuncia, podrá articular esa palabra con una energía particular. De este modo, no es extraño oír la palabra francesa *affolant*, «enloquecedor», pronunciada con una [f] muy larga. Esto nada tiene que ver con la grafía de la palabra con dos *f*: no se advierte nada parecido en las palabras *affaire*, «asunto», o *affranchir*, «liberar». Esa pronunciación alargada puede ser imitada y reproducida en circunstancias en que nada la justifica, es decir, en las que el que habla no está especialmente *affolée*, «enloquecida». Esto puede llegar a afectar a la pronunciación de la palabra de manera permanente. Consideremos, por ejemplo, la palabra inglesa *knock*, «golpear». En inglés antiguo se escribía *cnocian*, con una única *-c-* intervocálica que, en la pronunciación, correspondía a una [k]. Si la palabra hubiera evolucionado bajo esta forma, rimaría con *oak*, *soak*, *coke*. En realidad, desde la época más antigua debía de pronunciarse con una [k]

alargada o geminada y, de hecho, algunos siglos más tarde, en inglés medio la forma se halla documentada en la grafía con dos *-kk-* entre vocales, por tanto *knokke*, lo que explica su pronunciación actual con una vocal breve.

Los lingüistas de finales del siglo XIX y principios del XX, que habían tenido que luchar contra sus predecesores para mantener el principio de que la evolución de los sonidos de la lengua no se veía afectada por el valor de las palabras en las que aparecían, han negado frecuentemente la posibilidad de los alargamientos expresivos.

Para explicar casos como el de *knock*, habían inventado un sufijo en *-n* que, anteriormente a los textos documentados habría sido añadido al radical de ciertas palabras, por ejemplo a *knok-*, dando un grupo *-kn-* que más tarde se reduciría a *-kk-*. Pero como de hecho se encontraban grupos *kn*, especialmente en la posición inicial de la palabra de que nos ocupamos aquí, había sido necesario inventar ciertas condiciones particulares: *-kn-* habría pasado a *-kk-* sólo entre vocales y si el acento recaía sobre la vocal siguiente. Pero como en germánico el acento antiguo, de ubicación variable, había sido reemplazado en fecha prehistórica por un nuevo acento colocado automáticamente sobre la primera sílaba de la palabra, no era posible ninguna verificación de la validez de esa «ley fonética».

De hecho es imposible negar que el valor de la palabra pueda afectar, en ciertos casos, a la suerte de los sonidos que la componen. Pero esto quiere decir simplemente que, en ciertos casos este valor participa en el condicionamiento de la evolución. Por tanto, los alargamientos expresivos no se podrán fijar dondequiera, sino en el lugar en que las condiciones de empleo del término aporten una justificación para ello.

¿POR QUÉ «LEYES FONÉTICAS»?

Durante mucho tiempo incluso los más ardientes defensores de las «leyes fonéticas sin excepciones» se preguntaron cómo se podía

explicar su existencia. Fue preciso llegar a los años treinta del presente siglo para encontrar la respuesta a esta cuestión: de hecho, cada lengua tiene un determinado número de unidades fónicas a las que denominamos fonemas. A cada fonema corresponde un hábito articulatorio particular. A esto se debe que el aprendizaje de una nueva lengua nos plantee, en esta cuestión, ciertas dificultades. Si se trata del inglés, por ejemplo, el primer fonema de *thing*, cuya notación es /þ/, exige que el aire que sale de la boca pase por una ranura formada entre el borde anterior de la lengua y el de los dientes superiores. Nunca un francés aprendió a realizar esta articulación. Si coloca los órganos en cuestión en la posición descrita, lo único que sabe es ponerlos en contacto, cerrando de este modo el canal espiratorio, para finalmente realizar su propio fonema /t/ cuando la articulación se distiende. Si quiere realizar la fricción que percibe cuando oye una [þ], desplazará la lengua más adelante, tensando los músculos de ésta, y hará pasar el aire por un canal producido por la depresión del surco central del órgano, que es en lo que consiste su manera de realizar su propio fonema /s/. El fonema /þ/ es, por tanto, un hábito que adquieren los niños que aprenden inglés. No se excluye que este hábito se modifique imperceptiblemente de una generación a otra, pero como se trata de un hábito independiente del sentido de las palabras en cuya pronunciación se manifiesta, es normal que toda modificación vaya en el mismo sentido, sea cual sea la significación del discurso. Dondequiera que puedan producirse desviaciones, éstas tienen lugar cuando cierto hábito articulatorio entra en conflicto con los que le preceden o le siguen en el habla.

INFLUENCIA DEL CONTEXTO

Consideremos un fonema /a/, en francés por ejemplo. Se trata de un hábito articulatorio que combina las vibraciones de las cuerdas vocales, una boca muy abierta para realizar una cavidad máxima, y la elevación del velo del paladar. Supongamos que le sigue un fonema,

por ejemplo /d/ en *adieu*, «adiós»; /d/ es un hábito articulatorio que combina las vibraciones de las cuerdas vocales y la elevación del velo del paladar, lo que no implica hasta aquí ningún conflicto con /a/. La diferencia está en el cierre de la boca a nivel de la lengua y los dientes que seguirá a la gran abertura para /a/. Esta sucesión brusca de abertura y cierre del canal constituye la condición misma del buen funcionamiento del habla y serían precisas circunstancias muy especiales, que no existen en francés, para que la abertura de /a/ llegue a afectar al cierre de /d/. Si la consonante que sigue a /a/ es el fonema /n/, nos hallaremos ante un hábito articulatorio que combina los mismos movimientos que /d/, a no ser que el velo del paladar descienda, esta vez, de manera que al pasar el aire por la nariz, el sonido vaya acompañado de resonancias nasales. Aunque normalmente coincidente con el cierre bucal, este descenso podrá ser ligeramente anticipado, y esto es lo que se comprueba en muchas lenguas, particularmente en inglés, en las que delante de /n/ o /m/ la vocal se halla parcial o, incluso, totalmente nasalizada: en América, *Congress*, «el Congreso», es decir, «el Parlamento», se oye como ['kɑ̃ŋgres], incluso ['kɑ̃gres]. No ocurre así en francés, donde en la sucesión /an/ de *la nuit* /lanɥi/ inconscientemente se pone especial cuidado de no nasalizar la /a/ para evitar cualquier confusión con *l'ennui* /lɑ̃nɥi/.

Esta interacción de los fonemas en la cadena hablada se puso de manifiesto hace mucho tiempo, perfectamente identificada por los comparativistas y clasificada por los lingüistas contemporáneos entre las causas de variación. En distintos lugares hemos señalado la desaparición de **p* en celta y hemos operado con ella. En efecto, tiene lugar en la mayoría de las posiciones, entre vocales (*uper* < *uer* < *wer*) lo mismo que en posición inicial. Pero comprobamos que en un grupo *-pn-* la *-p-* ciertamente se debilita, pero sonorizándose para dar lugar a una [u̯] no silábica que forma diptongo con la vocal precedente. De este modo podemos derivar el irlandés *cúan*, «puerto», de un **kopno*, más antiguo, a través de [ko:n] < [koun] < [koβno]. De este **kopno* proceden de manera regular el danés *havn*, el inglés *haven* y el alemán *Hafen*. Esta forma reconstruida **kopno-* ilustra perfecta-

mente la manera en que los comparativistas han procedido para señalar detalladamente ciertas correspondencias de lengua a lengua. Entre irlandés *cúan* y alemán *Hafen* sólo hay en común la *-n* final, pero uno y otro se relacionan con **kopno-* mediante evoluciones regulares, es decir, que en principio no experimentan ninguna excepción: todas las **k-* han pasado en germánico a *h-* y todas las *o* a *a* para, por otra parte, desaparecer en posición final; las **p* han dado *-f-*, en determinadas condiciones acentuales; el grupo final *-fn* ha desarrollado una vocal de apoyo en wéstico, dando lugar a *-fen*; en inglés, *-f-* intervocálica ha dado *-v-*; en danés, delante de consonante también ha pasado a *-v-* para convertirse finalmente en [u̯] no silábica.

VARIACIÓN DE FORMA DE UNA MISMA PALABRA

Si, como acabamos de comprobar, un fonema evoluciona de forma diferente según el contexto en que aparece, podemos esperar que una misma unidad de sentido aparezca bajo una determinada forma en unos contextos, y bajo otra forma en otros. Consideremos la forma latina *amīcus*, «amigo», cuyo plural es *amīcī* con una *c* que se pronuncia [k], como en el singular. En el curso de la evolución del latín al italiano, [k] se palatalizó delante de *i* y *e*, lo que hizo pasar *amīcī* de [a'mi:ki:] a [a'mitši]. Como este plural es frecuente se ha mantenido tal cual. Para la palabra *tronco*, «tronco, truncado», se esperaría un plural **tronci* igualmente con [tš], pero como el plural de los nombres y de los adjetivos en *-o* se hace normalmente sustituyendo simplemente *-o* por *-i*, por analogía con la masa de plurales en que la forma del radical no cambia, se ha restablecido un plural *tronchi*; con [k], como en *tronco*. A pesar de cambiar la grafía, el plural regular es *tronchi*.

Es frecuente que la diferencia de contexto esté representada por la presencia o ausencia del acento tónico sobre una sílaba dada. En francés, una *o* breve latina ha dado regularmente *eu* en las sílabas acentuadas, y *ou* en las sílabas átonas. Por esta razón, en francés se dice *il meurt*, con *eu*, pero *nous mourons, mourir*, con *ou*, donde el

acento recaía sobre *-ons* o sobre *-ir* y no sobre el radical. Como las formas *meurt* y *mourir* son ambas de gran frecuencia, el niño que aprende francés oye una y otra y terminará distribuyendo las formas en *-eu-* y *-ou-* a satisfacción de los adultos. Pero esto podrá llevar tiempo, porque a partir del momento en que haya comprendido que *meur-* y *mour-* hacen referencia a la misma realidad, sentirá la tentación de confundirlas. Si acaba de oír *l'oiseau va mourir*, corregirá *s'il mourt...* Si su interlocutor ha pronunciado *tu meurs*, podrá redargüir *vous meurez*. En todos estos casos, se dice que el niño actúa por analogía. Este juego de la analogía aparece en el niño más o menos temprano. Es señal de progreso intelectual e indica que el niño no se limita a repetir frases totalmente hechas, de una manera a menudo imperfecta, sino que sabe identificar las unidades significativas, incluso cuando su forma varía de un contexto a otro.

LA ANALOGÍA

La analogía desempeña un gran papel en la evolución de las lenguas, debido a que cada nueva generación de niños intentará eliminar ciertas formas que la evolución fonética regular permite esperar, pero que complican inútilmente el funcionamiento de la lengua. En francés antiguo no se conjugaba, como hoy día, ... *il prouve*, *nous prouvons*..., sino *il preuve* (escrito *prueve*), *nous prouvons*, como *il meurt*, *nous mourons*. Como el verbo *prouver*, «probar», no tenía la misma frecuencia que *mourir*, «morir», la analogía ha prevalecido a costa de las formas fonéticamente regulares que únicamente subsisten en el sustantivo *preuve*.

Algunas circunstancias pueden favorecer la acción de la analogía. En francés antiguo, la alternancia de las vocales valía también para el verbo *laver*, «lavar». No se decía, pues, *il se lave*, *nous nous lavons*, sino *il se lève*, *nous nous lavons*, pero pronto surgió el conflicto con la forma (analógica) *il lève*, del verbo *lever*, «levantar», lo que favoreció la extensión de la *-a-* a todas las formas de *laver*.

El verbo francés *rêver*, «soñar», en el fondo, debe de ser la misma palabra que el inglés *rave*, «divagar», pero la analogía ha actuado en dos direcciones diferentes en ambas lenguas.

Sin duda se advierte cómo el funcionamiento de la analogía puede complicar la tarea del comparativista: las «leyes fonéticas» deberían permitirle prever con seguridad la evolución de una forma, pero el juego de la analogía es sumamente imprevisible. Éste, por ejemplo, hace intervenir ciertas frecuencias cuyo cálculo puede ser delicado en una lengua contemporánea a la que se accede directamente, pero que es imposible determinar en un estado de lengua hipotético. A esto se debe el que las mentes ávidas de rigor formal se resistan a hacer intervenir la analogía en sus razonamientos. Podemos comprender sus reticencias, pero como la importancia de la intervención de la analogía en el proceso evolutivo es innegable, hay que restituirle el lugar que ocupaba en las operaciones reconstructivas de nuestros predecesores.

EL EJEMPLO DE LA PALABRA «LENGUA»

Para ilustrar el papel decisivo de las analogías de todo tipo, vamos a considerar el caso de la palabra *lengua*. Se encuentra en casi todas las ramas de la familia para designar el órgano y, muy frecuentemente, el instrumento de comunicación. El prototipo que se reconstruye tiene la forma $*d\underset{\circ}{n}g^{h}weH_2$ en la que, de las vocales que pudieron existir entre las consonantes, sólo figura la última que a su vez, como veremos más adelante, podrá desaparecer. Existen todas las probabilidades de que, inicialmente, se trate de un compuesto. En efecto, no se conoce un monema único con cinco consonantes. Por evolución regular se llega en latín a *dingua*, apenas documentado al lado de la forma normal *lingua*. En latín hay otros casos de vacilación entre *d* y *l*, por ejemplo en *olere*, «oler», frente a *odor*, excepcionalmente *olor*, «olor». Pero en el caso de *lengua* no cabe duda de que la *l* se debe a la analogía con la palabra *linguo*, «lamer». Este tipo de analogía ha recibido el nombre de atracción paronímica. Esta atracción puede

darse incluso cuando no hay similitud de sentido, como cuando el fr. *braquet*, «sable corto», se convirtió en *briquet*, por analogía con el mecanismo para producir fuego. Con mayor razón ocurrirá cuando, como aquí, la analogía semántica y la formal son evidentes. La *-a* final del latín es la reducción normal de una antigua *-ā* larga derivada de manera regular de $-eH_2$ en posición final. Como veremos más adelante, H_2 pudo pronunciarse como un *ach* alemán o como la *j* española. Su pronunciación entraña una pronunciación [a] de la vocal que se alarga por compensación cuando H_2 enmudece.

Las formas germánicas, desde el gót. *tuggō* (pronunciado [tuŋgo:] al inglés *tongue* y al alemán *Zunge*, son perfectamente regulares.

La forma lituana *liežuvis* tiene una *l-* inicial debido, como en latín, a la analogía con el verbo para «lamer», *liežiu*; la *-ie-* de la primera sílaba reproduce igualmente la forma del verbo; el tratamiento *-ž-* de la g^h es regular en lituano (lengua *satem*); el segmento final *-uvis* es idéntico al del equivalente prusiano antiguo *insuwis*, es decir [inzuvis]. En esta forma como en la del eslavo antiguo de más abajo, la *d* inicial ha desaparecido. Puede tratarse también de una analogía, pero no sabemos cuál. Las palabras baltas y eslavas se remontan a una forma en la que la vocal que más arriba establecíamos entre *-w-* y $-H_2$ ha desaparecido. Esto únicamente ha podido producirse donde era la desinencia lo que se acentuaba: frente a un nominativo $*-g^hweH_2-s$ se tenía un genitivo $*-g^huH_2-és$. La analogía ha jugado a favor de esta última. En este caso, *-w-* situada entre dos consonantes pasa a *-u-*, de ahí la forma $*-g^huH_2$ para el segundo elemento; el acusativo después de consonante está marcado por medio de un *m* silábica, con notación $-m̥$, que se convierte en *-im* en eslavo y báltico; por analogía con esta forma, se interpreta que el radical termina en *-i*, de donde procede el nominativo en *-is* de *liežuvis* e *insuwis*. En $-g^huH_2i-$, H_2 intervocálica generalmente desaparece, pero entre *-u-* e *-i-* se desarrolla una [w] de ligazón que, posteriormente, dará *-v-*.

En eslavo no es la forma del acusativo la que se va a imponer por analogía, sino la del nominativo, un nuevo nominativo, por supuesto, derivado por analogía de las formas acentuadas en la desinencia, por

ejemplo de un genitivo *-g^huH_2-*és*. Por tanto, en el nominativo se tendrá *-g^huH_2+*s*; en este contexto, H_2 se ha endurecido en *k* como hizo la *ch* del alemán en la palabra *sechs* [zeks] de la misma lengua, de ahí *-g^huks*; en el acusativo, la marca *-m* va a ser tratada aquí como no silábica, por extensión analógica con los casos en que la palabra siguiente comienza por vocal: en báltico se tenía *-$g^huH_2m̥$, forma esperada, por ejemplo, delante de una *t* inicial de la palabra siguiente, siendo impronunciable un grupo *-H_2mt-*; en eslavo se puede reconstruir *-g^huH_2mo-*, con el grupo *-H_2m-* perfectamente pronunciable entre dos vocales. La sucesión *-uH_2m-* pasa de una manera regular a *-ūm*, donde *-m* es la desinencia del acusativo y *-ū-* final del radical. Tenemos, por tanto, frente a frente *-uk-s*, en nominativo, y *-ū-m* en acusativo. La unificación se realizará extendiendo la *-k-* al acusativo y la *-ū-* al nominativo, lo que da *uk-s* y *-ūk-m̥*. Por analogía, este *-ūk-* se extenderá a los demás casos. Pero la sustitución de los radicales en consonante final por formas en vocal, más estables y favorecidas debido a que se hallan menos expuestas a los tratamientos divergentes del tipo de los que acabamos de examinar, va a cambiar nuestro *-ūk-* en *-ūko-*, con un nominativo *-ūko-s*, un acusativo *-ūko-m*, un genitivo *-ūko-ot* > *-ūkōt*, etc. El resultado final será, por consiguiente, *$ǹg^hūko$-. Pero, desde esa época, g^h ha pasado a *z* (tratamiento *satem*), *ǹ-* se ha convertido en *in-*. Por tanto, la forma evolucionará de un modo regular a partir de **inzūko-*: *in-* se convierte en *ĩ-*, después en *ẽ-* (forma testimoniada), y posteriormente, en ruso, en *ia-* [ja]; la *-ū-* pierde su redondeamiento como todas las *ū* de la lengua, y la vocal final desaparece. El resultado final es la forma rusa contemporánea *iazyk*.

Renunciamos a extender nuestros análisis, de una parte, a las formas iranias e indias y, de otra, a las formas celtas. Éstas presentarían, al lado de rasgos absolutamente regulares, los mismos tipos de desviación que hemos puesto de manifiesto hasta aquí.

Es interesante observar que el género femenino para la palabra *lengua* se halla documentado dondequiera que se ha conservado la vocal entre las dos últimas consonantes del radical, es decir, allí donde se mantenido la combinación *-eH_2* —característica de este géne-

ro—, o la *-ā-* que se deriva de ella. En este caso, el nominativo no está marcado por *-s*. Por el contrario, una vez que desaparece la vocal y, a partir de ese momento, el radical termina en *-i*, como ocurre en balto, en *-k*, como sucede en eslavo, o en *-hu*, como en ciertas formas iranias, es el masculino, género no marcado, el que se instala. No se trata en absoluto de que la lengua en sí misma sea considerada como femenina. La oposición de género femenino ~ masculino es aquí simplemente una cuestión de forma.

El tocario tiene una forma con metátesis, es decir, con inversión de las consonantes, que en el dialecto B es *käntwa*, mientras que a partir de $*dn̥g^{h}weH_2$ se esperaría *tänkwa*. El armenio *lezu* debe asimismo su *l* a *lizanem*, «yo lamo».

La única rama del indoeuropeo en que no aparece ninguna transformación de $*dn̥g^{h}weH_2$ es el griego, que tiene un vocablo distinto *glôtta*, *glôssa*.

LOS RESULTADOS DIVERGENTES DE LA ANALOGÍA

La palabra *lengua* ilustra claramente cómo los juegos divergentes de la analogía, por supuesto, en combinación con evoluciones fónicas regulares, pero variables de lengua a lengua, pueden conducir a resultados tan diferentes como el francés *langue* y el ruso *iazyk*. En todos los casos, para «lengua», la analogía desempeña perfectamente su papel simplificador. En cada idioma, la forma obtenida presenta un único y mismo radical: en francés *langue* tiene siempre esta forma, añadiendo en su grafía del plural simplemente una *-s*, rasgo que comparte con los demás sustantivos; en latín *lingua* se declina como todos los sustantivos en *-a*; en ruso, *iazyk* es la base inmutable a la que se añaden, si es necesario, las terminaciones casuales características de los masculinos.

No obstante, respecto a una palabra muy frecuente, puede ocurrir que, en una misma lengua, la analogía haya actuado en diversos sentidos, aunque la adjunción de las desinencias sea simultánea a la

elección de radicales diferentes. En francés, por ejemplo, el verbo *aller*, «ir», auxiliar en el futuro próximo *je vais aller*, «estoy a punto de ir», es casi tan frecuente como los otros auxiliares, *être* y *avoir*. Los niños aprenden sus formas variables, *va*, *allons*, *ira*, *aille*, incluso antes de que hayan podido identificarlas como pertenecientes al mismo verbo: algunas formas analógicas de los tipos de *on allera* o *il faut qu'il alle* no tienen ninguna posibilidad de fijarse, porque el niño que produce *on allera,* como eco de *nous allons*, conoce la forma *on ira*, que en otros contextos le acudirá a los labios de manera natural.

El caso de la palabra *puente* y las formas que asume en sánscrito ilustran claramente esta posibilidad. Anteriormente ya encontramos *puente* y señalamos en qué circunstancias esta palabra ha adoptado el sentido de «construcción que permite el paso por encima de una corriente o de una extensión de agua», cuando inicialmente sólo tenía el valor de camino. Es precisamente el sentido que la palabra tiene en sánscrito. En el curso de su flexión, presenta en esta lengua no menos de cuatro radicales: 1) *panthā-*, por ej., en el nominativo singular *panthā-s*; 2) *panthā-n*, por ej., en el nominativo plural *panthān-as*; 3) *path-*, por ej., en el genitivo singular *path-as*; 4) *pathi-*, por ej., en el dativo plural *pathi-bhyas*. Los elementos básicos aparecen de nuevo en 1 y 3. A partir del genitivo *pathas* se puede reconstruir el radical **pn̥tH-*; la ausencia de vocal en el radical coincide con el acento en la desinencia del genitivo, **-e/os*; de ahí deriva la *th* que encontramos en toda la flexión. Para el nominativo se puede reconstruir un radical **pn̥teH-*, siendo la desinencia *-s*, sin vocal; esto daría **patā-s*; pero es preciso establecer una forma paralela con el acento al principio, por consiguiente **péntH-s*; ésta es la que se halla en el origen del nominativo latino *pons* (<**ponts*) y la que explica el *pan-* del sánscrito. La forma documentada *panthās*, combina por tanto la *th-* regular en el genitivo donde el acento se hallaba sobre la desinencia, la *-ā-* regular cuando el acento incidía sobre la vocal que existía al principio entre *-t-* y *-H-*, y el *pan-* de acentuación inicial. El radical 2, con un sufijo en *-n-* añadido al radical precedente, se debe a la analogía con *rājā*, «rey», en plural *rājānas*. El radical 4, con su elemento *-i-*, se halla

documentado en prusiano antiguo bajo la forma *pintis* (< **pn̥tHi-*) y en eslavo, pero aquí con una vocal plena entre *p-* y *-n-*, de donde *pŏtĭ* (< **pontHi-*). El griego ha asegurado estabilidad a las formas al añadirles la vocal *-e/o-* como lo ha hecho el eslavo para la palabra *jazyk*. A patir de **pn̥tHo-* tenemos *pátos*, «camino»; a partir de **pentHo-* se tiene *póntos*, que designa el mar, el camino más directo entre muchas ciudades griegas. Se conoce el *Ponto-Euxino* como designación del Mar Negro, literalmente «el mar hospitalario», pero sin duda por antífrasis, pues los griegos temían a las tribus bárbaras que poblaban sus orillas.

Las presentaciones precedentes, necesariamente condensadas, sin duda, pueden dar la impresión de que los lingüistas juegan con las formas que han puesto en el papel sin tratar demasiado de imaginarse cómo los hablantes —a menudo los niños, pero también los adultos—, en el uso que hacen de la lengua, son llevados a elegir tal o cual variante. Y, de hecho, cuando se trata de lenguas no documentadas o conocidas solamente por algunos textos, no es posible descubrir, imaginar, todas las analogías que han podido tener lugar. Al lado de la situación privilegiada en que nos encontramos, para explicar la *l-* de *lengua*, con una palabra del sentido de «lamer» con *l-* inicial, dondequiera que se haya producido el cambio de *d-* en *l-*, encontramos constantemente —en nuestras reconstrucciones— divergencias que sugieren que ha debido de tener lugar una atracción, sin que nuestro conocimiento, excesivamente deficitario, del dialecto en cuestión nos permita ir más allá de una hipótesis aventurada.

Aquí, lo mismo que a lo largo de toda la investigación, es preciso estar siempre prestos a replantear de nuevo una hipótesis a partir del momento en que intervienen nuevos elementos de información. Negarse a considerar todas las hipótesis que sugieren los conocimientos que adquirimos cada día al examinar las realidades más diversas equivaldría a condenarse a la esterilidad. Después de más de cincuenta años de una lingüística fundamentalmente descriptiva, podemos volver de nuevo a la reconstrucción con posibilidades de comprender mejor lo que ocurrió en el curso de los milenios que nos han precedido.

Capítulo IX

EL SISTEMA FONOLÓGICO

La fonología es, fundamentalmente, el estudio de las *unidades distintivas* del discurso en cada lengua particular. A esas unidades distintivas se les designa fonemas de la lengua. En una grafía alfabética a cada fonema le corresponde, en principio, una letra. Es lo que advertimos en francés en palabras como *calcul, joli, carnaval*, pero la ortografía francesa implica frecuentes y sistemáticas violaciones de este principio, como vemos en *roues*, con cinco letras para dos fonemas. Mientras se funcionó con lenguas antiguas en las que se respetaba el principio, se pudo identificar, sin mayor dificultad, letra y fonema. Pero el interés que actualmente se otorga a las lenguas más diversas impone la distinción.

Asimismo, hay que distinguir la fonología de la fonética, ocupándose esta última disciplina de los sonidos del lenguaje en general; por su parte, la fonología se centra en el sistema de las unidades distintivas de cada lengua. Recordemos aquí que las barras oblicuas marcan una notación fonológica, es decir, presentan las unidades distintivas características de una lengua dada, por ejemplo /roš/, para el francés *roche*, mientras que los paréntesis cuadrados de la notación fonética llaman la atención sobre la realidad física simbolizada por los signos que encierran, por ejemplo [ʁöš], para ciertas pronunciaciones parisinas de la misma palabra.

A PARTIR DEL SÁNSCRITO

Cuando se trató de identificar y de representar los fonemas del indoeuropeo común, la imagen del sánscrito se impuso, en un primer momento, de manera absoluta. Inicialmente, incluso se pudo pensar que esa lengua se identificaba plenamente con el sánscrito. Los primeros comparativistas quedaban realmente absortos ante la armonía y la simetría del sistema consonántico de esa lengua. Esta simetría, de hecho, no tenía nada de extraordinario, pues podemos encontrar simetrías igual de perfectas en muchas lenguas, pero ocurría que los gramáticos indios la habían resaltado mucho. Con lo que actualmente conocemos como cinco series de otros tantos órdenes se representa lo esencial del sistema, que adopta la forma del cuadro siguiente:

		Órdenes					
		I	II	III	IV	V	
Series	1	p	t	ṭ	c	k	sordas
	2	p^h	t^h	$ṭ^h$	c^h	k^h	sordas aspiradas
	3	b	d	ḍ	j	g	sonoras
	4	b^h	d^h	$ḍ^h$	j^h	g^h	sonoras aspiradas
	5	m	n	ṇ	ñ		nasales

Los órdenes, de izquierda a derecha son: I, labial; II, dental; III, retoflejo; IV, palatal; V, velar.

Para no afectar a la simetría, hemos prescindido de las silbantes dental (*s*), retrofleja (*ṣ*) y palatal (*ç*), que forman una sexta serie no representada en los órdenes I y V.

Al lado de las consonantes, encontramos cuatro «semivocales», es decir, ciertas realidades fónicas que pueden ser silábicas y funcionar como vocales, o no silábicas y funcionar como consonantes. Tal es el caso de *i* y de *u* que se convierten en *y* y *w*, respectivamente, cuando no son cresta de sílaba. Es lo que ocurre en francés cuando la *i* de *je nie* ya no constituye sílaba en *nous nions*, en la pronunciación parisina. Además de *y* y *w*, se encuentran en sánscrito las semivocales *l* y *r* que, efectivamente, figuran como núcleos silábicos, por ejemplo en *pṛthu-*, «ancho». Encontramos hechos análogos en otras lenguas, por ejemplo en checo *prst*, «dedo», y *plný*, «lleno». De hecho, la grafía india distingue perfectamente los usos vocálicos y los usos consonánticos. Tradicionalmente lo que aquí damos como *w* ha sido trasliterado como *v* de acuerdo con la pronunciación actual que, por otra parte, existía quizá desde la época en que se fijó la grafía india.

Hay una vocal fundamentalmente, la *a*, breve o larga. La lengua conoce las *ē* y *ō*, pero éstas alternan con *i* y *u* y son percibidas todavía como las *ai* y las *au* que eran en un principio. En francés, la grafía en *aine* y *aune* da testimonio todavía de la existencia antigua de un diptongo para lo que, en realidad, se pronuncia *êne* y *ône*. Hay «semivocales» largas con función silábica, por tanto *ī*, *ū*, incluso *r* y *l* silábicas largas. Pero todos estos fonemas se presentan como las peripecias de diversas combinaciones más antiguas, y esto sugiere que originariamente había solamente una vocal única que, alargándose, reduciéndose a cero o combinándose de distintos modos con sus contextos, originó la variedad de vocalismos que encontramos en las diversas lenguas indoeuropeas. Aunque actualmente ya no creemos en la primacía del sánscrito, nos sentimos inclinados, quizá más que los primeros comparativistas, a encontrar en esa lengua, y sobre este punto concreto, un modelo de lo que pudo ser la lengua indoeuropea en fecha muy antigua.

En la lengua común reconstruida, muy pronto se excluyó del hermoso sistema consonántico del sánscrito el orden III, el de las retroflejas. El conocimiento, bastante antiguo, de los más viejos textos

iranios denunciaba claramente esas retroflejas (se decía «cacuminales») como innovación india. Quedaban, pues, los cuatro órdenes aquí numerados I, II, IV y V, respectivamente, labial, apical, palatal y velar. La correspondencia de los dos primeros con sus equivalentes de las demás lenguas apenas podía ofrecer duda: ya hemos encontrado sct. *pitār*, gr. *patēr*, lat. *pater*; para «tres» tenemos sct. *trayas*, gr. *treis*, lat. *trēs*. Pero en lo que concernía a los órdenes palatal y velar, se comprobaba que las palatales del sánscrito, por ejemplo *j* en *jña-* «conocer», correspondían a velares, por tanto a *g*, en el latín *gnōscō* y el griego *gignōsko*. En cuanto a las velares sánscritas, sus equivalentes normales en latín y germánico eran labiovelares, empezando los interrogativos por *k-* en sánscrito, pero por *qu-* en latín y por *hw-* en gótico. No obstante, como se encontraban algunos casos en los que a *k* y *g* del sánscrito correspondían igualmente *k* y *g* en griego o en latín, por ejemplo *kravis*, «carne cruda», gr. *kréas*, «íd.», lat. *cruor*, «sangre»; *yuga-*, «yugo», gr. *zugón*, lat. *iugum*, para la lengua común se establecieron tres órdenes diferentes: un orden palatal con una sorda cuya notación es $*k'$, un orden velar con *k* y un orden labiovelar con $*k^{w}$. Actualmente se tiende a creer que en sánscrito no se distinguía entre las palatales y las velares, y que los casos en que en las lenguas *satem* encontramos, por ejemplo, una *k* una *k* griega o una *c* latina se explican por condicionamientos y desarrollos analógicos particulares. Por consiguiente, en lo sucesivo no tendremos en cuenta una diferencia antigua entre palatales y velares; operaremos sólo con dos órdenes caracterizados, por ejemplo, por las sordas: por $*k$ y $*k^{w}$.

La reconstrucción de las *series* consonánticas es la que plantea los problemas más delicados. Respecto a esta cuestión, los primeros comparativistas confiaban de manera inquebrantable en el sánscrito y reconstruían las cuatro series, 1, 2, 3 y 4, de sordas, sordas aspiradas, sonoras y sonoras aspiradas. Como el indio era la única rama que presentaba cuatro series, cuando el iranio, por su parte, sólo presentaba dos, se habría podido pensar en una innovación. Pero las cuatro series parecían constituir una estructura muy coherente y se cerraba

los ojos sobre el carácter un tanto marginal de la serie 2 de las sordas aspiradas. Más adelante volveremos sobre esto. Por otra parte, nos continúa pareciendo extraño un sistema en el que la aspiración, que normalmente aparece unida a la sordez, pudiera existir únicamente en combinación con la sonoridad.

He aquí, pues, el sistema consonántico con el que se actuó durante todo el siglo XIX, en el que se conservan tres órdenes de dorsales y al que algunos continúan refiriéndose:

*p	*t	*k´	*k	*k^{w}
*p^{h}	*t^{h}	*k^{h}´	*k^{h}	*k^{hw}
*b	*d	*g´	*g	*g^{w}
*b^{h}	*d^{h}	*g^{h}´	*g^{h}	*g^{hw}

En lo que atañe a la notación, hay que señalar que muchos autores prefieren las grafías del tipo *g*^{w}*h* nacidas de la idea un tanto ingenua de que la *h* corresponde a un elemento pospuesto a la articulación bucal, mientras que, de hecho, tanto la aspiración como la labialización y la oclusión, aquí dorsal, son fenómenos concomitantes, resultando la sucesividad de los elementos gráficos de la imposibilidad en que nos hallamos para combinarlos de una manera más íntima.

Más adelante volveremos ampliamente sobre lo que hay que pensar sobre este bonito sistema.

La reconstrucción clásica conoce tan sólo una única silbante con notación **s*, siendo las demás silbantes del sánscrito, una, innovación retrofleja, y la otra, reflejo regular de la **k´*, resultando la *c* del cuadro sánscrito de una palatalización indoirania particular, cuyos resultados, a no ser en lo que atañe a la sorda simple, se han confundido con los del proceso *satem*. Esto recuerda lo que encontramos en el paso del latín al francés: tenemos [ž], tanto en *gens*, de *gentes*, como en *jaune*, de *galbinu(s)*; mientras que tenemos [s] en *cent*, de *centum*, pero [š] en *champ*, de *campu(s)*.

Únicamente se establecen dos nasales **m* y **n*, siendo las que se añaden a éstas en sánscrito, al menos inicialmente, sólo variantes sin autonomía real.

Se reconstruyen dos «líquidas», **l* y **r*, una **y* y una **w*. De estas enseñanzas del sánscrito, se desprende que estos otros fonemas y las dos nasales, agrupados todos bajo la etiqueta de sonantes, pudieron funcionar, a falta de vocal, como cresta silábica. En estos casos se representan con la notación **l̥*, **r̥*, *i̯*, *u̯*, *m̥* y *n̥*, considerándose que los grupos **al*, **ar*, **am*, **an* se comportan como diptongos con la misma razón que **ai*, **au*. Más adelante veremos lo que esto implica.

Por lo que a las vocales se refiere, al lado de *a* y *ā*, además de las sonantes en función silábica, recordamos por lo menos dos largas, **ī* y **ū*.

Finalmente se establece una vocal **ə*, llamada *schwa*, cuando una *i* del indoiranio corresponde a una *a* de todas las demás lenguas, por ejemplo en *pitā(r)*, «padre», frente al griego *patēr*, latín *pater*, irl. ant. *athir*, gót. *fadar*.

¿UNA VOCAL ÚNICA?

Hay que llegar hasta el último tercio del siglo XIX para que algunos rasgos fundamentales de este sistema sean puestos en duda. Cuando lo son, es porque ha habido más exigencia en cuestiones de comparación. Recordamos que, no contento con participar en la evolución *satem* que hace pasar **k'* a silbante, el indoiranio palataliza a veces el resultado [k] de la antigua **k^{w}*. Por ejemplo, el equivalente de la partícula *-que*, «y», del latín no es *ka*, sino *ca*, es decir, [kya] o [tša]. Al estudiar el condicionamiento de esta palatalización, llegamos a la conclusión de que únicamente se produjo en contextos en los que el testimonio de otras lenguas, como el griego y el latín, permite esperar una *e*, pero no la *o* que alterna con ella, por ejemplo en *tego*, «cubro», frente a *toga*, «la cobertura, la toga». Más adelante volveremos detenidamente sobre esta alternancia. Esto conduce a la conclusión de que la distinción entre *e* y *o* es antigua, que se había mantenido en los primeros tiempos de unidad indoirania y que la

confusión de las dos vocales en *a* ha sido resultado de una evolución posterior propia del indoiranio.

Para comprender bien de qué se trata aquí, se ha de precisar qué puede implicar, tres mil años antes de nuestra Era, dos milenios y medio antes del siglo de Pericles, eso que nosotros hemos designado como distinción entre *e* y *o*. En griego ático, la *é* de *légō* era más o menos la del francés *léguer*, y las *o* de *lógos*, la de *rôle*, es decir, dos realizaciones vocálicas esencialmente diferentes. Pero no cabe duda de que una y otra se remontan a la misma vocal. La experiencia que tenemos de las lenguas nos indica que en ese caso se trataba de una vocal que, si la oyéramos, representaríamos con la notación *a*, pero cuya articulación podía variar según el contexto, algo así como, en París, la *a* de *tasse* varía según las personas, pues unos hace rimar la palabra con *fasse* y otros con *lasse*. En la época en que los antepasados lingüísticos de los griegos se separaron de los que iban a convertirse en los indoiranios, en la lengua se pueden considerar dos timbres vocálicos poco diferentes, uno análogo a la *a* inglesa de *cat*, con notación [æ], y el otro, a la *o* de *pot*, al que podemos dar la notación [å], para el uso británico, y [ɑ], para el uso americano. En la lengua que dará lugar al indoiranio, una [k] situada delante de [æ] se convertirá en [kʲæ] y, más tarde, en [tšæ]; delante de [ɑ], esa [k] permanecerá inalterable. Un poco más tarde, el indoiranio confundirá [æ] y [ɑ], de un modo un tanto parecido a como los actuales jóvenes parisienses están a punto de confundir *patte* y *pâte* que, hace cincuenta o sesenta años, se articulaban en los suburbios, respectivamente, [pæt] y [pɑt]. En griego por el contrario, la diferencia se acentuará, pasando la [æ] a [ɛ], luego a [e]; la [ɑ], a [ɔ] y después a [o].

No obstante, no es indiferente que, en un dialecto determinado, la vocal posterior haya tenido un timbre [å] o un timbre [a]. Donde el timbre era [å] había espacio entre [æ] y [å] para un timbre [a], documentado en una creación familiar como **kaput*, «cabeza», que sin duda designaba inicialmente «una olla». Esta [a] no evolucionará hacia [o] en las lenguas en que, como el griego y el latín, la variante posterior de la antigua vocal única se debió de diferenciar bastante

pronto: el latín tiene *o* en *potis*, originariamente «el amo», «el que puede» (*pot-erat*, «podía, era dueño»), permaneciendo claramente diferenciada de la *a* de *caput*, «cabeza». Por el contrario, el sánscrito tiene en *kapucchala*, «moño», la misma *a* que en *patis*, «esposa». El germánico tampoco distingue *a* de *o*: al latín *caput* corresponde el ing. ant. *hafud* con *a*, exactamente igual que el gótico *-faþs*, «esposo», que corresponde a *potis* (en *brūþ-faþs*, «la que está en posesión de esposo»). Distinguen **a* de **o*, además del latín y el griego, las lenguas itálicas, el celta, el armenio y el tocario; las confunden, además del indoiranio y el germánico, el hitita, el balto y el eslavo. En el caso de este último en particular, nos podemos preguntar si la distinción no será resultado de una evolución reciente.

Dejando al margen el indoiranio, la distinción entre **e*, por un lado, y una vocal alternante **o*/**a* es, a su vez, general. Actualmente aún no se ha llegado a deducir en qué condiciones se estableció esta distinción. Es muy verosímil que en un momento determinado de la evolución de la lengua tuviera cierta importancia el lugar del acento.

La naturaleza de éste, las condiciones de su aparición y sus relaciones con la melodía del discurso cambian en el curso del tiempo, como lo hacen los fonemas y las relaciones que éstos mantienen entre sí. Cada una de las lenguas indoeuropeas documentadas tiene su propio sistema acentual y la comparación, a lo sumo, permite suponer que en cierta época las vocales se conservaron en posición acentuada y han tendido a desaparecer en otras posiciones. Se habla de **grado pleno** de la vocal cuando la encontramos en forma de *e* u *o*; se habla de **grado cero**, cuando la vocal ha desaparecido, y de **grado reducido**, cuando ha dejado una huella que, posteriormente y con un timbre particular, ha vuelto a encontrar un rango de vocal plena. En sílaba no acentuada normalmente se espera cero, es decir, pérdida de la vocal; pero cuando de este grado cero podían resultar grupos de consonantes difícilmente pronunciables podemos pensar que se utilizó una vocal de apoyo, de modo un tanto parecido a como los franceses utilizan una *e* llamada «muda» para suavizar los grupos de consonantes

en *match(e) de football*, *arc(que) de triomphe*, *ours(e) blanc*, o *Félix(e) Potin*.

La primera idea que viene a la mente para explicar la alternancia *e/o*, cuando ya no se proyectan las reconstrucciones sobre una única pantalla, sino que tratamos de diferenciar estadios sucesivos, es de suponer que, cuando se halle acentuada, la vocal haya adoptado un timbre anterior, [æ], desaparecida en posiciones no acentuadas, pero que se ha mantenido o ha sido restituida con su timbre más profundo [ɑ] o [å], en lugares donde su desaparición hubiera dado lugar a grupos de consonantes impronunciables.

Cuando en la reconstrucción tradicional se habla de vocales reducidas, se debe de tratar de fenómenos más tardíos, peculiares de ciertas lenguas o grupos de lenguas con vocales plenas, restituidas al final del proceso y cuyo timbre varía de lengua a lengua: *a* en latín y *u* en germánico, por ejemplo.

Al principio, [æ] y [å] eran tan sólo dos variantes de un mismo fonema, cuya distribución dependía del lugar del acento. Pero la menor modificación del sistema acentual podía llevar a asegurar, a uno y otro fonema, su independencia fonológica, pudiendo [æ] y [å] figurar en lo sucesivo tanto en posición acentuada como en otras posiciones. A partir de ese momento, la puerta estaba abierta a todas las extensiones analógicas posibles. «Del pie», en fecha antigua, debió de decirse **pedés*. En latín tenemos *pedis* para **pedes*, con dos *e*; en griego, *podos*, con dos *o*; de hecho, cabría esperar un **pdes* que pronto resultó más fácilmente pronunciable, bien por medio de la vocal de apoyo, de ahí **podés*, bien por extensión analógica de la vocal esperada en el acusativo **pedm̥*, por tanto **pedes*, lo que da la forma latina. En otros contextos, la desinencia *-és* del genitivo pudo perder su acento y ver su vocal restituida como *o*, de ahí **podos*, como en griego. Pero, evidentemente, siguiendo esta dirección lo podemos explicar casi todo, por lo que a muchos les parece que esto implica que la explicación no vale nada.

En último término, para formas que consideramos establecidas en la lengua en fecha muy antigua, habría que establecer una vocal **e/o*

que tiene todas las posibilidades de haber sido inicialmente /a/ con realizaciones entre [æ] y [å]. Se reservan **-e-* y **-o-* para ciertas especializaciones más tardías, como **-es*, marca de plural que alterna con **-s*, pero no con **-os*; como *-e*, marca de los vocativos de los radicales en vocal, como **-om*, desinencia de genitivo plural, u **-o-*, vocal radical del perfecto, etc. No obstante, no nos resolvemos a emplear constantemente el dígrafo **e/o* que hace más pesados los textos y no facilita la identificación de las formas no legibles en voz alta. Nos sentimos tentados de notar simplemente **e*, a pesar de su ambigüedad.

Como más adelante vamos a ver, nunca se ha dejado de flirtear con la hipótesis de la vocal única de un estadio muy antiguo del indoeuropeo. Inspirada en sus inicios por la estructura del sánscrito, actualmente cuenta con el apoyo de la analogía de ciertas lenguas caucásicas en las que, por encima de la variedad de los timbres vocálicos percibidos, se puede establecer, al menos en el vocabulario indígena, un fonema vocálico único que dejará al contexto el cuidado de decidir su timbre. Si, convencionalmente, representamos esta vocal con la notación *ə*, *pə* se pronunciará [pø], entrañando el juego de los labios para [p] el redondeamiento de la vocal; *tə* se pronunciará [te] porque el cierre de la [t] se realiza casi en el lugar donde se articula [e], y así sucesivamente.

LAS VOCALES LARGAS

El otro replanteamiento, que al final tendrá profundas repercusiones en la manera de concebir la reconstrucción indoeuropea, se refiere al carácter de las vocales largas. Entre las documentadas en las diversas lenguas y que se reconstuyen para el indoeuropeo común, podemos distinguir dos tipos. En primer lugar, las que alternan con las vocales **e/o* y cuyo timbre es el mismo, por consiguiente **ē* y **ō*. Tal es el caso, por ejemplo, de la vocal del nominativo del latín *pēs*, frente al acusativo *pedem* y al genitivo *pedis;* el del equivalente griego *pōs* (escrito *poús*), frente al acusativo *póda* y al genitivo *podós;* o,

incluso, el del genitivo plural griego de la misma palabra, *podôn*, frente al equivalente latino *pedum* por **pedom*.

Después están las vocales largas que alternan con lo que se conoce como *schwa*, es decir, la vocal que en las lenguas europeas es *a*, pero en indoiranio es *i*. De este modo, para «estar de pie», ing. *stand*, tenemos en sánscrito el participio *sthita-*, frente a la base *sthā*, y en latín *status*, frente a *stā-re*; para «dar», se tiene en latín una *a* en *datus* frente a la *-ō-* de *dōnum*, «don»; para «sembrar», el participio latino es *satus*, con *a* frente a la *-ē-* de *sēuī*, «he sembrado». Esto quiere decir que en el participio, en una sílaba originariamente no acentuada en la que cabría esperar una vocal cero, podemos establecer **ə*, pero donde esperamos una vocal plena, tenemos una larga con un timbre particular: *-ā-*, *-ō-*, *-ē-*. Se debe a Ferdinand de Saussure la sugerencia de que el *schwa*, **ə*, se comporta aquí como una sonante, una semivocal como *i*, *y*, por ejemplo: cuando una raíz como **leik*^{w}-, «dejar», pierde su acento, la vocal (**e/o*) desaparece y la sonante *i* se convierte en la cresta silábica. En griego, por ejemplo, frente a *leípō*, «yo dejo», tenemos *élipon*, «yo dejaba»; de manera análoga, el latín *satus*, «sembrado», se reconstruye como **səto-s* donde **-ə-* es lo que queda en *sēuī*, «he sembrado», de una raíz **seə-*, después de transferir el acento a otra sílaba; la vocal larga *-ē-* proviene de la simplificación del «diptongo» *-eə-*, de la misma manera que el diptongo *ei* del griego *leípo* se redujo muy rápidamente a una vocal larga [i:].

De otra parte, se pone de manifiesto que en las bases en que se reconstruye una **ā*, normalmente hay alternancia con el *schwa*. Lo mismo sucede con aquellas **ō* que no alternan con **ē*. Por consiguiente nos sentimos inducidos a pensar que, en estos casos, el *schwa* es el responsable del timbre de la vocal. Así pues, habría que distinguir tres *schwa*: uno, con notación $ə_1$, que parece no afectar al timbre de la vocal, que aparecerá como *ē* o como *ō* en las mismas condiciones en que encontramos *e* y *o* cuando no les sigue *schwa*; otro, con notación $ə_2$, tendría como efecto la «coloración» de la vocal en [a]; el tercero, con notación $ə_3$, la «colorearía» en [o], suprimiendo de este modo las condiciones de una alternancia con *e*.

LAS «LARINGALES»

Las lenguas semíticas ilustran adecuadamente este tipo de acción de ciertas consonantes sobre las vocales próximas; como en esas lenguas a tales consonantes se las denomina «laringales», a menudo equivocadamente por otra parte, el término fue empleado pronto para designar los tres tipos de *schwa*. Todo lo que acaba de ser expuesto y lo que sigue a continuación forma parte de lo que se conoce como «Teoría de las laringales». Durante mucho tiempo esa teoría conservó el carácter marcadamente algebraico que le había conferido Saussure. En ella se operaba con fórmulas como $*e\partial_2 = *\bar{a}$, sin tratar de saber qué podía ser físicamente ∂_2, y se continuaba utilizando, para notar las «laringales», el signo vocálico ∂. Posteriormente se estableció el hábito de utilizar *H* acompañada de las mismas cifras, sin que esto entrañe necesariamente una reflexión sobre la naturaleza de los sonidos en cuestión.

Paralelamente a las observaciones referentes a las relaciones de las vocales largas y del *schwa*, se ha puesto de manifiesto que la **a*, la que es *a* en todas las lenguas, incluido el indoiranio (a diferencia del *schwa* que en esta lengua parece estar representado por *i*), casi no aparece más que en el inicio de la palabra y en formaciones familiares del tipo **kaput*. Estamos pensando en los pilares de la comparación, en palabras como lat. *ager*, «el campo», lat. *ago*, «conducir», y la raíz *ak-*, que hace referencia a «la acuidad», a «la acidez», etc. De manera análoga, es generalmente al principio de las palabras donde encontramos algunas **o* que no alternan con *e*, como en lat. *odor*, «olor», *octō*, «ocho», *ouis*, «cordero», *os*, «hueso». Pero aquí siempre podemos argüir que, por casualidad, las formas que alternan en *e* no están documentadas.

Se ha pensado, por consiguiente, que estos vocalismos habían sido determinados por una «laringal» colorante inicial desaparecida, así pues, $H_2egro- > agro$, «campo», $H_3ewi- > owi-$, «cordero», etc.

Por supuesto que la «laringal», *antepuesta* aquí a la vocal, no tiene carácter alargador, siendo la coloración el único vestigio de su existencia.

LAS «LARINGALES» DEL HITITA

Durante unos cincuenta años, los comparativistas responsables no se atrevieron a trabajar con lo que se consideraba magnitudes algebraicas totalmente hipotéticas. Esto no quería decir que al menos algunos de ellos no las tuvieran absolutamente en cuenta en sus reflexiones: no serán bien comprendidos los escritos de Meillet, por ejemplo, si se prescinde totalmente de tales magnitudes, pero no se encuentran en ellos *schwas* numerados. Fue el testimonio del hitita finalmente lo que convenció a algunos investigadores de que podíamos arriesgarnos a tenerlos abiertamente en cuenta. Las transcripciones, que, en caracteres latinos, se dan de los textos hititas documentados en escritura cuneiforme presentan frecuentemente el signo *ḫ*, a menudo simplificado en *h*, el cual se cree que representa un fonema de articulación análoga al *ach-Laut* alemán. Este signo aparece con mucha frecuencia en palabras para las que los más atrevidos habían postulado una «laringal». Tenemos, por ejemplo, un verbo *newaḫḫ-* que se corresponde exactamente con el lat. *nouā-re*, «innovar»; «hueso» se presenta en hitita bajo la forma *ḫaštai* que corresponde al H_3est- postulado para esa palabra en términos de «laringales». Fue entonces cuando se advirtió que el armenio presentaba frecuentemente una *h-* en las formas de este tipo: en *hot*, «olor»; *haw*, «abuelo» —lat. *auos*—; *haw*, «pájaro» —lat. *auis*—. Pero hay en armenio casos de *h-* inicial tardía que atenúan el valor del testimonio.

El hitita sólo parcialmente confirma la teoría. En la medida en que las comparaciones entre esta lengua y las demás sean convincentes, las *ḫ* del hitita aparecen nítidamente donde se postulaban «laringales», pero también se postulan «laringales» en casos cuyo equivalente en hitita no tiene vestigios de la misma. Por ejemplo, se establece una

«laringal» para explicar la *a* inicial del sánscrito *ánti*, griego *antí*, lat. *ante*, «delante, antes», y se la encuentra en hit. *ḫanti*, con igual sentido. Pero la que se establece en el inicio de sánscrito *apa*, gr. *apo*, lat. *ab* no se encuentra en el equivalente hitita *apa*. Por tanto, se ha supuesto que no había una única «laringal» que coloreaba en [ɑ], sino dos, de las que sólo una se ha conservado en hitita. Aquí dejamos el álgebra y vamos a tratar de representarnos dos sonidos diferentes capaces, ambos, de arrastrar las vocales próximas hacia una posición posterior. La que se halla documentada habría sido una fricativa velar o, mejor, uvular (*ach* alemán, *j* española); la que se supone desaparecida habría sido una articulación más profunda de tipo faringal. Por consiguiente, habrá que establecer dos H_2: una uvular; faringal, la otra.

Como en hitita no se distinguen la *a* y la *o*, no se puede diferenciar en esa lengua entre «laringales» de coloración *o* y «laringales» de coloración *a*. Donde otras lenguas exigen un timbre *o*, nos encontramos en la misma situación que para *a*: la «laringal» esperada se halla documentada en unos casos: *ḫastai*, «hueso», por ejemplo, y ausente en otros: en *pasi*, «beber, tragar», frente al lat. *pō-tāre*, «beber», de $*peH_3$. Será menester, por tanto, postular dos «laringales» de coloración *o*, una de las cuales se mantiene en hitita, desapareciendo la otra; así pues, se postulan dos H_3, aquí también, una uvular y la otra faringal, dejando al margen, de momento, el rasgo articulatorio que debía distinguir las H_3 de las H_2.

Por lo que se refiere a la «laringal» H_1, a la que no se atribuye poder de coloración y, por consiguiente, dejará a las vocales próximas sus timbres alternantes **e* y **o*, no parece haber dejado rastro en el hitita *te-*, «colocar», griego *tí-thē-mi*, o en la inicial de *es-*, «ser», y de *ed-*, «comer», lat. *edō*, ing. *eat*. Hay, no obstante, algunas formas en que *ḫ* hitita aparece próxima a *e* y que se acerca a formas griegas o latinas en *ē*, por ejemplo, *meḫur*, interpretado como «punto del tiempo», próximo al lat. *mētior*, «mido». Lo que aquí representamos con la notación *ḫ* no tenía, pues, poder de coloración. Hay que reseñar que esta *ḫ* es simple cuando figura entre vocales, y doble, cuando se

halla en contacto con *a*. Por consiguiente, es verosímil que en *meḫur*, *ḫ* represente un fonema distinto de *ḫḫ* en *newaḫḫ-*. En hitita, la grafía doble entre vocales corresponde generalmente a una sorda en las demás lenguas, y la grafía simple, a una sonora. Pero esto quiere decir simplemente que en hitita había dos fonemas distintos, y no forzosamente que la diferencia entre ellos fuera, en esta lengua, de sorda a sonora. Así pues, se puede pensar que *-ḫḫ-* correspondía a una fricativa velar o faringal que entrañaba un desplazamiento hacia atrás de la masa de la lengua, de ahí las *a* próximas, mientras que la *-ḫ-* única representaba una glotal sin efecto sobre el comportamiento de la masa de la lengua. En una notación fonológica tendríamos, en un caso, /newax-/, y, en otro, /me^{ʔ}ur/ con una /^{ʔ}/ que indica una articulación no ya faringal, que implicaría retracción de la lengua, sino glotal, es decir, a nivel de la tráquea, donde la lengua ya no figura para nada.

En resumen, la confrontación de la teoría de las «laringales» con los datos hititas en que no se distinguen ambas coloraciones conduciría a establecer el siguiente sistema:

	documentado	no documentado
colorantes (fondo de la boca)	x	ḫ
no colorantes (glotales)	ʔ	h

ASPIRACIÓN Y SONORIZACIÓN

Pero según la teoría, coloración y alargamiento de la vocal precedente no son las únicas huellas que han dejado las «laringales» desaparecidas. Se les atribuye asimismo la posibilidad bien de aspirar la consonante que les precedía, bien de sonorizarla. La aspiración se halla documentada fundamentalmente en sánscrito: por ejemplo, la raíz bien conocida que indica la «posición de pie», la del ing. *stand*, al. *gestanden*, la que encontramos en la palabra francesa *sta-tion* y de

la que deriva el imperfecto *était*, del lat. *sta-bat*. Se reconstruye **stā*, por tanto **steH$_2$-*, pero el sánscrito presenta *sthā-* con una forma reducida en *sthiti-*, «posición de pie»: a partir de **steH$_2$-* se espera *stā*, pero si la vocal desaparece tenemos **stH$_2$* seguido de una vocal de apoyo, *i* en sánscrito[1], delante del sufijo *-ti* que le sigue; **stH$_2$iti-* da *sthiti* y la *-h* se extiende a las demás formas de la raíz. Para las demás lenguas, podemos considerar que la analogía ha favorecido las formas sin aspiración, o que esta aspiración ha desaparecido generalmente sin dejar huellas.

La sonorización mediante «laringal» siguiente, por el contrario, ha dejado rastros casi por doquier. Está clara en las formas que significan «beber». A ella se debe la *b-* inicial de *beber* frente a la *p-* de *potable*: se establece una raíz *peH$_3$*, manifiesta en el lat. *pō-tāre*, «beber». A partir de esta misma raíz, con la *p* inicial reduplicada y seguida de una *i*, procedimiento frecuente para marcar la continuidad de la acción, tendremos **pi-pH$_3$e-* (sin ningún rasgo de vocal entre **p* y **H$_3$*). Aquí **H$_3$* debía de ser sonora, pronunciada por consiguiente con vibraciones de la glotis, pues ha sonorizado la *p* inmediatamente anterior, como lo atestigua el sánscrito *pibati*, «él bebe», y su equivalente exacto en irlandés *ibid* (con *p-* inicial normalmente desaparecida). Lo anómalo de la sucesión *p...b...* en esta forma con reduplicación de la consonante inicial fue eliminado en Roma en beneficio de *-b-* en *bibit*, «él bebe», pero en Faleria, diez leguas más al Norte, fue eliminado en favor de *p-*: *pipafo*, «beberé».

Como la teoría «laringal» fue considerada durante mucho tiempo como relativamente escandalosa, los que la defendían tenían la impresión de que el escándalo crecería con el número de «laringales» postuladas. Por lo tanto, había que mostrarse parcos en la cuestión y reducir sus efectivos al mínimo más estricto. Basándose en los dos ejemplos anteriores, se decidió que coloración *a* iba a la par con aspiración, y coloración *o*, con sonorización. En el mismo sentido, como

[1] Recordamos aquí la sugerencia de T. Burrow, *The Sanskrit Language*, Londres, s. d., págs. 105 y 106.

hemos visto, algunos rehusaban operar con una coloración *o*, resaltando que una *o* podía explicarse siempre como alternante de *e*, incluso cuando faltan formas documentadas con esta *e*.

Por lo tanto, todo tiende a probar que el indoeuropeo común no era rico en vocales diferenciadas y, en ese caso, basándose en las lenguas documentadas con idéntica situación, se puede esperar en compensación un consonantismo muy variado. Sin duda podríamos resaltar la riqueza del hermoso sistema sánscrito, pero, como ya hemos entrevisto y se confirmará más abajo, de este sistema cuadrado de cinco series y cinco órdenes, por tanto de 25 unidades[2], únicamente quedarán 13 para el más antiguo indoeuropeo reconstruido; si se le añaden la silbante y las sonantes, el total será de 18 unidades. Esto, combinado con la vocal única, nos da 18 sílabas distintas del tipo consonante + vocal, lo que es ridículamente poco. El francés parisino contemporáneo dispone de 234, algunas de las cuales no se hallan documentadas, sin duda, pero todas están disponibles. No vemos, pues, por qué, una vez aceptado postular la existencia prehistórica de fonemas no documentados en forma de segmentos distintos, se habría de rehusar ir más allá de tres o cuatro.

LA CONSERVACIÓN DE LAS DISTINCIONES

A favor de la expansión del sistema de las «laringales» hay un argumento al que solamente serán sensibles quienes hayan advertido que en el curso de una evolución sólo se mantiene un rasgo fónico si, por sí solo, permite distinguir unas formas de otras. Es un hecho establecido que la pertinencia distintiva se conserva a través del tiempo en una u otra forma, siendo finalmente escasos los rasgos redundantes. Así, pues, si una «laringal» se ha mantenido en forma de aspiración o si ha podido imponer su sonoridad a sus vecinas, es debido a que esa aspiración y esa sonoridad eran por sí mismas distintivas. En

[2] En realidad 24, pues falta una nasal velar.

otros términos, si la H_3 de peH_3-, «beber», pudo sonorizar la *p-* tras la desaparición de la vocal, fue por que en la lengua había otra H_3 que, por su parte, no era sonora.

Esto se verifica casi por doquier: en francés, por ejemplo, son físicamente sonoros, es decir, van acompañados de vibraciones de la glotis, los fonemas /b v d z ž g m n ñ l r y/, pero esta sonoridad sólo es distintiva en /b v d z ž g/ que, uno a uno, se oponen a /p f t s š k/; no lo es para los otros seis porque en francés no hay fonemas /m n ñ l r y/ sordos. Ahora bien, cuando uno de los seis primeros va precedido de un fonema sordo, su sonoridad, pertinente, se impone a este último; en *anecdote*, /d/ sonora impone su sonoridad al fonema /k/ precedente, que se convierte en /g/. Pero en *réclamer*, por ejemplo, la sonoridad *no pertinente* de /l/ no ejerce ningún influjo sobre la sordez de /k/; no hay tendencia a decir **réglamer* en vez de *réclamer*. La sonoridad *no pertinente* de /n/ no inducirá nunca a los hablantes a decir **shrabnel* en vez de *shrapnel*, **Davné* en vez de *Daphné*.

Todo esto lleva a establecer dos fonemas H_3, uno sonoro y otro sordo, y dos fonemas H_2, uno de los cuales era sordo, no por casualidad, sino porque esa sordez, documentada más tarde en forma de «aspiración», lo mantenía distinto del otro.

Es interesante observar que estos fenómenos de aspiración y sonoridad, al parecer, son producto únicamente de las «laringales» colorantes. Esto confirma las conclusiones a las que llegábamos más arriba al final de las observaciones referentes al hitita, según las cuales las no colorantes eran glotales que, por naturaleza, no se combinan con las vibraciones de la glotis, ya que ellas mismas son glotales caracterizadas una, /ʔ/, por el cierre de la glotis, y la otra, /h/, por la abertura de la misma. Estos dos rasgos, cierre y abertura, normalmente excluyen las vibraciones del mismo órgano.

Por consiguiente, nos vemos inducidos a establecer el siguiente sistema en el que, al no tratarse ya solamente del hitita donde *a* y *o* se confunden, distinguiremos las dos coloraciones diferentes, la segunda de las cuales está marcada por un exponente ^{w}, anticipando lo que se dice a continuación:

	NO GLOTALES **Colorantes**			
	[a] (H_2)		[o] (H_3)	
	sordas	sonoras	sordas	sonoras
uvulares	χ [3]	ʁ	$χ^w$	$ʁ^w$
faringales	ḥ	ʕ	$ḥ^w$	$ʕ^w$
	GLOTALES **No colorantes** (H_1)			
cierre	ʔ			
fricción	h			

Hay que precisar claramente que no es posible ofrecer correspondencias convincentes para cada uno de los fonemas reconstruidos de este modo. Ocurre que en algunos casos en que nos hemos visto inducidos a postular una sonorización, ésta es simultánea a una coloración *o*, aunque la $χ^w$ y la $ḥ^w$ del cuadro podrían dar la impresión de no hallarse en él sino por mor de la simetría. La sonorización de las con-

[3] El empleo de [χ] se ajusta aquí a las recomendaciones de la Asociación Fonética Internacional. De hecho, sería mejor emplear esta letra griega para la notación de la *espirante* velar y reservar [x] para la de la *fricativa* uvular. Sobre la diferencia entre espirante y fricativa, cf. André Martinet, *Élements de linguistique générale*, París, 1960, § 2-24 (versión española de Julio Calonge, *Elementos de lingüística general*, 3ª ed. revisada, Madrid, Gredos, 1991). No obstante, cuando se trata, como aquí, de procesos evolutivos, puede resultar útil emplear un signo que no precise la profundidad, velar o uvular, del fonema en cuestión. Pero lo que aquí nos hace preferir [χ] a [x] es el hecho de que el empleo de la [x] para la notación de la «laringal» le resultaría muy extraño al lector cuando, más adelante, nos ocupemos del endurecimiento de ciertas «laringales» que desembocan en formas latinas como *senex* o *imperatrix*, en las que la *x* mantiene su valor tradicional.

sonantes próximas exige, sin duda, que haya sido pertinente en la «laringal», que en el sistema haya habido, por tanto, una «laringal» sorda del mismo tipo frente a la «laringal» sonora. Pero es totalmente posible que una «laringal» sorda sin compañera sonora se debilitara en una [h] que, posteriormente, aspiró la consonante anterior. Por consiguiente, lo que es válido para la sonorización no lo es para la aspiración. La experiencia que tenemos actualmente de los sistemas fonológicos más diversos nos induce a pensar que si la oposición de sordas a sonoras existía en el sistema de las fricativas que postula la teoría «laringal», debía de extenderse a todo ese sistema. No vemos la razón de que una coloración *o* debiera ser simultánea a la sonoridad, y una coloración *a*, a la falta de la misma. Hay que interpretar, pues, la presencia de un fonema en el cuadro no como la afirmación de su existencia en un estadio de la evolución de la lengua, sino como indicación de que tal tipo fónico puede haber figurado entre sus fonemas y de que no habría que dudar en establecerlo si hechos nuevos o nuevas interpretaciones de hechos conocidos lo exigieran.

LA COLORACIÓN «A»

Es preciso que volvamos sobre lo que hemos venido designando «coloraciones». Como hemos visto, es la experiencia de las lenguas semíticas y en particular del árabe, la que fundamentalmente permite comprender cómo el timbre de la vocal puede verse afectado por la consonante o las consonantes próximas. Esto mismo se encuentra en otros lugares. En inglés, por ejemplo, el hundimiento de la lengua a modo de cuchara exigido por la articulación de /r/ y /l/ implica pronunciaciones de la /ı/ que se acercan mucho a [u], por ejemplo, en *pretty* /ˈprıti/ que a veces se convierte en [ˈpruti], *silk* /sılk/ y el nombre *Wilson* /ˈwılsn̩/ que, respectivamente, pueden percibirse como [suk] y [ˈwusn̩]. En francés, donde la *-ss-* de *lasse* se distinguió, durante siglos, de la *c* de *lace* por la elevación de la punta de la lengua hacia el paladar, la pronunciación parisina, donde *lace* [las] es clara-

mente distinto de *lasse* [lɑs], hasta el día de la fecha da testimonio del influjo de la consonante sobre la articulación de la vocal[4].

En árabe, esto es un hecho que se manifiesta a gran escala en lo que conocemos como «énfasis». Normalmente, una *ā* árabe se articula más bien hacia la parte anterior de la boca. El río, o el valle abierto por él, *wād(i)*, se halla documentado con una *a* en el nombre de algunos ríos españoles como el *Guadalquivir* (literalmente, «río-el gran[de]»), pero, de hecho, actualmente se realiza como [wæ:d], que los franceses reproducen como *oued*. Obsérvese también el uso argótico francés *(pas) bezef*, «no mucho», para el árabe *bezzāf*. No obstante, si el fonema /ā/ del árabe se halla en contacto con una consonante llamada «enfática», adquiere un timbre muy profundo, el de *lasse* en las pronunciaciones llamadas «Marie-Chantal» del XVI distrito de París. De hecho, el «énfasis» es el desplazamiento de la masa de la lengua hacia la parte posterior de la cavidad bucal, lo que permite distinguir *tāb* [tæ:b], «él se ha arrepentido» de *ṭāḅ* [ṭɑ:ḅ], «él ha cocido» (aquí los puntos suscritos sirven de notación para el énfasis). Para un árabe, que sepa realizar el «énfasis», las vocales, aunque físicamente diferentes, son aquí las mismas, encontrándose la primera y decisiva diferencia en las consonantes. El extranjero, que no conoce tal fenómeno, percibe la diferencia entre las vocales. Lo que se denomina *t* «enfática» añade a la articulación de la [t] este desplazamiento de la lengua hacia atrás.

Sin embargo, en lugar de ser un rasgo que se añade a los demás rasgos articulatorios del fonema —en el caso de /ṭ/, la articulación de la punta de la lengua y la de la glotis—, este desplazamiento puede constituir lo esencial de la articulación de la consonante. En este caso tenemos una uvular o, con un desplazamiento hacia atrás más acentuado, una faringal. Las vocales próximas se verán entonces afectadas de la misma manera que cuando el «énfasis» es un rasgo añadido a la

[4] Ver André Martinet, *Économie des changements phonétiques*, Berna, 1955, cap. 9, § 9-15 (versión española de Alfredo de la Fuente, *Economía de los cambios fonéticos*, Madrid, Gredos, 1974), y Martin Joos, «The medieval sibilants», *Language*, 28, pág. 222 y sigs.

articulación de la consonante. En realidad es lo que nosotros hemos designado como coloración.

No hay razón para suponer, en ningún estadio pensable del indoeuropeo, un fenómeno análogo al «énfasis» que se añada a alguna otra articulación consonántica, sino que en él se postulan fonemas de articulación profunda que con el paso del tiempo se han ido debilitando, para terminar desapareciendo en todas las formas del indoeuropeo hablado en la actualidad. Al ser gradual el debilitamiento, el influjo de la articulación consonántica sobre la de la vocal próxima ha venido a representar la consonante misma. Si representamos la consonante en cuestión mediante la notación /χ/ y la vocal abierta de la lengua como /a/, la sucesión /χa/ se pronunciará de hecho [χɑ], con una [ɑ] profunda. Si, en la misma lengua, hay una glotal /h/ sin efecto sobre la vocal adyacente, /ha/ se pronunciará [ha], con una [a] media. Si ahora /χ/ se debilita para terminar confundiéndose con [h], siendo la fricción audible la que se realiza en la glotis, la antigua distinción entre /χa/ y /ha/ se mantendrá como /hɑ/ y /ha/, y, posteriormente, si la /h/ también se debilita, como /ɑ/ y /a/. Pero a partir del momento en que /ɑ/ y /a/ se convierten en dos unidades distintas, en dos *elecciones* diferentes, irán acentuando sus diferencias, tendiendo /a/ hacia [ɛ] y [e]. Esto explica que tengamos en latín, por ejemplo, *agō* (<**H*$_2$*egō*), «yo empujo», distinto de *ego* (<**H*$_1$*egō*), «yo».

LA COLORACIÓN «O»

La coloración *o* supone asimismo un desplazamiento de la lengua hacia atrás, pero además un redondeamiento concomitante de los labios, siendo perfectamente conocido que tal redondeamiento puede combinarse con una articulación en otra parte de la boca. Tradicionalmente se considera este hecho como un rasgo del indoeuropeo común. Esto se puede ver en las labiovelares del tipo **k*^{w} documentadas en latín *quattuor* y, como elementos sucesivos, en italiano *quattro* y español *cuatro*. Podemos suponer, pues, que no solamente exis-

tía en combinación con una oclusiva como [k], sino también con una fricativa como [χ], del mismo modo que tenemos en español *Juan* [χwan] al lado de *cuanto* [kwanto], aunque en este caso las combinaciones [χw] y [kw] sean menos íntimas que las notadas como $*k^{w}$ y $*\chi^{w}$[5]. Se supone, pues, que la forma antigua de la palabra con que designamos la «rama», en griego *ózos* (< *osdos*), al. *Ast*, hit. *hasdwer*, es $*\chi^{w}e$-*sdo*-. Al parecer, la formación de esta palabra es paralela a la que ha dado francés *nid*, «nido», lat. *nīdus*, ing. *nest*, de **ni-sdo*: el segundo elemento es, de una y otra parte, la raíz *sed*, «sentarse, posarse», con grado vocálico cero; para *nid*, lo primero es el elemento adverbial *ni*-, perfectamente identificado, que marca un movimiento hacia abajo; para la rama, $*\chi^{w}e$-*sdo*-, es otra partícula que marca una instalación menos permanente, a la que todavía hoy se califica en francés con la expresión *comme l'oiseau sur la branche,* «[estar] en el aire», «de paso».

A esta interpretación fonológica [χ^{w}] de la H_3 algebraica, algunos han podido objetar que, en este caso, cabría esperar que el elemento marcado por [^{w}] termine manifestándose como [w], como vemos en el español *cuatro* con *cu*- para $*k^{w}$, y no, como postula la teoría laringalista, en un redondeamiento de [ɑ] en [å] de la vocal siguiente. Quienes así piensen olvidan que el tipo de evolución de $*k^{w}$ inicial de la palabra para «cuatro» hasta llegar al fonema /kw/ del español *cuatro* es poco frecuente en comparación con todas las evoluciones hacia /k/ documentadas en las lenguas *satem*: hacia *k* o *p* en celta; hacia *p* y, posteriormente, *f* en germánico, y hacia *t*- en griego delante de vocal anterior. Es una constante que $*k^{w}$ evolucione hacia *k* delante de vocal redondeada como el lat. *cūr*, «¿por qué?», de $*k^{w}ōr$; cuando $*k^{w}$ dio h^{w}, en germánico, el redondeamiento desapareció delante de *ō*, como se ve en ing. *how* (< *hū* < $h^{w}ō$). Es preciso comprender claramente que no hay ninguna razón para que este rasgo de la consonante se mantenga como segmento diferenciado una vez que ha influido en la vocal siguiente.

[5] Ver André Martinet, *Économie*... (versión española, cit.), cap. 8.

Si χ^{w}, o cualquier otra fricativa labiovelarizada, en lugar de preceder a la vocal va después de ella, hay que distinguir entre lo que ocurre si /eχ^{w}/ pertenece a la misma sílaba, en final de palabra, por ejemplo, o va delante de una consonante de la sílaba siguiente. En este caso *χ^{w} desaparece alargando la vocal precedente, y el redondeamiento labial se manifiesta sobre esta vocal. El producto de tal amalgama es una [å:] con todo el poder distintivo de la antigua combinación [eχ^{w}] si, como podemos pensar, esa vocal larga se pronuncia en un tono distinto al de las largas de idéntico timbre resultante de otros procesos (cf. más arriba, pág. 93). En adelante emplearemos simplemente la notación *ō* para la larga y *o* para la breve correspondiente.

Ahora bien, si /χ^{w}/se encuentra entre dos vocales, forma parte de la segunda sílaba, siendo la separación *-*e*-χ^{w}*e*-, en cuyo caso desaparece sin alargar la vocal precedente, pero se aprovechará el redondeamiento labial para evitar el hiato, y la segunda sílaba aparecerá como *-we-*. Este elemento labial, al haberse manifestado bajo la forma de [w], ya no estará disponible para cambiar el timbre de la vocal precedente, pero el desplazamiento de la lengua hacia atrás que no se manifiesta en *-we-* se mantendrá en esta vocal, que conservará la coloración *a* correspondiente a ese desplazamiento. El resultado será, pues, *-a-we-* (o *-a-wo*, si en esta posición *e* alternara con *o*). Esto es verosímil en la medida que esa segunda vocal tenga posibilidades de formar parte de una desinencia que comience por vocal. Pero, naturalmente, esta desinencia alternará con otras que comiencen por consonante, por lo que, según los casos, el radical terminará en *-aw-* o en *-ō*.

De ello resultarán extensiones analógicas que desembocarán bien en el establecimiento del timbre *o* en la primera sílaba, lo que da lugar a *-owo-*; bien en el alargamiento de la *a*, lo que desemboca en *-āwo-*. Esto se ilustra mediante el ordinal formado a partir del cardinal «ocho». Éste puede reconstruirse como *H_3*ekte*H_3 donde da la impresión de que *-e*H_3* es la marca de un dual, habiendo designado el radical la mano sin el pulgar, por consiguiente, cuatro dedos; *ocho* es,

pues, dos veces cuatro dedos. El ordinal se halla formado generalmente por la adición de una *-o-* al radical del cardinal. Fonológicamente, y por razones que aparecerán más adelante, para la segunda H_3 se establecerá no /χ^w/, sino la sonora /ʁ^w/. La forma reconstruida podrá ser, por tanto, *H_3ekteʁ^w*o*, que evolucionará de manera regular a **oktawo-*. De hecho, las formas documentadas en griego y en latín son, respectivamente, *ogdowo-* y *octāuo-*. La vocal *-o-* delante de *-w-* en griego es breve, como se puede esperar, pero debe su timbre a la analogía con el del cardinal *oktṓ*. La *-ā-* del latín tiene el timbre esperado, pero debe su cantidad a la analogía con la de la *-ō* larga del cardinal. El grupo *-gd-* sonoro del griego se explica a partir de una forma *χ^{w}ektʁ^w*o-* con un grupo de tres consonantes sucesivas, inesperado en el vocabulario general, pero documentado y explicable en ese dominio lingüístico un tanto particular que representan los cardinales.

LOS CARDINALES

Los cardinales no se aprenden como el resto del vocabulario en contextos sugeridos por la experiencia que se quiere transmitir, sino contando: ... *cinco*, *seis*, *siete*, *ocho*, etc. Por esta razón la analogía tiene gran importancia entre ellos, y muy frecuentemente por anticipación. A la anticipación de las [t] de *trente*, *quarante*, etc., se debe en francés, que *vingt-quatre*, por ejemplo, se pronuncie como si se escribiera *vingte-quatre*, tanto en París, donde se oye [vɛ̃tkatʁ], como en el Midi, donde la forma es [vɛntökatrö]. Por anticipación de la sonoridad de *ogdowo-* se explicará la de *hébdomos*, «séptimo», frente a *heptá*, «siete». En eslavo antiguo y con una sonoridad de idéntico origen, «séptimo» es *sedmŭ*, que supone también un grupo de tres consonantes en **septmo-* > **sebdmo-*. Los ordinales son a menudo el resultado de una derivación muy viva, pudiendo cada hablante fabricarse uno en el momento que lo necesite, con resultados fonéticos muchas veces inesperados. El grupo [-tþ] del inglés *eighth*, que no reproduce siquiera la grafía, es un caso totalmente aislado en la len-

gua. En francés, se oye a veces *quatrième* en dos sílabas, [katʁjɛm], sin duda, inicialmente en la serie de las disílabas *deuxième*, *troisième*, ... *cinquième*, entre individuos que, sin embargo, pronuncian *ouvrier*, «obrero», en tres sílabas, [uvʁije], según la norma que establece que, después de un grupo formado por consonante + *r* y delante de vocal, *i* se pronuncie como si se escribiera *-ill-*, por consiguiente **ouvriller*.

LA «LARINGAL» LABIOVELAR

La interpretación de H_3 como labializada sonora o sorda, quizá con dos grados de profundidad articulatoria: χ^w y $ʁ^w$ uvulares, h^w y $ʕ^w$ faringales, ha llamado la atención, pues ofrecía una seductora explicación de la [w] característica de los perfectos latinos como *gnōu-ī*, «he conocido», de un radical **gneH*^{w}- seguido inmediatamente de las desinencias características. La resistencia que encuentra ante algunos se debe a la incomprensión del principio funcional, según el cual un rasgo fónico se mantiene si asume valor distintivo. Se han de tener también en cuenta ciertas reticencias ante la utilización, a gran escala, de la analogía, de la que se tiene la impresión de que puede explicarlo todo y, por consiguiente, de que no explica nada. Pero cuando consideramos un problema específico, como el del perfecto indoeuropeo, para el que todas las lenguas se han provisto de las marcas particulares, hay que suponer necesariamente que cada lengua ha retenido uno (a veces más de uno) de los rasgos que, por casualidad, caracterizaban a ciertos perfectos para extenderlos por analogía a los demás.

Mucho antes de que se hablara de «laringales», los latinistas habían emitido la opinión de que el perfecto en [w] se había extendido por analogía a partir de radicales con vocal larga final. Cómo descartar la analogía cuando se comprueba que esos verbos con vocal larga presentan todos en inglés formas en *-w* final, no ya en perfecto sino en todos los tiempos, frente a los equivalentes alemanes que ignoran radicalmente la *-w*: frente al latín *flāre*, «soplar», perfecto *flā-u-*, tenemos en inglés *blow*, pero en al. *blähen*. Igualmente *sew* - *sähen*,

mow - *mähen*, *glow* - *glühen*, etc., en los que no sería necesario creer que la *-h-* de las formas alemanas es el equivalente fonético regular de la *-w* inglesa.

Llama la atención que dondequiera que tradicionalmente se reconstruyera una **ō* larga, se la encontraba alternando con formas en *-w-* a menudo precedida de una vocal breve de timbre *a*, lo que permite esperar una evolución funcional de la fonología de la lengua a partir de una labiovelarizada.

Para ilustrar diferentes implicaciones de la teoría de las «laringales» labiovelarizadas, recordaremos aquí el caso de **prō* representado en francés por la preposición *pour* y el prefijo *pro-*, «favorable a». El valor primero es «hacia delante». En el punto de partida se halla **per*, «a través», al que se añade un sufijo *-eH*^{w} que nos arriesgamos a explicar fonológicamente como /χ^{w}/ para distinguirlo de la /ʁ^{w}/ postulada para el sufijo de dual, el de **oktō*, «ocho». El compuesto **pr-eχ*^{w}, con grado cero en el primer elemento, marcaría un movimiento «a través» y «más allá de». El **prō* que se espera, en las lenguas en que como, el griego y el latín, *ō* es distinta de *ā*, presenta también una *o* breve, pero el abreviamiento en la final está documentado frecuentemente por las diferentes vocales. Partiendo de esta base, la derivación más simple es la realizada por medio de la vocal *-o*. Los sentidos serán: «el que va hacia adelante», «primero», «que se impone», «correcto», «justo», «verdadero». En fecha antigua, sólo se mantiene la vocal del sufijo. Tenemos, por tanto, **prχ*^{w}*-o-*, en el que *-r-* se silabiza, lo que de manera regular da *pūrva* en sánscrito, y *pr̆vŭ*, «primero», en eslavo antiguo (ruso *pervo-*, como primer elemento de los compuestos).

Con mantenimiento de la vocal del radical, tenemos **preχ*^{w}*-o-*, de donde procede **prawo-*, que en germánico da *frawo-*, «el primero en la sociedad», es decir, «el señor». En alemán sólo ha sobrevivido el femenino en la forma *Frau*, «señora», evolución paralela a la del francés donde, de *dominus*, *domina*, «dueño, dueña», sólo subsiste el femenino *dame*, estando documentado el masculino en *vidame* y en ciertos nombres propios como *Dampierre*, *Dammartin*, variantes de

Saint-Pierre, *Saint-Martin*. Indudablemente, estos paralelismos evolutivos franco-alemanes no se deben al azar, sino que son atribuibles al bilingüismo de los tiempos carolingios, como ocurre en los diferentes géneros de la palabra *See*, que es masculino con el sentido de *(el) lago*, y femenino, con el de *(la) mar* (cf. más arriba, pág. 53).

Del mismo **preχ^{w}o-*, con alargamiento analógico de la vocal, tenemos **prāwo-* que es el ruso *prav-yj*, «derecho, justo», y de donde se deriva *pravda*, «la verdad». Curiosamente, el correspondiente formal latino *prāuos* adquirió el sentido del compuesto **dē-prāuos*, «depravado» (cf. *dēprāuatio*, «depravación»). ¿Habrá que suponer, en el inicio, empleos irónicos del tipo «¡Qué bonito!»? En griego, «primero» se dice *prôtos* en Atenas, *prātos* en beocio. El sufijo *-to* es el de los primeros ordinales (excepto «segundo») tanto en griego como en latín; en esta última lengua, tenemos *quartus*, *quintus*, *sextus*. En griego se trata de su variante *-ato* del sufijo (cf. *húpatos*, «supremo»), añadido a **prow-* o **prōw-* en Atenas, a **praw-* o **prāw-* en beocio.

La marca regular del locativo *-i* se encuentra en adverbios con valor temporal como en griego *perusi*, *peruti*, «el año pasado», de *per* + la forma con vocal cero *ut-* de un radical derivado de *wet-* «año». Esta misma *-i* de locativo, añadida a **preχ^{w}*, dio **prawi* de donde, tras la desaparición de la *w* intervocálica, procede el latín *prae*, «antes, delante». Por analogía, surgió **prōwi* con el sentido de «temprano», documentado en el griego *prōí* y el al. *früh*.

El francés *proue*, «proa», «antes del navío», deriva, a través del lat. *prōra*, del griego *prō(i)rā*, de idéntico sentido, formado a partir de **preχ^{w}* y el sufijo *-riā*.

Martín Sánchez Ruipérez señala[6] el total paralelismo de las formas latinas en *-tiō*, *-tiōnis* y en *-tīuus* (por ejemplo *actiō*, «acción», y *actīuus*, «activo»). Deriva estas formas del conocido sufijo de abstracto *-ti-*, seguido de *-eH$_3$-*. La base sufijal **-tieH$_3$-* así formada se

[6] En *Biuium, Homenaje a Manuel Cecilio Díaz y Díaz*, Madrid, Gredos, 1983, págs. 275-277.

reduce a *-*tiH_3*- delante del sufijo adjetival *-o-*, de donde se origina *-tiwo-*, y, con una *ī* larga analógica, *-tīwō*, de donde procede el latín *-tīuus*. El sustantivo añade a la base sufijal un «alargamiento» *-n-* bien conocido en otros lugares. En nominativo, *-*tieH_3n*- tiene como resultado, en latín, *-tiō*; en osco, *-tiuf* (de *-tiōns*), resultados de evoluciones fonéticas y restituciones analógicas. En genitivo, se espera una base con vocal cero delante de una desinencia *-es*, por consiguiente *-*tiH_3n* que da lugar al *-tīn-* que se establece para el osco. La forma latina *-tiōnis* es, naturalmente, analógica respecto al nominativo.

EL ALARGAMIENTO EN -K-

Los comparativistas pusieron de manifiesto muy pronto que al lado de los sufijos propiamente dichos, que inicialmente comportan una vocal que, naturalmente, puede mantenerse o desaparecer, había añadidos consonánticos a los que no se sabía muy bien qué valor atribuir. Se les designa «alargamientos», lo que no hace sino camuflar la dificultad que había para identificarlos semánticamente. La *-w-* procedente de *H_3 permite comprender cómo una consonante que alterna con cero al final de un radical originariamente pudo carecer de valor, claro que en una fecha posterior, y por expansión analógica, puede adquirir uno o más valores, como constatamos en el caso de la *-u-* de los perfectos latinos y en ciertas designaciones de color, en las que la *-w-* puede derivar de una base *bhleH$_3$- que ha dado en latín, con el sufijo *-o-*, *flāu-os*, y con el sufijo *-ro-*, *flō-rus*, «amarillo, rubio».

Un «alargamiento» extraño es la *-k-* que, en latín, aparece al final del radical de una palabra como *imperātrīx*, «emperatriz». Siempre ha parecido natural encontrar, frente al sufijo *-tor* del masculino *imperātor*, con pérdida de vocal entre *-t-* y *-r-*, una forma femenina dotada de una *-ī-*, pues las designaciones de seres femeninos en *-ī-* son constantes en sánscrito y frecuentes en otras lenguas. ¿Pero qué añade la *-k-*? Sabemos que una *-ī-* larga que da la circunstancia de que alterna con *-ia*, como en este caso, supone una «laringal», y podemos

plantearnos la cuestión de saber en qué contexto una «laringal», es decir una fricativa dorsal profunda, pudo endurecerse en una oclusiva de idéntico lugar de articulación.

La primera sugerencia para establecer laringales en el origen de ciertas *k* documentadas procede de Edward Sapir, que sugirió que *-ka*, característica regular del perfecto griego, representaba la sucesión de dos «laringales»[7]. La primera se encontraba al final de radicales que tradicionalmente se consideraba que terminaban en vocal larga, es decir, vocal + «laringal», incluso aquellos que, en latín, recibieron en primer lugar la marca *-w-* del perfecto. La segunda era la consonante inicial de la desinencia *-H_2e* de primera persona del perfecto. Sea, por ejemplo, el radical *deH_3-*, con valor de «dar»; seguido de *He-*, nos da *deH_3-He*, en el que las dos laringales se amalgamarán en *-k-*. En griego se esperaría **-doka*; en realidad tenemos *dedōka*, con alargamiento analógico de la *o* y reduplicación de la consonante inicial, regular en los perfectos. Posteriormente, Sturtevant[8] buscó otros ejemplos de *k* procedentes del encuentro de dos «laringales», pero demasiado a menudo estableciendo gratuitamente ciertas «laringales» para hacerlas desaparecer inmediatamente en la amalgama [k]. Este abuso no debe hacer que se rechace la sugerencia de Sapir; probablemente haya otros casos en que **H* + *H* ha desembocado en *k*.

Sin embargo, al parecer hay una fuente mucho más productiva de [k] a partir de las laringales. Se trata del endurecimiento de las fricativas dorsales en oclusivas cuando le sigue una *-s*, hecho perfectamente documentado en germánico[9]. La grafía alemana documenta todavía hoy el antiguo valor fricativo del primer elemento de lo que

---

[7] Cf. Edgar H. Sturtevant, *The Indo-Hittite Laryngeals*, Baltimore, 1942, página 19.

[8] *Ibíd.*, págs. 87-89.

[9] Cf. André Martinet, «Le couple *senex-senātus* et le "sufixe" *-k-*», *BSL* 51, págs. 42-56, reproducido en *Évolution des langues et reconstruction*, París, 1975, págs. 146-168 (versión española de Segundo Álvarez, «La pareja *senex-senātus* y el "sufijo" *-k-*», en *Evolución de las lenguas y reconstrucción*, Madrid, Gredos, 1984, págs. 166-184.)

ha venido a parar en un grupo /ks/: al. *Fuchs*, «zorra», actualmente /fuks/ da testimonio da una antigua pronunciación /fuχs/ donde /χ/ era el resultado normal de la evolución en germánico de una **k* más antigua.

El caso más llamativo es el del latín *senex*, en el que la /-k-/, implícita en *-x*, únicamente aparece en el nominativo delante de la desinencia *-s*; *senex* refleja de manera regular **senaks* que, según la precedente sugerencia, sería el resultado normal de */seneH$_2$+s/ con el acento, originariamente, en /-neH$_2$/. Si el acento recae en la desinencia *-es* del genitivo, desaparecerá la vocal entre *-n-* y *-H$_2$*, por tanto, tendremos **senH$_2$-es*. La vocal *-é-* en contacto con *-H$_2$-* debería pasar a *-a-*, pero, por analogía, es la desinencia normal *-es* la que se restablece. Por consiguiente, con caída regular de χ y eliminación total de todas las implicaciones posibles de la «laringal», se obtiene un genitivo **senes* que normalmente evolucionará hacia *senis*, forma latina documentada. Si a **seneH$_2$-* se le añade el sufijo *-tu-*, obtenemos **seneH$_2$-tu-*, designación del consejo de ancianos, que de manera regular evoluciona a *senātu-*, «senado». En esta palabra *senex*, muy frecuente —lo que implica que todas sus formas son dominadas muy pronto por el niño—, no ha tenido lugar ningún tipo de analogía, lo que origina paradigmas de flexión y de derivación totalmente irregulares y, por lo mismo, sumamente informativos para el comparativista.

La *s* que podemos responsabilizar del endurecimiento de la laringal es, además de marca del nominativo, la de ciertos afijos verbales que, en las lenguas documentadas, han dado formas conocidas como aoristos, especialmente los que se hallan en el origen de algunos perfectos latinos. Una forma como *uīxit*, «ha vivido», frente al presente *uīuit*, sugiere inmediatamente un radical terminado en *-H$_3$*, en el que la laringal, por una parte, se ha endurecido en [k] delante de la *-s-* llamada de aoristo y, por otra, ha dejado una [w] delante de la vocal siguiente. Proponemos **g^{w}iH$_3$*, forma con vocalismo cero de una raíz **g^{w}eiH$_3$*, que, delante de un sufijo en *t*, da **g^{w}ī-*, de donde procede el latín *vīta*, «vida» y el ruso *žit'*, «vivir». Delante de vocal tenemos **g^{w}īw-*, con una *ī* larga analógica, origen del latín *uīuo*, «yo vivo», y

del ruso *živ'ot*, «él vive». Con el sufijo *-o* tenemos, con *ī* larga analógica, lat. *uīuo-s*, «vivo», sct. *jīva-*, esl. ant. *živu*, y con *i* breve regular, griego *bios* (<**biwos*) y gótico *qiwa-*. Formado directamente sobre la raíz, a partir de un nominativo $g^{w}iH_3$*-s*, obtendremos una forma $g^{w}ik$- que alterna con $g^{w}iw$-, formas que por contaminación mutua pueden explicar el inglés antiguo *cwicu* > ing. *quick*.

Cuando se trata de encontrar nuevamente ciertas *-k* con aspecto de sufijo que podrían provenir de una «laringal» seguida de *-s* nos damos cuenta de que en fecha antigua, es decir, en ciertos términos o formaciones ampliamente documentados y que no pueden ser innovaciones locales, tales *-k* existen sólo después de las *a*, de las *i* o de las *u*, largas o breves, es decir, allí donde esperamos una «laringal» que explique el timbre *a* o la alternancia de *i*, *u* breves con la larga correspondiente. Por supuesto, hay ante todo casos en los que el tratamiento de *k* es el de una laringal que forma parte de la raíz misma, como en el caso de la palabra para «lengua», ruso *iazyk*; el de la palabra para «pez», báltico *zuk*, armenio *jukn*, y, como acabamos de ver, el caso de la palabra para «vivir», «vivo». Pero las formaciones más frecuentes son aquellas en las que, originariamente, tenemos un sufijo en $-eH_2$ que, en posición final, normalmente desembocará en *-ā*; a menudo se halla precedido de *-y-*, de ahí $-yeH_2$, que las más de las veces aparecerá en la forma reducida $-iH_2$-; por consiguiente, *-ī* en posición final.

Entre las formas en *-ā*, sin duda es preciso poner a parte aquellas en las que *-ā* designa femeninos, ya se trate del sexo —aunque aquí las formas son más bien recientes— o del género, donde son un poco más antiguas. Estos nombres femeninos en *-ā* no toman nunca la *-s* de nominativo, debiéndose esto, verosímilmente, a que toman su *-ā* de un pronombre demostrativo *asintáctico*, **sā*, «aquélla», como veremos más adelante, pág. 244. Los masculinos en *-ā* (<$-eH_2$) son algo muy distinto. En ellos, el sufijo parece tener el valor de «el que...»: el lat. *scriba*, «el copista», «el que se ocupa de la escritura»; *agricola*, «el que se ocupa del cultivo de los campos»; el ruso *voevoda*, «el que conduce a los soldados». El nominativo, en latín, aparece sin *-s*, lo

que probablemente se debe a que, en un momento de la evolución, la *-s* después de la «laringal» desaparece de modo regular. En griego, por el contrario, tenemos *-s*, reintroducida sin duda en fecha relativamente tardía, por ejemplo en *polítēs* (<**politā-s*), «ciudadano», es decir, el individuo en sus relaciones con la ciudad (*polis*).

Cuando una forma lingüística resulta de la combinación de un radical y de una desinencia, es bastante normal que quien habla se limite a reproducir un conjunto que ha oído anteriormente; esto ocurrirá necesariamente si la forma es irregular. Pero puede ocurrir que el hablante combine por propia iniciativa el radical y la desinencia. En este caso, si la forma socialmente admitida es irregular, cometerá una «falta» que será sancionada, pero la forma también podría ser imitada por otros y, finalmente, ser aceptada como la correcta. Por ejemplo, la forma **sen-eH*$_2$*-s* restituida más arriba como el nominativo de **seneH*$_2$, «viejo». En un momento determinado de la evolución de la lengua, los usuarios endurecerán *-χs-* en *-ks-*, y así se oirá, por consiguiente, [senaks]. Si la forma es frecuente, se la reproducirá tal cual. Esto es lo que ocurrió en la prehistoria del latín. Si hubiera sido menos frecuente habría podido ser reemplazada, en cada generación, por una combinación del radical —como se desprende de las diferentes formas de la flexión— y de la desinencia, tal como se manifiesta generalmente. En este caso, el resultado sería sustituir [senaks] por [*seneH$_2$-s]. Pero, en este momento concreto, [H$_2$] puede haberse debilitado un poco, con tendencia al ensordecimiento fijando, como ocurría anteriormente, el timbre [a], pero transfiriendo su duración a la vocal, lo que da como resultado final [senās]. En una época distinta, o en otro uso o dialecto del indoeuropeo, el grupo **H*$_2$*s*, considerado impronunciable, puede haber tendido a perder su [s], dando como resultado final [senā]. Por consiguiente, en un caso de este tipo y como resultado de un antiguo **-eH*$_2$*-s*, podemos contar con encontrarnos bien con 1. [-aks]; bien con 2. [-āks], por analogía con un caso en que la desinencia es consonántica, pero distinta de *-s*; bien con 3. [-ās], el caso de los masculinos en *-ā-* del griego, o bien con 4. [-ā], lo que normalmente tenemos en latín. No obstante, en esta lengua, el

resultado 2. [-āks] está documentado en una serie de adjetivos del tipo *audāx*, «audaz», *mordāx*, «que muerde», «mordaz», etc. El griego tiene formas aisladas del mismo tipo, como *thṓrāx*, «coraza», *múrmēks*, «hormiga» (< *murmāks*). En todas las lenguas y en similares circunstancias, la *k* se impuso, por analogía, en todos los casos. Por tanto, en genitivo por ejemplo, tenemos *audācis*, *thṓrākos*, etc. Según la tendencia milenaria de reemplazar los radicales en consonante final por formas en las que esta misma consonante va seguida de *-o-*, tendremos designaciones de individuos en *-āko-*, frecuentes en eslavo, por ejemplo en el nombre *Novak*, que debió de designar al recién llegado a la localidad. Es probablemente el mismo elemento que, en celta, encontramos en el origen de los nombres de los topónimos en *-ac* del Midi francés, como *Savignac*, con *Savigny* o *Savigné* en el resto del territorio.

El sufijo *-ey-*, bajo su forma de vocalismo cero *-y-*, tiene valor casi de genitivo, más o menos como la vocal simple: a partir de *n(e)u*, «ahora» (danés *nu*, ing. *now*, lat. *nu-n-c*), tenemos un adjetivo **new-o* o **now-y-o*, «nuevo», con los dos sufijos de idéntico valor, en el nombre celta **Nowio-magos*, literalmente «el nuevo mercado», que ha dado *Noyon*. La combinación **-y-eH*$_2$-, que puede reducirse a *-i-H*$_2$, equivale aproximadamente a «el de...». Consideremos, por ejemplo, la palabra para «lobo», **wl̥k*^{w}*o-*; **wl̥k*^{w}*-iH*$_2$ será «el» o «la del lobo», quizá su cachorro pero con seguridad también su hembra. Esta forma es la que ha dado el sánscrito *vṛkī* y el islandés antiguo *ylgr*, «loba».

La forma reducida **-iH*$_2$ (>*-ī*) del complejo **-y-eH*$_2$ debe ser considerada como la marca tradicional del *sexo* femenino. Cuando, tardíamente, aparezca un género femenino, marcado inicialmente en el pronombre demostrativo, y después, por extensión, en el adjetivo correspondiente, un sufijo **-eH*$_2$, quizá ya en la forma evolucionada *-ā*, tenderá a competir con **-iH*$_2$ como marca de sexo. Pero esta expansión, en latín, es un hecho histórico: en época clásica, «loba» se decía *lupus femina*, reservándose la forma en *-a* —la innovación *lupa*— para el sentido de «prostituta». Ya hemos señalado que el sufijo de sexo femenino en latín es /-īk/, como en *imperātrīx*, «emperatriz»,

nutrīx, «nodriza», *uictrīx*, «vencedora», pues el latín, más flexible en este punto que, por ejemplo, el francés, podía formar un femenino sobre *uictor*, equivalente de fr. *vainqueur*, «vencedor». La /-k/ de estas formas debió de aparecer como endurecimiento de $-H_2$ delante de *-s* de nominativo y extenderse, por analogía, a los demás casos. La vocal breve *-i-* fue reemplazada por la larga en analogía con casos como el acusativo, en el que $*-iH_2m$ dio lugar a **-īm*. Hemos visto que las formas en *-āk-*, procedentes de $*-eH_2$(+ s), frecuentemente toman el sufijo *-o*: **now-āk-*, por ejemplo, es reemplazado por **now-āk-o*, que tiene la ventaja de regularizar la flexión eliminando un nominativo con una sílaba menos que los demás casos; como, por ejemplo, lat. *pēs*, «pie», frente a *pedem*, *pedis*, etc. De modo paralelo y por las mismas razones, los femeninos en *-īk-* tomarán el sufijo *-ā* que aparece cada vez más como el equivalente femenino de *-o*. A este tipo pertenece el lat. *formīca*, «hormiga», femenino, frente a su equivalente griego *múrmēx* (< *murmāk-s*), masculino, o lat. *lōrīca*, «coraza», femenino, frente al gr. *thṓrāx*, de idéntico sentido, masculino. La alternancia *l- ~ th-* recuerda las vacilaciones *dingua* o *lingua*, «lengua», y *odor* u *olor*, «olor». Igualmente, sobre la raíz de lat. *amo*, «yo amo», tenemos *amīca*, «amiga», que debió de preceder al masculino *amīcus*. Por lo demás, este paralelismo existe en algunas formas básicas —sin vocal añadida al radical—, como lo atestigua, por ejemplo, *fornāx*, «horno», frente a *fornix*, «bóveda»; nótese en esta última forma la vocal breve *-i-*, que no debemos olvidar que es fonéticamente regular. Observamos que la forma sin sufijo vocálico se mantiene mejor en los sufijos vivos como el *-āx* de *audāx* o el *-īx* de *nutrīx*.

El sufijo $-iH_2$-, con tratamiento de [k] de la laringal, ha tenido extraordinaria fortuna en eslavo, a partir de la forma regular *-ik-*, o de la forma con vocal larga analógica, *-īk-*. Con palatalización de la *-k-*, está en el origen de innumerables formas en *-ec* —del tipo de ruso *otec*, «padre», [a´t´ets], diminutivo formado a partir de la forma infantil *at(t)a*—, o en [-its], [-itš], de los topónimos o de los antropónimos.

La laringal en cuestión, cuando se trata de un endurecimiento en [k], ha sido representada siempre con la notación $*H_2$, lo que, por supuesto, puede encubrir varios fonemas distintos, sordos o sonoros, uvulares o faringales. Desde el punto de vista fonético, es naturalmente una uvular sorda, el *ach-Laut* alemán, la más próxima a la oclusiva dorsal que representamos mediante la notación [k]. Delante de *-s* sorda, una uvular sonora se ensordecía automáticamente.

En la palabra que designa el «pez», como el prusiano antiguo *zuk*, donde el vocalismo es siempre *u*, no podríamos decir si se trata de $*H_2$ o de $*H_3$. Pero no hay ninguna razón para que el elemento labial que se añade a $*H_2$ para dar $*H_3$ afecte al endurecimiento oclusivo dondequiera que se le postule. Así pues, podemos establecer $*\text{-}eH_3 + s > *\text{-}ok\text{-}s$, y *-ōk-s* por analogía, o quizá $*\text{-}ak^w\text{-}s$, de donde se deriva posteriormente **-ak-s*. En estas condiciones, podemos explicar algunas formas de la palabra que designa el «cuervo», la «corneja» o especies próximas: a partir de una base consonántica $*krH_3$ —con grado *o* de la vocal entre *k* y *r*, y sufijo *-o*—, tenemos $*korH_3\text{-}o\text{-}$, donde H_3 sólo puede afirmar su identidad si desarrolla una [w], de donde procede el latín *coruo-s*, «cuervo». Con el mismo grado *o* entre *k* y *r*, con la vocal entre *r* y H_3 y sin sufijo *o*, tenemos $*koreH_3(+\ s)$, de donde proviene el griego *kórax*, «cuervo». Con grado cero entre *k* y *r*, con la vocal entre *r* y H_3 y sin sufijo, tenemos $*kreH_2(+\ s)$, de donde, con una larga analógica, se deriva el ing. ant. *hrōc*, «grajo», ing. *rook*; por su parte el fr. *freux* se deriva de una forma germánica antigua $*\chi r\bar{o}k\text{-}$. Con un sufijo en [n], tenemos el nombre de la «corneja»: griego *korōnē* de $*koreH_3\text{-}n\text{-}\bar{a}$, y, con otros sufijos añadidos a $*korH_3n\text{-}$, el lat. *cornīx* y, finalmente, *cornicula* que ha dado el francés *corneille*.

No está absolutamente excluido que una oclusión glotal, una de las dos articulaciones que postulamos para H_1, haya podido ver transferido su punto de articulación de la glotis a la zona dorso-velar y, por tanto, que haya podido haber allí algunas [k] procedentes de $*H_1(+\ s)$. Pero parece que esta suposición apenas tiene apoyo en los hechos. Véase, no obstante, el sufijo latino *-fex* (*-fak-s*), «el que ha-

ce», por ejemplo en *artifex*, «artesano», de una raíz en $-H_1$, y la *-k-* del verbo *facio*, «hacer», que sería analógico de *-fek-s* o, con mayor verosimilitud, del perfecto *feci* < $*d^heH\text{-}H_2e\text{-}i$.

UNA O VARIAS VOCALES

Al final de estas consideraciones referentes a las «laringales», no nos arriesgaremos a reconstruir un sistema de vocales para un estadio cualquiera de la evolución del indoeuropeo. La reflexión teórica en que se inserta la teoría de las «laringales», evidentemente, tiende a establecer un fonema vocálico único que podríamos describir fonéticamente como /a/, y que, según los contextos, puede tomar timbres diferentes. Las [i] y las [u] de las lenguas documentadas o de nuestras formas reconstruidas serían únicamente reducciones, en sílabas no acentuadas, de antiguas combinaciones [ay] y [aw]. Habría que explicar todas las vocales largas de las reconstrucciones tradicionales como alargamientos de la vocal en compensación por la caída de una consonante inmediatamente posterior, «laringal» o no, o como coalescencias de dos vocales sucesivas. El ejemplo de las lenguas caucásicas ha animado a los lingüistas a pensar en la existencia de lenguas con vocal única, incluso de lenguas sin fonema vocálico porque todas las consonantes irían acompañadas automáticamente de una vocal de apoyo con un timbre determinado por el contexto. Pero un examen atento y realista de estas lenguas muestra que la estructura univocálica sólo se impondrá al investigador si éste prescinde de préstamos, formas marginales, familiares, incluso argóticas, y si no titubea en presentar como sincrónicamente válidos los probables antecedentes de lo realmente documentado. Se impone la conclusión de que, en cualquier estadio de cualquier lengua, podemos encontrar rasgos que ya no se integran plenamente o que no se integran todavía en lo que podemos considerar la norma del momento, la que los lingüistas hacen bien en querer delimitar, pero sin olvidar nunca los márgenes que la acompañan. Para concretar todo esto, podemos decir

que no existe ninguna verosimilitud de que los hablantes del indoeuropeo, en cualquier época que nos situemos, hayan tenido nunca dificultad en articular una [i] y una [u][10]. Si volvemos aquí sobre la raíz que, de una parte, nos da para «nuevo», *neuf* en fr., *new* en ing., *neu* en alemán, y, de otra, nos da el danés *nu*, el ing. *now*, «ahora», el latín *nu-n-c*, podemos suponer perfectamente que, de las dos, la forma más antigua es el adverbio [*nu] con una [u] breve como la del danés *nu*, o la larga como la del inglés antiguo *nū*, y que el **new-* que se halla en el origen de los adjetivos que designan la novedad ha sido reconstruido, a partir de **nu*, sobre el modelo de la alternancia *ew* ~ *u*, donde *u* sólo existía en las sílabas no acentuadas, alternancia documentada todavía, por ejemplo, en griego *pu-n-th-án-omai*, «indagar», frente al futuro *peú-s-omai*.

3 ó 4 SERIES DE OCLUSIVAS

Como ya hemos sugerido anteriormente, si no hubiera comenzado todo con el sánscrito, no es seguro que, para la lengua común, se hubiera establecido una serie de sordas aspiradas o, más bien, la coexistencia de dos series de aspiradas que sólo presenta el indio. De hecho, las correspondencias en que aparecen las sordas aspiradas del sánscrito son bastante limitadas en su número. En varios casos, la sorda aspirada, *ph*, se encuentra en el grupo inicial *sph-*, por ejemplo en *sphyá-* «cucharón de madera», que se parece al griego *sphḗn*, «cuña», inglés antiguo *spōn*, «viruta», inglés *spoon*, «cuchara». En este caso, nada impide establecer inicialmente una raíz en b^h- a la que se le antepuso la *s* móvil que, sorda ella misma, ha hecho perder su sonoridad a b^h-: tendremos la aspirada allí donde existe (en sánscrito y en griego); y la no aspirada en germánico, donde a *bh* del sánscrito co-

[10] Cf. André Martinet, «Reflexión sobre el vocalismo del indoeuropeo común», *Homenaje a Antonio Tovar*, págs. 301-304, reproducido en *Evolución...* cit., págs. 109-114.

rresponde una *b*, que automáticamente dará *p* detrás de la sorda *s*. Donde *ph-* es inicial, por ejemplo en sánscrito *phéna-*, «espuma», otras lenguas como el prusiano antiguo, con *spoayno*, muestran que hubo alternancia de *s-* móvil y cero. En la gran mayoría de los casos, las sordas aspiradas del indio se explican como combinaciones de sordas simples seguidas de una [h] resultante del debilitamiento de una antigua «laringal». Ya hemos encontrado anteriormente, pág. 44, *pr̥thu-*, «ancho», emparentado con el gr. *platús*, éste sin aspiración; el caso de la palabra que designa el «camino» ha sido ampliamente analizado. Citaremos aquí la palabra *rueda*, fr. *roue*, lat. *rota*, de $*roteH_2$-; cuando añadimos el sufijo adjetival *-o-*, se obtiene $*rotH_2o$- con pérdida de la segunda vocal, de donde procede, con una aspirada, el sánscrito *ratha-*, «carro», «(vehículo) con ruedas». En la mayoría de los casos el griego no participa en esta aspiración, como hemos visto en *platús*, *póntos*, «mar», y en la raíz *-stā-* (*hí-stē-mi*); pero hay vestigios de la misma en *parth-énos*, «virgen», que se aproxima al sánscrito *pr̥th-uka*, «animal joven (cría)», y, lo que llama más la atención, en la terminación propia del sánscrito *-tha*, griego *-tha* de la segunda persona del singular del perfecto.

Por tanto, podríamos renunciar a postular cuatro series diferentes para el indoeuropeo común. Pero entonces la cuestión consiste en saber qué rasgos diferenciaban, de hecho, las tres series que finalmente se imponen. Según la tradición, las series que nos quedan son, respectivamente: sordas, sonoras simples y sonoras aspiradas. Desgraciadamente, es ésta una combinación no documentada en ninguna parte. En efecto, sólo se conocen sonoras aspiradas en las lenguas que, como el sánscrito, también presentan sordas aspiradas. La cosa se explica si pensamos que, dada la naturaleza de la glotis, combinar las vibraciones que producen la voz, es decir la sonoridad, con la fricción contra sus paredes, exige que se disocien, por una parte, la actuación de la parte anterior del órgano y, por otra, la actuación de la parte posterior: en aquélla, las cuerdas vocales están en contacto; en la posterior dejan un orificio para el paso del aire que viene de los pulmones. Esta delicada combinación puede existir como combina-

ción de dos tipos articulatorios, la sonoridad y la aspiración, utilizados en el sistema, pero la combinación pierde su razón de ser si falta uno de esos dos tipos. Si en la lengua no hay sordas aspiradas —articulaciones simples, a pesar de su denominación—, las sonoras aspiradas estarán llamadas a perder su sonoridad, debido a la ley de la economía llamada del menor esfuerzo. Así pues, si eliminamos del sistema las sordas aspiradas, debemos encontrar otra identidad para la serie representada tradicionalmente como $*b^{h}$, $*d^{h}$, $*g^{h}$, $*g^{hw}$.

Los sistemas de oclusivas con tres series, en la mayoría de los casos, se valen de tres posiciones diferentes de la glotis:

1) glotis con sus labios en contacto: las vibraciones comienzan en el momento en que la oclusión bucal se distiende;
2) glotis fuertemente cerrada, cuya distensión, percibida después de la distensión de la oclusión bucal, produce lo que se conoce como glotalización;
3) glotis abierta: si se prolonga ligeramente esta situación después de la oclusión bucal, da lugar a la aspiración.

En un sistema de este tipo, la sonoridad —es decir, las vibraciones de la glotis— está reservada a las vocales y a aquellas consonantes que, para ser claramente percibidas, exigen el mantenimiento de la voz que repercute en la cavidad de resonancia, representada por la boca, incluso por las fosas nasales, de forma y dimensión especiales para cada una de ellas. Piénsese en [n], [m], [l], [r] y en articulaciones débiles como la *v* bilabial (*v* y *b* del español).

Las tres series de oclusivas, por tanto, se caracterizarán como 1. con la glotis en posición neutra, o simple; 2. con la glotis cerrada, o glotalizada; 3. con la glotis abierta, o aspirada. Por tanto, tomando las apicales como ejemplo, emplearemos la notación:

$$1.\ t;\quad 2.\ t^{\prime};\quad 3.\ t^{h}.$$

Puede ocurrir, para la primera, que los labios de la glotis vibren antes de que la oclusión se distienda para anticipar la vocal siguiente.

No hay en esto ningún inconveniente, pues no hay oclusivas sonoras que deban continuar diferenciadas de estas simples. En este sentido, el sistema podrá evolucionar hacia un estado que se representará con esta notación:

$$1.\ d;\quad 2.\ t^{\gamma};\quad 3.\ t^{h}.$$

Como los hablantes no desean emplear más energía de la necesaria, en un sistema de este tipo se comprueba que será la aspiración la que unas veces llame la atención, permaneciendo más discreta la glotalización, y otras veces es ésta la que llama la atención, en cuyo caso la aspiración sólo está esbozada.

Otra posibilidad evolutiva será la distensión anticipada de la glotalización que conducirá a la sonorización de una parte de la consonante, de donde se origina el paso de [t^{γ}] a [$^{\gamma}d$] que, si no hay oclusivas sonoras en el sistema, desemboca en [d]. Por tanto tendremos:

$$1.\ t;\quad 2.\ d;\quad 3.\ t^{h}.$$

Cuando se trata de restablecer un semítico común, antepasado de las lenguas que van del árabe al hebreo y al acadio de Mesopotamia, se llega a un sistema con tres series de oclusivas en el que se ha destacado la glotalización. Todavía documentada en etíope, ha producido el «énfasis» del árabe moderno que, al no realizarse ya en la glotis sino en la faringe, puede combinarse con la sordez y la sonoridad, lo que da lugar a un sistema de cuatro series:

$$\begin{aligned} 1.\ d &> 1. \quad d \\ 2.\ t^{\gamma} &> \begin{cases} 2. & \underline{t} \\ 2b. & \underline{d} \end{cases} \\ 3.\ t^{h} &> 3. \quad t^{(h)}. \end{aligned}$$

Los fonemas que hemos presentado como simples son, en ese sistema, sonoras caracterizadas, y ello implica que la aspiración de las oclusivas con la glotis abierta sea prácticamente inexistente. En ambos casos hay anticipación de las vibraciones de la glotis.

Por lo que se refiere al indoeuropeo común, actualmente se prefiere establecer, para fecha muy antigua, la existencia de una serie glotalizada que, a través de series preglotalizadas, ha dado las sonoras del esquema clásico[11]. Se partiría

1. de t para llegar a t;
2. de t° para llegar a d;
3. de t^{h} para llegar a t^{h}.

A favor de esta reconstrucción juega la inexistencia de **b* en las formas reconstruidas más antiguas: en latín, por ejemplo, *b-* inicial aparece sólo en ciertos préstamos o como resultado de un grupo antiguo *dw-*: *bonus* procede de *dwenos*, y *bis* de **dwis* —de la raíz de *duō*, «dos»—, o, incluso, como resultado de diversos accidentes: *barba*, «barba», en lugar del esperado **farba*, reproduce en posición inicial la *-b-* de la segunda sílaba; en posiciones distintas a la inicial, como en *barba* o *uerbum*, «palabra», la *-b-* procede de **dh*, como indica la *d* de los equivalentes ingleses *beard* y *word*. Hemos señalado anteriormente que el germánico sólo conoce *p*, es decir, el equivalente de una **b* primitiva, en ciertas palabras tomadas en préstamo o en algunas formaciones expresivas. Ahora bien, la inexistencia de una glotalizada en el orden labial es un rasgo muy frecuente en las lenguas que tienen una serie de este tipo. En al menos la mitad de las lenguas en cuestión citadas por Troubetzkoy[12], no hay fonemas p°, donde se los encuentra son excepcionales o estadísticamente poco frecuentes. La cosa se explica muy bien cuando se examinan las

[11] En Thomas V. Gamkrelidze, «Language typology and language universals and their implications for the reconstruction of the Indo-European stopsystem», *Amsterdam Studies in the Theory and History of Linguistic Science*, IV, *Current Issues in Linguistic Theory*, págs. 571-609, encontraremos un esfuerzo muy avanzado de reconstrucción en el mismo sentido de la intentada aquí, con especial insistencia en la noción de marca.

[12] En *Principes de phonologie*, París, 1949, págs. 165 y sigs. (De esta misma obra existe una traducción del alemán al español realizada por Delia García Giordano, *Principios de fonología*, Madrid, Cincel, 1973.)

condiciones de producción de las glotalizadas. Para obtener una de ellas hay que producir una oclusión en la boca y, al mismo tiempo, cerrar fuertemente la glotis; a continuación elevar la laringe para comprimir el aire comprendido entre las dos oclusiones. Esta compresión es indispensable para que sea perceptible la distensión del cierre bucal. Si éste es profundo, por ejemplo a nivel uvular, el volumen de aire comprendido entre ambas oclusiones es reducido, aunque la elevación de la glotis obliga al instante a efectuar la presión necesaria. Si el cierre bucal tiene lugar a nivel del paladar duro o de las encías superiores, la cavidad es más amplia y menor la presión obtenida por la misma elevación de la laringe. Pero las paredes de esta cavidad siguen estando tensas ya que se apoyan sobre hueso o están representadas por la lengua, que es un órgano musculoso. Ahora bien, si el cierre bucal es realizado por los labios, el volumen comprendido entre estos órganos y la glotis es considerable y —circunstancia agravante— las mejillas, de débil musculatura, forman parte de las paredes de la cavidad en cuestión. Efectuar una glotalizada en estas condiciones resulta casi una apuesta.

Como el paso de las glotalizadas a las sonoras a través de las preglotalizadas es un fenómeno perfectamente identificado, es tentador establecer para un estadio antiguo del indoeuropeo común un paso —en nuestra serie 2.— de $t^{\text{ʔ}}$ a *d*. Así pues, presentando el sistema oclusivo entero, tendremos paso de:

1.	p	t	k	k^{w}	a	1.	p	t	k	k^{w}
2.		$t^{\text{ʔ}}$	$k^{\text{ʔ}}$	$k^{\text{ʔw}}$		2.		d	g	g^{w}
3.	p^{h}	t^{h}	k^{h}	k^{hw}		3.	p^{h}	t^{h}	k^{h}	k^{hw}

Si tuviéramos que dar cuenta solamente del consonantismo del latín y del griego, podríamos partir alegremente de este último esquema. En latín, por ejemplo, la serie 2. estaría documentada tal cual en la inicial de *duō*, «dos», *genus*, «género», y en el interior de *inguen*, «ingle», con debilitamiento de *gu* en *u* en la inicial de *uenio*, «venir» (cf. gót. *giman* = *k*^{w}*iman*) y, como hemos visto, con creación de una *b* a partir de [dw-]. La serie 1. estaría representada en *pater*,

«padre»; *trēs*, «tres»; *cor*, «corazón»; *quod*, «que». En la serie 3. la oclusión se distiende, dando en un primer momento *f*, *þ*, *χ* y *χ*^{w}, para reducirse la serie, finalmente, a *f* y *h*, por eliminación de þ y *χ*^{w} en beneficio de *f*, siendo esto válido, por otra parte, sólo para la inicial, pues los resultados internos se ven afectados de diversas maneras por los contextos. Así pues, en posición inicial tenemos *fero*, «llevo», griego *phérō* (ing. *bear*); *facio*, «hago», gr. *tí-thē-mi*, «pongo» (ing. *do*); *hiems*, «invierno», gr. *kheimōn*, «invierno», *khiōn*, «nieve»; *formus*, «cálido», gr. *thermós* (con *th* regular por una aspirada labiodental delante de *e*; ing. *warm*).

Pero las formas inglesas que acabamos de añadir a los equivalentes griegos de las palabras con aspiradas en posición inicial, sugieren claramente que la cosa no es tan simple. Una serie 3. *p*^{h}, *t*^{h}, *k*^{h}, *k*^{hw}, no explica las *b*, *d*, *g*, *w*, del germánico; las *b*, *d*, *g* del celta; las *b*, *d*, *z*, *g* del eslavo, todas uniformemente sonoras. Así pues *en un estadio determinado* nos vemos conducidos a establecer, para la serie 3., fonemas que combinan aspiración y sonoridad, es decir los fonemas del sánscrito y de la tradición comparativista. Pero esto nos arrastra a establecer, *para ese estadio*, una cuarta serie de sordas aspiradas, nacidas de la combinación de un fonema de nuestra serie 3. con una [h] siguiente, residuo de una «laringal» sorda más antigua. Un complejo [t + h], por ejemplo, no sería confundido con *t*^{h}, sino que al representar una articulación glotal más enérgica, habría tendido a debilitar la *t*^{h} en una sonora débil para que ambos tipos contrasten mejor. Sólo el indoiranio habría mantenido las dos series, la de aspiradas fuertes (*t* + *h* > **t*^{h}) y la de aspiradas débiles (**t*^{h} > **d*^{h}). El itálico —latín incluido— y el griego habrían confundido ambos tipos en la forma *t*^{h}. Por su parte, las lenguas del norte de Europa habrían asimilado **t*^{h} a su **t* y reducido, finalmente, **d*^{h} a [d]. Esta última no se ha confundido allí necesariamente con el resultado de la **d* antigua (<**t*$^{?}$), como se ve por el germánico que tiene *d* por **d*^{h} (ing. *do*, «hacer»), pero *t* por **d* (ing. *two*, «dos»). Obsérvese asimismo que el celta tiene *b* por **g*^{w} (de nuestra serie 2.) en irl. *bó*, «vaca», pero *g* por *g*^{hw} (de nuestra serie 3.) en irl. *gonim*, «golpeo».

Como el hitita conserva al menos algunas de las antiguas laringales como consonantes perfectamente caracterizadas, y no como simple aspiración a pesar de las transliteraciones en *h*, uno puede preguntarse si en su prehistoria no habrá participado en el proceso de creación de una nueva serie de aspiradas por combinación de una simple y una [h]. De todas formas, aunque parezca distinguir entre nuestra serie 1. y las otras dos, el hitita no tiene indicios de una diferenciación entre 2. y 3. La oposición entre 1., por una parte, y 2. y 3. juntas, por otra, sería la de fuertes y débiles, de acuerdo con la interpretación corriente de las grafías.

El desarrollo que acabamos de postular para el sistema oclusivo del indoeuropeo se puede resumir como sigue:

	I		II		III		IV
1.	t		t		t		t
2.	t^{∂}	>	d	>	d	>	d
3.	t^{h}		t^{h}		t^{h}		d^{h}
4.					t+h		t^{h}

El sistema IV es el del sánscrito. Para el griego y el itálico, a partir de IV, se establecerá una confusión de las series 3. y 4.; para las demás lenguas europeas, la probable eliminación de 4. en provecho de 1.

LAS OCLUSIVAS COMPLEJAS

Hay todo un orden de oclusivas que fue necesario tener en cuenta a la hora de la reconstrucción y de las que no nos hemos ocupado hasta ahora. Se trata de articulaciones complejas cuya forma primitiva no se sabe muy bien cómo reconstruir. Estas formas se establecen a partir de correspondencias como las del nombre para «oso». Para designar este plantígrado, el sánscrito tiene la forma *ṛ́kša-*, el griego *árkto-*, el latín *ursu-s* (de **urcso-s*); el galo *arth* (de **arḱo-*) representa al celta. Esta forma nos lleva a establecer una forma inicial en *H_2r- que alterna con *$H_{2o}r$-, postulada por el sánscrito y el latín. La

alternancia de *t* en griego y en celta, y de una silbante o chicheante en sánscrito y en latín no se halla documentada más que en un complejo que comience por una oclusión velar. Aparece en palabras tan bien establecidas como las empleadas en las designaciones del «hacha» y del «ojo». Complejos análogos se hallan documentados en nuestra serie 3., con la designación de la «tierra», en sánscrito *kṣam-*, en griego *khthōn*. En las reconstrucciones tradicionales, se establece como segundo elemento del complejo una interdental sorda o sonora, elección de personas que comprobaban cómo los extranjeros ante la *th* del inglés *thin*, dudaban entre *sin* o *tin*. Pero los comparativistas sagaces en la þ empleada nunca han visto nada más que una convención gráfica que corresponde a una realidad fónica indeterminada.

En el indoeuropeo reconstruido hay otros fonemas que corresponden a articulaciones complejas. Cuando establecemos una $*k^{w}$, suponemos que los órganos realizan *simultáneamente* la articulación de la [k] y de la [w], pero el elemento [w] tiende a imponerse a la atención no solamente en el momento preciso de la distensión de la oclusión sino un poco después, lo que da lugar a la evolución del latín *quattuor* —donde todavía se supone una [k^{w}]— al español *cuatro* donde tenemos una sucesión [k] + [w]. En muchas lenguas, de África occidental principalmente, se encuentran fonemas complejos que combinan la articulación de [k] y la de [p] con distensión sucesiva del cierra de [k] y del de [p], lo que es fácil de comprender ya que el aire que sube de los pulmones se topará primeramente con el cierre dorsovelar y a continuación el labial. Por consiguiente, nos encontramos con un orden de labiovelares con notación /kp/, /gb/. Se ve claramente cómo estas últimas pueden distenderse en k^{w} y g^{w}, aunque nada impide pensar que la /k^{w}/ del latín *quis* se remonta, de hecho, a un [kpis]. El paso de $*k^{w}is$ a *pis* que comprobamos en osco, por ejemplo, sería simplemente más fácil, pasando [kpi] a [pi] por simple distensión de la [k]. El ejemplo del rumano *apa*, «agua», procedente del latín *aqua*, sugiere sin duda que se puede pasar directamente de [k^{w}] a [p], ¿pero quién nos dice que el paso intermedio no es precisamente [kp]?

Si después de esta digresión volvemos al caso de las palabras para «oso» y «tierra» uno podría preguntarse si no es preciso establecer —en el inicio de las correspondencias *khth*, *kt/kš*— fonemas complejos de tipo [kt], [gd] distintos de los grupos **kt* y **gd* que, por su parte, resultarían del encuentro de dos oclusivas, tras la caída de la vocal intermedia no acentuada. Esto querría decir que en una forma como **okto*, «ocho», entre **k* y **-t-* se ha mantenido durante mucho tiempo un residuo vocálico, que da algo así como *ok^{ə}tō*.

Es necesario advertir que, en lenguas distintas del sánscrito y del griego, estos fonemas complejos, para los que acabamos de sugerir formas de tipo [kt], aparecen simplificados. Ya hemos visto la *-s-* del latín *ursus* y la *th* del galo *arth*, pero la cosa resulta también clara vista desde nuestra serie 3. de aspiradas. El fonema para el que podríamos establecer g^{dh} que se encuentra al inicio de la designación de la «tierra» sólo conserva su forma compleja en el sánscrito *kṣam-* y en el griego *khthṓn*; casi por todas partes nos encontramos con el reflejo bien de una $*g^{h}$, bien de una $*d^{h}$. En griego mismo, «en tierra» se dice *khamaí* y en latín, *humī*, formas inicialmente idénticas. Para «tierra», el latín tiene *humus*; con *z* o *ž*, que proviene generalmente de $*g^{h}$ en las lenguas *satem*, tenemos el lit. *žēmė*, el prus. ant. *semme* (= *zeme*), el esl. ant. *zemlja*. El «hombre», ser terrestre, en oposición a los dioses, aparece en latín con un sufijo *-en-*, como *homō*, gen. *hominis*; en ing. ant. como *guma* (deformado en *-groom*, en *bridegroom*, «el novio»). En correspondencia con el griego *khthṓn*, el irlandés tiene *dū*, «lugar», acusativo *don*, con *duine* para «hombre».

La misma alternancia de $*g^{dh}$ y $*g^{h}$ aparece en la designación del «pez» (cf. más arriba) con la forma compleja en griego *i-khthû-s* y la forma simplificada en las lenguas baltas *žuvis*, *zuk*, *žuk-* y en armenio *jukn*.

LAS SILBANTES

El tratamiento *kš-* del sánscrito —que, como se ha podido comprobar, vale tanto para $*g^{dh}$ como para $*k^{ʲ}$— recuerda el comporta-

miento no esperado de un grupo **tt*, que resulta de la aproximación de una apical final de la raíz y de la *t* inicial de un sufijo. Este grupo se mantiene a duras penas como tal sólo en sánscrito, donde se le considera debido a ciertas restauraciones analógicas. En cualquier otra parte se le encuentra representado ya por *-st-*, ya por *-ss-*. En la raíz de «ver» con valor de «saber», *weid-/wid*, y del sufijo *-tōr*, se tiene en griego *(w)ístōr*, «el que sabe». En latín, el participio pasado de *pat-ior*, «sufro», es *passus* (< *pat-tos*). Pero, insistimos, ha debido de haber en esta lengua ciertas restauraciones analógicas bien de la primera consonante del sufijo, de donde procede *-st-*, bien de la última consonante de la raíz, lo que da *-ts-* que evoluciona a *-ss-*. De hecho, se tienen sobrados motivos para pensar que, en cierto momento de la evolución, la geminada fuera reemplazada por la simple: la **-ss-* esperada en la 2.ª persona del singular del verbo «ser», *es* + la desinencia *-si*, de donde resulta **essi*, está documentada en griego como *ei*, es decir, un **esi* más antiguo con desaparición regular de *-s-* intervocálica. No se percibe con claridad qué fue lo que pudo determinar este paso de **-tt-* a *-s-*, sin duda pasando por **-ss-*. Pero no cabe duda de que hubo paso de una articulación oclusiva a otra silbante, aunque se nos escapan las causas del fenómeno. Más adelante veremos los rasgos morfológicos que esta evolución permite explicar.

En el mismo orden de ideas, no se excluye el pensamiento de que la *s* única de las reconstrucciones tradicionales quizá abarque diferentes tipos fonológicos antiguos. La mayor parte de las lenguas del mundo en que encontramos las tres series de oclusivas que hemos presentado como **t*, **t$^{\circ}$* y **t^{h}*, al lado de los órdenes de los tipos [p], [t], [k] estrictamente oclusivos, tienen algunos órdenes de africadas y especialmente, para no citar más que las sordas, ciertas *ts*, *tš*, incluso *tl-*. Por tanto, se podría pensar que la **s* única de nuestras reconstrucciones se remonta a un orden de tres fonemas que —si representamos la africada [ts] mediante *c*— reconstruimos como **c*, **c$^{\circ}$* y **c^{h}*. Si la reducción de estas africadas a la simple fricativa *s* data de una época en que las glotalizadas todavía no se habían convertido en sonoras, se comprende que haya habido confusión de las tres unidades

en un fonema único, ya que las articulaciones glotalizadas y aspiradas caracterizan articulaciones oclusivas o con núcleo oclusivo, pero no fricativas que, a menos que sean sonoras, exigen una glotis muy abierta.

Este restablecimiento de un orden de silbantes explicaría la frecuencia de *s* tanto en las diversas lenguas como en las reconstrucciones. En la simple flexión nominal se vería con bastante claridad que en fecha antigua se pudo distinguir, de una parte, entre la partícula que iba a proporcionar la marca de nominativo y de genitivo y, de otra, el elemento que servirá para marcar el plural. Algunos rasgos del hitita quizá pudieran venir en apoyo de tal hipótesis, que, hay que reconocerlo, se basa fundamentalmente en la experiencia que hoy día tenemos de los sistemas fonológicos en general. En todas las lenguas tradicionalmente utilizadas por los comparativistas, todas las *s* tienen, en un contexto determinado, el mismo comportamiento.

LAS SONANTES

Hasta ahora sólo nos hemos ocupado de las líquidas y de las nasales para indicar que pertenecen a la categoría de las sonantes, es decir, de esos fonemas que, a la manera de *y* y de *w*, funcionaban bien como consonantes bien como «vocales», o más exactamente como núcleo silábico: cuando la sílaba estaba acentuada, presentaba la vocal, la que aparece más tarde bajo la forma de *e* o de *o*; si perdía su acento, la vocal desaparecía, y si en la misma sílaba iba seguida de una nasal, de una líquida *r* o *l*, de una *y* o de una *w*, es esta última la que, a partir de ese momento, asumía la función de núcleo silábico, que era representado, respectivamente, con la notación *m̥*, *n̥*, *l̥*, *r̥*, *i* y *u*. Su identidad como consonantes podía verse afectada. Pero estas sonantes eran postuladas de manera muy distinta unas de otras.

En lo que atañe a la distinción entre *l* y *r*, no hay indicación alguna de que, en fecha antigua, se viera nunca amenazada. Por el mundo hay muchas lenguas en las que laterales y vibrantes se distinguen mal

o no se distinguen en absoluto: un japonés reproducirá *villa* como *bira*. Pero, entre las antiguas lenguas indoeuropeas, sólo el sánscrito presenta huellas de inestabilidad en esta oposición.

En lo referente a las nasales, apenas se pone en duda su identidad respectiva. Es frecuente, ciertamente, que lo que se reconstruye como **-m* final se halle documentado como *-n*. Tal es el caso, por ejemplo, de la final del acusativo singular y del genitivo plural en griego. Pero no hay razón para postular, en la lengua común, vacilación entre labiales y apicales. En interior de palabra, observamos que la calidad —*m* o *n*, incluso [ŋ]— de la nasal a menudo depende del contexto consonántico. En la conjugación existe lo que se conoce como infijo nasal, elemento que puede aparecer delante de la última consonante de la base, por ejemplo, en griego, en el presente *la-m-bánō*, «yo cojo», frente a *é-lab-on*, «yo cogí»; en latín, en *li-n-quo*, «yo dejo», frente a *liquī*, «yo dejé». Pero quizá se recuerde el lituano *šimtas*, que —incluso delante de *-t-* que hace esperar una *-n-*, como en latín *centum*— conserva fielmente la *-m* final de *dekm̥*, «diez», delante del prefijo *-to-* en el derivado *(d)km̥-to-m*.

LAS PRENASALIZADAS

Un hecho que debemos resaltar es el de que muy frecuentemente nos encontramos con un complejo *-nt-* del que no hay constancia de que sea nunca resultado de la desaparición de una vocal antigua entre *-n-* y *-t-*, o, como en *centum*, resultado de un contacto entre final de base e inicio de sufijo. En otros términos, *-nt-* da la impresión de comportarse más como unidad que como grupo. Por otra parte, su frecuencia parece haber sido la de un fonema y no la de un grupo de fonemas. Ahora bien, por casi todo el mundo es frecuente que en cada orden de consonantes, al lado de una no nasal, figure, por ejemplo, una /d/, y al lado de una nasal /n/, una «prenasalizada» /ⁿd/. Conocemos el frecuente patronímico senegalés que representamos con la notación *N'Diaye*; el nombre de la capital del Tchad, *Ndjamena*, con sonido

[^{n}dž] inicial prenasalizado, y el del ex director de la Unesco *M'Bow*. Las grafías con apóstrofo entre la nasal y la oclusiva siguiente sugieren la desaparición de una vocal, lo que no es el caso, naturalmente.

Pero este fenómeno no se halla en absoluto limitado a África. El testimonio del vasco *makila*, «bastón», evidentemente derivado del latín *bacillum*, plur. *bacilla*, induce a establecer, para el vasco antiguo, un /^{m}b/, que ha parecido más adecuado para reproducir la *b-* latina que la *p-* débil o la *p-* aspirada que podemos restablecer para el euskera mediante la comparación de diversos datos. Ciertamente hay que considerar un fonema /^{m}b/, bastante generalizado en la cuenca mediterránea, origen, por ejemplo, de la vacilación entre *sambūcus* y *sabūcus* en la designación latina del «saúco».

Así pues, podría pensarse que en un estadio antiguo del indoeuropeo ya existieron prenasalizadas, al menos en el orden apical, fundamentalmente en la serie núm. 1., por tanto /^{n}t/, y en la serie núm. 2., en la que /^{n}t^{ʲ}/ ha pasado a /^{n}d/. Estas articulaciones se añadirían a los demás fonemas complejos, las labiovelarizadas tradicionales y los fonemas documentados en las designaciones del «oso» y de la «tierra».

Las prenasalizadas existen tanto en posición inicial como en posición intervocálica, siendo esta libertad la que hace sospechar su carácter de fonema único: ningún europeo percibe el nombre *Kilimandjaro* del punto más elevado de África como *ki-li-ma-ndja-ro*, pese a ser, con toda verosimilitud, la separación silábica correcta. No se ve con claridad cuál sería, en las lenguas indoeuropeas documentadas el producto inicial de una *^{n}*t-* antigua: *n-* inicial no es especialmente frecuente en el léxico de las lenguas de la familia, aunque no sea rara en los textos debido a la negación. Una evolución *^{n}*t* > [t-] no es impensable, pero se busca en vano los datos que justificarían su reconstrucción.

LA ALTERNANCIA -R/-N-

El interés de evocar el carácter especial de *-nt-* en indoeuropeo reside en que tal evocación sugiere la posibilidad de explicar la cu-

riosa alternancia de *-r* final y de *-n-* en bastantes nombres neutros ampliamente documentados, muy especialmente en hitita, donde se sospecha que se trataba, no, como en otras partes, de un residuo en vías de eliminación, sino de un procedimiento vivo de derivación. El ejemplo más claro nos lo proporciona el latín *femur*, «muslo», que tiene esta forma indiferenciada en nominativo y acusativo. En otras ocasiones encontramos un radical *femin-*, en genitivo *feminis*, por ejemplo. Pero la analogía ha funcionado en los dos sentidos y encontramos un nominativo-acusativo *femen* e, inversamente, un genitivo *femoris*, que al final se establece como norma; de ahí procede el adjetivo *femorālis*, «del muslo».

Podemos establecer que en un estadio antiguo **-n* final pasó a *-r* presionada por **^{n}t* tendente a *-n*. Entre dos vocales, **-^{n}t-*, con la posibilidad de convertirse en *-nt-*, no planteaba problemas. En cuanto a los nombres, sólo los neutros podían presentar la *n* antigua final. Los animados, futuros masculinos y femeninos, presentaban siempre una desinencia, y especialmente *-m* en acusativo, *-s* en nominativo. La *-n-* del final de radical aparecía al final de palabra únicamente en ciertos estadios recientes en los que la consonante nasal, seguida de una nasalización efímera de la vocal precedente, había sido restituida, en analogía con los demás casos, una vez que el grupo final *n-s* del nominativo fue eliminado por una simplificación de dicho grupo.

Ciertamente, hay documentados muchos neutros que terminan en *-n*; por ejemplo en latín, donde encontramos *flumen*, «río», *carmen*, «canto», y muchos otros. Este *-men* se remonta a **-ment*, más antiguamente **-mn̥t*, con **-^{n}t* reducida a *-n* en el momento en que **-n* pasaba a *-r*. Compárese con *carmen* el nombre *Carmenta* (*Carment-a*) de una ninfa romana.

En estos neutros latinos, con nominativo-acusativo muy frecuente, la analogía impuso una *-n-* a los demás casos, por tanto también al genitivo, *fluminis*, *carminis*. Pero los equivalentes griegos, en *-ma* (para **-mn̥*), tienen en genitivo *matos* (de **-mn̥t-*), donde la **-^{n}t-* original se ha mantenido gracias a la vocal siguiente. En el mismo latín, cuando se añadió a los neutros el sufijo *-o*, la *-t-* no había desapareci-

do, dando lugar a la forma *-mentu-* que terminó sustituyendo al antiguo *-men* y que, bajo la forma *-ment*, sigue siendo uno de los elementos más productivos de la derivación contemporánea. En los no neutros, los nominativos en *-ont-* evolucionaron de distintas maneras: tenemos *-ōn* en los participios de presente del griego, *-ōns* en latín, pronunciado [*-õs*] en *pons*, «puente», por ejemplo.

Otra palabra latina en *-er*, *iter*, «camino», nos pone en la senda de otro producto de la evolución de **-n* final a *-r*. Este término hace el genitivo *itineris*, que alterna con *iteris*, lo que permite establecer un antiguo **itinis*. Ahora bien, *iter,* con acento antiguo en la sílaba final, es **itér-*, un doblete de *éitr̥*, que dio el latín *ītur*, «se va», «hay camino», lo que sugiere que la *-r*, que caracteriza los impersonales y después, por extensión, los pasivos en itálico y en celta, en el fondo se remonta a una *-n* final.

Lo dicho anteriormente se puede resumir en el cuadro, siguiente:

**-n*	→ *-r*	**-^{n}t*	→ *-n*	
**-n-o-*	→ *-no-*	**-^{n}to*	→ *-nto*	
**-on + s*	→ *-õ* → *ō*	**-o^{n}t-s*	→ *-onts* →	*-õ*
				-ons
				-õs

LA ALTERNANCIA **-B^{H}-/-M-*

En las lenguas en que se encuentran oclusivas prenasalizadas, estas normalmente se hallan representadas en los diferentes órdenes, labial, apical, dorso-palatal, dorso-velar. Por tanto, forman una serie del tipo ^{m}b, ^{n}d, ^{ŋ}g. No es raro que se representen bajo la forma de dos series, por ejemplo, una serie sonora, como la precedente, y otra sorda ^{m}p, ^{n}t, etc. Así pues, en indoeuropeo, al lado de **^{n}t* podemos considerar, de una parte, ^{m}p y, de otra[13], **$^{n}d^{h}$*, por consiguiente un sistema de prenasalizadas del tipo siguiente:

[13] Véase una $^{ŋ}g^{hw}$ en el prototipo para *esponja*; cf. más arriba, cap. V, pág. 123, n. 2.

$*^{m}p$ $*^{n}t$ ... ...
.. $*^{n}d^{h}$ ... ...

A partir de una $*^{m}b^{h}$ antigua, podríamos explicar las formas variables que asumen ciertas desinencias de plural de los nombres: en la mayor parte de las lenguas antiguas se encuentran en dativo, en ablativo y en instrumental, formas que se reconstruyen con $*\text{-}b^{h}\text{-}$, mientras que para los mismos casos encontramos una *-m-* en germánico, en balto y en eslavo. Compárese el latín *nō-bis*, «a (o para) nosotros», y el equivalente ruso *na-m*. Así pues, podríamos establecer inicialmente formas en $*^{m}b^{h}$, en las que se habría impuesto la nasalidad en las lenguas del Norte, y habría desaparecido en el resto. Estas diversas desinencias —por ejemplo, el dativo-ablativo *-bhyas* y el instrumental *-bhis* del sánscrito y, respectivamente, *-mŭ* y *-mi* del ruso— deben de representar una partícula antigua que se reconstruye con la forma $*b^{h}i$ documentada en griego con la forma *phi*, por ejemplo, en *autophi* como caso oblicuo de *autós*, «sí mismo». Cuando a $*b^{h}i$ se le añade una vocal *e/o*, la *i* puede mantenerse como *-y-*, pero también puede desaparecer como en el final *-bus* (< *-*bos*) del latín (cf. *omni-bus*). En germánico se halla documentada en el final del prefijo *be-*, al. *besprechen*, ing. *bespeak*, que tiene como función fundamentalmente transitivizar los verbos intransitivos: *sprechen*, «hablar», *besprechen*, «tratar de, comentar», pero que funciona también como preposición y como prefijo: al. *bei*, ing. *by*, para marcar la proximidad, la adjunción: al. *beisteuern*, «contribuir», (*Steuer*, «tasa, impuesto»). Por tanto, si se admite nuestra hipótesis, se reconstruirá como $*^{m}b^{h}i$. Con un elemento como prefijo y el valor de «en torno a», podemos establecer $*H_{2}e\text{-}^{m}b^{h}i$, que en griego da *amphi* y, en germánico, con vocalismo cero en el primer elemento, $*H_{2}{}^{m}b^{h}i$ > $*H_{2}\underset{\circ}{m}b^{h}i$, de donde se derivan el ing. ant. *ymb* y el al. *um*. *Amphi* tiene asimismo el valor de «de los dos lados de» y debe equipararse al latín *ambō*, «uno y otro», con el sufijo de dual *-ō*; para esta noción, el germánico presenta la misma base —sin elemento $H_{2}e$- prefijado y el tratamiento $*b^{h}$ de la $*^{m}b^{h}$- inicial— en al. *beide*, ing.

both —de $b^{h}ei$ + una forma del demostrativo—, danés *begge*, de $*b^{h}ei\text{-}yo\text{-}$.

No nos debe sorprender que, según las lenguas y las posiciones —inicial, intervocálica y final— encontremos tratamientos diferentes de las prenasalizadas que postulamos aquí. De manera general, la prenasalización se perdería en posición inicial ($*^{m}b^{h}i > b^{h}i$) y se impondría en posición final a expensas de la oclusión oral ($*\text{-}nt > \text{-}n$), siendo eliminado en ambos casos el elemento menos central. En posición intervocálica se mantendrían los dos elementos y, finalmente, se trataría el complejo como dos fonemas sucesivos con una cesura silábica del tipo $*ten\text{-}te$ en lugar del $*te\text{-}^{n}te$ más antiguo. Es verosímil que algunos *-nt-* documentados se remonten a antiguas sucesiones *-net-* con pérdida de la *-e-*, lo que quiere decir que los $*\text{-}ten\text{-}te\text{-}$ procedentes de $*\text{-}te\text{-}ne\text{-}te$ se habrían confundido con los que tienen su origen en $*te\text{-}^{n}te$. La cosa no debiera extrañar. Es un hecho perfectamente establecido que, en las lenguas indoeuropeas documentadas, se encuentren confundidos antiguos fonemas únicos y el resultado de combinaciones de fonemas sucesivos. En latín, por ejemplo, *qu* corresponde tanto a una antigua $*k^{w}$ como a una combinación de $*k+u$ delante de vocal: *-que*, «y», corresponde al griego *-te* y a una *-h* germánica antigua, es decir, a $*k^{w}e$, mientras que *equos*, «caballo», aparece como derivado de un antiguo $*eku\text{-}$, «rápido» (cf., quizá, el griego *ōkús*, con idéntico sentido), seguido del sufijo adjetival *-o*; asimismo, para el lat. *inguen*, «ingle», emparentado con el griego *adēn* (del mimo sentido), se reconstruyen $*ng^{w}en\text{-}$ con $*g^{w}$, pero en *lingua*, «lengua», tenemos una sucesión antigua $-g^{h}+u+eH_{2}$, como hemos visto más arriba.

La diferencia de tratamiento de la $*^{m}b^{h}$ en las desinencias procedentes de $*^{m}b^{h}i$, $*b^{h}$, en unos sitios y de *m*, en otros, podría explicarse, en las lenguas meridionales, por el mantenimiento de cierta autonomía de $*^{m}b^{h}i$ que recuerda el comportamiento del resultado griego *phi*, donde tiene su origen el tratamiento $*b^{h}i$, esperado en posición inicial. En las lenguas septentrionales que presentan *-m*, podemos pensar en una evolución más rápida de $*^{m}b^{h}i$ hacia el rango de desinencia con pérdida de la *-i*, y adición de *-o* (esl. ant. $\text{-}mŭ < *\text{-}mo$),

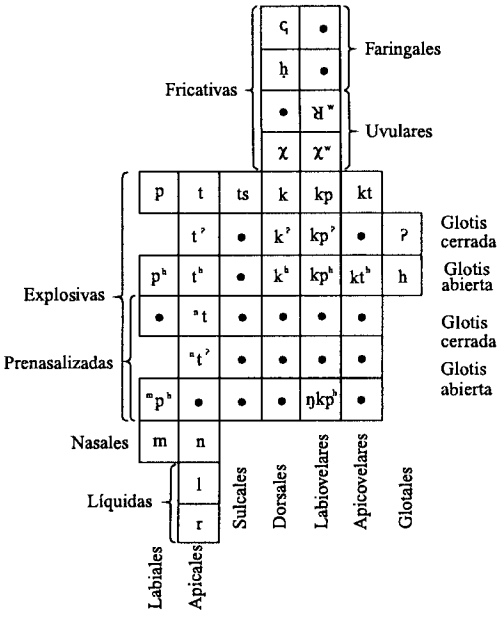
como en la desinencia latina *-bus* de **-b^{h}os*. Sct. *-byas* conserva *-i* (*-y-*) con adición de **-o* (> *-a*). Podemos explicitar los diferentes tratamientos del siguiente modo:

**$^{m}b^{h}i$*	→ **$b^{h}i$*	como adverbio > preposición: al. *bei*, ing. *by*.
	→ **$b^{h}i$*	como partícula no amalgamada: gr. *phi*.
	→ **-$b^{h}i$*	como desinencia amalgamada tardíamente: sct. *-bhy-as*, *-bhi-s*.
	→ *-m*	como forma amalgamada antiguamente, coexistente con **$b^{h}i$* como partícula no amalgamada, con extensión analógica de *-m*, en las lenguas del Norte, de **b^{h}*, en una lengua como el latín.

EL ACENTO

Antes de terminar con la fonología, es preciso que volvamos sobre el problema del acento. En lo que precede nos hemos valido constantemente de la noción de un acento que, en cierto estadio de la evolución de la lengua, hizo que se mantuviera la vocal acentuada y desaparecieran, o al menos se debilitaran, aquellas que no lo estaban. A eso se añadió el mantenimiento de las vocales precisas para hacer pronunciables a las consonantes cuando éstas, por sí mismas, no podían asumir la función de núcleo silábico. Posteriormente, cuando cambiaron las condiciones acentuales, se produjeron algunos restablecimientos analógicos de vocales.

Este tipo de acento reconstruido, muy antiguo, fue reemplazado por otra cosa, casi en todas partes. Para informarnos del lugar y naturaleza del acento que condujo a la hecatombe de vocales que es necesario postular, no podemos fiarnos plenamente ni del sánscrito, ni del griego, ni del latín. Quizá haya sido el germánico la familia que durante más tiempo permaneció fiel al tipo primitivo, como lo indican las alternancias contenidas en la Ley de Verner, cf. más arriba pág. 112: la alternancia alemana de *-h-* y *-g-*, en *ziehen - gezogen*, «arrastrar - arrastrado», nos indica que el acento, en el presente, recaía sobre la



SUPUESTOS FONEMAS PARA UNA FORMA DE INDOEUROPEO MUY ANTIGUA

(Los puntos de las casillas indican posibles fonemas no postulados explícitamente)

El alineamiento de oclusivas y «laringales» en las mismas columnas del cuadro requiere una explicación. Los fonemas situados en la columna «dorsales» se articulan realmente con el dorso de la lengua, es decir, con su cara superior; ahora bien, para las oclusivas, contra el velo del paladar; para las fricativas, en dirección a la úvula y a la pared posterior de al faringe; por tanto, en distintas partes del canal. Como se considera distintiva sólo la oposición de oclusiva a fricativa, prescindimos de estas variaciones. Todo esto es válido también para las labiovelares. La elección, en este caso de [p] o de [^{w}] como indicador del rasgo de labiovelaridad es simultánea a oclusión y fricción, respectivamente. Para las faringales y las uvulares, la primera franja horizontal corresponde a las sonoras; la segunda, a las sordas.

raíz en **deuko-* (cf. el latín *dūcō*, «conducir», con *ū* larga derivada de un diptongo) y, en el participio, sobre el sufijo en **duk-ón-* (lat. *duc-tu-s* con un sufijo diferente), confirmado todo ello por *-eu-*, en un caso, y por *-u-*, en otro.

¿A este acento, cuando produjo los efectos comprobados, le vino impuesto su lugar por un principio general, como ocurre a menudo: primera sílaba de la palabra en checo y en húngaro, penúltima en polaco, lugar del acento regulado por la cantidad de la penúltima sílaba en latín, en todos los casos en que se habla de un acento fijo? ¿O este lugar variaba de una a otra forma? Basándonos en ciertos datos nos sentiríamos inclinados a diagnosticar, para cierta época, una tendencia a situar el acento sobre el último elemento de la palabra —raíz o sufijo—, con ciertas desinencias que lo atraen hacia sí y otras que lo dejan sobre los elementos que les preceden. Volveremos sobre todo esto más adelante, cuando nos ocupemos de la gramática.

Aquí nos contentaremos con recordar que la concepción de un acento que, como un *deus ex machina*, desciende del cielo para poner patas arriba el vocalismo de una lengua, es una visión romántica que nada tiene que ver con la realidad. Si en lo que antecede, hemos dado la impresión de inspirarnos en tal concepción, se debe simplemente a que, en su ingenuidad, permite una exposición más simple de los hechos. En realidad, hay elementos del discurso cuyo valor informativo es escaso y, en la medida en que se concentran en una parte del discurso caracterizable en términos formales, tenderán a debilitarse, y la energía necesaria para su producción se transfiere, en gran parte, sobre sus vecinos más favorecidos. En otros términos, no es el acento fuerte quien elimina las vocales, sino el debilitamiento de las mismas el que contribuye a reforzar las que permanecen. La función propia del acento es el establecimiento de contrastes entre las diferentes y sucesivas partes del enunciado, para distinguir mejor unas de otras y resaltar algunas de ellas. La función primaria del acento es demarcativa o, al menos, culminativa, en la medida en que crea en el enunciado hitos que señalan la presencia de un elemento de información central.

LOS TONOS

El acento, en principio, no tiene nada que ver con los tonos, que son un comportamiento particular de la curva melódica del discurso sobre el núcleo vocálico central de la sílaba. Este comportamiento permite distinguir, en las lenguas tonales, dos sílabas compuestas de los mismos fonemas, vocálicos y consonánticos; por ejemplo, en chino, *mā*, «madre», de *má*, «cáñamo», *mǎ*, «caballo», y *mà*, «injuriar». Ocurre simplemente que si en una lengua tonal se desarrolla un acento, esto podrá realizarse a costa de la nitidez de los timbres de las vocales no acentuadas y también de la de sus tonos. Así pues, no es raro que éstos se manifiesten únicamente en las sílabas acentuadas y que entonces se hable, un tanto abusivamente, por ejemplo, de dos «acentos diferentes» dependiendo de que el acento vaya acompañado de uno u otro tono.

Hay comparativistas, principalmente en Francia, que debido a que en su lengua falta un verdadero acento no tienen conocimiento exacto de qué se trata. Inspirados en lo que conocen del griego, se niegan a hablar de un acento indoeuropeo, haciendo en este caso referencia constantemente al «tono». Ahora bien, en una lengua nunca hay un «tono», en singular, pues se trata de una unidad opositiva, lo que quiere decir que hay siempre más de uno. A lo largo de la evolución del indoeuropeo, ciertamente, han aparecido tonos: se conocen en griego antiguo, en balto, en serbo-croata, en escandinavo. Pero no es absolutamente seguro que los más antiguos de ellos se remonten a la época de una comunidad indoeuropea, aunque, aquí y allá, haya cierto paralelismo.

Existe alguna posibilidad de que se establecieran ciertas oposiciones tonales, debido a la aparición sucesiva de dos tipos distintos de alargamiento vocálico. Tenemos en primer lugar algunas vocales alargadas en compensación por la caída una consonante siguiente (por ejemplo, una *-s* de nominativo). Naturalmente, la cumbre melódica se

encontrará en el *inicio* de la vocal larga. A continuación figuran ciertas largas que, en las flexiones, resultan de la fusión de dos vocales sucesivas, la segunda de las cuales inicialmente estaba acentuada, lo que situaba la cumbre melódica *al final* de la vocal larga. Más tarde, cuando se obtuvieron nuevas largas debido al alargamiento de vocales a consecuencia de la desaparición de las «laringales» siguientes, apareció un nuevo tipo con cumbre melódica al inicio y que pudo hacer retroceder a las antiguas del mismo tipo al campo de las segundas, con cumbre melódica final. Esto parecería confirmado por los datos del balto.

Por supuesto, nada impide que, en un estadio muy antiguo, haya habido un sistema tonal en indoeuropeo, pero si ha sido así, ya no quedan huellas perceptibles del mismo.

Capítulo X
LA GRAMÁTICA

LA FORMA PURA

En las lenguas modernas como el francés o el inglés, por lo general, no resulta difícil encontrar para cada sustantivo, cada adjetivo, incluso cada verbo una *forma pura* sin disfrazar por las desinencias: fr. *loup*, «lobo», tanto en su forma escrita como en la hablada /lu/, designa el animal perfectamente conocido sin implicar ninguna relación particular con los demás elementos de la oración en que pueda figurar. En el plural, la forma escrita puede complicarse por la adición de una *-s*, pero esto no quiere decir que la forma *loup*, sin *-s*, esté por ello marcada positivamente como singular: *loup* designa tanto la especie como el individuo, como se puede ver en *le loup a disparu des campagnes françaises*, «el lobo ha desaparecido de los campos franceses». En inglés, las cosas se complican un poco: el equivalente *wolf* puede tomar una *s*, en *the wolf's*, con el valor de «del lobo»; en plural toma la forma *wolves*: pero esto no quiere decir que *wolf* no sea, como *loup*, la forma pura del sustantivo sin adición semántica alguna.

Si consideramos ahora el equivalente latino *lupus*, comprobamos que, además del valor «lobo», la forma citada implica en virtud de su final, que si se trata precisamente del lobo, debe ser entendido como el sujeto de la oración. Como objeto, la forma sería *lupum*; como

complemento del nombre, *lupī*; como complemento de atribución, *lupō*, etc. Uno siente la tentación de decir que «lobo» en latín se dice *lup-*. Pero esto sería inexacto porque «lobo» es *lup-* más cierto tipo de desinencias. Consideremos, por ejemplo, una base latina *clāu-*: en un principio, probablemente designaría un bastón pero, de hecho, sólo se halla documentada en forma de palabras diferentes: *clāua*, «maza», *clāuos*, «clavo», *clāuis*, «llave», oponiéndose cada una a las demás por sus terminaciones: en genitivo, *clāua*, hará *clāuae*, *clāuos* hará *clāuī*, y *clāuis* seguirá siendo *clāuis*.

Todo esto es válido para los adjetivos. Sin restricción en inglés, donde «bueno» es siempre *good*, invariable. En francés *bon* hará *bonne* en femenino, *bons* y *bonnes* en plural, pero, acertada o equivocadamente, *bon* /bõ/ es sentido como la forma básica que corresponde exactamente a la noción. En latín, el adjetivo *bonus* presentaba las mismas características que el sustantivo *lupus*.

Para los verbos, el inglés no plantea problemas: la forma de infinitivo, por ejemplo *say*, «decir», se identifica plenamente con la noción, sin tacha semántica alguna. En francés, la forma del infinitivo, considerada representante del verbo aislado, en realidad es una forma marcada como correspondiente a funciones particulares. Pero al menos en la lengua hablada, hay una forma pura, la de la tercera persona del presente de indicativo cuando no va acompañada del pronombre *il* o *elle*: por ejemplo, *chante*, «canta», *donne*, «da», *mange*, «come», y, prescindiendo de la *-t* ortográfica, *dit* /di/, «dice», *fait* /fè/, «hace», *court* /kur/, «corre». Nada de esto ocurre en latín, donde cada forma verbal presenta su desinencia personal y, eventualmente, sus afijos modales: «cantar» es *can* + algo que varía de forma a forma, «decir» es *dīc* + *-o*, *-is*, *-it*, etc.

En las demás lenguas indoeuropeas contemporáneas, a menudo se halla documentada una forma pura de los monemas nominales o verbales: en ruso *dom*, «casa», *dobr*, «bueno», son identificables como estrictamente correspondientes a las nociones respectivas. En alemán, se puede decir lo mismo de los equivalentes *Haus* y *gut*; en español, *casa* es plenamente una forma pura a la que se añadirá la *-s* de for-

mación de plural, pero a su equivalente italiano *casa*, con su plural *case*, no se le puede considerar como base. Para los verbos, en alemán con el imperativo, y en español e italiano con su tercera persona del presente de indicativo cumplen, mal que bien, como formas de base, aunque, por ejemplo, el español *quiere* sea un dudoso candidato cuando se le compara con *quiero*.

LAS AMALGAMAS

En las lenguas antiguas de la familia, perfectamente representadas por el latín, las formas puras parecen absolutamente excepcionales: por ejemplo, en latín *dīc*, «¡di!», *dūc*, «¡conduce!». En todas partes triunfan formas en las que radical y determinaciones gramaticales se hallan amalgamados en otros tantos complejos para los que se ha encontrado la designación de «palabra». Puesto que para reconstruir el indoeuropeo se ha partido de esas lenguas con amalgamas, el resultado no podría ser otra cosa que una lengua con amalgamas, siempre que con loable probidad no se arriesgara más allá de correspondencias totalmente regulares. Tomemos un ejemplo: para el acusativo plural de la palabra que designa el «caballo», los datos de la comparación permiten reconstruir **ekwons*. Si se tiene la audacia de ir más allá, sustituiremos la *-n-* por una *-m-*, siguiendo el modelo del acusativo singular, e interpretaremos la *-s* como marca de plural. Esto nos conduce a analizar esa forma en una sucesión **eku* + *o* + *m* + *s* y a interpretar los tres últimos segmentos como restos de antiguas partículas más o menos autónomas a las que se podrían atribuir, respectivamente, las formas *-(H$_1$)e-*, *-(H$_1$)em-*, *-(H$_1$)es-*. Cada una de éstas representa, por supuesto, un haz de hipótesis respecto a las cuales quienes osan examinarlas ni siquiera se plantean la cuestión de saber si son directamente comprobables, sino simplemente la de si podrán integrarse finalmente en una estructura coherente.

En los primerísimos momentos de la aventura comparativista, se usó y abusó de este tipo de hipótesis, por eso los investigadores —de

mente más asentada— que siguieron a los pioneros, pidieron oportunamente a sus discípulos un comportamiento menos desenvuelto. Pero actualmente, cuando ya tenemos una experiencia más amplia de las estructuras lingüísticas y cuando probablemente nos sentimos menos impresionados por la majestad de las lenguas clásicas, dudamos menos en denunciar como funcionalmente detestables ciertas formas en las que algunas unidades de sentido totalmente distintas reciben significantes variables según los contextos y tan íntimamente mezcladas con otras que no se puede saber en qué punto del discurso se manifiestan tales unidades. La manera en que se vino abajo el sistema de las declinaciones latinas, en el momento en que las sociedades herederas de Roma ya no permitieron asegurar el mantenimiento de las tradiciones lingüísticas, da testimonio de la esencial inestabilidad de las estructuras lingüísticas que exigen, para ser dominadas en todos sus detalles, el apoyo de un aprendizaje que se prolonga más allá de la niñez.

Naturalmente, es el juego de la analogía el que permite eliminar las complicaciones que indefectiblemente resultan de la evolución fónica. Pero, en un mismo ámbito, la analogía puede actuar en sentidos muy divergentes: en fr., a partir de *abstenir*, «abstenerse», se podrá oír un futuro *abstenira*, pero a partir de *abstiendra*, se tiene un infinitivo *abstiendre*; la alternancia aislada del alemán *bringen*, «traer», *gebracht*, «traído», será eliminada por el niño, no en beneficio de la forma más regular, que daría el participio **gebringt*, sino sobre el modelo de otros verbos en *-ingen*, irregulares pero frecuentes, como *singen*, «cantar», que hace *gesungen* en el participio; de ahí que, frente a *bringen*, se tenga un participio *gebrungen*. No nos libramos tan fácilmente de un atolladero en el que ciertas circunstancias, como una especial rapidez en las evoluciones fónicas o la fuerza de las tradiciones, han acumulado formas aberrantes.

En la investigación comparativa, la desconfianza frente a la analogía de las formas era tal que había resistencia a cotejar ciertas desinencias de las formas adverbiales independientes, como nosotros hemos hecho más arriba, págs. 220-221, con las desinencias en $*b^h$ / $*m$

y el adverbio y funcional *bei*, *by* del alemán y del inglés. Recientemente[1], Jean Haudry ha investigado en sánscrito los ejemplos de elementos desinenciales no sometidos a la concordancia, es decir, que manifiestan cierta autonomía frente a su radical, y ha replanteado con claridad el problema de la interpretación de las desinencias nominales a partir de elementos autónomos, con los que nos encontraremos de nuevo más adelante.

LOS NOMINALES

En las lenguas indoeuropeas, antiguas y modernas, los verbos se oponen abiertamente a los nominales. Aquéllos son por naturaleza núcleos de proposición rodeados de satélites gramaticales que precisan de la naturaleza del proceso (acción o estado) expresado, precisan de ciertas circunstancias de dicho proceso y de las relaciones en el mismo de los participantes en el acto de la comunicación. Los nominales —nombres, pronombres y adjetivos— pueden funcionar también como núcleos de proposiciones, en lo que se conoce como las proposiciones nominales: lat. *Paulus bonus*, «Pablo es bueno», ruso *dom nov*, «la casa es nueva», pero sus satélites gramaticales, prioritariamente, no son tanto determinaciones que aportan precisiones sobre su valor, como el plural por ejemplo, cuanto indicadores de sus relaciones con el contexto en el enunciado. En una lengua muy evolucionada, como por ejemplo el francés, esos indicadores de su función son elementos formalmente autónomos, las preposiciones, pero en las lenguas antiguas son apéndices amalgamados a los que llamamos casos.

Los nominales incluyen a los nombres propiamente dichos, designados también sustantivos, a los pronombres, que como los nombres, pero con menor especificidad, designan entidades variadas, y a

[1] En *Préhistoire de la flexion nominale indoeuropéenne*, Instituto de Estudios Indoeuropeos de la Universidad Jean Moulin (Lyon III), 1982.

los adjetivos, que se considera que marcan ciertos aspectos de esas entidades. Uno de los rasgos que caracterizan el indoeuropeo en fecha antigua en relación con otras familias lingüísticas es el hecho de que los adjetivos se combinan con los mismos satélites que los sustantivos, mientras que en otras partes se comportan más bien como verbos: en latín «blanco» se dice *albus*, que se declina como el nombre *dominus*, «dueño, señor», mientras que en muchas lenguas se empleará un verbo con el valor de «ser blanco». En latín hay rastros de este uso: al lado de *albus*, tenemos un verbo *albet*, «es blanco». En francés y español quedan huellas de este tipo de forma en los verbos en *-oyer* (esp. *-ear*), como fr. *verdoyer*, esp. *verdear*, conocidos sobre todo en la forma de su participio de presente, fr. *verdoyant*, esp. *verdeante*. Pero a los usuarios contemporáneos les cuesta comprender que *verdoyer* y *verdear* correspondan a un estado y se sienten inclinados a interpretarlos, no como «ser verde», sino como una especie de equivalente de fr. *verdir*, esp. *verdecer*, es decir, «ponerse verde». Ésta es precisamente la razón de que tales verbos se oigan sólo en relatos tradicionales en los que el sentido preciso no tiene ya importancia.

En lo que atañe al rango gramatical de los nominales, la reconstrucción durante mucho tiempo tendió esencialmente a restablecer algunas declinaciones primitivas, es decir, las formas que se pensaba que podían afectar a los complejos formados por radicales y diferentes casos amalgamados. Se preguntaba menos cuál había podido ser el valor de tal o cual desinencia documentada en una o varias lenguas de la familia, que cuáles, entre las formas documentadas, debían figurar en tal o cual casilla de las establecidas al inicio, inspirándose en el sistema más «rico», el del sánscrito. En otros términos, se imaginaba un sistema cerrado que seguía el modelo que se había establecido para clasificar las formas del latín y del griego, más bien que un estado de lengua en el que competían diversas formas más o menos aislables.

Una vez convencidos de que la reconstrucción sólo tiene sentido si es dinámica, es decir, que debe tratar de reencontrar los grandes

rasgos de una evolución, ya no podríamos contentarnos con un marco preestablecido, sino que es conveniente partir de las formas documentadas, tratar de atribuirles un valor en tal punto de la evolución, es decir, en oposición con tal otro existente en la misma época, cotejar las que parecen derivadas de una misma forma antigua e intentar explicar los condicionantes de las divergencias formales.

A LA BÚSQUEDA DE LOS RADICALES PUROS

Un primer esfuerzo debe tender a encontrar de nuevo, en las lenguas documentadas, los radicales puros, los que no presentan rastros de amalgama de desinencias casuales o de determinaciones gramaticales. Tales formas no son raras, sino que, como hemos visto, en las lenguas clásicas no existen apenas más que como variantes un tanto marginales de complejos con elementos gramaticales amalgamados: una forma latina como *animal*, «animal», que no entraña nada que indique ningún tipo de función en la proposición en que figura, es interpretada no como el monema *animal* libre de toda implicación gramatical, sino como el caso sujeto y el caso objeto indiferenciados, comprendida por tanto en función de su integración en una declinación que tiene un genitivo *animalis*, un dativo *animali*, un nominativo-acusativo plural *animalia*, etc. Por otra parte, esta visión de los hechos no está limitada a las lenguas antiguas, condiciona también nuestra concepción de los hechos contemporáneos: para una persona que haya pasado por la escuela, *lobo* no es el equivalente de la noción correspondiente, sino esa noción más la de singular.

Los radicales puros más frecuentes son ciertamente las formas del tipo *animal*, es decir, los neutros que no terminen en *e/o*, a saber, los radicales en consonante como el mismo lat. *animal* o *caput*, «cabeza», en *-u* como *pecu*, «rebaño», o en *-i* como *mare* (< **mari*). La mejor definición de los neutros es la que los caracteriza como los que «no distinguen nunca la forma del sujeto y la del objeto». En este caso, estamos legitimados a preguntarnos cómo se beneficiarán de ello

los usuarios de la lengua. Un poco más adelante volveremos detenidamente sobre este problema.

Hay posibilidad de encontrar otros radicales puros entre las formas llamadas de vocativo, las que sirven para llamar. De hecho, las formas de vocativo distintas de las del caso sujeto, llamado nominativo, y que deben de corresponder a formas antiguas, apenas están documentadas más que en los nombres que terminan en *e/o*. En latín, por ejemplo, el vocativo de *dominus*, «dueño», es *domine*, forma pura de un derivado formado a partir de *dom-*, «casa», por medio de los dos sufijos *-e/on* + *e/o*. Este vocativo se halla ampliamente documentado en fecha antigua y todavía se le utiliza de manera regular en checo: *¡Romane!* será la manera de interpelar a una persona que se llama *Roman*. Ese vocativo checo, naturalmente, no es ya una forma pura, una vez que la usura de los finales ha eliminado las desinencias de sujeto y objeto de las formas masculinas. Se puede decir que el vocativo no lo era ya en latín, donde la parte de *dominus* no afectada por los finales era *domin-* y no ya —como en fecha muy antigua— **dom-en-o*, a la que se añadían las desinencias casuales.

Otros vocativos se remontan a formas del radical en las que la vocal final ha sido abreviada. Tal es el caso de los vocativos en *-a* de substantivos en *-ā*, que en eslavo, se hallan documentados bajo la forma esperada *-o*, en checo por ejemplo, *ženo*, «¡mujer!».

Los radicales puros se encuentran como primeros elementos de las palabras compuestas, por ejemplo, en el *dēmo-* del griego *dēmokratía*, «democracia», o en el *agri-* del latín *agricola*, «agricultor», derivado de manera regular de **agro-*, «campo», que se encuentra intacto en griego *agrónomos*, «agrónomo». Esto permite suponer que antiguamente las relaciones marcadas más tarde por el caso llamado «genitivo» —las que en francés y español contemporáneos se expresan por medio de la preposición *de* entre dos sustantivos— eran un simple resultado del acercamiento de dos términos, con toda verosimilitud haciendo preceder el núcleo por su determinante. El francés antiguo conoció un estado de cosas análogo, pero con posposición

del determinante. Nos queda de ello *Hôtel-Dieu* y el modelo productivo representado por *rue Gambetta*, *avenue Sadi-Carnot*.

De interés muy especial es la forma pura de los radicales de ciertos pronombres: *tu*, «tú», como ejemplo de pronombre personal, y **so*, como pronombre demostrativo, que dio el artículo determinado del griego, *ho*. Más adelante volveremos sobre ello con todo detenimiento.

Actualmente disponemos del término *absolutivo* para designar tal forma pura cuando ésta tiene un carácter sintáctico especial. No es éste el caso en las lenguas indoeuropeas documentadas, donde tales formas son interpretadas como «nominativos» por la misma razón que las formas en *-s* que vamos a encontrar más adelante. Sólo las designaremos *absolutivos* en estados de lengua que dataremos en fecha anterior a su confusión sintáctica con las formas en *-s*. Podemos pensar que, en fecha muy antigua, cualquier sustantivo podía aparecer bajo la forma de un absolutivo, no sólo en la apelación (vocativo), en la nominación (nominativo propiamente dicho) y en ciertos empleos con valor de genitivo, pero, como veremos más adelante, en relación con el participante único («sujeto») en un proceso intransitivo, y con el paciente («objeto»), en uno transitivo.

ABLATIVO Y ALATIVO

Para marcar que un participante desempeñaba una función activa en un proceso, se disponía de una partícula que se reconstruye como **es* (con o sin «laringal» H_1 antepuesta)[2]. Es probable que, en un primer momento, el empleo de este **es* fuera facultativo, es decir, limitado a los casos en que se podía dudar sobre la identidad del agente o

[2] Un primer esbozo de la exposición desarrollada a continuación figuraba en una reseña del autor de estas líneas al libro de T. Burrow, *The Sanskrit Language*, en *Word*, 12, 1956, págs. 304-312, reproducido en *Évolution des langues et reconstruction*, París, 1975, págs. 99-105 (versión española de Segundo Álvarez, *Evolución de las lenguas y reconstrucción*, Madrid, Gredos, 1983, págs. 100-106).

del paciente: «hombre» + «tigre» + «acción de matar» (¿quién mata a quién?). En realidad, esta partícula marcaba el alejamiento «a partir de»: el agente era aquel de quien provenía la acción. Era asimismo la marca del punto de partida, lo que más tarde se llama ablativo, y también la del origen, lo que desembocará un día en el genitivo. Como valor inicial de este elemento podemos establecer el del inglés *from*.

A esta partícula se oponía otra, reconstruida como **ey* (o *¿H_1ey*?), que marca el acercamiento. Podemos conferirle los valores del ing. *to*. Este acercamiento en el espacio correspondía a un desplazamiento en la dirección de la entidad designada, «a» en *él va a París*; y a la exclusión de la relación marcada por *en* en *él está en París*. Cuando la entidad designada era un ser animado, **ey* podía marcar la atribución: «dar a alguien». Estos dos valores pueden ser designados como *alativo*, el primero, y *dativo*, el segundo.

EL LOCATIVO

Podemos pensar que lo que se conoce como «locativo» simple, el lugar en que se desarrolla el proceso, marcado en inglés por *at*, normalmente se expresaba mediante la simple designación del lugar, como se hace actualmente aún en francés en un enunciado como *je l'ai rencontré place de l'Opéra*, «lo encontré en la plaza de la ópera», o quizá ya por medio de **en*, que ha dado el fr. *en*, cuando el lugar era considerado no como un punto sino como un espacio cerrado: *le sport en chambre*, «el deporte de salón». No obstante es un hecho constante que la designación del lugar a donde se va termine por emplearse también por el lugar donde se está, como ocurre en francés y como lo muestra la evolución de **ad* que inicialmente tenía —y aún tiene en latín— un valor alativo, pero que en inglés, bajo la forma *at*, es un estricto locativo sin desplazamiento. Podemos suponer, por tanto, que esta tendencia se manifestó en fecha muy temprana en el caso de **ey*.

Estas dos partículas **es* y **ey*, cuyo valor se puede representar gráficamente como •→ y →•, en la época en que las vocales se mantuvieron exclusivamente cuando estaban acentuadas, fueron tratadas cada una de diferentes maneras, esencialmente en función de los valores particulares que podía asumir cada una. Situadas normalmente después del sustantivo cuya función explicitaban, en algunos casos fueron integradas acentualmente a ese sustantivo y, como entonces era la norma, llevaron el acento y conservaron su vocal, dando como resultado *-és*, *-éy*. En otros casos, en que se habían quedado fuera del marco acentual del sustantivo precedente, perdieron su vocal y desembocaron respectivamente en *-s* e *-i*, que terminaron aglutinándose con el sustantivo precedente.

La forma acentuada en *-és* fue la que al fin se impuso para el complemento del nombre, el genitivo. Esta forma entrañaba, en general, la desaparición de la última vocal del radical, debido a que era *-és* quien llevaba el acento de la palabra: consideremos, por ejemplo, *ped-*, «pie»: en genitivo la forma esperada es **pdés*, de la que aún quedan restos, pero en la que los hablantes generalmente han restablecido, por analogía, la vocal del radical, lo que da lugar a *pedés*, origen de la forma latina *pedis*. La forma *-és*, con vocal plena, se encuentra también con un valor espacial, es decir como ablativo, con caída y posterior restitución de la última vocal del radical.

La forma en **-ey* se ha establecido ampliamente como la marca del dativo, aquí también con una forma esperada **pdéy* en la que, igual que antes, la vocal del radical generalmente fue restablecida por analogía. Pero no resulta raro encontrar también en el dativo, no ya *-éy*, sino la forma no acentuada de la desinencia, por tanto *-i*, como en el griego *podi*.

LA SUERTE DE LA «-S» DE NOMINATIVO

La partícula *s*, finalmente aglutinada como *-s* al radical, se estableció como la marca general del agente del proceso, es decir, como

ergativo. Dondequiera que el radical terminaba con la vocal *e/o*, la *s* muy generalmente se mantuvo en las lenguas más antiguamente documentadas, incluso cuando la forma que caracterizaba hubo adquirido el rango de nominativo, es decir, de forma concebida asintácticamente. Esta es la fuente de todas las palabras del griego terminadas en *-os*, del latín terminadas en *-us*, y del sánscrito terminadas en *-as*. Lo mismo ocurría con los radicales en *-eu-*, *-ei-* como **H_3ewei-*, «cordero», que perdían su segunda vocal delante de *-s*; éste es el origen de **H_3ewi-s*, lat. *ouis*. Cuando el radical terminaba en consonante oclusiva, la *-s* probablemente fue eliminada en no pocos lugares, al menos en ciertos contextos como, por ejemplo, cuando *-t* + *s* final iba seguida de una palabra que comenzaba por *s-*, pasando entonces *-ts s-* a *-t s-*; el mismo grupo *-ts* frecuentemente debió de desembocar en *-s* para, por analogía, verse restablecido por las generaciones siguientes. En latín, por ejemplo, se está en un estadio *-s* en el nominativo *mīles*, «soldado», frente al acusativo *mīlitem* que conserva la *-t-* de la base.

Es fundamentalmente en los casos en que la base terminaba en una consonante continua, líquida, nasal o «laringal», cuando la suerte de esta *s* plantea problemas. Durante todo el tiempo que se mantuvo como marca de un caso agente, de función sintáctica perfectamente determinada, entonces también, debió de ser restablecida de manera sumamente regular tantas cuantas veces una evolución fonética tendía a eliminarla. Pero cuando el caso en *-s* se convirtió en «nominativo», es decir, en una forma utilizable al margen de la sintaxis, pudo verse como bastante normal que se confundiera con el radical puro, y los hablantes se sintieron menos inclinados a restablecer la *-s*. Esto nos es válido también para las formas en *-r* como griego *patēr*, lat. *pater*, gót. *fadar*, en las que no hay rastro de *-s*. En sánscrito, el equivalente *pitā* con pérdida de la *-r* puede ser la huella de un proceso general de caída de la *r* final antigua, quizá bajo la presión del paso de *-n* a *-r*[3]. En este caso, la *-r* de las otras lenguas sería restablecida analógicamente a partir de los demás casos. Esta desaparición de *-r*

[3] Ver más arriba, pág. 220.

podría estar en relación con el alargamiento de la vocal que, en ésta como en las demás lenguas, caracteriza el nominativo en los radicales con final consonántica. Los frecuentes pasos de *s* a *r* que se manifiestan, por ejemplo, en latín (*generis* por **genes-es*, de *genus*, «género») y en germánico (plurales escandinavos en *-r* frente a la *-s* del inglés: dan. *træ-er*, «árboles», ing. *tree-s*), dan testimonio del parentesco articulatorio de los dos fonemas. Una *-r-s* final estaba continuamente expuesta a dar una *-r* (articulada como la *s* de entonces, con la punta de la lengua elevada) que las nuevas generaciones confundían con la *-r* ordinaria.

La palabra para «sal» ilustra los posibles tratamientos de un radical terminado en *-l*: el griego *hal-s* presenta la *-s* y la vocal normal del radical; el latín *sāl* perdió la *-s*, pero como compensación presenta el alargamiento de la vocal.

En los radicales en *-s*, la final de nominativo *-s-s*, se redujo de modo regular a *-s* con alargamiento de la vocal precedente, como lo ilustra, por ejemplo, el griego *eumenḗs*, «benévolo», en masculino-femenino, de **eumenes-s*, frente al radical puro del neutro *eumenés*.

Respecto a la suerte de *-s* detrás de los radicales acabados en nasal, diremos que la comparación de las formas griegas y sánscritas del término que designa la tierra ilustra perfectamente las vicisitudes a las que ha estado expuesta. El griego tiene en nominativo *khthṓn*, sin *-s* pero con vocal larga, frente al genitivo *khthon-ós*. El sánscrito tiene el nominativo *kṣās* con *-s*, vocal larga y pérdida de la nasal, frente al locativo *kṣámi* y al genitivo *jmas* que dan testimonio de la nasal *-m-*. En esta palabra muy frecuente, la analogía apenas tuvo lugar en sánscrito, pues el niño aprendía muy pronto las diversas formas que resultaban de un modo regular de la evolución fonética. Dejando de lado el cosonantismo inicial, que, como hemos visto anteriormente, pág. 214, suscita algunos problemas, estableceremos un radical en *-om-*. El nominativo *-om-s* puede evolucionar a *-on-s*, e incluso a *-ōs* con nasalización de la vocal. Sin duda, es eso lo que ha dado la forma sánscrita una vez desnasalizada la vocal. A partir de *-on-s*, la analogía puede extender la *n* a las demás formas de la palabra: de ahí

procede el genitivo *khthon-ós*. El estadio posterior *-ōs* > *-ōs* proporciona la vocal larga del nominativo, pero la analogía reintroducirá la *-n-* dando lugar a *-ōns*, que se simplifica en *-ōn*. El latín presenta la *-m-* por doquier en las formas emparentadas *humus*, «tierra», *homo*, «hombre» (es decir, «el terrestre», en oposición a los dioses).

El caso de los radicales en «laringales» es el más complejo. Hemos visto que se puede afirmar, al menos de algunas, que se endurecieron en *-k-* delante de la *s* del nominativo. Pero, por supuesto, no se ha asumido que la analogía llegue a hacer triunfar la forma en *-k-* a expensas de la de los demás casos. A partir de radicales en *-H_2*, por ej., se pueden esperar nominativos en *-ās* (griego *neaníā-s*, «hombre joven»), en *-aks* (lat. *senex* < **senak-s*) o analógicamente en *-āks* (*audāx*, «audaz»). Pero asimismo es preciso considerar que para un complejo **-eH_2-s/* —siempre restituible analógicamente a partir de los demás casos—, en ciertas épocas el tratamiento normal pudo ser *-ās* o *-ā-*, en este caso con caída de *-s* tras una H_2 continua. Esta última forma es la que encontramos en los nombres masculinos del tipo de lat. *agricola*, ruso *voevoda*, frente a los *-ās* (o *-ēs* < *-ās*) del griego.

El caso de los femeninos es muy especial. En ellos hay que distinguir entre el sufijo de sexo y la marca de género.

Hemos visto anteriormente, pág. 201, que el sufijo tradicional para marcar el sexo femenino puede reconstruirse como *-ye/oH_2-* y, con vocalismo cero, *-iH_2*. De-lante de *-s*, este último puede conducir a *-ik-* y, analógicamente, a *-īk-*, *-īs* o *-ī*, paralelamente a lo dicho anteriormente para los masculinos. Este H_2 debe ser el mismo que se establece para el **-ā* cuyo reflejo encontramos en *senex*, *audāx*, *agricola*, *voevoda* o *neaníās*.

EL DEMOSTRATIVO

El H_2 que podemos reconstruir para la marca del género femenino tiene, por el contrario, un origen totalmente distinto. Se trata de un

elemento que debió de aglutinarse al pronombre demostrativo cuando éste se utilizaba para designar a una mujer. Es preciso que nos detengamos un poco con este pronombre demostrativo que suscita diversos problemas. Al parecer, inicialmente se trataba estrictamente de lo que se conoce como deíctico, es decir, que más o menos tenía el valor gestual de apuntar con el dedo. Cuando el gesto ya no se hace con el dedo sino con la lengua, entra en acción la punta de este órgano. El resultado fónico es una apical, una [t] seguida de una [a] o de una vocal anterior. En casi todas partes, parece que los niños encuentran natural este demostrativo, interpretado por los adultos como una deformación de una de las palabras tradicionales de la lengua, en francés *tiens!,* «¡vaya!»; en italiano *dai*, «dale», o *togli*, «toma»; en inglés *there*, «ahí, allí»; y alemán *da*, «ahí, allí», etc. Una granjera francesa que echa grano a sus gallinas gusta de acentuar sus movimientos con un *ta*, *ta*, *ta!*

Esta producción fónica natural, frecuentemente repetida, como se ve en el caso de la granjera, está ciertamente en el origen del deíctico indoeuropeo. Por tanto cabría esperar **tata* o, con un vocalismo evolucionado, **tete* o **toto*. Cuando interviene el acento que condujo a la caída de aquellas vocales que pueden desaparecer sin ocasionar problemas, da la impresión de que el acento, con el valor del francés *ça!,* haya incidido sobre la primera sílaba, dando lugar a **tóto*, posteriormente **tot*. Por otra parte este acento no final, es característico de los nombres neutros. Por el contrario, para designar personas, el acento recaía sobre la final, por tanto **totó* y, con pérdida de la vocal acentuada, **tto*. Ahora bien, como hemos visto, cuando en el curso de la evolución fónica o debido a la derivación se encontraron en contacto dos *t*, se redujeron a *s*-. Por consiguiente se llegó a dos formas **tot* y **so* ampliamente documentadas, en gótico por ejemplo, bajo la forma de los demostrativos *þat* (*a*) y *sa*; en griego con valor de artículo determinado, *to* y *ho*. El artículo y el demostrativo del inglés y del alemán, *the*, *der*, *die*, *das*, *that*, *dass* se remontan a esas formas con extensión analógica de la *-t*. En ruso antiguo se produjo un fenómeno totalmente análogo a partir del **to* que, analógica-

mente, había sustituido a **so*: el masculino *tot* de esta lengua proviene de una forma reduplicada **tŭtŭ*.

Inicialmente se trataba de una *forma extrasintáctica*, por tanto invariable. Cuando posteriormente el término se generalizó en otros empleos y recibió desinencias casuales se acudió a la forma básica **to*, como se puede ver por el artículo del griego: nominativo gr. *ho* (< *so*), pero acusativo *tón*, genitivo *toû*, dativo *tôi*.

La aparición de una forma plural de este deíctico no coincidió con la del plural de los sustantivos. Esta forma, **toi*, podría ser el resultado de adjuntar a **to* la partícula *i* indicativa de la presencia *hic et nunc*, que encontramos muy extendida como marca del presente real, y en griego como reforzamiento de los demostrativos, por ejemplo, en *houtos-í*, «éste», pronunciado de manera enfática. Así podemos comprender cómo una forma de insistencia pudo ser percibida como indicación de pluralidad.

EL GÉNERO FEMENINO

La existencia de tres formas distintas, *so, **to*, **toi*, para referirse a diferentes situaciones: ser animado, ser inanimado y circunstancia de «pluralidad», pudo sugerir la creación de un cuarto deíctico para referirse a las mujeres y a las hembras. El H_2 que sirvió para este fin se aglutinó de un modo natural a **so*, designación de los seres animados. Podemos pensar que recuerda el $-H_2$ final del radical que designa la mujer: griego *gunḗ* (cf. *ginecología*), ruso *žena*, gótico *qino*, inglés antiguo *quean* («mujer de mala vida»), irl. ant. *ben*; con vocal larga y flexión distinta, tenemos el gótico *qēns*, inglés *queen*. Este radical se reconstruye como $*g^{wo}neH_2$ y el demostrativo femenino seH_2 pudo ser concebido como una llamada en forma de rima.

Es importante no olvidar que **so* y su femenino seH_2 se mantuvieron durante mucho tiempo como formas extrasintácticas, en cierto modo como gestos disociados de los enunciados organizados que les precedían o seguían. De este modo, estas formas sumamente frecuen-

tes pudieron resistir sin ceder a las analogías y conservar a través de los siglos su forma pura sin adjuntar la *-s* de nominativo. Fue el persistente sentimiento de la identidad del *-H_2* de *seH_2* y del de las formas femeninas en *-H_2* lo que *impidió siempre la extensión de la -s de nominativo a los femeninos en -H_2* y a sus sucesores en *-ā*, mientras que los masculinos de idéntica forma estaban siempre expuestos a recibir esta desinencia.

La existencia de una diferencia entre **so* y *seH_2*, por sí misma, no implicaba en absoluto la de un género femenino distinto de un género masculino, como tampoco la distinción en francés entre *ça* y *celui-là* implica la existencia de un género neutro. El género comienza a partir del momento en que hay **concordancia**, es decir, redundancia. No lo hay, sin embargo, en inglés porque la referencia a ciertos seres humanos, incluso a ciertos medios de locomoción —embarcaciones o vehículos—, por medio de *she* en vez de *he* o *it* aporta un elemento de información; y esto no es una «concordancia». Esto mismo vale para el francés cuando se dice *le docteur... elle*, donde *elle* nos hace saber que el doctor es una mujer, cosa que podíamos ignorar. Pero si oímos *la chaise... elle* en un contexto en que *elle* remite evidentemente a *chaise*, la información añadida por *elle* en lugar de *il* es nula. El género femenino de *chaise* que se manifiesta por ciertas concordancias, la del artículo, *la*, y la de los adjetivos, *petite*, *grande*, no contribuyen en nada a la comunicación de la experiencia, porque todos los usuarios de la lengua saben que en relación con *chaise* hay que decir *la*, *petite*, *grande*. En indoeuropeo, el género femenino apareció cuando la forma *seH_2*, sólo pronominal en un principio, se vio transferida a los empleos adjetivales: durante tanto tiempo como *esta mujer* —donde el demostrativo está acompañado del sustantivo al que determina— tuvo la forma **so* $g^{we}neH_2$, sin «concordancia» de *so*, frente a **$g^{we}neH_2$* ... ... *seH_2*, no hubo ningún tipo de redundancia, es decir, no hubo ningún género femenino. Pero cuando, siguiendo el modelo del empleo pronominal, se impuso **seH_2* $g^{we}neH_2$, el gusano estaba dentro de la fruta. Paulatinamente se fue imponiendo la necesidad de elegir entre **so* y **seH_2* como adjetivo demostrativo corres-

pondiente a cada sustantivo y finalmente la obligación de emplear uno u otro para cada sustantivo.

El caso de los demostrativos ingleses ilustra claramente cómo puede aparecer una concordancia cuando un pronombre se emplea como adjetivo. En inglés, como se sabe, el plural sólo se expresa en los sustantivos, sin que adjetivos, epítetos o atributos se vean afectados por él: *a nice girl*, «una chica amable», en plural *nice girls*; *the girl is nice*, «la chica es amable», *the girls are nice*, «las chicas son amables», sin rastro de marca de plural en *nice*. Por consiguiente frente a *this (that) girl*, «esta (esa) chica», deberíamos tener los plurales **this (*that) girls*. En realidad tenemos *these girls*, *those girls*, donde encontramos *these* y *those*, plurales de los pronombres *this* y *that*. Esta excepción a la regla de no concordancia del adjetivo, felizmente, se limita a este caso particular.

En indoeuropeo, el empleo de *-H_2* para indicar la referencia a las personas de sexo femenino pudo extenderse a otros pronombres demostrativos en la medida que su forma se prestaba a esta adición. Una vez establecida la concordancia para *seH_2*, debió de extenderse a los otros demostrativos. La alternancia *-o/-eH_2* (seres no femeninos / seres femeninos) debió de imponerse rápidamente a otros pronombres en los que aportaba información interesante: «aquella» en lugar de «aquel», con extensión, como se ha dicho, a los empleos adjetivales de los llamados pronombres. Finalmente, alcanzó a los adjetivos en *-o*, en primer lugar, quizá, en sus empleos con valor de sustantivo: **newo-* > **neweH_2*, «el nuevo», «la nueva», con generalización posterior a los casos de empleo predicativo o epitético.

En el momento en que cualquier adjetivo o empleo adjetival en *-o* se encontró disfrazado con un femenino en *-eH_2*, se planteó la cuestión de saber cuál de las dos formas debía ser empleada por un sustantivo cualquiera. Consideremos **snuso-*, «la nuera»: ¿debía uno dejarse influir por la forma y decir **so snuso*, *newo-snuso-*, o más bien utilizar, lo que se hace en realidad, las formas en *-eH_2*, por tanto **seH_2 snuso-*, **neweH_2 snuso*, siguiendo el modelo de **snuso-... ...seH_2*, **snuso-... ...neweH_2* donde estas formas aportaban información?

La comparación de las lenguas en que se estableció la distinción entre femenino y masculino nos revela un estado en el que solamente los adjetivos en *-o* se veían afectados por la alternancia. En otros términos, los radicales en *-i*, *-u* y en consonante no estaban afectados por la concordancia: en latín, *grandis*, «grande», tiene las mismas formas, tanto si se refiere a un nombre femenino como si se refiere a un nombre masculino. Fue en el curso de la historia del francés cuando se estableció en esta lengua la alternancia *grand - grande*, «grande», siguiendo el modelo de *bon - bonne*, «bueno - buena», aunque se mantuvo la falta de concordancia en algunas formas estereotipadas como *grand mère*, «abuela», o *grand rue*, «calle mayor».

No obstante, los adjetivos en *-o* eran muy numerosos y, como podían combinarse con cualquier sustantivo, imponían para cada uno de éstos la elección de *-o* o de *-eH*$_2$, es decir, un género —el femenino o el masculino—. Esta elección debió de estar determinada bien por la forma del sustantivo, bien por su valor. Hemos visto que en las lenguas en que el radical de la palabra *lengua* terminaba en *-eH*$_2$, la palabra era femenina, como en latín o en germánico. En las que, una vez desaparecida la *-e-*, se había partido de *-uH*$_2$, la palabra era masculina, como en balto o eslavo. Por otra parte, una palabra como **snuso-*, que designaba un ser femenino, dio lugar a concordancias «femeninas», es decir, adoptó el «género femenino». Asimismo, en fecha antigua, los nombres de árboles eran del género femenino, sin duda porque eran percibidos como hembras que alumbraban los frutos: en latín, por ejemplo, *ficus*, «higuera», aunque presenta un antiguo radical en *-o-* determina concordancias femeninas, es decir, *es* del género femenino.

Durante mucho tiempo este *-eH*$_2$, o su equivalente más reciente *-ā*, sirvió sólo como marca del género, es decir, estuvo limitado a los pronombres y adjetivos. Había, ciertamente, nombres con radical en *-eH*$_2$ que tendían a ser del género femenino, a no ser cuando designaban seres de sexo masculino, pero *-eH*$_2$ no era en absoluto un sufijo de derivación para formar designaciones de hembras. En latín, la «lo-

ba» fue durante mucho tiempo *lūpus fēmina* y «cordera», *agnus fēmina*. El sufijo de sexo femenino es, como hemos visto, muy distinto: es **yeH*$_2$, documentado las más de las veces, como *-ī-* o *-īk-*. La utilización de *-ā* (< *eH*$_2$) como sufijo sustantival de sexo femenino debió de verse frenada durante largo tiempo por la existencia del sufijo homónimo de singularización de *agricola*, *voevoda*. No es nada fácil pronunciarse sobre la cuestión de saber si esta homonimia era connatural o si lo que representamos de manera uniforme con la notación *eH*$_2$ y, más tarde, con *-ā* presentaba originariamente dos «laringales» distintas (/χ/ ~ /ʁ/ por ejemplo).

El hecho de que la distinción de un demostrativo femenino tuviera lugar, inicialmente, en empleos asintácticos dio siempre como resultado el bloqueo de toda extensión analógica de la *-s* de nominativo a los femeninos en *-ā*. Cuando habría podido producirse este fenómeno, había ciertamente muchos radicales en líquida, nasal o «laringal» en los que la evolución fonética había desembocado en la eliminación de la *-s* de nominativo, incluso cuando la analogía podía inducir a las nuevas generaciones a restituirla regular o episódicamente: al lado de laringales endurecidas en *-k-* delante de la *-s* de nominativo, que, en resumidas cuentas, aseguraban su permanencia, probablemente habría una mayoría de casos en los que la «laringal», de algún modo, había absorbido esta *-s*. Los nominativos en *-eH*$_2$ (o ya *-ā*) preexistían sin duda a la aparición del *-eH*$_2$ de género femenino. Pero mientras los masculinos en *-eH*$_2$ (*-ā*) pudieron recuperar, en todo momento, una *-s* analógica como marca de nominativo, esto no se produjo nunca en el caso de los femeninos en los que se mantenía la tradición del empleo asintáctico original.

Por su parte, los sustantivos en *-o* presentaban, por derecho propio, nominativos en *-s*, y aunque, en el curso de la evolución de la lengua, su flexión se ha visto constantemente influida por la del demostrativo, no se trata de que la presión del asintáctico *so* pueda desalojar esta *-s*.

EL GENITIVO

La formación del genitivo mediante la partícula *es* se realizó las más de las veces sin las complicaciones que se apuntan para el nominativo donde, como acabamos de ver, la combinación de *-s* con una consonante anterior creó ciertos problemas. Advertimos, sin embargo, que cuando el acento de la forma pura del radical no se encontraba sobre la última sílaba, la adjunción del *es* del genitivo muy frecuentemente tuvo como efecto llevar el acento sobre la última sílaba del radical y no sobre *es*. Consideremos, por ejemplo, una de las palabras que designan el fuego y que podemos reconstruir como *$*H_1égni$-: el acento se encontraba, aquí, en la primera sílaba. La *-s* del nominativo se añadió sin problemas al radical puro, de donde se derivan sct. *agni-s* y lat. *igni-s*; en el genitivo, el acento recaía sobre la segunda sílaba, lo que dio *$*H_1gnéi$-*s*, pero, con restitución analógica de la primera vocal, *$*H_1egnéis$, sct. *agné-s*: se comprueba aquí la pérdida de la vocal de *es*. El mantenimiento de la misma, que permite suponer una antigua acentuación, está documentado, por ejemplo, en *$*H_3ewi$, «cordero», sct. *avi*, con el genitivo *avyas* < *$*H_3ewyés$. Pero el tratamiento precedente está documentado de manera más general.

Por otra parte, hubo casos en los que, debido a diversas circunstancias, corrían peligro de confundirse las formas de genitivo con las de nominativo. Al parecer, esto fue lo que ocurrió con los radicales terminados en vocal. Para el «lobo», por ejemplo, podemos reconstruir el nominativo *$*wl̥k^wé$-*s*. El genitivo debe de ser *$*wl̥k^w$-*és*, con pérdida de la vocal del radical: todavía estamos en la época en que la vocal no acentuada desaparece. Sólo más tarde, una vez debilitado el acento, dos vocales en contacto en la flexión o en la derivación darán una vocal larga; el resultado será, por consiguiente, una forma *$*wl̥k^wés$, idéntica para ambos casos. Esto es precisamente lo que parece ocurrir en hitita, donde *ata-s* corresponde tanto a «padre» (nomi-

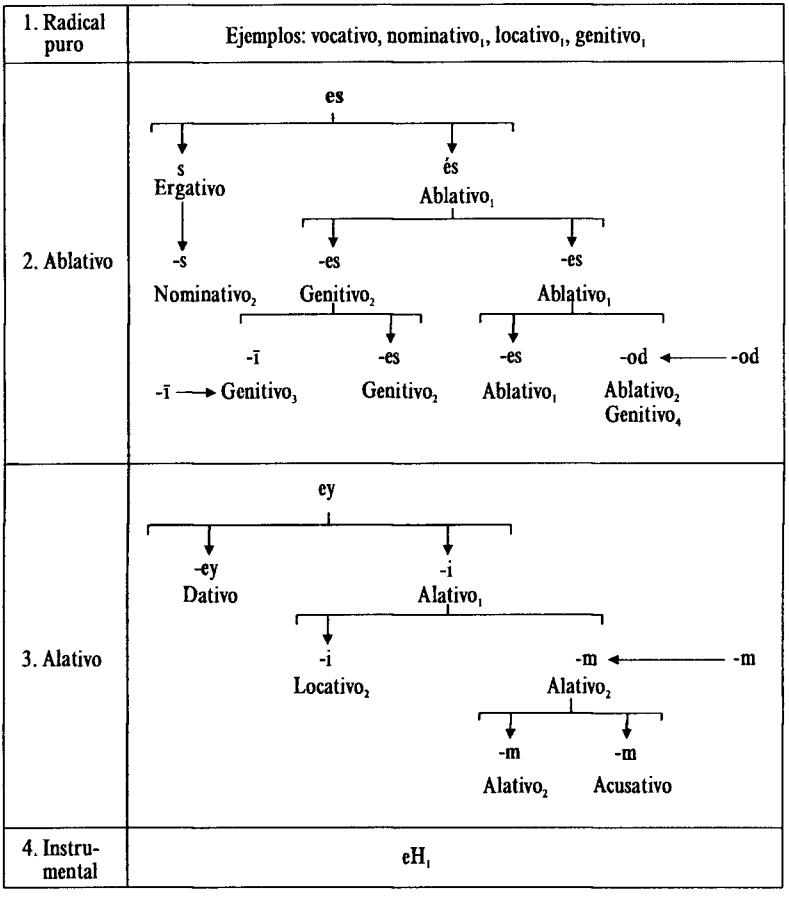
nativo), como a «del padre» (genitivo). No está excluido que entre ambos hubiera alguna diferencia que no descubre la grafía. Cuando la forma en *-s*, convertida en nominativo, ve multiplicado su empleo, la necesidad de distinguirla del genitivo en *-es*, sin duda, se hace apremiante, y ésta es la razón de que se compruebe que todas las lenguas tradicionales han encontrado una solución al problema. La más extendida es la que consiste en tomar el genitivo del demostrativo. Tal es el caso, por ejemplo, del germánico, donde *dags*, «día», con *-s*, presenta el tratamiento regular de un nominativo en *-es*, mientras que *dagis*, «del día», rima con el genitivo *þis* del demostrativo, que representa, sin duda, a un antiguo **teso*, es decir, *t-es-* más una *-o* adjetival. Es lo que ocurre en sánscrito donde, frente a *dev-a-s*, «dios», tenemos *dev-as-ya*, «del dios», con un **-yo* adjetival añadido a **deiw-es-*. En griego, se dudó entre *-o* y *-yo*, por eso frente a *hippo-s*, «caballo», tenemos *hippoio* (**hippos-yo*) o *hippou* (< **hippos-o*). El eslavo sorteó la dificultad mediante el nuevo ablativo, que resulta de adjuntar al radical en *-o* el adverbio de procedencia **od* (ruso *ot*, «a partir de»): esl. ant. *rabŭ*, «esclavo» (< **orbo-s*), genitivo *raba* (< **orbōd* < *orbo-od*). En latín y celta, se recurrió a una forma totalmente diferente, la de adjetivos derivados de radicales en consonante por medio del sufijo **-y-eH* > **-iH*, que dio *-ī*. Por consiguiente, en latín, frente a *dominu-s*, «dueño», tenemos *domin-ī*, «del dueño»; en irl. ant. *fer*, «hombre», procede de **wiro-s*; *fir*, «del hombre», de **wir-ī*.

El genitivo y el ablativo permanecieron indiferenciados durante largo tiempo, indicando origen uno y otro. Por el eslavo, acabamos de ver que el ablativo, en caso de necesidad, pudo reemplazar a un genitivo ambiguo. El sánscrito tiene el ablativo *devāt* —con *-āt* de **o-od*—, distinto del genitivo *devasya*, lo que se comprende perfectamente ya que, por el sentido, el elemento adjetival añadido a este último no podría convenir a un ablativo; pero, en el caso de los radicales en consonante, conservó la identidad primera: *vāk* (< **wōk*), «voz», hace, de manera regular, *vācas* (**wōk-és*) tanto en ablativo como en genitivo.

DATIVO Y LOCATIVO

Si la oposición del nominativo respecto al genitivo-ablativo se mantiene perfectamente y, llegado el caso, se acentúa, la del alativo respecto al dativo, basada en la alternancia de *ey*, no acentuado, y *éy*, acentuado, es menos firme. En primer lugar, se ha de recordar que, bajo la presión de un nuevo alativo en *-m*, el alativo marcado por *ey* > **-i* sigue la vía de la mayoría de sus congéneres y se convierte, como hemos señalado, en un locativo que no indica ya el lugar al que se va, sino aquel en que se está. Al mismo tiempo resulta raro el locativo inicial que se identificaba con el radical puro (en fr. *Place de l'Opéra*, «Plaza de la Ópera», por *sur la Place de l'Opéra*, «en la Plaza de la Ópera»).

En sánscrito se mantiene perfectamente la oposición dativo-locativo: se tiene *vācé́* (< *wōk*^{w}*-ei*) en dativo, *vācí* (< **wok*^{w}*-i*) en locativo, donde el acento sobre la vocal final es, naturalmente, una innovación. Para *dēvas*, el dativo es *dēvāya*, de **deiwo-oy* más una *-a* de origen incierto; el *-ay* corresponde aquí exactamente al *-ōi* del dativo griego *hippōi* y a la *-ō* latina de *dominō*, donde se ha perdido la *-i*; el locativo es *dēvē*, de *deiwo-i*, con la misma final en el griego homérico *oíkoi*, «en casa»; en cuanto a los radicales en consonante, con el *vācí* sánscrito se puede comparar el griego *nukt-í*, «de noche». Pero en griego el locativo no se distingue del dativo y, como en latín donde su empleo es batante limitado, se le suele marcar por medio de una preposición. Cuando aparece documentado en latín, está marcado por una *-ī* larga procedente sin duda de *-o-i* en la sílaba final de los radicales en vocal: por ejemplo en *bellī*, «en la guerra» (< **dwello-ī*), y extendido por analogía a *rūrī*, «en el campo» (< **rūs-oi* en lugar de un **rūs-i* más antiguo).



NOTA BENE: Las flechas indican agrupamientos formales. La ausencia de flecha vertical corre pareja con una flecha horizontal que marca la sustitución de una forma tradicional por una innovación. Las cifras en subíndice marcan estadios sucesivos, pero la aparición de un genitivo$_3$, por ejemplo, no implica la desaparición del genitivo$_2$. El empleo con la notación nominativo$_1$ es un verdadero nominativo que sirve específicamente para nombrar, al margen de la sintaxis. Nominativo$_2$ conoce los empleos de nominativo$_1$, pero es fundamentalmente el caso del sujeto.

UN NUEVO ALATIVO

El alativo en *-m* es de aparición relativamente reciente. No participa en la alternancia acentual que ha dado lugar a las oposiciones *es* ~ *és*, *ey* ~ *éy*. Unas veces se añade a una vocal final de raíz, como ocurre en sánscrito *agni-m*, «fuego», *dēva-m*, «dios», lat. *igne-m* (< **egni-m*), *dominu-m* (< **domeno-m*); otras veces, después de consonante, adquiere valor silábico, *-*m̥*, que da *-em* en latín: *uōc-em* (< **wōk-m̥*), «voz», y *-a* en griego: *núkt-a*, «noche».

El empleo alativo todavía está ampliamente documentado en sánscrito y en griego. En latín, su empleo es limitado del mismo modo que el locativo: se dice *Rōma-m*, «a Roma», *domu-m*, «(ir) a la casa». Encontramos un alativo en el inglés *home* (< **koimo-m*), que se opone al locativo *at home*. En algunas circunstancias sobre las que volveremos detenidamente más adelante, el alativo se empleó para marcar el objeto del verbo y tomó la denominación de «acusativo», debida a una traducción errónea del griego *aitiatikē*, «caso del objeto». Esta extensión recuerda el empleo de la preposición alativa *a* del español (opuesta a la locativa *en*) para indicar el objeto en los casos en que pudiera darse ambigüedad: *Pilar quiere a Juan*, en francés *Pilar aime Jean*.

EL INSTRUMENTAL

Varias lenguas indoeuropeas poseen un caso instrumental distinto que se corresponde más o menos con las relaciones cubiertas mediante la preposición *con* en *con su mujer*, *con un martillo*, *con calma*. Inicialmente podemos establecer una partícula eH_1 que dio lugar a una vocal larga *-ē*, *-ō*, *-ī* o *-ū*. Pudo haber, como en latín, confusión con el ablativo. Tal vez sea esto lo que determinó en eslavo y balto la utilización del adverbio *$^{m}b^{h}i$, en su forma *-mi* o **-mo* para distinguir

el instrumental del genitivo-ablativo; el equivalente griego *phi* está utilizado con este mismo valor.

Cuando los casos no figuran en combinación con los números plural y dual, su sistema tal como aparece puede resumirse de la manera que lo presenta el cuadro de la página anterior.

EL PLURAL

Es muy verosímil que, en indoeuropeo, el plural sea una creación relativamente reciente que el examen de las diversas lenguas revela como en vías de fijamiento. En hitita los únicos casos documentados en plural son nominativo y acusativo. Para los demás, encontramos formas de singular, donde se esperaría el plural. En lenguas distintas del hitita, encontramos formas que se corresponden lengua a lengua, pero que distinguen de manera imperfecta unos casos de otros. En latín, por ejemplo, la desinencia *-bus* (**-b^hos*) abarca el dativo y el ablativo, casos que en un principio eran tan diferentes como es posible serlo, pues designan proximidad, uno, y alejamiento, el otro. Encontramos en todos los casos una *s* que tiene todos los visos de ser la marca del plural, pero que no aparece en todas partes en las mismas condiciones: en posición final, aquí; seguida de la marca del caso, allí.

En conformidad con el sánscrito y el griego, se propone **-es* sin alternancia vocálica, por tanto, con *-e-* y nunca con *-o-*[4], como desinencia del nominativo plural. La *-e-* aparece tal cual después de consonante o sonante final de radical, pero se contrae en una vocal larga con una *-e-* final de radical. El *-es* de plural no lleva el acento (sct. *vắcas*) y no parece haber dado lugar a la forma tonal que resultaría de la contracción de una *-e-* con una *-é-* acentuada siguiente (acento llamado circunflejo).

[4] A no ser en germánico, donde con frecuencia encontramos alternancias analógicas, entre los resultados de *e* ~ *o*; cf., más arriba, el nombre de los wendos, ing. ant. *Winedas*, cap. VI, pág. 142.

En el acusativo, da la impresión de que la *s* del plural fue añadida a la forma de alativo-acusativo singular en *-m*, pero el grupo *-m-s* evolucionó a *-ns*, las más de las veces con pérdida de la *-n-* y alargamiento de la vocal precedente. Donde la palabra terminaba en *-m̥-s*, en griego y sánscrito tenemos *-as*, con vocal breve, como resultado regular. La evolución aparece aquí muy diferente de las postuladas para las sucesiones *-m-s* o *-n-s* final de los nominativos del singular. De hecho, hubo por ambas partes una gran variedad de evoluciones propiamente fónicas, según las lenguas y según las épocas y, aquí y allá, toda una gama de restituciones analógicas: por ejemplo, en *-ns*, donde normalmente debía desaparecer la *-s*, ésta se veía restituida por las generaciones siguientes deseosas de marcar los plurales.

Dativo, ablativo e instrumental están marcados por una forma derivada de $*^{m}b^{h}i$ a la que se le añade la *s* final. El sentido de este adverbio, «cerca de», «al lado de», «en torno a», da la impresión aquí de haber neutralizado de alguna manera los valores precisos del ablativo («de») y del dativo («a»). Recuérdense los distintos valores del inglés *by* en *stand by*, «estar preparado», *done by him*, «hecho por él», *by now*, «en este momento», *by boat*, «en barco», *by the year*, «por año», etc.

En el locativo plural, se debió de añadir la *s* a la forma pura del radical cuando ésta era todavía la más normal para este valor. Más tarde se juzgó conveniente añadir a esta *-s-* plural la *-i* de locativo. Pero al lado de la *-i* del griego *-si* encontramos el *-su* del sánscrito y la *-ch* (< **-su*) del eslavo.

Queda el genitivo del plural para el que todas las lenguas coinciden en emplear el equivalente de **-om* después de consonante, y de *-ōm* para los radicales en vocal, es decir, *o* + *om*. La *s* de plural, documentada en el demostrativo delante de la desinencia en *m*, puede aparecer en los paradigmas substantivos influidos por este último: es el caso de los genitivos plurales latinos *dominōrum*, *rosārum*, en los que la *-r-* se remonta a *-s-*. Pero, sin duda alguna, en *-*om*, *-*ōm* tenemos una forma que inicialmente nada tiene que ver con el plural. Se trata de un adjetivo en *o-* que permanece invariable en forma de

concordancia con un sustantivo neutro. Consideremos **owi-*, «cordero»: el adjetivo derivado en *-o*, **owi-o-*, tendrá el valor «ovino», «relativo a los corderos»; como determinante del neutro *genos-*, «la gente, la raza», tendrá la forma **owi-o-m*, por tanto, **owi-o-m genos*, literalmente, «la gente ovina», «la raza de los corderos». Por consiguiente, **owi-o-m* corresponde exactamente al latín *ouium*, genitivo plural de *ouis*, «cordero». La objeción de que el adjetivo habría podido mantenerse con este valor bajo una forma distinta, **owi-o-s*, nominativo no neutro, u **owi-o-oi*, dativo, no se sostiene, porque todo caso muy marcado como tal difícilmente podía tomar el valor de otro, y porque la forma en *-o-m* correspondía al neutro, al nominativo y al acusativo. Debido a lo cual era la menos marcada de las formas casuales y probablemente la más frecuente, ya que era también la de los acusativos no neutros.

El genitivo plural es una creación relativamente reciente, desarrollada tras la partida de los anatolios y, por ello, no documentada en hitita. No obstante, hay posibilidades de que se impusiera antes de la generalización de la concordancia del femenino que habría reducido la frecuencia de **owi-o-m* en beneficio del femenino **owi-ā-m*. La extensión de **-om* al conjunto de los sustantivos, cualquiera que haya sido el género o la forma del radical, aboga también en favor de una difusión reciente.

En lo referente al plural, los neutros tienen un comportamiento especial. Parecería que los neutros, que originariamente designan entidades pasivas por naturaleza, habían sido poco susceptibles de pluralización. Adquirieron el equivalente del plural mediante el empleo de un colectivo en *-eH*$_2$ que da *-ā* o *-a* en las diferentes lenguas. En griego, este colectivo continúa siendo tratado como tal, y el verbo que lo tiene como sujeto permanece en singular: *ta zôia trékhei*, «los animales (eso) corre» o, si se quiere, «el ganado corre». Este colectivo es tratado como un neutro, es decir, que tiene la misma forma como sujeto o como objeto, en nominativo y en acusativo. Por otra parte, sólo existe en estos dos casos. En los demás casos del plural, encontramos el radical del singular y las flexiones ordinarias del plural.

En resumen, todas estas formas de plural se presentan como el resultado de sucesivas «chapuzas» a partir de formas de empleo facultativo limitadas originariamente a los nominativos y acusativos, incluso al simple nominativo con su forma característica en vocal plena *-es*. Lo que a primera vista parece extraño es el hecho de que el fonema *s* que, con o sin vocal precedente, desempeña un importante papel, como hemos visto, en la flexión del nombre para marcar el agente, el origen y la pertenencia, reaparezca aquí como marca de algo muy distinto.

Uno puede sentirse tentado a establecer, para el inicio, dos fonemas silbantes diferentes cuya existencia ya hemos considerado anteriormente. Cuando estos dos fonemas hubieran amenazado confundirse, los hablantes, allí donde amenazaban las confusiones, habrían reemplazado la silbante del plural por el **-oi* (de idéntico sentido) del demostrativo. Esto se advierte en griego y en latín a propósito de los radicales en *-o* y en *-eH*$_2$ > *ā*, *a*, representados en los demostrativos masculino y femenino respectivamente: el latín tiene *dominī*, «dueños», y *rosae*, «rosas», con *-ī* y *-ae* (de *-oi* y de *-a-oi*) en lugar de los *-ōs* y *-ās* documentados en las demás lenguas itálicas. No obstante, las homonimias casuales no parecen haber sido muy peligrosas, ya que observamos que el latín clásico se acomoda perfectamente a la plena identidad formal de *dominī* y *rosae*, uno y otro tanto nominativo del plural como genitivo singular. En inglés contemporáneo, a pesar de la grafía, hay identidad en las formas regulares del genitivo singular, del nominativo plural y del genitivo plural: *the lord's*, *the lords*, *the lords'*. No olvidaremos que los nominativos del plural normalmente iban acompañados de una concordancia del verbo que, a menudo, podía contribuir a identificarlos como tales.

Podemos pensar que la *s* del plural no sólo ha sido el mismo fonema que el del nominativo-genitivo-ablativo, sino que uno y otro proceden de la misma partícula *es*. Esto querría decir que la forma acentuada de esta partícula fue utilizada no sólo por el genitivo-ablativo, sino, esporádicamente, para indicar el agente en lugar de la forma no acentuada que acaba en la *-s* simple. Esta forma, acentuada siempre,

contrariamente al genitivo-ablativo que presenta *-os* (gr. *podós*) al lado de *-es* (lat. *pedis*), habría conservado fielmente el vocalismo *-e-*. Con el transcurso del tiempo y en circunstancias especiales, este nominativo, formalmente muy distinto del otro, habría adquirido valor de plural, confirmado por la concordancia verbal, y se habría extendido por analogía a todos los sustantivos. Vislumbramos por qué la necesidad de distinguir el plural del singular pudo aparecer con anterioridad al nominativo, afirmándose la pluralidad de los elementos activos sin duda mejor que la de los elementos pasivos o la de las diferentes circunstancias. Se podría pensar que la necesidad de una concordancia con una forma verbal de tercera persona de plural habría podido desempeñar alguna función, pero no es cierto que tal forma haya existido antes de la de nominativo plural. Simplemente debemos tener presente que una y otra van paralelas.

Puede ser interesante señalar que la *k* que caracteriza en vasco el caso agente (*-k*) y el genitivo (*-ko*) es también la marca de plural.

La extensión gradual de la marca de plural a los demás casos se halla documentada y su proceso se explica perfectamente: comprendemos que el objeto representado por el acusativo, y que corresponde a uno o varios participantes, haya sido alcanzado antes que las diversas circunstancias que corresponden a los demás casos. Lo que aquí plantea problemas es la forma sin vocal de la *-s*, perfectamente documentada en acusativo y en locativo. ¿Debemos suponer que el elemento *-e-* del complejo *-es* fue percibida como marca del caso nominativo, mientras que *-s* asumía el valor de «plural»? En estas condiciones se entendió que *-e-* alternaba con la *-m-* de acusativo, el *$*-^{m}b^{h}i$* de instrumental, etc., pudiendo extenderse a los demás casos la *-s* pluralizante.

EL DUAL

En algunas lenguas indoeuropeas antiguas, al lado del plural, existía un dual perfectamente documentado en sánscrito y en griego,

pero también en balto y eslavo. Aquí, como en el caso del plural, se tiene la impresión de que la mayor parte de las formas resultan de extensiones analógicas, diferentes en cada lengua. Apenas se puede tratar de restablecer formas antiguas en más casos que en el nominativo-acusativo, formas que por otra parte son las que encontramos en la palabra empleada para designar el número «dos». El fonema característico parece haber sido H_3. Si se le añade a un radical terminado en vocal, tenemos *-eH_3, que da -$\bar{o}$. Seguido de una vocal, se esperaría -*w*-, pero la analogía puede dar lugar a un resultado en -$\bar{o}w$. El griego tiene -$\bar{o}$; el sánscrito -$\bar{a}u$ < *-$\bar{o}w$. La palabra *ocho*, dual de un término de medida que designa los dedos de la mano menos el pulgar, es *oktṓ* en griego, *aṣṭāu* en sánscrito. Después de *i* o de *u* final de radical, H_3 produce el alargamiento de esa vocal, lo que en sánscrito, por ejemplo, da *agnū*, «(dos) fuegos», *šatrū*, «(dos) enemigos». Estas formas se extienden, por analogía a los radicales terminados en consonante. Para estos últimos, el griego presenta una desinencia -*e*, que no sabemos cómo relacionarla con las precedentes.

LOS DEMOSTRATIVOS

Más arriba hemos presentado el demostrativo *so*, *sā*, *tod*, inicialmente estricto deíctico asintáctico, que con el curso del tiempo tomó todas las finales que podían marcar sus relaciones con los demás elementos del enunciado y esto sin que haya habido nunca identidad entre estas finales y las que caracterizaban a los sustantivos —las que encontramos en el cuadro de la pág. 251—. El sánscrito, el griego y el germánico son donde mejor se han conservado las formas antiguas de este demostrativo y, especialmente, la alternancia de las consonantes: en sánscrito *sas*, *sā*, *tat*; en griego *ho*, *hē*, *to*; en gótico *sa*, *sō*, *þat-a*. Las correspondencias son exactas si se tiene en cuenta que el sánscrito presenta en masculino una -*s* analógica de nominativo y que el gótico añadió una partícula -*a* al neutro. Las formas del acusativo

que, respectivamente, son en sct. *tam*, *tām*, *tat*; en gr. *tón*, *tēn*, *tó*, y en gót. *þan-a*, *þō*, *þat-a*, no plantean ningún problema suplementario. El nominativo plural masculino **toi*, reconstruido a partir del sct. *tē*, y del gót. *þai*, como hemos visto, está en el origen de los plurales en *-oi* de los radicales sustantivales en vocal del griego y del latín. En griego, la *h-* (< *s-*) del nominativo singular ha suplantado la *t-* de **toi*, lo que da *hoi*; analógicamente, el femenino correspondiente es *hai*. Las demás formas de las tres lenguas son, sobre todo en griego, las que se espera de radicales en vocal, o incluso de las formas diversamente reforzadas. En genitivo, por ejemplo, a la forma base *te-s* / *to-s* se le añadió un sufijo adjetival, *-o-* o *-yō-*. En germánico, esta forma base (gót. *þis*), propia del genitivo masculino, ha sido tratada como un radical al que se le han añadido ciertas desinencias de genitivo femenino (*þiz-ōs*), de dativo femenino (*þiz-ai*) y de genitivo plural (*þiz-ē*, *þiz-ō*). En otros lugares las marcas casuales fueron añadidas a un radical formado, a su vez, añadiendo a **to* un elemento *-sm-*, que sin duda es un antiguo **som-* (ing. *same*), con pérdida de la vocal. Es lo que encontramos en los dativos del sánscrito *tasmāi* y del gótico *þamma*, que por consiguiente equivalía, inicialmente, a «a (para) aquél mismo».

De estas formas se derivan las de la declinación llamada «fuerte» de los adjetivos alemanes. La *-s* del neutro *gutes* proviene regularmente de la *-t-* de *þat-a* (< **tod-*); la *-n* del acusativo *guten*, de la *-n-* de *þan-a* (< **tom-*); la *-m* del dativo masculino y neutro *gutem*, de la *-mm-* de *þamma* (< **to-sm-*); la *-r* del genitivo y dativo femeninos y del genitivo plural *guter*, de la *-z-* de *þiz-ōs*, *þiz-ai*, *þiz-ē* y *þiz-ō*.

De estas formas **so-sā-tod* se deriva, más o menos directamente, la flexión de los diferentes demostrativos en todas las lenguas indoeuropeas. El latín, por ejemplo, tiene un sistema original de demostrativos en los que encontramos el antiguo deíctico, bajo las formas *-te*, *-ta*, *-tud*, en el compuesto *iste*, *ista*, *istud* y donde se advierte su influencia en la falta de *-s* de nominativo en la final de *iste*, «éste, ése», *ille*, «aquél», y en el *-ud* del neutro *illud*, «aquello».

LOS PERSONALES

Los personales forman un sistema totalmente a parte, frecuentemente, con formas diferentes para la misma persona, con desinencias de forma inesperada y con indistinciones especiales. Todos estos rasgos se hallan bastante bien representados en las lenguas contemporáneas: el francés ofrece en primera persona *je*, *me* y *moi*; el inglés *I* y *me*; el ruso *ja*, *mne*, *menja*, etc.; el alemán opone un acusativo *mich* a un dativo *mir*, paralelos al *dich* - *dir* de la segunda persona, pero no documentados en otros lugares; en la primera y segunda personas del plural, el ruso, con *nas* y *vas*, no distingue el genitivo del acusativo ni del locativo, lo que recuerda la polivalencia de los equivalentes latinos *nōs* y *uōs*.

El funcionamiento y la evolución del sistema de los personales y de los demás elementos nominales nunca han sido completamente paralelos. Hay varias razones para ello. La primera es la frecuencia de los empleos asintácticos de los diferentes personales. Por ejemplo, en francés se puede oír: *moi?*, *moi, j'irais me mêler de ça?*, «¿que voy yo a tomar parte en eso?»; *toi, fais attention*, «¡presta atención!»; *toi, on te le donnera*, «se te dará»; *nous, on veut bien*, «por nuestra parte, tenemos a bien», generalmente marcando el acento. Otra razón es la de que en las lenguas indoeuropeas, los personales sujeto normalmente están amalgamados con los verbos. Finalmente, pueden ser enclíticos —como en fr. *Jacques me les a donnés*, «me los dio Santiago»—, o ser acentuables, lo que se manifiesta aún en francés mediante la alternancia de *me* y *moi*. Son asimismo especiales las relaciones de los personales con el número: por ejemplo, donde el dual ha desaparecido para los demás nominales, en el caso de los personales puede mantenerse o incluso extenderse. El gótico, por ejemplo, tiene un juego completo de personales duales que se mantuvo durante mucho tiempo en las antiguas lenguas germánicas, con creaciones recientes, como *wit*, evidentemente de *wi* + *t*[*wai*], «nosotros dos». Todo esto

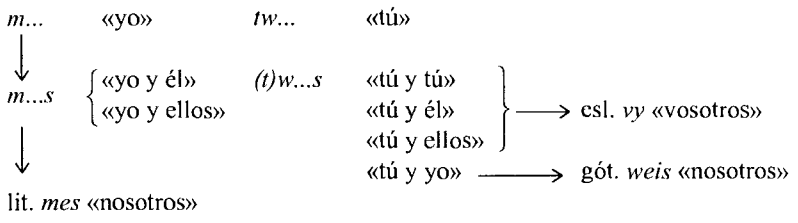
lo encontramos también en báltico, como el lituano *mù-du*, «nosotros dos», donde *-du* representa el numeral *dos*, lo mismo que *-t* en gótico.

«YO Y TÚ» ~ «YO Y ÉL»

Se sabe, por otra parte, que lo que conocemos como primera persona del plural abarca cosas bastante diferentes. «Nosotros» puede querer decir «yo y tú», pero también «yo y él», sin olvidar «yo y vosotros», «yo y ellos» y, por supuesto, «yo, vosotros y ellos». Podemos decir que *nosotros* abarca de hecho todas las personas, de modo un tanto parecido al fr. *on* que lo hace de manera menos explícita, y eso explica perfectamente porqué, en francés contemporáneo familiar, se emplea *on* por *nous* sujeto, excepto en usos asintácticos: *nous, on s'en fiche!*, «¡nos importa un bledo!».

La distinción es frecuente, en la lenguas más diversas, entre «yo y tú» y «yo y él». Las formas a menudo indican que, en el equivalente de «yo y tú», ha prevalecido la cortesía resaltando el «tú», hecho que lo convierte en una variante del pronombre de segunda persona. Da la impresión de que no se hubieran hallado ejemplos de esta distinción en algunas lenguas indoeuropeas, pero quizá se podrían encontrar huellas de la misma en las fluctuaciones entre *m-* y *w-* en la inicial de «nosotros» en su forma acentuada, en un principio frecuentemente asintáctica. El sánscrito tiene aquí *w-* (con notación *v-*) en *vayam*; en hitita ocurre lo mismo en *wes*; el balto y el eslavo tienen *m-*, con esl. ant. *my* y lit. *mes*, aunque el eslavo tenga *w-* en el dual *vě*; el germánico tiene *w-* en en gót. *weis*, al. *wir*, pero surge una interrogante sobre la *m-* del alemán dialectal *mir*. Pudiera ocurrir que las formas en *w-* —que presentan la misma inicial que las *segundas* personas—, como lat. *uōs*, esl. *vy*, sánscrito enclítico *vas*, se remonten a un antiguo «tú y yo», mientras que las formas en *m-* representarían un antiguo «yo y él», con la inicial *m-* de la primera persona del singular. Se podría pensar que **we-s* (> sct. *vas*) representa a *twe*, segunda perso-

na del singular, con pérdida de la *t-* inicial explicable en un enclítico expuesto a contextos diversos. Todo esto se puede resumir en el cuadro siguiente:



Quedan fuera del cuadro anterior las formas átonas de 1.ª persona del plural representadas por el lat. *nos*, ruso *nas*, al. *uns*, ing. ant. *us* (< **n̥s-*), hitita *anzas*, y las formas en *ju-* de la 2.ª persona del plural del sánscrito, del germánico y del balto.

Paralelo a los personales, figura el reflexivo que, naturalmente, carece de nominativo, pues supone la evocación de un nominativo presentado anteriormente y en función distinta de la de sujeto. La base es *swe-* totalmente paralela al *twe-* de segunda persona. En latín, por ejemplo, las formas *sē*, *sibi*, riman con *tē*, *tibi*.

LOS POSESIVOS

Los posesivos no pueden ser disociados de los personales. A menudo aparecen como genitivos de estos personales o, lo que viene a ser lo mismo, como adjetivos de los que se derivan: «mi hijo» equivale evidentemente a «el hijo de mí». La forma inicial de unos y otros es ciertamente para 1. y 2. **me/mo* y **t(w)e/t(w)o*, especialmente bien documentados en celta. En una de las pocas frases que nos quedan del galo, tenemos de boca de la madre de San Ireneo, para alentarlo en su martirio, el vocativo *mo gnāte*, «hijo mío». En irl. ant. figuran *mo* y *do* (forma intervocálica de **to*). El hitita tiene *me-s*, *te-s* con una *-s* analógica de nominativo. Más adelante volveremos a en-

contrar esta formas cuando nos ocupemos de las desinencias verbales.

Para el plural, se encuentran fundamentalmente diversos derivados, a menudo con un sufijo *-r-* que, por ejemplo, tenemos en gótico *unsar* (< **n̥s-ro*), al. *unser*, ing. *our* (< **ūsr-*). Esta *-r-* puede ser lo que queda del *-tro-* o *-tero-* que encontramos en el latín *nostrī*, *nostrum* (< **nos-tr-*, más la marca del genitivo singular *-ī* o plural *-um*) y en el griego *(he)métero-*. Este sufijo es bien conocido en otras partes, por ejemplo en las designaciones de la derecha y de la izquierda y en la palabra *otro*, latín *alter*, gót. *an-þar*, al. *ander*, donde marca la alteridad. Inicialmente se trata, sin lugar a dudas, de un simple personal, «nosotros», es decir, «[yo y] otro distinto de mí», como lo indican las marcas adicionales de genitivo en latín. No obstante, al lado de los derivados, encontramos en hitita unos enclíticos *-me-s*, **-te-s*(?), *se-s* con lo que puede ser aquí una *-s* de pluralización. A los dos primeros los volvemos a encontrar en las desinencias verbales en el latín *-mus* (**-mos*) y *-tis* (**-tes*), respectivamente.

Por consiguiente, para fecha antigua, podemos establecer las formas *me/mo*, *te/to*, *-me-s/-mo-s*, *-te-s/-to-s*, que valían para *me* o *mi*, *te* o *tu*, *nos(otros)* o *nuestro*, *(v)os(otros)* o *vuestro*, pero de ningún modo para las formas asintácticas de carácter enfático. Unidas a un sustantivo, adquirían valor posesivo, recordando lo que ocurre en la composición; siendo el galo *mo gnāte*, «hijo mío», paralelo al gr. *Dēmo-sthénēs*, «Demóstenes», literalmente «fuerza del pueblo».

LOS ADJETIVOS

Originalmente no se distinguían de los sustantivos. Los derivados en *-o* y en *-yo* con mucha frecuencia tienen valores y empleos adjetivales, pero antiguamente esto no implicó dos clases diferentes, en las que no se pasaba de una a la otra si no era por una operación de transferencia. En griego, el «pasivo» *tómos*, se traducirá por «porción»,

«trozo cortado», y el «activo» *tomós*, por «cortante», siendo uno y otro radicales terminados en vocal: *tomo-*. Esto, que parece bastante natural a los usuarios contemporáneos, separa claramente al indoeuropeo de otras muchas lenguas en las que nuestros adjetivos se traducen por verbos: no hay «grande» sino algunos «ser grande», presentándose nuestros epítetos («hombre grande») como relativos («hombre que es grande»).

LOS CARDINALES

Ya nos los hemos encontrado en numerosos lugares. Aquí nos limitaremos a señalar que en las lenguas documentadas sólo son declinables los cuatro primeros. De ahí en adelante son invariables. En las lenguas contemporáneas más evolucionadas la invariabilidad es total, excepto en el *uno*, donde únicamente el inglés, que ha eliminado los géneros, pudo ir hasta el final con *one*.

Para «uno» se debió de fluctuar entre, por una parte, **oi-*, más un sufijo variable: *-ko-* en sánscrito, *-wo-* en iranio y griego, *-no-* en las lenguas del oeste (de donde provienen, de manera regular, lat. *ūnu-s* y al. *ein*), y, por otra, *sem-*, «único», «uno mismo», que se halla en el origen del griego *heî-s* (< **sem-s*), femenino *mía* (**sm-iya*), neutro *hén* (**sem*) y que se halla abundantemente representado en otros lugares, por ejemplo, en el lat. *simplex*, literalmente «plegado una vez» —de la lista de los *duplex*, «doble», *triplex*, «triple», etc.—.

De «dos» y «tres» podemos decir que rimaban, respectivamente con los duales y los plurales: sct. *du-āu* como *dēv-āu*, *tray-as* como *agnay-as*. Hay que citar el radical **dwi-* para «dos» documentado en el femenino lituano *dvi* y en el sct. *dvi-s*, el latín *bi-s* y el griego *dí-s*, «dos veces». Podemos pensar en un antiguo *dwiH-* con pérdida de *-H-* en posición prevocálica, que correspondería a los duales del sánscrito terminados en vocal larga.

«Cuatro» parece haber sido formado a partir de **k*^{w}*et-* al que se le añadió un elemento *-wōr* que alterna, en el femenino, con un elemen-

to *-sōr*, perfectamente reconocible en **swe-sōr*, «hermana» —«la mujer perteneciente a la gran familia», marcada por *swe*, «uno mismo», por tanto «la mujer de nuestra casa»—, y en **uk-sōr*, «la esposa», «la mujer que viene de otra parte». Nos resulta imposible identificar ese *uk-* con exactitud, solamente encontramos huellas de él en latín y armenio.

«Cinco», reconstruido como **penk^{w}e*, no podría ser disociado del ing. *finger*, al. *Finger*, «dedo», correspondiendo *fing-* de manera regular a **penk^{w}-* delante de consonante. El latín y el celta han cambiado de un modo regular *p...k^{w}* en *k^{w}...k^{w}*, lo que explica el latín *quinque* (en fr. *quinconce*, «tresbolillo») y el irlandés *cóic*; fr. *cinq* e it. *cinque* suponen una disimilación de *k^{w}ink^{w}e*, en *kink^{w}e*, es decir, lo inverso de lo que había ocurrido anteriormente. El griego *pénte* (de donde procede *pentágono*) es totalmente regular.

La inicial de *seis* podría haber sido *ksw-*, pero la mayor parte de las lenguas tienen la forma **seks* quizá suscitada o favorecida por la *s-* del cardinal siguiente **septm̥*. En estas formas, que a partir de «cinco» aprendemos contando, a menudo hay analogía por anticipación: *veinticinco*, como *treinta y cinco*.

Ya hemos encontrado *ocho*. En cuanto a *nueve*, se podría ver en él una forma de **new-*, «nuevo», con la *-m̥* final en analogía con el inmediatamente siguiente **dekm̥*, «diez»; de esa forma procede **newm̥* (> lat. *nouem*). En este caso, el francés habría encontrado la identidad formal del adjetivo *neuf*, «nuevo», y del cardinal *neuf*, «nueve». Todo esto podría querer decir que primeramente se habría contado hasta cuatro con los dedos, sin el pulgar, siendo por otra parte cuatro los objetos que se pueden percibir diferenciados sin la ayuda del lenguaje, y después hasta dos veces cuatro, por tanto ocho, comenzando el número siguiente una nueva serie.

Los primeros cardinales de la lista son tratados como adjetivos. Después en un punto concreto se pasa a los sustantivos: *cinco hombres*, pero *un millón de hombres*. Este punto varía en las distintas lenguas. En español se sitúa entre *mil* y un *millón*, en inglés entre *ninety*, 90, y *(one) hundred*, 100, en ruso entre *četyre*, 4, y *piat'*, 5.

EL VERBO

LA «CONJUGACIÓN»

Etimológicamente, conjugar es poner juntos bajo el yugo. Para comprender qué es el verbo indoeuropeo, no hay que ver en la conjugación la reunión de diferentes personas para constituir un tiempo, como sugerirían las lenguas contemporáneas, sino el proceso por el cual *ciertas palabras diferentes* han sido agrupadas, en una época anterior a los textos más antiguos, para formar *una sola*. En forma muy limitada, el proceso continuó hasta fecha tardía: en francés, el verbo *être*, «ser», combina formas prestadas de distintas raíces. Algunas, como la de *est*, *sont*, es decir, **es*, y la de *fut* ya eran «conjugadas» en latín, pero la de *était*, obtenida a partir del latín *stare*, era, en esa lengua, una palabra distinta con flexión completa de la que el francés sólo ha conservado el imperfecto y el participio perfecto, si se prescinde del raro *ester*.

Otro ejemplo es *aller*, «ir», que combina dos verbos latinos totalmente distintos, *eo*, *i-re*, propiamente «ir», *uado*, *uadere*, «adelantarse», originariamente quizá «vadear», y una forma un poco obscura que a menudo se relaciona con el latín *ambulo*, *ambula-re*, «pasearse». En español, en parte, ocurre lo mismo, pues al lado de las formas *voy, vas, va,* etc. del presente, tenemos *iré...*, *iría...*, etc.

Del latín al francés, sólo se observan restos esporádicos del fenómeno, pero otras lenguas, como el eslavo, en fecha bastante reciente han renovado su sistema verbal combinando un verbo simple, ruso *pisat'*, «escribir», con otro compuesto *na-pisat'*, de idéntico sentido. Las dos formas flexionadas *pišu* y *na-pišu* funcionan, la primera, como presente: «yo estoy escribiendo», y la otra como futuro, «yo escribiré (y terminaré)».

El fenómeno de «conjugación» que terminó en los sistemas verbales que apreciamos en las lenguas indoeuropeas más antiguamente

documentadas es, en principio, el mismo en todas las ramas de la familia. Sin embargo, los resultados varían de una lengua a otra; en griego, por ejemplo, cada verbo agrupa sus formas en tres etiquetas: «presente», aoristo y perfecto, mientras que el latín sólo conoce dos de ellas: *infectum* y *perfectum*.

CONCLUIDO Y PROCESO EN CURSO

Para comprender la génesis y la evolución del sistema verbal del indoeuropeo hay que partir de un estado en el que se distinguía entre la comprobación de una situación resultante de una actuación anterior y la de un proceso en curso. Este sistema binario subyace al sistema verbal de muchas lenguas esparcidas por casi todo el mundo. Está documentado en muchos criollos y lenguas africanas, que son sus probables substratos. Cuando examinamos cómo llegan los niños al dominio de su lengua, uno se da cuenta de que una de las primeras distinciones adquiridas es la que se observa entre «papá (se ha) marchado» (ya no está allí) y «papá se marcha» (está a punto de partir). A la primera de estas formas se la conoce como «perfecto». Pero, con el uso, el término se ha hecho ambiguo, pues a menudo se considera que designa el «pasado». Por esta razón, cuando hay peligro de confusión, es mejor referirse a él como a lo concluido: en francés, *il a fini*, «ha terminado», sin adición de ningún tipo, es un presente concluido; *il avait fini*, «había terminado», un pasado concluido, pero *il a fini hier à cinq heures*, «terminó ayer a las cinco», es simplemente un pasado. La identidad formal de *il a fini* en ambos casos explica el paso del sentido de *perfecto* a *pasado*. Después de esta aclaración, mantendremos aquí el término tradicional de **perfecto** para designar lo concluido, es decir, la comprobación de una situación resultante de una actuación anterior.

Como la interpretación de las formas que sustenta nuestra reconstrucción en la materia plantea problemas delicados cuya solución en todo momento corre el riesgo de desviar la atención del objetivo que

pretendemos alcanzar, comenzaremos por esbozar a grandes rasgos la evolución supuesta, para apoyarla posteriormente con las formas documentadas.

NOMBRE Y VERBO

Consideremos un estado de lengua muy antiguo en el que la distinción entre nombre y verbo no está todavía establecida. Esto quiere decir que formalmente no se distingue entre *correr* y *carrera*, entre *temer* y *temor*, es decir, entre términos que se refieren a una misma realidad, pero en contextos diferentes. Como realmente «nombre» se opone a «verbo», es mejor decir aquí que, en tal estado de lengua, no hay ni nombres ni verbos. Pero nos interesa concebir estas unidades indiferenciadas como nombres, porque se supone que presentan un rasgo que, a nuestro entender, caracteriza a los nombres en oposición a los verbos, a saber, la indistinción de la pasiva y la activa: si decimos *él teme*, especificamos que el temor es *sentido* por la persona representada por *él*, pero en *el temor del enemigo*, no precisamos si el temor es *sentido* por el enemigo o *inspirado* por él. Consideremos también la pareja *matar* y *asesinato*: con el verbo *matar*, yo podría distinguir entre *él mata*, donde *él* remite a un individuo *activo*, y *él es matado*, donde *él* remite a un individuo *pasivo*. Nada de esto ocurre con *asesinato*: el *asesinato del hombre* no permite saber si el hombre en cuestión ha ocasionado o padecido la muerte, si ha sido sujeto activo o pasivo.

«NOMBRES DE ACCIÓN» Y «NOMBRES DE AUTOR»

Pudo aparecer un inicio de diferenciación cuando, a partir de una forma básica —neutra en cuanto a la orientación de la acción hacia el que la padece, el paciente, o el que está en su origen, el agente—, se derivó (mediante adjunción de una *-t*) lo que designamos como

«nombre de acción» que permite precisar la identidad del agente y del paciente. El agente fue marcado como tal con la partícula que indica el origen (**es*), a no ser en el caso de personales en los que se disponía de formas simples, con el valor de genitivo de los radicales puros, asimilables a nuestros adjetivos posesivos (**mo*, **to*).

Otro proceso de derivación (por adjunción de la vocal *e/o*) ha tendido simplemente a marcar, sin más, una relación con la entidad indicada por la base. Casi nos sentiríamos inclinados a designar esto como derivación adjetival. Más arriba ya hemos tenido múltiples ocasiones de mencionar la aparición de adjetivos en *-o*, como el ordinal lat. *decimus* (**dekm̥-o-*) a partir del cardinal *decem* (**dekm̥*). No obstante, en estas formaciones, pronto se esbozaría una tendencia a oponer la acción, con el acento en la base, y el actor, con el acento en el sufijo. En este último caso, cuando la forma en *-é* (final acentuada) designa un ser humano, el valor será más bien el de **autor**, el que es lo que es porque ha actuado de cierta manera en el pasado[5]. El **actor** propiamente dicho se formará más bien mediante un sufijo en *-r*, a partir del nombre de acción en *-t* considerado anteriormente, como en lat. *uictor*, «el que vence». La forma del nombre de autor, en lo que nosotros llamaríamos una «proposición nominal», se empleará sin verbo, de modo equivalente a nuestras proposiciones copulativas: *está fatigado*, *es el padre de seis niños*, siendo concebido *padre* como el autor de los días de los seis niños. Si la persona que queremos designar como el autor es expresada por medio de un pronombre, éste tomará naturalmente una forma pura, que coincidiría con la forma asintáctica si ésta a menudo no estuviera reforzada por diversas partículas. La relación de los dos elementos en presencia no es de determinación mutua, sino de identidad. Tendremos, por así decir, una ecuación «autor» = «yo» sin marca de dependencia sintáctica. Así

[5] El término me fue sugerido por Émile Benveniste, en 1950, en una conversación en la que comprobábamos la identidad de nuestros puntos de vista en cuestiones relativas al origen del perfecto indoeuropeo. No tengo conocimiento de una exposición escrita de sus puntos de vista sobre la materia.

pues, se espera de ambas partes una forma pura, sin ningún tipo de desinencia.

En este punto tenemos, de una parte, un «nombre de acción» en *-t* combinable con una designación de agente marcada por **(e)s* o un pronominal casi posesivo, y, de otra parte, un «nombre de autor» atribuido a una entidad representada por un radical puro. En este último caso, no se espera que un elemento distinto participe en la ecuación en el mismo plano que los dos miembros: en «él» = «padre de seis niños», «niños» precisa a padre y no afecta para nada a la estructura de la ecuación. No se trata para nada de lo que sería, en español, «el padre ha engendrado a seis niños», donde «niños» participa exactamente igual que «padre», aunque con una función diferente, en la estructura sintáctica básica. En el estado de lengua que consideramos aquí, «niños», como determinación de «padre» se expresaría mediante un radical puro yuxtapuesto, el genitivo$_1$ de nuestro cuadro de la pág. 251.

En las proposiciones de «nombres de acción», por el contrario, podrá haber, además del agente marcado positivamente como tal, un participante pasivo, el que padece la acción. Su relación con el «nombre de acción», será la más directa, la que, en los compuestos de las lenguas indoeuropeas documentadas, encontramos marcada, aquí también, por la simple yuxtaposición. Pero en este caso ya no hay ecuación, sino relaciones de determinación de un núcleo, el «nombre de acción», por dos satélites: el agente, marcado positivamente por *(e)s*, y el paciente en forma de radical puro.

En resumen, en este momento de la evolución tenemos dos tipos totalmente distintos:

1) hombre = autor de asesinatos;
2) (acción de dar) muerte
↑ ↑
tigre por hombre

Observemos que «tigre» en el segundo tipo tiene la misma forma pura que «hombre» en el primero.

APARICIÓN DE UN SUJETO

La «conjugación» nacerá de la combinación, en un sistema verbal, de estos dos tipos de construcción a los que, como veremos más adelante, se añadirá un tercero que implique nombres de estado con participante único. En la ecuación «persona en cuestión» = «autor», donde ambos términos se refieren a un único y mismo individuo, el primer elemento será concebido como el agente de las acciones cuyo resultado comprobamos. Por esto recibirá, finalmente, la marca *-s*, la que ahora podemos designar como nominativo en el sentido tradicional del término de caso sujeto (nuestro nominativo$_2$, anteriormente, pág. 251). Al mismo tiempo, se interpretará que el segundo elemento designa esas acciones. Este nominativo en lo sucesivo estará presente en los dos tipos fundamentales de enunciados:

1. (por) hombre ⟶ asesinatos cometidos (acciones que se supone ya concluidas)
2. (por) hombre ⟶ (acción de dar) muerte ⟵ tigre (acción concebida en sí misma).

Debido a su empleo obligatorio en todo enunciado, la antigua forma de agente asumirá el carácter de «sujeto», ese a propósito del cual se dice cualquier cosa. Ya no tendrá que explicitar sus relaciones sintácticas, porque se espera que el resto del enunciado tome posición respecto a ella. De esto se desprenden dos consecuencias:

1. Esta forma podrá emplearse, en sustitución del radical puro, para *nombrar* a cualquiera al margen de la sintaxis, de donde procede la designación tradicional de «nominativo». Uno se sentirá, asimismo, inclinado a utilizarla en la llamada, y, debido a esto, tenderá ella a eliminar la forma conocida como «vocativo».

2. La antigua partícula **(e)s*, convertida en la simple desinencia *-s*, será sentida como redundante, y ya no será renovada automáticamente por analogía cada vez que la evolución fonética la elimine en

ciertos contextos. La tendencia prosiguió durante milenios: debió de comenzar con los radicales en *-r* del tipo **pətēr*, hace cinco milenios o más, y desembocar definitivamente en francés, por ejemplo, sólo en el momento en que, hacia el final de la Edad Media, es abandonado el caso sujeto en *-s* del singular en beneficio del caso objeto sin *-s*, para sobrevivir únicamente en elementos aislados, como *fils*, o en la grafía de nombres propios masculinos, como *Georges* y *Jules*. Actualmente el islandés (en la forma de un nominativo en *-r*) y las lenguas baltas son casi las únicas en arrastrar aún esta engorrosa marca de una relación sintáctica desaparecida.

Ahora es preciso que ilustremos nuestras afirmaciones mediante formas documentadas o reconstruidas.

EL «NOMBRE DE ACCIÓN»

Consideremos en primer lugar el «nombre de acción». Partiremos de una base $*g^{hw}en$, «dar golpes para matar», que originariamente remitía a ciertas violencias que podían causar la muerte, y se halla ampliamente documentada con un elemento sufijal en *-t-* reforzado de distintas maneras a lo largo del tiempo. Con vocalismo cero, que permite suponer una acentuación del sufijo, por tanto $*g^{hw}n̥\text{-}t\text{-}$, encontramos el sánscrito *hatis*, «(acción de dar) muerte», y, en germánico, una forma *gund-* que, en esa lengua, designaba la batalla y la guerra antes de que el lat. *gregarius*, «(simple) soldado», proporcionase el precursor del al. *Krieger*, «guerrero», de donde, por sustracción del sufijo, procede *Krieg*, «guerra». En sentido inverso, esp. *guerra* y fr. *guerre* se derivan de un empleo argótico del germánico *werra*, «riña, camorra». *Gund-* está representado en francés en *gonfalon* o *gonfanon*, «estandarte (*-fanon*, al. *Fahne*, «bandera») de guerra», sin hablar de nombres propios como *Gontran*, dialectalmente *Gondran*, y *Cunégonde*.

A la base $*g^{hw}en\text{-}t$ se añade *-mo*, de donde procede el sentido de «mi golpe» o «golpe de mí» con la misma relación sintáctica que la

señalada en otros lugares por la partícula **(e)s*[6]. En ambos casos se marca el origen o el actor. **g^{hw}en-t-mo* evolucionará a **g^{hw}en-mo* que encontramos nuevamente, por ejemplo, en el irlandés antiguo *gonim*, «hiero», «mato».

En segunda persona, tenemos **g^{hw}en-t-to* donde *-t-t-* evoluciona de manera regular a *-s*[7], lo que da como resultado **g^{hw}en-so*, «golpe de ti».

En tercera persona, tenemos la forma pura **g^{hw}en-t*, «(hay) golpe», sin alusión a un autor implicado por el contexto o la situación. Cuando la forma, convertida en propiamente verbal, haya sido integrada en un paradigma, se le añadirá la vocal *-o* por analogía con la de la primera y segunda personas, *-mo* y *-so*.

Las formas de plural documentadas, la primera en *-me/os* (lat. *-mus*), la segunda en *-te/os* (lat. *-tis*), evidentemente son pluralizaciones, mediante *-s*, de los *-mo* y *-to* de los singulares. En *-te/os*, la *-t-* se ha mantenido, contrariamente a la del singular convertida en *-s-*, porque se añadió a una base concebida en adelante como *g^{hw}en-*, común a las formas en *-mo*, *-so* y *-to*.

Las formas de tercera persona del plural en *-nt-* son, sin duda, relativamente recientes; inicialmente, la pluralidad de los autores se deducía por el contexto. En francés contemporáneo, *il donne* e *ils donnent* son totalmente homófonos y, a no ser ciertos franceses del norte que en el plural hacen oír la *-t* final, los usuarios no parecen necesitar la distinción. Estas formas en *-nt-* sin duda hay que equipararlas a las del participio de la misma forma: *ils frappent = eux frappant*.

EL «NOMBRE DE AUTOR»

Consideremos ahora el nombre de autor. Aquí partimos de una base **weid-* que implica «visión». De ella se obtiene un adjetivo en

[6] Para esto nos inspiramos directamente en el tratamiento de André Vaillant sobre el ergativo indoeuropeo, en *BSL*, 36, págs. 93-108.

[7] Véase anteriormente, págs. 214-216.

-e/o con el acento sobre el sufijo, del que se deriva **widé*, pero analógicamente **woidé*, sobre el modelo de un **g*^{hw}*né* (de **g*^{hw}*en*) impronunciable y convertido en **g*^{hw}*oné*. Con retroceso posterior del acento, es el griego *woíde* y, con total exactitud, el alemán (*er*) *weiss* que no tiene ya *-t* de tercera persona igual que las formas del mismo tipo (*er*) *kann*, (*er*) *mag*, cuya *a* del radical corresponde precisamente a la *-o-* de *woide*. El sentido de *woíde* y de *weiss* es «él sabe» y «él sabe porque ha visto». En griego *woíde* es el «perfecto» de *weídō*, «yo veo». Originariamente, es «el que ha visto», es decir, «el testigo». Aquí tampoco hay inicialmente pronombre que indique de quién se trata, bastándose perfectamente para ello el contexto y la situación. Para las personas expresadas, primera y segunda, hemos de suponer que el elemento pronominal ha atraído de tal manera el acento que el radical se reduce a *woid-*. Para la primera, se puede establecer *-H_2é* y, para la segunda, *-tH_2é*; en griego 1. da *woîda* y 2. *woîstha*, donde *-d + t-* se ha convertido de manera regular en *-s-* y donde la *-t-* ha sido restablecida por analogía. En griego, el tratamiento de *-H_2-* como *h* y, finalmente, como marca de la aspiración de la *t*, como hemos visto, es esporádico.

Las marcas personales en el plural o están, como en griego, calcadas de las formas verbales derivadas del «nombre de acción», o son, como en sánscrito, difícilmente identificables por la comparación. Hay que exceptuar una final en *-r* que caracteriza la 3.ª persona del plural y que encontraremos de nuevo más adelante.

Lo que hemos designado como «nombre de autor» no es más que uno de los valores de las formaciones «adjetivales» del radical terminado en vocal. Con el acento sobre la inicial, indican una acción concluida. A partir de **g*^{hw}*en*, se tiene **g*^{hw}*ón-o-*, «asesinato», que de manera regular se convierte, en griego, en *phóno-s*, distinto de *phoné* (**g*^{hw}*on-eH$_2$*), «acción de matar». Asimismo, el griego *tómos* designa el resultado de la acción, «lo que está cortado» (cf. el esp. *tomo* para una parte distinta de una obra), frente a *tomé*, «acción de cortar». Con el acento sobre el sufijo tiene valor activo, *tomós* es «lo que corta», «lo cortante».

El perfecto, una vez constituido como elemento de conjugación, pronto se reveló en las diversas lenguas como no muy distinto de otras formas verbales de origen diferente. Entonces los hablantes trataron de diferenciarlo aún más mediante extensión analógica de formas episódicas, es decir, limitadas a ciertos verbos o a ciertas personas. Uno de los rasgos bastante extendidos es la reduplicación de la primera sílaba más o menos deformada, como en lat. *momordi*, «he mordido». Pero muy a menudo nos contentamos con repetir la consonante inicial haciéndola seguir de *-e-*, como en griego *dédorka*, perfecto de *dérkomai*, «yo miro», en sánscrito *dadárça*. Sin embargo en germánico, donde se halla documentada la reduplicación, fue fundamentalmente el vocalismo *-o-* del radical el que se aprovechó en su forma regular *-a-*. En esa lengua, el perfecto asumió totalmente el valor de pasado, como ocurre en el paso del latín a las lenguas románicas, y figura allí como pretérito, por ejemplo en ing. *he sang*, «él cantó». Algunos perfectos han adoptado el valor de presente, como *he can*, *he may* y el arcaico *(he) wot* (< **wait-*) que corresponde al griego *woíde*.

Como hemos visto anteriormente, pág. 193, el latín hizo un gran uso del sufijo *-u(ī)* derivado de una antigua H_3 final de ciertos radicales como **streH$_3$-*, «extender», lat. *strāuī*, **b^{h}leH$_3$*, «soplar», lat. *flāuī*; este sufijo se generalizó en ing. *strew* y *blow*.

La formación regular del griego ofrece *-k(a)* que debe de provenir de formas de primera persona de radicales en *-H_2* o *-H_3* donde la «laringal» estaba en contacto con la H_2 del elemento pronominal siguiente.

En diferentes lenguas, se formó un pasado del perfecto, al que en general designamos «pluscuamperfecto», porque, debido a una evolución que parece ineludible, el perfecto terminó por emplearse esporádica o generalmente con valor de pasado. Es el caso del perfecto del francés contemporáneo designado con el término de «passé composé». Vimos que *il a fini*, «él ha terminado», es un presente concluido, exactamente igual que *j'ai mangé*, «he comido», pero que *il a fini à sept heures*, «él ha terminado a las siete», o *j'ai mangé à 10 heures*, «he comido a las diez», son simples pasados que actualmente sustitu-

yen en el lenguaje cotidiano a los antiguos pretéritos *il finit*, «él terminó», *je mangeai*, «yo comí». El perfecto latino, que dio lugar al pasado simple actual, tenía el mismo doble valor: *uīxit*, es o bien «él está en el estado de alguien que ha dejado de vivir», es decir, en presente, «está muerto», o bien, en pasado, «él vivió».

LOS ELEMENTOS DE LA «CONJUGACIÓN»

El hitita no participó en lo que se ha de entender propiamente como la «conjugación». En esa lengua, las formas procedentes del nombre de autor no se convirtieron en perfectos que se unen a otros verbos para formar nuevas unidades, sino que formaron un tipo especial de verbos independientes. Consideremos el nombre de autor **sok^{w}é*: «el que ha seguido (cf. lat. *sequor*, «sigo») con los ojos», por consiguiente, «el que ha visto y sabe»; es, más o menos, como *woíde* en griego. En hitita, se convierte en un verbo independiente con el sentido de «saber». Si se combina con la marca *-H_2e* de primera persona, más una marca *-i* de presente, se obtiene la forma **sok$^{w}H_2ei$* que desemboca en *sakhi*. El gótico conoce la misma forma, convertida generalmente en *sah^{w}*, pero con valor de pasado, por tanto sin la *-i*, «he visto», ing. *I saw*.

En germánico, la conjugación se limitó a la conjunción de los resultados del «nombre de acción» y del «nombre de autor», habiendo evolucionado éste último desde el valor de concluido al de pasado. En latín y celta, también hubo evolución al pasado del antiguo «nombre de autor», pero ciertas formas derivadas del «nombre de acción» también contribuyeron a la creación de este tiempo.

ACONTECIMIENTOS Y SITUACIONES

En otras lenguas, como el griego y el sánscrito, el fenómeno «conjugación» consistió en juntar, no dos verbos diferentes para ha-

cer de los mismos uno sólo, sino tres: de una parte, el que produjo el perfecto, derivado del «nombre de autor»; y, de otra, dos verbos procedentes, por derivación divergente, del antiguo «nombre de acción». Una vez «conjugado», uno de estos verbos da el que tradicionalmente se llama «presente», y el otro, el que se designa como «aoristo». Este término, que para el lector contemporáneo no evoca mucha precisión que se diga, no es peligroso. «Presente», por el contrario, sugiere inmediatamente un tiempo y en cierta medida uno se asombra un poco al enterarse de que existe un pasado del «presente». Para evitar las confusiones, indudablemente estamos interesados en emplear aquí designaciones menos ambiguas y más descriptivas de los hechos en cuestión, incluso al precio de hacer más pesado el vocabulario. Es preciso que nos demos cuenta de que los dos verbos, derivados del «nombre de acción», hacen referencia, uno, a un *acontecimiento* puntual, o considerado como tal, y, el otro, a una *situación* dinámica en la que se desarrolla un proceso. Cuando un verbo, cualquiera que sea su origen, designa no una acción sino un estado, se alineará entre los situacionales y, dado su sentido, resultará difícil encontrarle un par evenimencial[8]. En latín y otras lenguas, se ha rellenado la «casilla vacía» mediante un verbo del sentido de «devenir», lo que da *él fue* frente a *él es*. Pensando en ello detenidamente, uno se da cuenta de que *él fue muerto* no hace gran sentido si a *fue* se le da el valor existencial propio de *ser*. El equivalente alemán *er wurde getötet*, con un auxiliar del sentido de «devenir», se comprende, literalmente, como «él devino (se convirtió en) muerto». En inglés, *he got killed* hace referencia precisamente a un acontecimiento, mientras que *he was killed* sugiere además la acción concluida.

Un acontecimiento, es decir, la conclusión de un proceso, y no el proceso en sí mismo, es casi imposible que, en cuanto tal, presente diferentes modalidades. Por esta razón, cuando se produjo la con-

[8] Sobre el término *evenimencial*, cf. A. J. Greimas y J. Courtés, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, vers. esp. de E. Ballón, Madrid, Gredos, 1990, *s. v.* «evento» (N. del T.).

junción de tres verbos en uno solo no tuvo lugar la elección entre muchas palabras diferentes que vinieran a ocupar la casilla del «aoristo» evenimencial. En griego, por ejemplo —además de algunos radicales en su forma más simple, como *pio-*, «beber», con el valor que tiene en «él bebió»—, se encuentran en aoristo fundamentalmente formas en *-s-* mediante las cuales se producirán, en cada momento, otros nuevos «aoristos» como *é-lu-s-a*, «he desatado». En latín y celta, lenguas que no plasmaron la oposición de lo evenimencial y lo situacional, esta forma en *-s-* fue adjuntada al perfecto: lat. *uexit* (< *$*weg^h$-s-H_2e-i + t*), «él ha transportado»; en galo encontramos una forma *legasit*.

Todo lo contrario ocurre con una stuación que evoluciona. Sin dejar de ser evolutiva, puede implicar un punto de partida o un punto de llegada: al lado de *portar*, tenemos *importar* y *aportar*. Mientras el acontecimiento puede ser simbolizado por un punto sin flecha, la situación evolutiva podrá combinar punto y flecha:

Antes de que se produjera la conjugación había maneras muy diversas de derivar un verbo nuevo partiendo de una raíz o de un radical existentes. Se podía utilizar: 1) un sufijo como *-yo-*, como *-eH_1-* o *-eH_2-*, como *-sko-* o *-esko-*; 2) también se podía utilizar una *-n-*, bien como infijo (lat. *li-n-quo*, «yo dejo», frente al perfecto *liqui*), bien como sufijo y diversamente alargado (gr. *deik-n-u-mi*, «yo muestro», *dú-n-ā-mai*, «yo puedo») o repetido (gr. *la-n-th-án-ō*, «estoy oculto»; cf. sin *-n-* el equivalente latino *lateo*), y 3) incluso la reduplicación de la consonante inicial (gr. *dí-dō-mi*, «yo doy»). Los valores de estos diferentes procedimientos pudieron variar de una lengua a otra, de una época a la siguiente, pero todos parecían implicar lo que conocemos como situación.

La «conjugación» en griego o en sánscrito supone un proceso de emparejamiento de un evenimencial con alguno de los distintos situacionales, proceso en el que un evenimencial determinado pudo

concordar con tal situacional en una lengua, y con tal otro en otra distinta. Para la noción de «dejar», el «aoristo» evenimencial es el mismo en griego que en sánscrito, a saber **e-lik^{w}o-* que aparece, respectivamente, como *élipo-* y *arica-*. Pero el situacional (llamado «presente») está formado, en griego, a partir de **leik^{w}o-*, de donde se deriva *leípō*, «yo dejo», y en sánscrito a partir de **li-na-k^{w}*, origen de *rinakti*, «él deja». En latín, donde únicamente se opone al perfecto (*līquī*), *linquo* se deriva de **li-n-k^{w}o-*, que nos recuerda un poco la forma sánscrita, pero con una *-n-* en vez de *-na-* y un sufijo *-o-* final. En el origen de las formas góticas se tiene, como en griego, **leik^{w}o*, pero como en latín esta forma se opone solamente a un perfecto que, como el griego *lé-loip-a*, proviene de **loik^{w}-*.

Hemos visto cómo el sentido de ciertos verbos, *ser* por ejemplo, podía dificultar el descubrimiento de otros equivalentes. A menudo se ha llegado a ellos, como en el caso de *ser* en latín, combinando verbos de origen muy distinto. Es lo que conocemos como supleción. En griego, por ejemplo, la noción de «comer» se expresa en el perfecto (*édēda*), en el presente (*esthiō*) y en el futuro (*édomai*) mediante derivados de la raíz *ed-*, representada en latín por *edo* y en inglés por *eat*; en aoristo tenemos *phágo-mai*, originariamente, sin ninguna duda, «tragar un trozo». En latín, donde el evenimencial se expresaba mediante un perfecto, fue preciso procurarle esta forma a *fero* «llevar», que carecía de ella. Así pues, se tomó prestada la de *tollo*, «quitar», *tulī*, que, por consiguiente, vale para los dos verbos.

Atendiendo al proceso de «conjugación», podemos distribuir las lenguas indoeuropeas en tres grupos. El primero, integrado por las lenguas que no la han conocido, está representado por el hitita. El segundo está formado por las lenguas del Oeste: germánico, celta e itálico, en las que la conjugación se limita a dos formas: 1) un perfecto que evoluciona hacia un pasado que eventualmente se anexiona ciertas formas del antiguo «nombre de acción» y que se opone a 2. un situacional llamado «presente», aunque represente a diversos tiempos. El tercer grupo, fundamentalmente con el griego y el indoiranio, «conjuga» los tres tipos: perfecto, evenimencial y situacional.

LOS TIEMPOS

Hasta aquí no hemos postulado la existencia, en fecha antigua, de tiempos verbales. Si nuestra opinión no estuviera influida por las lenguas contemporáneas, veríamos que nada obliga a enmarcar cualquier acción en un período de tiempo que o bien coincide con el instante en que se habla, o es anterior o posterior al mismo. ¿Por qué no utilizar algún verbo adecuado cuando necesitamos adoptar esa posición para expresar la experiencia? Observemos por otra parte que en casi cualquier lugar donde se hablen lenguas indoeuropeas contemporáneas se dispone de una forma verbal que se expresa como presente, pero que implica simplemente el proceso en su desarrollo y que muy bien podemos referir a una acción pasada (presente «histórico» o de «narración») o futura: *mañana, salgo para Nueva York*, ing. *when he comes (I shall...)*, «cuando él venga... yo... -ré». Es evidente que el tiempo del discurso no puede ser considerado como una modalidad del proceso, pero sí lo es, por ejemplo, lo que hemos encontrado anteriormente cuando nos ocupábamos de los diversos tipos de situación dinámica: la acción que comienza, la que continúa y la que termina, a las que podemos añadir la que se repite, sin perjuicio de la acción concebida en su desenlace (evenimencial) y de la acción concluida, lo que conocemos como aspectos del verbo.

Más arriba ya hemos sugerido cómo la expresión del tiempo terminó por mezclarse con la de los aspectos. Cuando, de boca de alguien que simplemente quiere hacernos comprender que ya no tiene hambre, oímos la expresión *he comido*, se capta perfectamente el mensaje, pero nada impide que nos imaginemos a la persona en cuestión tomando efectivamente el alimento en un momento anterior a la emisión de su enunciado. El aspecto terminativo tiene todas las posibilidades de haber sido utilizado muy pronto, quizá esporádicamente pero de manera efectiva, como un pasado.

En el caso del evenimencial ni siquiera es necesario suponer un proceso evolutivo que conduzca de un aspecto terminativo a un tiem-

po pasado. Lógicamente, y hace tiempo que se puso de manifiesto, no podemos situar un acontecimiento en el presente, porque el tiempo necesario para adquirir conocimiento del mismo y explicitarlo hace que necesariamente pertenezca ya al pasado: no se puede decir «la pelota toca el techo», porque en el momento en que se expresa, la pelota ya está en el suelo. Esto se comprueba en griego, donde el aoristo expresa siempre un pasado, a no ser en contextos gramaticales en que el tiempo no tiene ninguna función: en infinitivo, el aoristo *phágein* quiere decir «tragar un trozo» sin referencia al tiempo.

Por consiguiente, los aspectos verbales tienen siempre implicaciones temporales que se imponen más o menos a expensas de las modalidades de acción que se considera que expresan aquéllos. Pero el primer tiempo en aparecer es siempre el pasado que, con el presente, es el único que, en cierto sentido, tal vez no sea hipotético. El futuro propiamente dicho es más raro, porque al estar en el pensamiento siempre mezclado con deseos u obligaciones, éstos se imponen prioritariamente a la atención. Esto se comprueba en el inglés con *will* y *shall*, inicialmente «querer» y «deber», el primero de los cuales, sobre todo, está francamente futurizado lo mismo que *want to* y *have to,* en las que sólo deseo y obligación siguen siendo pertinentes. En latín, el futuro se deriva bien de los desiderativos, o, como ocurre en alemán con el auxiliar *werden*, de la adjunción de un «devenir», con las formas en *-b-* (**bhew*): *amābo*, «amaré», *uīdēbo*, «veré».

LOS MODOS

Por el examen de estas últimas formas se vislumbra cuán inestable puede ser la frontera entre tiempos y modos. Si dejamos de lado el modo cero llamado indicativo, entre los modos considerados personales, es decir propiamente verbales, sólo el imperativo se encuentra en todas las ramas del indoeuropeo, a veces con un paradigma completo de nueve personas, incluido el dual, como en sánscrito, o de seis como en hitita, limitado en otras partes, como en francés, a la

relación de personas en situación, exceptuado el hablante, es decir, «tú», «nosotros» y «vosotros». La forma más permanente es la 2.ª persona del singular, «tú», a menudo representada por el radical puro: fr. *donne!*, *va!*, puede ser completada mediante auxiliares, como en ing., *let him go!*, *let them do!*, o reforzada con diversas partículas adverbiales, como *donc* en el fr. *dis-donc!* Hay, por ejemplo, un elemento *-u* que encontramos en las 3.as personas del singular y del plural, tanto en hitita como en sánscrito, aunque tales elementos a menudo son inestables, pudiendo aparecer aquí o allá. Un caso interesante es el de lo que en latín se designa «imperativo futuro» en *-tō*: *crās petitō*, «¡pide mañana!». Se ha sugerido que este *-tō* no es otra cosa que el ablativo del demostrativo, por consiguiente *tōd*, con el valor de «a partir de este mismo momento», «en lo sucesivo».

De los restantes modos documentados en las lenguas indoeuropeas, el optativo, con su muy característica marca en *-y-*, es el que ha tenido más amplia difusión. Lo que, aquí y allá, es conocido como subjuntivo parece ser de origen bastante heterogéneo: *soit*, subjuntivo del verbo francés *être*, se remonta a un optativo, pero *sache*, de *savoir*, a un desiderativo. El mismo término de subjuntivo sugiere que sólo se emplearía en proposiciones subordinadas, que es lo que más o menos ocurre en francés, y que restringe mucho su poder informativo. Este último es muy débil en francés, pues el subjuntivo aparece en esta lengua fundamentalmente en contextos en los que no es posible elegir otro modo, y allí donde, por sí solo, podría marcar una diferencia (*je cherche quelqu'un qui sache... je cherche quelqu'un qui sait...*), no se le puede emplear con seguridad nada más que con verbos irregulares o personas (1.ª y 2.ª del plural) en las que todavía se distingue entre indicativo y subjuntivo.

EL PRESENTE «HIC ET NUNC»

Hemos visto que la expresión del pasado mediante formas verbales en casi todas partes, y éste fue el caso del indoeuropeo, resulta directa o

indirectamente de la expresión de los aspectos evenimencial o terminativo. Pero es evidente que la oposición entre pasado y presente se impuso en fecha muy temprana y fue marcada de dos maneras diferentes. La primera resultó de la extensión de un elemento *i*, que indica positivamente la existencia de algo o de alguien en el espacio o en el instante en que se habla. Anteriormente se ha citado una forma griega como *houtos-í*, refuerzo de *hoûtos*, «este mismo». Esta *i* fue utilizada para marcar lo que conocemos como el presente *hic et nunc*, un presente marcado positivamente como tal. Lo que muestra en qué medida se trató durante mucho tiempo de un elemento independiente, es el hecho de que su distribución varíe mucho de una lengua a otra. Es máxima en hitita, donde la *-i* caracteriza a las personas de todos los presentes tengan el origen que tengan y dondequiera que se opongan a un pasado, por tanto en indicativo, pero no en imperativo. En otras lenguas, aparece o se manifiesta indirectamente sólo en singular y en la 3.ª persona del plural; en sánscrito, por ejemplo, en 1.ª sing. *bhavāmi*, 2.ª sing. *bhavasi*, 3.ª sing. *bhavati*, 3.ª plur. *bhavanti*. En griego, lo encontramos en la 1.ª sing. de los verbos con radical consonántico: *títhēmi*, «yo coloco», (< *-d^heH_1-), pero falta después de los radicales vocálicos: *luō*, «yo desato». En la voz media, sobre la que más adelante volveremos con más detención, encontramos la *-i* integrada en la vocal final de la desinencia en el diptongo *-ai*. En griego, estaba limitada a las mismas personas que en la voz activa: *títhemai*, «coloco para mí, encima de mí (me pongo)», *títhesai*, *títhetai*, *títhentai*, pero en sánscrito también en la 1.ª y 2.ª del plur., respectivamente, *bhavāmahe*, *bhavadhvē* (con *-ē* < **ai*). En el perfecto, que al principio fue, evidentemente, un presente, la *i* se añadió a la *-a* final (< *-H_2e) para dar **-ai*, que en latín aparece como *-ī* en *uixī*, «yo he vivido». En griego y en sánscrito, *-ai* (en sánscrito > *-ē*) en este caso se halla limitado a la voz media.

EL AUMENTO

Esta presencia de *-i* opuesta a la ausencia de la misma se expresa tradicionalmente en forma de una oposición entre desinencias llama-

das «primarias», con *i*, y las llamadas «secundarias», sin *i*. La elección de estos epítetos indica claramente que el presente en *-i*, que inicialmente estaba marcado como tal, se había convertido en un «presente» ordinario, es decir, la forma verbal no marcada en lo que al tiempo se refiere. Esta evolución, naturalmente, condujo a sentir el pasado como una forma marcada semánticamente, lo que incitaba a encontrarle una marca formal. Esto hizo aparecer la segunda manera de indicar la oposición del presente respecto al pasado con la forma de lo que conocemos como aumento. Se trata de una partícula adverbial $*H_1e$ que, en sánscrito y en griego, precede a las formas con sentido de pasado: sct. *a-bhavam*, «yo devenía», *a-bhuvam*, «yo devine», griego *é-lipon*, «yo dejaba», *e-títhēn*, «yo colocaba» y, con el mismo sentido, una antigua forma de perfecto pasado en el aoristo, *é-thē-k-a*. El perfecto, que es un presente, no tiene aumento: *(w)oída*, «yo he visto, yo sé», *lé-luka*, «yo he desatado (está hecho)», pero el «pluscuamperfecto», pasado del perfecto, tiene aumento: *e-le-lúkē*, «yo había desatado (estaba hecho)». Pero, todavía más que en el caso de la *i* de presente, los hablantes fueron libres durante mucho tiempo de emplearlo o no. Es interesante observar que el aumento, además de las dos lenguas ya citadas, sólo está documentado en armenio y frigio, lo cual sugiere que apareció y se difundió en un grupo de tribus indoeuropeas que, entre el cuarto y tercer milenios, podríamos situar al oeste del Mar Negro. Esto dejaría, al nordeste, a los antepasados de los baltos y los eslavos; al noroeste, a los de los occidentales: celtas, germánicos e itálicos, y, naturalmente, en Asia Menor, a los anatolios.

LOS MODOS NO PERSONALES

Cuando los antiguos «nombres» de acción y de autor se singularizaron como verbos, con flexiones personales, apareció la necesidad de las formas propiamente nominales que designaran las acciones en sí mismas o a sus participantes activos o pasivos, de donde provienen

las que conocemos como «infinitivo» y «participios». Los infinitivos varían mucho de una rama a otra: en griego, tenemos diversas formas, siendo la más productiva la que termina en *-n*: *légein*, «hablar»; en latín se impuso una forma en *-s-*, que de una manera regular se convirtió en *-r-*: *legere*, «leer». Los participios son más uniformes. Los radicales en *-nt-*, llamados «participios de presente activos», están documentados desde el sánscrito (*bharant-*, «llevando») al latín (*ferent-*, de idéntico sentido), pasando por el griego (*pheront-*), el eslavo (*nesõšt-* < **nesonti-*, mismo sentido) y el germánico (*berend-*). Los «participios de presente» medios o pasivos en *-meno-*, *-mono-* del griego y del sánscrito están documentados en otras lenguas como adjetivos —por ejemplo, en el latín *alu-mnu-s*, «alumno», exactamente «el que se alimenta», de *alo*, «yo alimento, yo crío»— o como sustantivos: *fēmina*, «la que da de mamar», de una raíz **d*^{h}*ē(i)* que se encuentra en *fēlāre*, «mamar», y en *fīlius* «hijo» (cf. más abajo, pág. 305). Asimismo, el participio de perfecto en *-wes-*, *-wos-*, que alterna con *-wet-*, *-wot-*, del griego y del sánscrito, está documentado en el gótico *wit-wōþs*, «testigo», que asume el antiguo valor del simple **woide*, gr. *(w)oide*, «sabe (porque ha visto)».

El elemento *-to-*, que encontramos en el origen de los participios de perfecto del latín y de las lenguas románicas, en un principio no tenía necesariamente sentido pasivo: *pō-tu-s*, «que ha bebido», *taci-tu-s*, «que no ha dicho nada». Era un adjetivo formado a partir del «nombre de acción» en *-t*: **peH*$_3$*-t* (> **pō-t*), «acción de beber», **peH*$_3$*-t-o* (> **pō-t-o*), «afectado por la acción de beber».

LAS VOCES

Cuando se habla de voz o, de manera más culta, de diátesis en las lenguas modernas, pensamos prioritariamente en las voces activa y pasiva: *él golpea ~ él es golpeado*. En francés no hay verdadera pasiva fuera de lo que se conoce como el «participio de pasado». De ello se derivan construcciones ambiguas, como *il est tué*, que tiene dos

sentidos muy diferentes: 1) «Allí hay alguien que ha sido matado», que es un perfecto, y 2) «se está a punto de darle muerte», que es un situacional dinámico. El alemán tiene una pasiva, sin duda perifrástica pero perfectamente caracterizada, con *er wird getötet*, cuya mejor traducción es «se le mata». Las lenguas escandinavas tienen una forma verbal distinta, dan. *han dræbes*, del mismo sentido, al lado del calco del alemán *han bliver dræbt*. El equivalente italiano *viene ucciso* no es ambiguo. El inglés puede evitar la confusión mediante el auxiliar *get*: *he got killed* es pasiva incontestablemente. Las construcciones reflejas a menudo son equivalentes a la pasiva: los equivalentes del inglés *English (is) spoken* son, en fr., *on parle anglais*, en it. *si parla inglese* y en esp. *se habla inglés*. Todo esto testifica la dificultad de lograr una pasiva perfectamente marcada como tal. Lo que realmente se necesita, al lado de la voz activa, es una forma en la que el autor de la acción no se halle explícitamente señalado, bien porque no se le conoce, o bien porque no hay necesidad de mencionarlo o no interesa hacerlo. Una pasiva completa con expresión del agente, como en *el portal fue cerrado por el jardinero*, es un lujo de discutible utilidad donde se puede decir *el jardinero cerró el portal*.

Todo esto explica que no se pueda reconstruir una pasiva para el indoeuropeo común. Lo que encontramos en las lenguas más antiguas, desde el hitita hasta el griego y el sánscrito, es lo curiosamente conocido como voz «media». El valor de la media abarca más o menos lo mismo que la refleja y, por ello, puede emplearse para expresar el equivalente de la pasiva. Pero se emplea también cuando la participación del agente en la acción no es puntual ni exterior. Si yo parto leña, una vez asestado el hachazo, el cambio efectuado no me atañe. Por el contrario si se sigue a alguien, se participa en la acción durante tanto tiempo como dure el objeto de la vigilancia. Si imito a alguien, estoy mucho más directamente implicado que la persona a quien imito. Esto explica que «seguir» tiene normalmente en griego y automáticamente en latín la forma «media»: gr. *hépomai*, lat. *sequor*. Lo mismo ocurre con «imitar»: gr. *miméomai*, lat. *imitor*, y con «alimentarse»: gr. *tréphomai*, lat. *uescor*, etc.

Como acabamos de comprobar a propósito de *sequor* e *imitor*, hay verbos que tan sólo aparecen en la voz «media». Tradicionalmente se les conoce como «deponentes».

La «media» está marcada como tal y se distingue de la otra voz, o falta de voz (llamada «activa» como si se opusiera a una pasiva), de maneras bastante diversas según las lenguas: se acaba de ver que a partir de un radical **sek^{w}o-*, «seguir», el griego se vale de la desinencia *-mai* para marcar la 1.ª persona del singular de la voz «media», mientras que el latín utiliza la *-r*. La final *-mai* comporta evidentemente la *-m* de la 1.ª pers. del sing. y la *-i* del presente. El equivalente de *-mai* en pasado es *-mo*, sin *-i* por supuesto. La *-a-* de *-mai*, en lugar de *-o* plantea un problema. Estamos pensando en una influencia de la *-a* (< **-H_2e*) del perfecto, y esta influencia se explica bastante bien cuando recordamos que la construcción a partir de un nombre de autor —la que originó el perfecto—, no supone una acción ni el objeto de esa acción. La «media», por su parte, confunde el sujeto y el objeto. En lat. *uescor*, «me alimento», el sujeto y también el objeto es «yo mismo»; aquello de lo que me alimento es una circunstancia externa marcada en latín mediante un ablativo que corresponde al español «de»; el griego *hépomai* normalmente va seguido de un dativo lo mismo que su equivalente alemán *folgen*, «seguir». Por consiguiente, esta vocación intransitiva inicial, común al perfecto y a la voz media, justifica el *-mai* en lugar del *-moi* que permitiría esperar el *-mo* del pasado. Así pues, las desinencias de la voz «media» podrían ser originariamente las de la voz activa más *-o*.

La *-r* del latín proviene del impersonal que encontramos más arriba cuando nos ocupábamos del problema de la alternancia *-r/n-*. Consideremos la raíz *ei-/i-*, «ir», todavía documentada en español *irá*. El «nombre de acción» correspondiente es **ei-t*. Se le añade un sufijo **-en* que se convierte en *-er* en posición final cuando **nt* final se reduce a *-n*. Con el acento sobre el sufijo, **ei-t-ér* da **i-t-ér*, de donde se deriva el latín *iter*, «camino que se recorre». Si el acento recae en la raíz, tenemos **éi-t-r̥*, que da lugar a *itur*, «se va», en cierto modo «(se hace) camino». Como el «nombre de acción» en *-t-* es interpre-

tado como la tercera persona del singular, las formas en *-t-ur-*, cuando se unen a un transitivo como **leg-o-*, «leer», pueden ir acompañadas de un objeto, lo que se lee, por ejemplo, y este único participante del impersonal toma la forma del sujeto: *librum legitur*, «se lee el libro», que está documentado, pasa a *liber legitur*, «el libro es leído». La forma en *-tur*, convertida en pasiva, extenderá su marca característica *-(u)r* a otras personas, como la 3.ª del plural: *legunt-ur*, «son leídos», la 1.ª del singular: *amo-r*, «soy amado», y 1.ª del plural: *amāmu-r*, «somos amados». Esta nueva pasiva no está disociada de la «media», por eso tenemos las formas de los «deponentes» *sequitur*, *sequuntur*, *sequor*, *sequimur*, que conservan su valor «medio» y un sujeto que es agente. En la segunda persona del singular, tanto en los verbos pasivos como en los «deponentes», se conserva la antigua forma «media» *amāre* (< **amā-s-e*); cuando la *-s-* intervocálica sc convirtió de manera regular en *-r-*, se le añadió una *-s*, característica de esta segunda persona, de donde procede **amāre-s* > *amāri-s*.

Las formas en *-r* se hallan perfectamente representadas en celta, y en latín, con algunos verbos pasivos y deponentes, pero que resultan de evoluciones en parte diferentes: en irl. ant., por ejemplo, sólo los deponentes presentan desinencias personales distintas. La pasiva ha mantenido una forma de impersonal en **-ṯr* (< *-thar*) en todas las personas, siendo indicadas éstas mediante pronombres objeto infijos. A partir de *caraid*, «él ama», se forma una pasiva *-carthar*, «se (le) ama», con *no-m-charthar*, «se me ama», *no-t-charthar*, «se te ama», donde *no-* sirve únicamente para introducir los pronombres objeto *-m-*, *-t-*, etc.

En tocario, las formas en *-r* están integradas en la flexión de la voz «media», con formas personales variables como 1.ª sing. *-mār(ə)*, 2.ª sing. *-stār(ə)*, 1.ª plur. *-mtrə*, 3.ª plur. *-ntrə*. Como en latín, se trata exactamente de una extensión a partir de un impersonal *-tr* representado por 3.ª sing. *-tər(ə)*. En hitita, *-r-*, seguida de *-i* o de *-u* según el modo, se añade, como en latín, a las desinencias personales, como en *ya-ha-r-i*, de *ya-*, «ir», y *-h(a)-*, marca de primera persona. Se trata de una de las marcas de la voz «media».

La forma sin *-t-* que encontramos en hitita, en celta (irl. *berir*, «se lleva»), y en el umbro *ferar*, «que sea llevado», frente a su equivalente en latín *ferātur*, plantea algunos problemas. Se podría ver en ella una combinación de *-r* (< **-n*) no ya con el «nombre de acción» en *-t-*, sino con el radical del perfecto, el antiguo «nombre de autor» terminado en vocal (**woide*). Si, para comprender las formaciones, podemos traducir *-r* por «hay», tal combinación querría decir más o menos «hay alguien que ha hecho», obteniéndose «se ha hecho». Pero sucede que las voces «media» y «pasiva» en *-r* no están representadas en el perfecto: en latín, el perfecto del verbo *sequor* es una forma compuesta: *secutus sum*; en irlandés, el de *caraid*, *-carthar* en presente, es *-carad* sin *-r*. En tocario y en hitita, el perfecto como tal no está representado. En sánscrito, sin embargo, se encuentra una final en *-r* perfectamente documentada en el perfecto en las tres personas del plural, como la activa *ca-kr-ur*, «han hecho», y la media *ca-kr-ire*, «se han hecho». De ahí se extendió a los tiempos del pasado, como el imperfecto *a-da-dh-ur*, «colocaban», o el aoristo *a-d-ur*, «daban». En latín, una forma de 3.ª persona del plural del perfecto como *dixere*, al lado de *dixerunt* documenta *-r-* con el mismo valor. En hitita, las terceras personas del plural del pretérito generalmente terminan en *-er*: *w-er*, «vinieron», *pahs-er*, «protegían». Por consiguiente, podemos pensar que ciertos impersonales en *-r* formados sobre el radical del perfecto pudieron tomar valor de 3.ª pers. del plural, siendo frecuente, asimismo, emplear esa forma con valor impersonal, como ocurre en inglés *they say*, «dicen, se dice».

EL NEUTRO

Podría extrañarnos que el neutro, clasificado como género, sólo haya sido mencionado episódicamente cuando, anteriormente, nos ocupamos de las formas nominales. Esto se debe, en última instancia, a que si el neutro participa en la concordancia, como el femenino

—que tiene esto como única característica fundamental—, en un principio se opone al no neutro únicamente en que los nominales de este tipo no distinguen la forma del sujeto de la del objeto: el latín *animal*, que es neutro designa tanto al animal que vemos (objeto) como al animal que corre (sujeto); el plural *animalia* vale también como sujeto y como objeto, sin distinción de forma. Para comprender cómo pueden coexistir tales nominales con otros que distinguen formalmente entre sujeto y objeto, como los masculinos lat. *dominu-s* ~ *dominu-m*, «dueño», *cīui-s* ~ *cīue-m*, «ciudadano», o los femeninos *nuru-s* ~ *nuru-m*, «nuera», *fēmina* ~ *fēmina-m*, «hembra», es indispensable volver sobre la manera en que se constituyó la «conjugación» mediante la aproximación de formas verbales, o «preverbales», cuyas **relaciones con los elementos del contexto** podían variar por completo. Recordemos que, en un estado de lengua en que no se opongan nombres y verbos, estas formas no son propiamente ni verbos ni nombres. Pero, respecto a estas unidades indiferenciadas, hemos de considerar ciertas relaciones en el contexto que captamos mejor si utilizamos traducciones nominales. Para marcar claramente el carácter pragmático del empleo de «nombre» en este caso, conservamos las comillas en «nombre de acción», «nombre de autor», etc.

Volvamos sobre nuestra raíz *g^{hw}*en*, y su nombre de acción *g^{hw}*en-t-* (sct. *hant-i*, «él golpea»), de donde procede, con una partícula de primera persona, *g^{hw}*en-t-mo* > *g^{hw}*en-mo*. Una forma de este tipo no se halla documentada como tal, porque la raíz de la misma en todo momento puede ver su integridad fónica afectada por la naturaleza del elemento posesivo que le sigue, *g^{hw}*en-mo* que se convierte en *g^{hw}*em-mo* con *-m-* frente a *g^{hw}*en-t* que mantiene la *-n-*. Por tal motivo, estas formas serán reemplazadas finalmente por derivados más estables, como *g^{hw}*en-yo-* que desembocó en el griego *theínō*, «yo golpeo».

La forma *g^{hw}*en-mo* equivale aproximadamente a «golpe de mí», «mi acción de golpear (a muerte)». La relación entre la acción y el participante representado por *-mo* se marcará mediante la partícula **es* si el participante está representado por un sustantivo. Con **reg*,

«jefe, rey», tendremos *g^{hw}*en-t reg es*, «(hay) golpe que viene del jefe», «... golpe por el jefe». Si la mención del golpe va acompañada de la mención de la persona o del objeto que lo padece, la relación sintáctica entre una y otra forma vendrá indicada simplemente por la anteposición de la segunda a la primera. Encontramos esta relación y su marca en compuestos del tipo de lat. *agricola*, «agricultor», donde *-col-* implica la acción de cultivar y *agri-* (< *agro-*) representa el radical puro y tiene el valor de un genitivo (genitivo$_1$ de nuestro cuadro de la pág. 251). Consideremos, por ejemplo, *g^{h}*wer*, que debió de designar el animal salvaje (cf. griego *thēr*, esl. ant. *zvěrĭ*, de idéntico sentido, y lat. *feru-s*, «salvaje», de *g^{h}*wer-o-*). Podemos reconstruir un enunciado como **reg es g^{h}wer g^{hw}en-t-i*, con una *-i* de presente *hic et nunc* y el valor de «(hay) por el jefe – (del) animal – ejecutado – en ese instante». El sintagma **reg es* evolucionará a **reges* > *rēks* que, con *x* en la grafía para *-ks*, es la froma latina para «rey».

LOS NOMBRES DE ESTADO

Al lado de los «nombres de acción» en *-t*, hay que establecer ciertos «nombres de estado». Debe de haber algunos en los que el radical se identifica con una raíz, como *H_1es*, «existencia». Pero también los hay que se forman por derivación, por ejemplo, mediante un sufijo *$-eH_1$ que dará *-ē*. Así, por ejemplo, **lat-eH_1*, «latencia», «presencia oculta», o **lub^{h}-eH_1*, «preferencia, apreciación», que aparecerán más tarde, en latín, como *late-t*, *lube-t* o *libe-t*, con asimilación formal de los «nombres de acción», cuando haya tenido lugar la «conjugación», de donde proviene la *-t* final de 3.ª persona. Su relación sintáctica con el contexto es la que hemos encontrado anteriormente en *agricola*, «agricultor», donde el primer elemento tiene valor de un genitivo, de donde se obtiene **reg H_1es*, «(hay) – de (un) jefe – existencia». Tenemos igualmente **reg lat-eH_1*, «(hay) – del jefe – presencia oculta». Si tiene que intervenir otro participante, será de forma indirecta, como un complemento de atribución marcado por la partí-

cula *ey*: **reg ey... lubeH*$_1$, «(hay) atribuida al jefe... preferencia». En latín se tiene también *mihi libet* con la designación de la persona que experimenta la preferencia o que aprecia en dativo. Obsérvese el *me* del francés *ça me plaît*, «eso me agrada».

De la raíz **g*^{hw}*en*, «golpe», se deriva un «adjetivo» mediante el sufijo *e/o*, de donde procede **g*^{hw}*ene*, «(el) del golpe». Posteriormente, mediante el acento distinguiremos entre **g*^{hw}*ené* > **g*^{hw}*oné*, «asesino», «autor del golpe», y **g*^{hw}*éne* > **g*^{hw}*éno* y, por analogía, **g*^{hw}*óno-*, «el resultado del golpe», «el asesinato», que, de manera regular, da *phóno-s* en griego. Como nombre de autor, **g*^{hw}*oné*, «el que ha golpeado», podrá ser adjuntado a la designación de un individuo, **reg*, «jefe», por ejemplo, o a un personal como **H*$_2$*e*, «yo», en una relación de identificación. Esta relación, que es casi la de los dos términos de una ecuación, debe ser concebida como la que será marcada más tarde por la cópula. Por tanto, no indica en absoluto subordinación de un elemento al otro y no está marcada formalmente. Así pues, tendremos sin más **reg g*^{hw}*oné*, «jefe = asesino», «(es) el jefe (quien ha) golpeado». Si la persona en cuestión es «la primera», «yo», el pronombre no tendrá la forma casi posesiva *-mo*, sino la del asintáctico *H*$_2$*e*. La combinación del «nombre de autor» con un personal asintáctico dará lo que se conoce como perfecto.

En el estado de lengua cuyos rasgos sintácticos fundamentales acabamos de esbozar, la forma pura de los radicales sustantivales (del tipo **reg*) y las formas asintácticas de los pronombres personales (del tipo *-H*$_2$*e*) se combinan sin restricción con cualquiera de los «nombres» que se hallan en el origen de los verbos que empleamos para designar 1) el paciente, con los «nombres de acción» («la bestia» en «el jefe mata la bestia»), 2) el participante principal en los «nombres de estado» («el jefe» en «presencia oculta del jefe»), 3), con aquello que dará lugar al perfecto, es decir, tanto al autor de la acción como a un eventual paciente afectado por la misma, es decir, en «el jefe = el que ha matado la bestia», tanto «jefe» como «bestia». Esta forma es lo que se conoce como **absolutivo**. En los contextos no vocativos y no propiamente nominativos, en los que asume un valor realmente sintácti-

co, podemos decir que ella es el primer determinante del núcleo predicativo, incluso con un «nombre de acción» como *g^{hw}*en-t* que, inicialmente, no implica necesariamente ningún agente y simplemente equivale a «(hay) golpe». En este caso, el determinante esperado es el paciente, por ejemplo, *g^{h}*wer* *g^{hw}*en-t* «(hay) golpe del animal salvaje».

DEL NOMBRE DE ACCIÓN AL VERBO

La situación cambiará cuando la forma en *-t* adquiera el rango de 3.ª persona, cuando, por ejemplo, sobre el modelo de 1. *g^{hw}*en-mo* y 2. *g^{hw}*en-so*, formas que más tarde darán la voz «media», se forma una 3. *g^{hw}*en-to* y ciertos presentes *hic et nunc*: *g^{hw}*en-t-i*, voz «activa», y *g^{hw}*en-to-i*, voz «media». Desde ese momento, la expresión del agente resultará automática, obligatoria, para todos los «nombres de acción» que, con su flexión personal, adquieran lo que podemos llamar categoría verbal. Para los que en adelante se conviertan en verbos de acción, se impone un complemento obligatorio que, debido a su presencia permanente, tenderá a asumir el valor de tema del discurso, o, si se quiere, de sujeto, y tenderá asimismo a reducir el paciente al papel de anexo facultativo: el núcleo del enunciado ya no es «golpe del objeto», sino «alguien golpea».

La flexión personal mediante antiguos posesivos se impondrá a los «nombres de estado», que, ellos también, se convierten en verbos, por consiguiente lo que era *H_1*es* «(hay) existencia», da lugar a *H_1*es-t-i*, con valor de «él existe», *H_1*es-m-i*, «yo existo», etc. Sin embargo, en los mismos lugares donde se impone la *-t-*, algunos verbos de estado limitan la flexión únicamente a la tercera persona, y se mantienen, por tanto, en lo que conocemos como impersonales; así en latín *libet*, «place», que, sin embargo, puede tomar como sujeto *un pronombre neutro*: *quod libet*, «lo que place», continuando la persona afectada en dativo: *quod mihi libet* «lo que me place».

Los sustantivos que no designan entidades activas apenas tienen ocasión de aparecer como sujetos de los verbos de acción. Por tanto,

no tendrán ninguna ocasión de que se le afije el elemento *-s* (< **es*), marca del agente. Con los verbos de estado, el único participante puede ser tanto una entidad activa, por ejemplo «el hombre», en «el hombre parece fatigado», como una entidad pasiva, por ejemplo «el tesoro», en «el tesoro está oculto». Inicialmente, este único participante se presentaba bajo la forma del radical puro, pero la extensión a los verbos de estado de la flexión personal de los verbos de acción entrañará la utilización de formas sustantivales en *-s* paralelas a las desinencias personales. Esto, no obstante, sólo se producirá *en la medida* en que estas formas estén bien ancladas en la memoria debido a su frecuencia en construcciones con verbos de acción. Por consiguiente, para las entidades generalmente pasivas, se conservarán los radicales puros, no teniendo los niños que aprenden la lengua ocasión de oírlas con una *-s* afijada. Consideremos por ejemplo «el mar», lat. *mare*, que, recordémoslo, inicialmente designa una extensión de agua en calma. Frecuentemente se empleará con valor de ablativo («viene del mar») indicado mediante la partícula **és*, posteriormente convertida en la desinencia *-és*. Más tarde se utilizará esta combinación como genitivo en vez de yuxtaponer la forma pura simple. Pero como esta agua en calma o bien es el lugar donde ocurre algo (locativo), o aquello a propósito de lo cual se puede decir algo, pero que prácticamente no es presentada nunca como la iniciadora de ninguna acción, difícilmente aparecerá provista de la marca *-s* del agente. Los hablantes, por tanto, no se sentirán nunca tentados a sustituir el radical **mori*, o **mari* —que se emplea, fundamentalmente, con los «nombres de estado» y después con los verbos a que han dado lugar— por un **mori-s* que no se oye nunca en otros lugares. Consideremos asimismo **kreid*^{h}*ro*, el instrumento que limpia, «la criba», lat. *cribru-m*, ing. *riddle* (< *hridder*). Con un verbo de acción, lo vemos perfectamente utilizado en (caso) instrumental o como objeto. Nada ha podido impedir a un hablante con imaginación presentarlo como el iniciador de una acción, pero **krei-d*^{h}*ro-s*, con *-s*, seguía siendo una ocurrencia aislada, con escasas posibilidades de influir en el comportamiento de las generaciones futuras. La forma pura **kreid*^{h}*ro* era la que se utili-

zaba para indicar el participante único de los verbos de estado y en relación con un atributo sustantival o adjetival: «la criba es un instrumento que...», «esta criba está inutilizable». Decir que lat. *cribru-m* es «neutro», es decir exactamente que su forma base, tardíamente provista de una *-m* como veremos más adelante, se emplea tanto para el objeto de un verbo de acción como para el participante único de un verbo de estado, es decir, para lo que conocemos como sujeto.

En el caso del perfecto, la flexión tradicional, mediante antiguas formas pronominales asintácticas del tipo 1. *-H_2e*, no se ha visto afectada, al menos en la 1.ª y 2.ª personas del singular. Con todo el derecho, se la utilizaba constantemente y sin ninguna duda por los niños desde edad muy temprana. Esto pudo retrasar la extensión al perfecto del empleo de la forma de agente en *-s* como equivalente de un elemento pronominal que, aquí, tenía la forma cero. En otros términos, frente a una construcción activa en la que la *-t-* de 3.ª persona del verbo aparecía paralelamente a la *-s* del sujeto, debió de mantenerse durante algún tiempo una construcción de perfecto en la que al cero de la 3.ª persona del verbo correspondía el radical puro, de desinencia cero, para lo que estaba en vías de convertirse en sujeto. El determinante eventual del «nombre de autor» era un radical puro con valor de genitivo. En un primer momento, no cambiará de forma, sino que se asimilará gradualmente, en lo que al valor se refiere, al objeto de los verbos de acción.

Cuando se establece la «conjugación», por tanto, estamos —además de la proposición nominal correspondiente a lo que más tarde serán dos nominales unidos por la cópula— ante tres tipos fundamentales de construcción:

1) la construcción de los verbos de acción con objeto (construcción transitiva);
2) la construcción de los verbos de estado que se confundirá con la de los verbos de acción sin objeto;
3) la construcción de los perfectos (transitiva o intransitiva).

Podemos visualizarlas como sigue, con un verbo V en 3.ª persona y una primera columna en la que figura lo que se convierte en sujeto,

una segunda con lo que se convierte en objeto, y una tercera con el verbo:

1.	N-s	N	V-t
2.	{ N-s / N }		V-t
3.	N	N	V

Esta es la forma del objeto que ahora debe llamar nuestra atención. Donde éste figura, entre los transitivos de los tipos 1 y 3, mantiene la forma no marcada del radical puro. En el tipo 1, se distingue perfectamente del sujeto caracterizado por *-s*. En el tipo 3, por el contrario, es posible la confusión. La posición del objeto inmediatamente antes del verbo, tal como figura en el esquema anterior, con toda seguridad no asume una auténtica pertinencia, principalmente, en el tipo 1, pero tampoco, por extensión, en el 3. Por tanto, habrá casos en los que será necesario establecer una distinción formal entre sujeto y objeto donde ésta no exista, y es entonces cuando interviene la utilización del nuevo alativo en *-m* para marcar el objeto. Esto, como se ha visto, es lo que ocurrió en español, donde el alativo, marcado mediante la preposición *a*, se emplea en los lugares en que el sentido del término en función de objeto podría sugerir un papel activo para su referente. Se advierte esto en indoeuropeo, donde sólo los no neutros, que pueden ser concebidos y empleados como agentes, reciben la *-m* de alativo. Algunos neutros como lat. *mare*, «mar», *pecu*, «rebaño», *animal*, «animal», *iecur*, «hígado», aparecen como objeto bajo la forma del radical puro.

LOS NEUTROS EN «-O-M»

La excepción, y es de importancia, está representada por las formaciones adjetivales en *-e/o* que, a su vez, reciben la *-m* del acusativo. Este tratamiento particular se explica perfectamente. Consideremos la formación adjetival **new-o*, «de ahora», «nuevo», procedente

de **nu*, **new*, «ahora»; se empleará sustantivadamente para designar cualquier novedad, a cualquier recién llegado. Con este último valor, la utilización de la *-m* de acusativo será automática. Pero en un estado de lengua en el que el adjetivo apenas se distingue del sustantivo, en el que el género femenino todavía no existe, en el que la concordancia de género no es todavía más que una redundacia poco afortunada, el adjetival **new-o*, cualquiera que sea su referente, representará una misma y única unidad lingüística, y, portanto, si *-m* se manifiesta en el acusativo, aparecerá automáticamente en tal estado de lengua. Por consiguiente, tendremos **new-o-m* en acusativo, *tanto si se trata de una cosa inerte como si se trata de un ser animado*. Si resulta que la entidad designada de este modo se halla en el origen de una acción, la forma **new-o-s* será utilizada de modo natural. Pero si esta «novedad» es inerte por naturaleza, apenas tendrá ocasiones de emplear a este propósito la forma en *-s* que implica una intervención activa. Lo que originariamente es sólo una cuestión de frecuencia de empleo terminará enquistándose como una forma de oposición entre unidades que distinguen las formas de acusativo de las de nominativo y otras que no lo hacen. Entre los sustantivos en *-o*, de origen adjetival, unos podrán realizar esta distinción: los no neutros, como **dom-en-o*, «dueño», **snus-o*, «nuera», respectivamente, con los nominativos **dom-en-o-s*, **snus-o-s* y los acusativos **dom-en-o-m*, **snus-o-m*. Los demás, que en lo sucesivo pueden emplearse como sujetos, a partir del momento en que esta función ya no implica automáticamente una actividad creadora, con verbos de estado por ejemplo, tendrán una forma indiferenciada para ambos casos, que, naturalmente, será la forma en *-o-m*, única documentada anteriormente. Sea, por ejemplo, el antiguo adjetival **ped-o* derivado de *ped-*, «pie». Tanto en función de sujeto como de objeto, aparecerá con la forma **ped-o-m*, la que encontramos en el origen del sct. *padám*, «huella», y del gr. *pédon*, «suelo».

Lo que ciertamente ha contribuido a la generalización de la *m* entre los no neutros en general y los radicales neutros en *e/o* es el desequilibrio entre forma y valor, resultante del empleo de una forma

marcada con *-s* para el caso del sujeto que se imponía, ya no solamente como la forma del agente, sino como la forma asintáctica empleada en la nominación y, muy pronto, en la llamada, y que se convertía en el acompañante obligado de cualquier forma verbal en modo personal. Esto le suponía una frecuencia muy superior a la del caso objeto, llamado acusativo, que estaba excluido de las construcciones intransitivas. Ahora bien, este objeto se presentaba inicialmente como la forma pura del radical, y era absolutamente anormal que la forma más frecuente fuese la más pesada, mientras que la otra continuaba identificándose formalmente con el radical puro. En otros términos, el caso del objeto continuaba identificándose con el antiguo absolutivo, mientras que, en beneficio de su concurrente en *-s*, había sido privado de sus prerrogativas de nominativo propiamente dicho e iba a serlo muy pronto de las de vocativo. La extensión de la *-m* a la categoría de los neutros en *e/o*, la que tenía más posibilidad de expansión, tendía a atenuar este desequilibrio. La eliminación paralela de la *-s* de nominativo, cada vez que la evolución fónica lo permitía, ha sido otra manera de restaurar un estado de lengua más conforme con una ley permanente de la economía de las lenguas, según la cual se simplifican las formas frecuentes y, por ello mismo, poco informativas.

No sería preciso creer que la división de los sustantivos en dos clases: neutros y no neutros derivaría de una manera particular de percibir el mundo anterior al establecimiento, en la lengua, de un comportamiento diferente de las unidades de las dos clases. Si, desde antes del establecimiento del género, se distinguía entre el agua que fluye $*H_2ek^{w}eH_2$ (latín *aqua*, danés *å*, «río») y el agua que se utiliza **we/oden* (griego *húdōr*, danés *vand*, ruso *voda*), era debido a que por encima de una identidad de substancia, se trataba de realidades funcionales diferentes. Estas realidades funcionales condujeron a que **we/oden* apareciera tan excepcionalmente acompañado de la partícula de agente que, en él, la *s* no adquirió nunca el rango de desinencia. La clase de los neutros se limita a agrupar los sustantivos que estuvieron expuestos a la misma restricción de empleo. Las ideas que los

hombres se forjan del mundo en que viven dependen, en amplia medida, de las estructuras lingüísticas que emplean para comunicar sus experiencias. No se observa, por el contrario, que las categorías lingüísticas puedan verse directamente influidas por las creencias, las ideologías o las modas, fuentes todas ellas de innovaciones léxicas, sino que se introducirán en los moldes preestablecidos de las clases de monemas y de los esquemas sintácticos preexistentes. No fue el pensamiento el que creó el lenguaje, si no que fue éste el que, nacido de las necesidades comunicativas más diversas, permitió al hombre acceder al pensamiento.

Capítulo XI

EL VOCABULARIO

Reconstruir el vocabulario de una lengua desaparecida plantea problemas bastante diferentes de los que encontramos cuando se trata de restituir su gramática. Al ocuparse ésta de las relaciones mutuas de las unidades lingüísticas en la cadena hablada, la interpretación de un hecho gramatical se hará teniendo en cuenta lo que encontremos en esa cadena o, como se dice de manera más culta, en función de sus relaciones sintagmáticas. Si nos aventuramos más allá de los textos más antiguos, la verificación de las hipótesis relativas a la estructura gramatical depende de la coherencia del modelo reconstruido. Cuando se trata del vocabulario, la comprensión de las palabras está ciertamente asegurada de manera muy amplia por los contextos en que las encontramos, pero desde el momento que tratamos de remontar más allá de los textos, uno se hace muy dependiente de la naturaleza de las realidades designadas, es decir, de los datos arqueológicos [1].

[1] Remitimos, para todos los casos, a los diferentes diccionarios etimológicos citados anteriormente, nota 1 del capítulo IV. Entre ellos, hay que mencionar de manera muy especial el *Dictionary of Selected Synonyms* de Carl D. Buck.

EL PARENTESCO

No obstante hay campos en los que el vocabulario reproduce ciertas estructuras sociales y en los que, en consecuencia, la identificación de cada unidad se efectúa por referencia a las demás unidades del dominio, como ocurre en fonología y en gramática. Tal es, en particular, el caso de las relaciones de parentesco. En español, por ejemplo, *padre* implica necesariamente *hijo* o *hija*; *tío*, necesariamente *sobrino* o *sobrina*. Podemos resaltar que las relaciones comprobadas entre *padre* e *hijo* están en la naturaleza de las cosas y que la lengua en este caso se limita a reflejar la realidad. Pero no se ha dicho que la relación de procreación que cimenta los vínculos entre *padre* e *hijo* haya sido, en una época y lugar determinados, aquella sobre la que se sustentaba la célula básica de la sociedad. Hemos visto que si la reconstrucción de la forma correspondiente a esp. e it. *padre*, fr. *père*, ing. *father*, etc., apenas planteaba problemas, el valor correspondiente a esta forma había debido de evolucionar considerablemente en el curso del tiempo. Este valor podemos encontrarlo de nuevo, o al menos adivinarlo, si partimos de las relaciones implicadas por los demás términos que podemos reconstruir en el mismo dominio. Nuestra tarea, en esta cuestión, se verá facilitada por los progresos realizados por la etnología, o, como se suele decir, por la antropología social, en el curso de los últimos decenios.

La estructura básica de la sociedad es necesariamente aquella que asegura su supervivencia, la que permite la reproducción de la especie y el mantenimiento con vida de los nuevos recién llegados. La persona más directa y evidentemente implicada en la cuestión es la que llamamos madre, la que lleva al niño, lo trae al mundo y lo alimenta hasta el final de la lactancia. Sin duda, para que haya niño se ha precisado la intervención de un varón, pero nada dice que sea conocida la identidad de este varón, ni siquiera por la madre. En la medida que la supervivencia de la especie exige que a la madre y a su

hijo le sea asegurada ayuda y protección por un individuo del sexo contrario, este individuo será alguien de cuyo parentesco biológico con la madre no se pueda dudar, es decir, un hermano, del que todo el mundo sabe que es de la misma matriz que ella. A falta de un hermano de la madre, es decir, de ese que designamos como tío materno, el individuo podrá ser, en la generación precedente, el hermano de la madre de la madre, por consiguiente el tío abuelo del niño. El único parentesco válido es, por tanto, el que pasa por la madre. Actualmente todavía, en Israel, es considerado judío aquel cuya madre es judía. En estos casos se dirá que el parentesco tiene lugar por vía materna.

Tarde o temprano, sin embargo, el progenitor varón podrá darse a conocer, bien porque aprecie la presencia de la madre del niño, en calidad de pareja sexual, bien porque vea en ella una fuente de diferentes ventajas, que van de la ayuda doméstica a los trabajos de los campos y a la producción de niños, que, a su vez, pueden ser fuentes de ingresos; ventajas inherentes también a las relaciones que establece con los parientes de su compañera. Aunque no escape a nadie que existe una relación de causa a efecto entre la actividad sexual y la venida de los niños, el participante varón en la cópula no tiene nunca la seguridad de ser él realmente el progenitor de un niño determinado. Por el contrario, son patentes los vínculos de sangre que unen al tío materno con el niño. Por tanto, entre el compañero de la mujer y el hermano de ésta se establecerá un reparto de responsabilidades cuya naturaleza variará de una sociedad a otra. Muy frecuentemente es el tío quien manifiesta más afecto hacia el niño, pero asimismo encontramos situaciones en las que se muestra más severo que el cónyuge.

El establecimiento del patriarcado resulta de la decisión del compañero de la mujer de asumir enteramente la responsabilidad sobre los niños nacidos de ella. Así pues, pide ser no sólo protector y educador de esos niños, sino también el progenitor. La única seguridad que pueda obtener en este sentido resultará del enclaustramiento de la mujer en un gineceo, o un harén, implicando este último, como se sabe, la existencia de varias compañeras femeninas. Cuando este enclaustramiento se revele difícil o económicamente poco deseable, le

quedará al hombre el recurso de eliminar al niño cuya filiación no es segura, exponiéndolo al apetito de los depredadores. La mitología griega nos ofrece muchos ejemplos de niños que, como Edipo, son abandonados por su padre en la naturaleza. Actualmente, es reconocido como hijo del jefe de familia el que éste ha elegido como tal, lo que abre las puertas a la adopción.

Sin afirmar que el paso del parentesco por vía materna al patriarcado es irreversible, podemos afirmar que representa un proceso evolutivo normal, es decir, que es posible que el varón, debido a su fuerza, trate finalmente de asegurar su dominio en la célula social básica. En lo que concierne a los «indoeuropeos», la reconstrucción que podemos intentar, a partir de los datos disponibles, conduce a un sistema patriarcal en el que subsisten sin embargo algunos vestigios de una estructura más antigua en la que se afirma la prioridad de las relaciones con la madre.

Esta célula básica es lo que se llama la gran familia, agrupada bajo la autoridad de uno solo, el **pater-*, el protector, más patrón que padre, normalmente el más antiguo de su generación. Los hijos menores, cuando no se han alejado para fundar su propia familia, viven bajo su autoridad. Dispone verosímilmente de muchas compañeras sexuales, pero en su mayoría de rango servil, estando una sola de ellas habilitada para proporcionar pretendientes legítimos a la sucesión. No obstante, si ésta se revela incapaz de asegurar una sucesión masculina, el hombre podrá recurrir a una concubina. El carácter de esposa resulta, sin duda, de su pertenencia inicial a otra familia con la que, por este motivo, existen relaciones privilegiadas. No es verosímil que la palabra **māter-* haya estado reservada a las relaciones que se establecen entre la esposa y su progenitura. Debió de designar a toda mujer del grupo social, incluidas las esclavas, que ha traído un niño al mundo. Por consiguiente, inicialmente no hay ningún paralelismo entre **pater* y **māter*.

Los *hermanos*, **bʰrātres*, no han nacido necesariamente de un mismo progenitor y de una misma madre. Lo son todos los varones que pertenecen a la misma generación, incluidos, por tanto, los que designaríamos como primos hermanos.

Lo mismo ocurre con las hermanas, **swe-sōr-es*. Como hemos visto, este último término es analizable: **swe*, que dará nuestro pronombre reflexivo, no implica otra cosa más que la pertenencia original a la gran familia. Para las esposas de los **bhrātres*, que, en una estructura exogámica, proceden necesariamente de otras familias, el latín presenta *uxor*, otra palabra en *-sor-*, pero cuyo elemento inicial *uk-* no identificamos. Cualquier relación entre «hermanos» y «hermanas», incluso en el sentido muy amplio que entonces tenían estos términos, sería incestuoso. Inicialmente, esto constituiría un pecado, si no contra la moral, sí contra la economía del grupo, en el que las «hermanas» representan una preciosa moneda de intercambio. Esto, naturalmente, implica la importancia conferida a la virginidad de las muchachas.

Aunque en fecha antigua no se encuentre rastro de la mística cristiana de la virginidad, la costumbre germánica de la *Morgengabe* (ing. ant. *morgengifu*), regalo hecho por el marido después de la noche de bodas[2], sugiere que la pérdida de la virginidad debía de implicar una seria devaluación.

Sólo más tarde, allí donde la gran familia dejó paso a organizaciones más conformes con nuestros hábitos contemporáneos, se pudo advertir, en las lenguas particulares, la sustitución de los términos **b^{h}rāter-* y **swe-sōr*, por ciertas formas que expresan el parentesco fisiológico. El griego tiene, para «hermano» y «hermana», *adelphós* y *adelphé*, es decir, dos adjetivos que se reconstruyen como **sm̥-g^{w}elb^{h}-o*, **sm̥-g^{w}elb^{h}eH$_2$*, es decir, «de una misma matriz». El griego presenta efectivamente *delphús* para «matriz». De la misma raíz se deriva el nombre de varios animales jóvenes, como ing. *calf*, al. *Kalb* (pl. *Kälber* < **g^{w}olb^{h}us-*), «ternero». De manera análoga, pero en fecha más reciente, el español derivó *hermano/hermana* del lat. *germanus*, de la raíz **gen-* que se refiere al engendramiento. En una y otra lengua, los reflejos de **b^{h}rāter-* asumen el valor de «miembro de un grupo» social o religioso.

---

[2] Véase Jack Goody, *L'évolution de la famille et du mariage en Europe*, París, 1985, apéndice II.

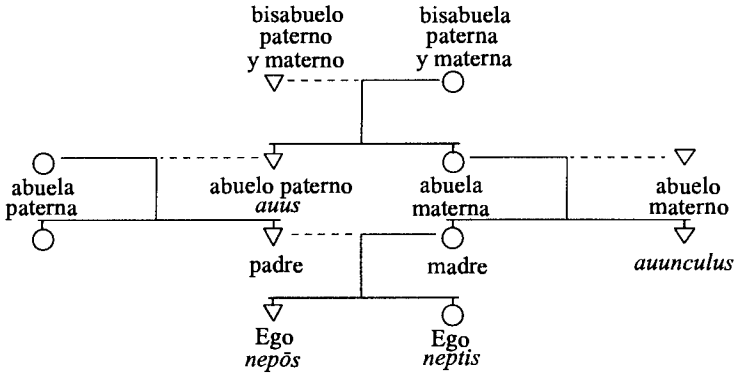
En la gran familia, las palabras reconstruidas como **sunu-* y **d^hug^hater-* y que sobreviven, en inglés, para indicar la filiación masculina, *son*, o femenina, *daughter*, con toda verosimilitud, marcaban menos una relación específica de padre a hijo, que la relación entre personas que pertenecen a generaciones sucesivas. Un término como el lat. *fīlius* es originariamente un adjetivo, con un femenino *fīlia*. Se le debió de añadir a **sunu-* y a **d^hug^həter* para precisar que no se trataba de una vaga relación entre generaciones, sino de una filiación real acompañada de lactancia. En efecto, *fīlius* se deriva de una raíz **$d^hē(i)$*, «mamar». Asimismo, el letón tiene *dēls*, «hijo», y el ruso *ditia*, «niño», *deva*, «muchacha, virgen», de la misma raíz. Actualmente todavía, en el inglés el término *son*, o su diminutivo *sonny*, pensando en un muchacho de la generación siguiente, se prodiga mucho más de lo que ocurre en francés con *fils*, «hijo», y *fiston*, «hijito».

Particular interés tienen los términos que designaban las relaciones de la joven esposa, venida del exterior, con los diferentes miembros de la gran familia. Desde el momento de su llegada se encuentra bajo la autoridad de la esposa del jefe, a la que nosotros llamaríamos su suegra. La conoce como su **swe-krū*, donde *swe-* designa naturalmente la gran familia. En cuanto a *-krū*, no tiene ningún rasgo que lo marque como femenino, ya se trate del sexo ($ī < -iH_2$) o del género ($-ā < -eH_2$) y, en consecuencia, debe de ser una forma muy antigua. La encontramos, actualmente todavía, en al. *Schwieger(-mutter)*, «suegra». El «suegro», concernido menos directamente, era designado como el **swe-kuro-*. Sospechamos que el segundo elemento debió de estar influido por la analogía con **kuro-*, «fuerte, poderoso», en avéstico *sura*; tenemos una *ū* en el griego *kűrios*, «dueño», cuyo vocativo *kűrie* es conocido por el *kyrie eleison*, «¡Señor, ten piedad!». **Swekuro-* está en el origen del al. *Schwager* que designa el «cuñado».

A su llegada a la gran familia, la joven esposa encuentra los «hermanos», en sentido amplio, de su cónyuge, a los que designa como **$daig^weres$* que subsiste en el ing. ant. *tācor*. El latín todavía tiene *laeuir*, *lēuir* en el sentido restringido de «cuñado». Sabemos que el

levirato designa la costumbre hebraica según la cual la viuda debía casarse con su cuñado cuando no había heredero. Las **swesōres* de la familia son, para ella, **gəleH*$_3$-, lat. *glōs*, gr. *gálōs*, ruso *zolovka*. Con las demás esposas, forma el conjunto de las **yenə-tr-*, término todavía documentado en latín en la forma, modificada por analogía, de *ianitrīx*; el griego tiene *einatéres*, el sct. *yātar-*, y el ruso ant. *iatry*.

Uno de los rasgos más interesantes del vocabulario indoeuropeo de los nombres de parentesco es el arcaísmo que representa el término que generalmente traducimos por medio de «abuelo» y que, en forma diminutiva, ha dado el francés *oncle*, «tío». Las formas latinas son respectivamente *auus* y *auunculus*. Se encuentra el equivalente de *auus* en el hitita *huhhas* reconstruido como **H*$_2$*euHo-*, **H*$_2$*uHo*.



Esquema de las relaciones familiares en caso de matrimonios entre «primos cruzados» que combinan, de abuelo a ego, descendencia por vía paterna y materna.

Los triángulos designan los hombres, los círculos las mujeres. Las relaciones por vía materna están marcadas con trazo continuo; las relaciones del padre con sus hijos se indican con el trazo de puntos. Las formas latinas que indican las relaciones entre la persona considerada (ego) y sus antepasados en las relaciones por vía materna se hallan en cursiva. Se observará que el mismo individuo es, a la vez, abuelo paterno y tío abuelo materno, de ahí la ambigüedad del término *auus* con que se designa en latín.

Se ha de advertir que *auunculus* designa sólo el tío materno, siendo el paterno *patruus*. Pero la misma restricción no existe para el simple *auus* cuyo equivalente hitita tiene siempre el valor específico de abuelo paterno; el mismo *auus* parece aplicarse preferentemente a éste. Hay aquí una anomalía que, según Émile Benveniste[3], se puede explicar recordando un aspecto de un tipo de exogamia. No entramos aquí en el detalle de las relaciones entre las dos mitades del grupo social en cuyo seno funciona. Para resolver el problema que parecían plantear los valores divergentes de *auus* y *auunculus*, basta recordar que, según este sistema de emparejamiento, un muchacho se casa obligatoriamente con una chica cuya madre es hermana de su padre. En otros términos, el matrimonio se realiza siempre entre lo que se conoce como «primos cruzados», pero excluyendo el caso en que el padre de la chica es hermano de la madre del muchacho. Si consideramos ahora una persona que es producto de ese matrimonio, comprobamos que debido a ciertas casualidades que se relacionan con la descendencia por vía paterna, no es seguro que biológicamente esté emparentada con su abuelo paterno a través de su padre, pero sí lo está, sin ningún género de duda, debido a que su abuela materna, de la que con toda evidencia desciende, era hermana de ese abuelo. Es ésta una manera elegante de conciliar lo que, a primera vista, parece inconciliable, a saber, de una parte el patriarcado y, de otra, la seguridad del parentesco biológico que asegura la descencia por vía materna. Definir el *auus* como el abuelo paterno es correcto desde el punto de vista patriarcal, el que, con toda evidencia, prevalece en la sociedad romana. Pero para comprender la identidad formal parcial de *auu-s* y *auu-nculu-s* hay que entender que el primero designa lo que concebimos como el tío abuelo materno; el segundo, diferenciado por el afijo diminutivo *-nculu-* , es el tío materno. Nuestra relación tío abuelo – tío corresponde, por tanto, en las formas latinas, a la relación tío – tío de la siguiente generación, explicándose la diferencia como consecuencia de la diferencia del punto de vista: tenemos todas

[3] En *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, París, 1969, libro 2, cap. 3.

las posibilidades de identificar mejor a nuestro tío que a nuestro tío abuelo, mientras que en una sociedad con estructuras más restrictivas y más jerarquizadas, era el tío abuelo el que se imponía en primer lugar como garante de una descendencia biológica asegurada.

Lo que se acaba de decir acerca del tío y del tío abuelo vale, *mutatis mutandis*, para el sobrino y el sobrino nieto. Debemos partir de una forma **népot-*, con una variante **nept-* para la sobrina, variante que va seguida del sufijo de sexo femenino *-iH_2-*, de la que deriva el sánscrito *napāt* y *naptīs*, y el latín *nepōs*, *neptis*. En las sociedades indoeuropeas más conservadoras se trata siempre de los hijos de la hermana o de los descendientes por vía materna en general. Por consiguiente, las relaciones marcadas por *auus* y *auunculus*, se expresan, en otra dirección, por *nepōs*. Como en el caso de *auus*, los términos *nepōs* y *neptis*, en el cuadro del patriarcado, podrán designar además los productos de una descendencia masculina, pero, en latín, algunos empleos recuerdan el trato condescendiente que el tío daba a los niños de su raza frente a la rígida disciplina impuesta por el *pater familias*. El *nepōs* viene a ser el niño consentido, y todavía hoy designamos como nepotismo al comportamiento del que favorece sistemáticamente a los miembros de su familia.

La gran familia, cuyo funcionamiento acabamos de esbozar a grandes rasgos, con su estructura estrictamente jerarquizada, desempeñó un gran papel en la expansión indoeuropea. El que está al frente de la misma, el **pətēr*, es también considerado como el jefe de la casa, en griego *despótēs*, al que se considera formado de *dems-*, genitivo de *dem-*, «casa», y de *pot-*, que designa al que tiene el poder: el latín *potest*, «puede», se analiza claramente como *pot-*, «potente», más el verbo «ser». De *despótēs*, naturalmente, se deriva nuestro *déspota*, y esto explica la tentación que podía tener todo hermano menor de ir a fundar su propia familia en otro lugar para escapar de la dominación del jefe. El mismo término *dominación* se refiere al comportamiento del *dominus*, jefe de la casa, *domu-s*. En esto precisamente radica el tipo de organización social que revelan los kurganes y que las conquistas indoeuropeas debieron de imponer en amplias extensiones de

Eurasia antes de que la evolución de las economías y la influencia de los sustratos de los diversos pueblos subyugados determinaran una distensión de las disciplinas patriarcales.

El advenimiento del Cristianismo, haciendo hincapié en la salvación individual, vino a debilitar la fuerza de los vínculos familiares. La posibilidad de testar permitió al individuo privar a sus descientes de su herencia en favor de las instituciones monacales con la esperanza de una mejor suerte en la vida del más allá[4].

Resulta difícil reconstruir un término que designe la gran familia. En latín se dispone de *gens*, de la raíz *gen-*, «engendrar», para designar las personas identificadas como del mismo origen masculino. Pero, en Roma, la *gens* ya no es la célula básica. Ésta es la *familia*, es decir, «la casa», caracterizada por la presencia de esclavos, los *famuli*. Esto quiere decir que, incluso cuando permanecían relativamente próximos al hermano mayor, en la misma ciudad, los hermanos menores pudieron distender los vínculos de sumisión que los vinculaban a él.

LA SOCIEDAD

De manera general, la naturaleza y la estructura de las células sociales debieron de evolucionar con el curso del tiempo. La unidad inmediatamente superior a la gran familia fue designada partiendo de la raíz **weik-*. Ésta puede presentarse con la forma **wik-*, sct. *viç-*, «establecimiento», que, por un proceso analógico frecuente (pasando el acusativo **wikm̥* a **wikim*), en balto y en eslavo se convierte en **wiki*, de donde procede el ruso *veś*, «aldea». La encontramos también en un derivado en *-e/os-*, gót. *weihs*, «aldea», y en otro en *-e/o-*, lat. *uīcu-s*, «manzana (bloque) de casas», de donde procede el derivado *uīcīnus*, «vecino», sct. *veçā-s* y gr. *(w)oîkos*, «casa». La palabra se refiere evidentemente al conjunto material de los edificios, pero su

[4] Esto es lo esencial de la tesis de Jack Goody, en *L'évolution...*

valor social se refleja en sct. *viçpatis*, «jefe de la aldea», y el lit. *vẽšpats*, «señor».

En germánico encontramos una palabra que vale tanto para la aldea como para la residencia individual, se trata del ing. *home*, que se corresponde con el gót. *haims*, con el lit. *kaimas* y con el gr. *kṓmē*, todos con el significado de «aldea»; el ruso *sémia*, que se deriva de él, designa la familia. La raíz **kei-* da la impresión de querer decir «estirarse para dormir», que es efectivamente el sentido del gr. *keîmai*. Con una derivación distinta, tenemos el gót. *heiwa-* en *heiwafrauja*, «cabeza de familia», alto alemán antiguo *hīwo*, «marido»; se relaciona con esta palabra el lat. *cīui-s*, «ciudadano», en la que el valor político es probablemente tardío. El conjunto de los ciudadanos forma la *cīuitās*, la «ciudad». Esta palabra desplazó el antiguo término occidental que designaba el pueblo, en osco *touto*, en irl. *túath*, en gót. *þiuda*, a partir del cual una derivación adjetival dio, en latín carolingio, *thiusdice*, «popular», que se oponía a *romanice*, «de lengua romana». Como hemos visto, de esta palabra se deriva al. *deutsch*, «alemán», en fr. *tudesque*, y en esp. *tudesco*. Un tratamiento dialectal de un posible latín **teuta* desembocaría en *tōta*, de donde procede el masculino *tōtus* con el sentido de «todo entero». Se ha de observar que el ruso *veś*, «aldea», tiene también el sentido de «todo».

Se habrá advertido la facilidad con que se pasa de valores estrictamente materiales a valores abstractos con implicaciones sociológicas, incluso políticas.

Podemos pensar que en una época determinada, la unidad material correspondiente a **wik-* pudo coincidir con el clan. Entre el clan y la ciudad, hay que ubicar la tribu. Pero no es posible reconstruir, para esta noción, una palabra que pertenezca a más de un grupo. La palabra latina *tribus*, en la que se ha querido interpretar que *tri-* hace de la tribu el tercio del pueblo, no está documentada fuera del itálico. Un término que goza de una difusión un poco más amplia es la que corresponde al alemán *Heer*, «ejército». En germánico, tiene un sentido estrictamente militar, teniendo el verbo correspondiente el valor de «saquear», «devastar». Lo mismo ocurre en balto, donde quizá

constituya un préstamo del germánico. En celta, el sentido de las palabras correspondientes es más bien «tropa», «comunidad», y el nombre del pueblo galo de los *Petru-corii*, que, como hemos visto, dio *Périgord*, evoca, más que un ejército propiamente dicho, una tribu que se desplaza con armas y bagajes. El mismo valor incierto caracteriza los antecedentes del ing. *folk*, al. *Volk*, «pueblo», pero antiguamente fue una tropa guerrera, como vemos por el eslavo, donde la palabra —que en ruso es *polk*, tomada en fecha muy temprana de los germanos— designa el ejército.

La «ciudad» no figuraba en la visión del mundo indoeuropeo común, ni en el sentido político del término ni en su sentido material. Los términos que corresponden actualmente a esas nociones se derivan de designaciones vagas: de lugar, como el al. *Stadt*; de vivienda, como el escandinavo *by*; de cercado, como el ing. *town* o el ruso *gorod*; de finca, como el francés *ville*. Únicamente el griego *pólis* parece que puede ser equiparado a algo distinto, especialmente al sct. *pūr-*, *pur-*, que encontramos en la final de *Singapur* y en muchos nombres de pueblo en la India. El lit. *pilis*, con el sentido de ciudadela, indica el valor primitivo del término.

Sobre la estructura de las sociedades indoeuropeas antiguas, actualmente disponemos de los resultados de investigaciones llevadas a cabo especialmente, en Francia, por Georges Dumézil[5]. Mediante un cotejo de los datos recogidos en los dos extremos del mundo indoeuropeo, en Roma y en la India antigua, se dedujo la existencia de tres clases sociales: una, en posesión del poder religioso, es la de los sacerdotes; la segunda, la de los guerreros, y la tercera, encargada de lo que llamaríamos la «intendencia», es decir, la satisfacción de las necesidades materiales, es por tanto, en épocas relativamente recientes, la de los agricultores, o, en fecha más antigua, la de los pastores. El orden en que se las acaba de citar marca una jerarquía.

[5] Véase, especialmente, *Les dieux souverains des Indo-Européens*, París, 1977.

LOS DIOSES

Una jerarquía paralela existe entre las divinidades que consideramos que presiden las actividades de las tres clases. Roma por una parte y la India védica, por otra, figuran entre las sociedades en que mejor representada se halla la clase sacerdotal. Se ha tratado de equiparar, si no de identificar, a los *flamines* romanos con los brahmanes indios, a pesar de las dificultades formales. Éstas son también dos de las ramas en que se halla perfectamente establecida la forma que dio en latín *rēx*, de donde provienen el español *rey* y el fr. *roi*, en sct. *rāj-*. Sin duda habría que incluir en el grupo a los celtas, que conocieron el cuerpo de los druidas y conservaron, bajo la forma *-rīx*, la designación del «rey». A pesar del paralelismo estructural no se extiende ni a las formas ni a los detalles de la organización. La cima de la jerarquía está ocupada, en Roma, por *Jupiter*, donde el radical permanente se reconstruye como **dye/ow-* (el genitivo es *iou-is*; equivaliendo *-piter* por supuesto a *-pater*, «el protector»); en la India védica encontramos la dualidad *Mitra-Varuṇa* que combina, oponiéndolos, el compromiso (*Mitra*) y la violencia (*Varuṇa*), es decir, las dos formas de arreglar las diferencias. A continuación viene el dios de la guerra, *Mars*, de una parte, e *Indra*, de la otra, y finalmente, correspondiendo con la tercera clase, ciertas divinidades menos claramente definidas como, en Roma, *Quirinus*.

Uno podría sentirse tentado a esgrimir que esta tripartición social se encuentra, de hecho, en casi todas partes, con los poseedores de los poderes, mágicos, en primer lugar; a continuación, los que representan la fuerza bruta, y, finalmente, los que sólo se imponen porque dependemos de ellos para la subsistencia. Encontramos esta tripartición, por ejemplo, en los tres estados del antiguo régimen en Francia y, en general, en la Europa medieval. Adquiere sentido para la sociedad indoeuropea sólo cuando se la compara con lo que podríamos considerar como desviaciones respecto a la misma, las que comprobamos

entre los germanos, donde el dios supremo, *Odin* (*Wotan* en su forma alemana), es el de los guerreros a los que recibe, después de su muerte heroica, en su Walhalla. En este panteón, *Týr* (ing. ant. *Tīw*), equivalente formal del *Jupiter* latino y del *Zeus* griego (todos de **dye/ow-*), palidece después de haber cedido su majestad a *Odin* y sus rayos a *Thor*. En la adaptación de los nombres de días de la semana latina, el *martes*, día de *Marte*, se ha convertido curiosamente en el día de *Tīw* (ing. *Tuesday*); el *miércoles*, día de *Mercurio*, en el de *Odin-Wotan* (ing. *Wednesday*, dan. *onsdag*); el *jueves*, día de *Júpiter*, en el de *Thor* (ing. *Thursday*, dan. *torsdag*).

Puede ocurrir también que la oposición entre la clase de los guerreros y la de los pastores-agricultores se atenúe, en la medida en que todo hombre libre puede ser considerado como un combatiente en potencia, sirviendo el hierro concurrentemente para la espada y para el arado (lat. *ense et aratro*).

Podemos, por tanto, mantener la tripartición en sacerdotes, guerreros y campesinos como un esquema social heredado, del período del indoeuropeo común, por algunas de las diferentes ramas. No obstante, la comparación apenas permite precisar lo que podía ser, antes de la partida de los anatolios, el panteón indoeuropeo. A excepción de Júpiter, cuyo nombre, con distintas variantes, se encuentra ampliamente difundido, las designaciones de los dioses, si no sus funciones, no se corresponden ya de una rama a otra. Por lo tanto, podemos establecer un dios del cielo diurno y del rayo **dye/ow*, evidentemente acompañado de otras divinidades, pero cuya designación no sabríamos reconstruir, ni siquiera su función exacta. En la óptica llamada pagana, se puede establecer un dios cada vez que se os escapa un eslabón de la casualidad a la que se supone una fuerza actuante. Cuando uno recuerda en qué consiste de hecho un nombre de género neutro, podemos estimar que todo no neutro es un potencial candidato a la divinidad. El fuego, por ejemplo, del que no vemos por qué brota repentinamente de materiales en los que se incuba, es un excelente candidato, y, efectivamente, *Agni*, «el fuego», es uno de los grandes dioses indios. Para la noción misma de «dios» tenemos unos cuantos

representantes de **deiwo-* —variante de **dye/ow*, que designa el dios del cielo y del día— en latín (de donde deriva el fr. *dieu*, esp. *dios*), en celta, en balto y en sánscrito. Pero el germánico, con el gót. *guþ*, ing. *god*, al. *Gott*, ha innovado; lo mismo le ocurre al eslavo, con *bogŭ*, ruso *bog* —tomado, sin duda, del iranio—, y al griego, con *theó-s*.

La que está perfectamente documentada es la oposición entre el hombre (la especie), que es «el terrestre», y el dios, que es celeste. Lat. *homo* —fr. *homme*, esp. *hombre*, it. *uomo*— se deriva de la raíz que designa la tierra, representada, por otra parte, en lat. por *humus*. Las formas celtas, del tipo del irl. *duine*, son exactamente del mismo origen, con una base que comienza, como hemos visto, por un fonema complejo que combina una articulación dorsal de tipo g^h, origen de la *h* del lat. *homo* y de la *g* de su equivalente en ing. ant. *guma*, con otra de carácter apical, d^h, que dio la *d-* celta. En frente tenemos, evidentemente, **dye/ow-* que es, a la vez, el cielo y la divinidad suprema. La misma oposición puede manifestarse, para **mrotós*, utilizando «mortal» para designar al hombre, como ocurre en persa y armenio con *mard*, y en griego con *brotós*.

LOS DESPLAZAMIENTOS

La comparación no informa adecuadamente sobre la clase de los guerreros. Las técnicas marciales varían considerablemente en el transcurso de los siglos, lo que entraña cambios en el vocabulario. No obstante, el caballo y el carro que arrastraba, que fueron los grandes instrumentos de conquista de los pueblos indoeuropeos, están ampliamente documentados por formas que podemos comparar entre sí. La designación más antigua para el caballo es la que sobrevive en el ing. *mare*, «yegua», perfectamente representada en germánico y en celta. Es la que tenemos en *mariscal*, inicialmente el servidor (*skalk-*) encargado de la vigilancia y cuidado de los caballos. Se la encuentra en Extremo Oriente, por ejemplo en chino, con la forma *ma*. Pero la palabra más extendida es una forma de tipo adjetival **ekwo-*, lat. *equos*,

gr. *híppos*, que encontramos en *ecuestre* e *hípica*. La comparación, tentadora semánticamente, con el griego *ōkú-s*, sct. *āçú-s*, «rápido», plantea dificultades formales. El ing. *horse*, que representa la forma más corriente en germánico antiguo, está próximo al latín *cursus*, «carrera». Esta palabra se remonta a una raíz con la que se vinculan las designaciones del carro en latín, *curru-s*, y en celta, *carro-s*. De otra raíz **ret*, con el sentido de «correr», «rodar», se deriva el latín *rota*, «rueda» (**rot-eH*$_2$), al. *Rad* y lit. *ratas*, de idéntico sentido. Anteriormente hemos encontrado la designación sánscrita del carro en forma de un adjetival procedente de **rot-eH*$_2$-.

La noción de desplazarse o de transportar en carro se expresaba mediante palabras derivadas de una raíz **weg*^{h}- representada por sct. *vah-a-ti*, «él transporta en carro», lat. *ueh-o*, «transporto», esl. ant. *vezǫ*, del mismo sentido. En griego, la desaparición de la *w*- inicial en el equivalente *(w)ekhō* condujo a una homonimia con otro verbo *ekh-ō*, con el sentido de «tener, mantener», proveniente de una raíz **seg*^{h}-, lo que limitó su extensión. La raíz está documentada también en las designaciones de vehículos. Con un sufijo *-e/os-*, tenemos en griego *ókhos-*, «carro», y, con *-no-*, formas con el sentido de «coche», en irlandés, *fén*, y en las lenguas germánicas, con sueco *vagn*, al. *Wagen*, ing. *wain*, *wagon*, procedentes todos de **we/og*^{h}*-no-*. Encontramos también esta raíz en plalabras con el sentido de «camino», como gót. *wigs*, al. *Weg*, ing. *way* y el lat. *uia*, del que proceden el esp. *vía* y el fr. *voie*.

El desplazamiento sobre el agua, ciertamente mucho menos frecuente, pudo designarse con términos que tenían el sentido de flotar, como se comprueba en el caso del griego *pleō* (<**plewō*). La raíz **pleu-* está documentada en eslavo, ruso *ply-t*, *plav-at'*- con los sentidos de «flotar», «nadar» y «navegar», pero en germánico, adoptó la forma **pleu-d-*, de donde procede el ing. *float*, al. *fliessen*, sueco *flyta*. En balto, con los mismos valores, tenemos formas derivadas de **pleu-k*. La embarcación, por su parte, es designada mediante una forma derivada de una raíz **neH*$_2$*w-* que aparece en el sánscrito *naus*, el gr. *naû-s*, el irl. *nau*, el isl. ant. *nó-r*, el armenio *naw*, el lat. *nāu-i-s*.

En germánico hay una forma en *-k-*: ing. ant. *naca*, al. *Nachen*, «nave, barca», que podría explicarse por el endurecimiento de H_2 delante de la *-s* de nominativo, habiendo tenido *-H_2w-* el tratamiento de H_3, es decir, [χ^w]. La huella de *-w-*, que encontramos en el isl. ant. *nǫkkve*, se debería en este caso a una extensión analógica a partir de los demás casos. Posteriormente, la palabra fue provista de un sufijo *-on-*, probablemente de valor diminutivo, todavía documentado por el *-en* de la palabra alemana.

LA GANADERÍA

La clase de los pastores-agricultores, en cuanto tal, no dejó huellas lingüísticas tan claras de su importancia en la época del indoeuropeo antiguo. Pero una porción considerable del vocabulario que se puede reconstruir se refiere a la ganadería y a la agricultura. Es evidente que ovinos y bovinos tuvieron gran importancia, lo que supuso su domesticación.

Los rebaños representaban la parte fundamental del patrimonio y su protección contra las razzias, frecuentes en un pueblo que podemos suponer muy poco civilizado, estuvo en el origen de un vocabulario que terminó extendiéndose a los campos más diversos. Si los cuidados cotidianos del ganado eran, con toda evidencia, la ocupación más humilde de las tres clases de la sociedad, su defensa contra la agresión implicaba necesariamente la intervención de los guerreros.

En lo esencial, este vocabulario se deriva de dos raíces distintas[6]. Ya nos hemos encontrado con la primera, *peH_2, cuando intentamos precisar el sentido primitivo de la palabra **pətēr* interpretada, no como el progenitor, sino como el protector del clan. Con éste sentido específico, encontramos un doblete con vocal plena en el radical, por

[6] Encontraremos una exposición detallada de la cuetión en un largo artículo de François Bader, «De "protéger" à "razzier" au néolithique indo-européen: phraséologie, étymologie, civilisation», en *Bulletin de la Société de Linguistique*, 73, 1978, págs. 103-219.

ejemplo en sct. *narām... pātá*, «protector de los hombres», o en el compuesto de idéntico sentido *nr̥-pātr̥-* (donde *nr̥-* designa a los hombres de las dos clases superiores). Con un sufijo de instrumento, tenemos, en la misma lengua, *pātra-*, «depósito», y, en germánico, el gótico *fodr*, «funda»; de la misma base germánica y con idéntico sentido se deriva el fr. *fourreau*. Para designar, no ya lo que protege, sino lo protegido, con especialización en el sentido de la alimentación y con diversos sufijos, tenemos el lat. *pānis*, «pan», ing. *food*, «alimento», y, para el «forraje», lat. *pābulum*, al. *Futter*, ing. *fodder*, y, aquí también, el fr. *fourrage* derivado de la base germánica. El inglés *foster*, inicialmente «alimentar», después «criar», es utilizado como prefijo para indicar el parentesco putativo. Con una sufijación en *-s-* o en *-sk-*, encontramos en eslavo y en latín las palabras que se relacionan con el pasto: para «apacentar», en los dos sentidos del término, «llevar al pasto» y «pacer la hierba», el latín tiene *pasco(r)*, de donde procede el fr. *paître*. El que apacienta el rebaño es, en latín, *pastor* «pastor».

Hay una raíz paralela, con H_3 en vez de H_2 y adjunción de un elemento *-y-*, que aparece en sánscrito *nr̥-pīti-* comparable con su equivalente *nr̥-pātr̥*, citado anteriormente. De la misma base, con sufijaciones diferentes, tenemos en griego *pōü*, «pasto», y *poimḗn*, «pastor». De la noción de «proteger» se pasó a las de «preservar», «observar (sus obligaciones)», de donde proviene el latín *pius*, «piadoso» (<**pī-us*) y un verbo *piāre* que implica, mediante la observancia de un sacrificio, la búsqueda de la protección de un dios; *expiāre*, «expiar», es ir hasta el final en el sacrificio.

La otra raíz que abarca la noción de protección y de los valores conexos aparece en tres formas diferentes: **swer-*, **wer-*, y **ser-*, lo que recuerda las variaciones en la inicial de *seis* (véase anteriormente, pág. 265) y las de *swe-/se*, «sí mismo», empleado como prefijo para designar la gran familia (véase más arriba, pág. 304). Las tres variantes, con $*peH_2$, se reparten, de manera diferente según las lenguas, un campo semántico bastante amplio. La base **swer-* está presente en el griego *horáō*, «ver» —inicialmente «vigilar», «mirar»—, que apa-

rece en *panorama* (**pan-(h)ora-ma*), etimológicamente, «todo lo que se ve». La base **wer-* está presente en indoiranio, en hitita y, sobre todo, en griego y en germánico donde **peH*$_2$, en el sentido propio de «proteger», ha sido eliminado en provecho de aquélla. La volvemos a encontrar en al. *wehren* y en el primer elemento de *Wehrmacht*, literalmente, «potencia de protección», es decir, «ejército». El latín tiene *uereor*, «venerar», con una evolución semántica análoga a la que se puso de manifiesto anteriormente a propósito de *pius*. Con un sufijo *-d*^{h}-, tenemos formas germánicas representadas por el ing. *ward*, «guardián», «protección», *ward off*, «evitar (un peligro)», y muy ampliamente documentadas en las lenguas románicas, con endurecimiento regular de *w-* en *g-*, como en esp. *guarda*, *guardar*, y *resguardar*, y en fr. *garde*, *garder*, *regarder*, «mirar».

La forma **ser-* aparece con diversos sufijos. Con vocalismo cero en la raíz, **sr̥-g*^{h}- dio al. *Sorge*, «cuidado, preocupación», e ing. *sorrow*, que sólo tiene el sentido de «preocupación». El sueco tiene *sorg*, en un sentido, y *omsorg*, en otro. La misma forma asumió en griego dos valores distintos: el de «mandar» en *árkhō*, cuyo participio presente tenemos en *arcontes*, altos magistrados atenienses, y el valor de «comenzar», probablemente a través de «tomar la iniciativa». Obsérvese que con un vocalismo *-o-*, se mantuvo en *órkhamos* el sentido de «guardián». Con un sufijo *-w-*, tenemos el latín *seruāre*, «conservar». En cuanto a *seruos*, «esclavo», ha sido explicado de diversas maneras, especialmente como el prisionero «preservado (de la muerte)».

El nombre de la vaca **g*^{w}*eH*$_3$- se encuentra en todas partes, desde el irlandés *bó* hasta el sánscrito *-gu-s*, *gávi* (locativo) con el tratamiento frecuente de la *g*^{w} en *b*, como en latín (*bōs*) y en griego (*boûs*), o en *k*, como en germánico (ingl. *cow*, al. *Kuh*) y en armenio (*kov*). El latín *uacca*, en esp. *vaca* y fr. *vache*, presenta el tratamiento regular de **g*^{w} inicial; la *c* geminada marca los empleos llamados «expresivos», del tipo de aquellos a los que permanece sometida esta misma palabra en el uso contemporáneo (por ejemplo, fr. *vachement*, «sumamente», como marca de superlativo); podría resultar de un endu-

recimiento de la «laringal» H_3 delante de la *-s* de nominativo; la *-a-* corresponde a lo que se representaría con la notación **ə*, es decir, el grado reducido de la vocal que está en contacto con la «laringal». Por tanto, estableceremos $*g^{w}eH_3$-*s* > $*g^{w}ok$-*s*; pero, con el grado reducido de la vocal cuando el acento recaiga sobre el sufijo de género femenino, se tendrá $g^{wo}k(k)éH_2$, de donde procede, de manera regular, *uacca*.

No puede caber duda de que el ganado bovino tuvo una gran importancia en la economía de la antigua sociedad indoeuropea, pero sobre todo quizá como fuente de pieles, si no de cuero inicialmente, y de carne. «Cuero», en griego, se dice principalmente *skûtos*, de una raíz que quiere decir «cubrir»: sct. *sku-ná-ti*, «cubrir», gr. *skûlon*, «despojo», con palabras que designan el objeto o el edificio que oculta o protege como el escudo (isl. ant. *skaunn* y quizá el lat. *scūtum*), el cobertizo (alto al. ant. *scūr*, «cobertizo»), o el granero, en la misma lengua, *scūra*, (o *sciura*, que da el al. *Scheuer*). Esta forma recuerda el *-scūr-* del latín *obscūrus*, «obscuro».

Hay menos seguridad de que la leche desempeñara una función tan importante como en la actualidad. Para designar este líquido y el ordeño que lo proporciona, debía de haber dos radicales en competencia: uno, **(g)lak-t-*, que dio el gr. *gala* (gen. *galaktos*), y el lat. *lac* (gen. *lact-is*); y el otro, **me/olg* —representado por el gót. *miluk-s*, ing. *milk*, al. *Milch*, lat. *mulgeo*, «yo ordeño», ing. ant. *melcan*—, que alterna con *me/olk-*, documentado en el ruso *moloko*, «leche» y en el lat. *mulceo*, «yo palpo» (sin duda, doblete de *mulgeo*). En fecha antigua, no se encuentran en las diferentes lenguas términos que permitan distinguir la mantequilla de las restantes grasas animales; en español, *mantequilla* se deriva de *manteca*; la palabra del germánico antiguo, conservada en Escandinavia, dan. *smør*, se relaciona con una raíz que quiere decir «untar». En cuanto al queso, no parece que se pueda reconstruir una forma antigua; los préstamos posteriores, de unas lenguas a otras, parecen indicar que las técnicas de producción del queso estaban poco desarrolladas. Las formas del celta y del germánico occidental (al. *Käse*, ing. *cheese*) se derivan del lat. *cāseus*,

forma que se suele relacionar, de manera arriesgada, con el ruso *kvas*, bebida alcohólica conocida, *kvapusta*, «chucrut», palabras que implican una fermentación. El griego *tūrós* ha sido equiparado a una forma avéstica que designa el «suero», aunque uno se siente inclinado hacia un emparentamiento con el ruso *syr* (< *sūro-s*), prusiano ant. *suris*, de la familia del ing. *sour*, al. *sauer* y el fr. *sur*, «ácido», procedente éste del germánico. En este caso, habría que suponer un préstamo del griego a cualquier lengua intermedia que justificara la correspondencia totalmente inesperada entre *t-* y *s-*. La palabra fr. *beurre*, «mantequilla», lo mismo que sus equivalentes en ing. *butter* y en al. *Butter*, a través del latín, provienen en última instancia del griego *boútūros*, literalmente, «queso de vaca».

Ya hemos encontrado el nombre del carnero $*H_3ewi$-, que no está tan bien conservado como el de la vaca, pero que encontramos en irlandés, en rumano, y en inglés para la hembra con la forma *ewe*, pero sobre todo en eslavo: ruso *ovca*. El francés tiene *ouailles*, «fieles», para los corderos del Señor.

Para el cordero, la forma representada por el latín *agnus* tiene cierta extensión, con el griego *amnós*, el irlandés *úan*, el eslavo antiguo *agnĭcĭ*, el ing. ant. *ēanian*, «parir» (hablando de ovejas); pero no es fácil establecer una forma original única: el latín y el griego suponen **agno-* o $*^{o}gno$-; el irlandés, **ogno-*; el eslavo, **ōgno-* o **āgno-*; el ing. ant., *ēanian*, «parir (la oveja)», $*ag^{hw}no$- o $*ak^{w}no$ (o $*^{o}g^{hw}no$-, $*^{o}k^{w}no$-), que mediante ciertas disimilaciones podrían remontarse a $*H_3g^{hw}no$ [χ^{w}... g^{w}no] o a $*^{o}H_2g^{hw}no$ con diferentes vocalismos.

El ganado menor, compuesto fundamentalmente de ovinos, era designado por medio de la forma **peku*, lat. *pecu* y sus derivados, de donde nace el it. *pecora*, «carnero», dan. *får*, «carnero», de una raíz que designa el vellón, la lana (gr. *pékos*) que se arrancaba del dorso del carnero en lugar de esquilarlo[7]. Volvemos a encontrar esta raíz en

[7] Cf. Jean Haudry, «Linguistique et vocabulaire indo-européen», en *É. Benveniste aujourd'hui. Actes du Colloque international de Tours*, 28-30 de setiembre de 1983, tomo II, págs. 77-84; ver pág. 82.

griego *pékō*, «peino», lat. *pecten*, «peine», *pectus*, «el pecho», es decir, la parte velluda. Pero **peku* tomó pronto el sentido más general de «ganado» y, como el ganado era uno de los elementos esenciales del trueque, asumió el valor de «moneda de cambio» y más tarde de «dinero», de donde las formas del francés contemporáneo *pécuniaire*, «pecuniario», *impécunieux*, «escaso de dinero», etc. El gót. *faihu*, únicamente tiene el valor de «dinero, medio de pago». Al. *Vieh* designa el ganado mayor, pero ing. *fee* sólo tiene el sentido de remuneración. No hay razón válida para establecer, con É. Benveniste[8], la prioridad del sentido de «medio de pago».

Uno ha podido preguntarse si el cerdo estaba ya domesticado en la época de la comunidad, porque el término **porko-* que designaba a la cría del cerdo doméstico sólo conocía, en indoiranio, documentaciones dudosas. En todo caso, **suH-* durante mucho tiempo fue de uso general para designar la especie, con resultados en *sū-* o *suk*, en analogía con el tratamiento delante de *-s*, y en *su-*, analógicos con el de **suH-* delante de vocal. En germánico y en eslavo, fue un derivado en *-īn* el establecido: al. *schwein*, ruso *svin'ia*, a no ser en germánico en el caso de la hembra, que en inglés es *sow* y en alemán *Sau*. **Porko-*, tanto en su forma simple como en la de derivados, tiene una gran difusión y a menudo continúa designando el animal joven o incluso, como en inglés *farrow*, «la camada».

La cabra es designada de manera bastante variada en las diferentes lenguas. Podemos comparar el griego *aíx* (genitivo *aigós*) y el armenio *aic*. El latín *haedus*, que designa el cabrito, se identifica con la palabra germánica que designa la especie: **g*^{h}*aido-*, gót. *gaits*, ing. *goat*, al. *Geiss*. El latín *caper* (y el femenino *capra*, que da el francés *chèvre*) se identifica formalmente con el griego *kápros*, que se aplica al jabalí. No es raro que las palabras que designan los machos se repitan en las diferentes especies. El celta tiene una forma **gabor-* que

[8] En *Le vocabulaire...*, libro I, cap. 4.

podríamos comparar con el latín *caper* si se puede pensar que la palabra fue tomada de una lengua occidental preindoeuropea en la que [k] y [g], [p] y [b] no estaban diferenciadas. Se han puesto de manifiesto, en particular en ciertos nombres de lugar, formas que designan peñascos o piedras en las que *ka(n)t(a)* alterna con *ga(n)d(a)*. Entre ellas se encuentran frecuentes topónimos y antropónimos del tipo *Chantemerle*, *Chanteraine*, en los que el segundo elemento debió de ser modificado en analogía con nombres de animales como *merle*, «mirlo», o *raine*, «rana», para emparejarlo con el primero interpretado como una forma de *chanter*, «cantar». En la expresión argótica *ramasser un gadin*, «tropezar y caer a tierra», *gadin* es conocido, en ciertos usos provinciales, con el sentido de «piedra». Todas las designaciones de la cabra que hemos enumerado anteriormente presentan una vocal de timbre *a* permanente que, en indoeuropeo, es indicación de una creación bastante tardía o de un préstamo de alguna otra familia lingüística. ¿Debemos interpretar todo esto como señal de una domesticación tardía del animal? El francés *bouc*, «chivo», debe ser comparado con formas celtas y germánicas del tipo **bokk-*, **bukk-*, con una *k* geminada, y un vocalismo caprichoso que marca la forma como familiar y expresiva. Piénsese, en francés, en *bique*, *biquet*, *biquette*, con alternancia frecuente, a este nivel de la lengua, entre la [i], con carácter diminutivo y más femenino, frente a [u] u [o], más enérgico o más brutal, en pares como *bigre* y *bougre*, *fiche* y *foutre*, *chiper* y *choper*. Obsérvese, no obstante, la *e* del it. *becco*, «chivo».

El asno, designado en casi toda Europa mediante un término derivado de las palabras latinas *asinus*, *asellus*, no figuraba ciertamente entre las especies domésticas indoeuropeas; por supuesto, lo mismo ocurre con su híbrido, el mulo, cuyo nombre se deriva de manera bastante general del lat. *mūlus*.

Entre los animales de corral, la gallina y el gallo presentan designaciones que no permiten reconstruir formas comunes. Hay términos con valor diminutivo que designaron las crías, generalmente preferidas en los mercados, por ejemplo fr. *poule*, «gallina», *poulet*, «pollo», semejantes a *poulain*, «potro», y *pouliche*, «potra», en ing. *foal*

y *filly*, y también al lat. *puer*, «niño», o al griego moderno *-poulos*, que quiere decir «hijo» en los patronímicos. Otras formas como fr. *coq*, «gallo», ing. *cock*, serbo-croata *kokos*, polaco *kokosz*, y los derivados para el pollo, inglés *chicken* y sueco *kyckling*, recuerdan los sonidos producidos por el animal. En cuanto a las formas germánicas, al. *Hahn*, «gallo», ing. *hen*, dan. *høne*, «gallina», tienen relación con la raíz documentada en lat. *cano*, «yo canto».

Por el contrario, para el ganso y el pato encontramos formas que nos permiten remontarnos en el tiempo, aunque resulte difícil saber si las especies en cuestión estaban ya o no domesticadas. Para el ganso podemos reconstruir *g^{h}*ans-* documentado en sánscrito como *haṁsa-*, en gr. *khḗn*, lat. *anser*, con pérdida de la *h* en este término rural, al. *Gans*, ing. *goose*, lit. *žąsis*, esl. ant. *gąsĭ*, ruso *gus*. La palabra sánscrita vale también para el cisne, y es este animal el designado por el irlandés *géis*. Para el pato, estableceremos *H_2enH_2ti-, *H_2neH_2ti-, *$H_2n̥H_2ti$- con tres variantes acentuales. Con la primera se relaciona lat. *anas* (gen. *anatis*), fr. ant. *ane*, al. *Ente*, dan. *and*, lit. *ąntis*, esl. ant. *ąty*; con la segunda, gr. *nêtta*, de **nātya*; con la trecera, sct. *ātís* que designa un pájaro acuático. El fr. *cane*, «pato», del que se deriva *canard*, representa el antiguo *ane* influido por *cancan*, imitación de los sonidos producidos por el animal. El inglés *duck* es «la que se zambulle», y el masculino correspondiente, *drake*, debe de remontarse a un empleo humorístico de la palabra que designa el dragón, en inglés antiguo *draca*.

LA FAUNA

La arqueología nos revela que el perro fue domesticado en época muy temprana. Esto se refleja en la posibilidad de reconstruir una forma antigua, de la que se derivaron varios términos utilizados hasta la actualidad. Se trata de **kuon-* o **kun-*, gr. *kúōn*, irl. *cú*, gót. *hun-d-s*, al. *Hund*, y, en las lenguas *satem*, letón *sun-s*, arm. *šun*, sct. *cvan-*, avést. *span-*, médico *spa-ka*, de donde se deriva el ruso *sobaka*.

El gato, por el contrario, no fue relacionado con la casa, de manera regular, hasta época muy tardía, en Grecia y Roma después del período clásico. La palabra que lo designa entonces tiene el aspecto de una palabra occidental preindoeuropea con [k] o [g] en posición inicial, una vocal [a] y [t], inicialmente geminada entre vocales, como lo documentan el it. *gatto*, irl. *catt*, ing. *cat*, al. *Katze*, esl. ant. *kot-ŭka*, etc. Al no estar el gato allí, debían campar los ratones, y, para ellos, podemos restituir una forma **mūs* que es la del gr. *mûs*, del latín, del ing. ant. y del isl. ant. *mūs*, en ruso generalmente *mys'*.

Entre las especies salvajes, ya nos hemos encontrado el lobo cuya forma antigua **wl̥k*^{w}*o-* que alterna con **luk*^{w}*o-* está documentada en toda la familia excepto en el celta.

Para el oso reconstruimos **H*$_{2}$*erkto*, *H*$_{2o}$*rkto* perfectamente documentado; en gr. *árktos*, sct. *ṛkša-*, lat. *ursus*. Esta palabra, que se asemeja al sct. *rakṣas-*, «destrozo», quizá sea, a su vez, sucesora de otra más antigua, eliminada del vocabulario como tabú. En germánico fue sustituida por una palabra que quiere decir «el pardo»: ing. *bear*, al. *Bär*, y en eslavo por un compuesto con el sentido de «comedor de miel», ruso *medv-ed*. La miel desempeñaba un gran papel en la alimentación prehistórica y era la base de una bebida alcohólica, el aguamiel. Para «miel», hay dos formas en competencia: **melit*, con gr. *méli*, lat. *mel*, irl. *mil*, gót. *miliþ*, y **med*^{h}*u* que designa también el aguamiel; con el sentido de miel, tenemos lit. *medus*, ruso *med* (*medv-* en *medved*, «oso», que conserva huellas de la antigua *-u*); con el sentido de aguamiel, encontramos irl. *mid*, ing. *mead*, dan. *mjød*, al. *Met*, lit. *midus* y ruso *med*. No se sabe con exactitud a qué se refiere la forma avéstica *maδu-*, quizá al vino, como a veces el griego *méthu*. El vino es ciertamente de aparición tardía y su designación en Europa se deriva en todas partes del lat. *uīnum*. Hay que dejar a parte el griego donde *krasi*, propiamente «mezcla», sustituyó al antiguo *(w)oînos* que representa, como lat. *uīnum*, un préstamo de alguna lengua mediterránea.

La antigüedad de las palabras que designan el lobo y el oso indica que, desde la época más antigua, los pueblos indoeuropeos vivie-

ron en comarcas donde estos animales aparecían con frecuencia. Pero del hecho de que todas las designaciones del león parezcan derivar de la forma griega no se debería sacar ningún argumento para afirmar que el león era desconocido en las regiones donde estaban afianzadas las poblaciones de lengua indoeuropea anteriormente a su dispersión. Podría haber bastado, para que fuera eliminado de la nomenclatura zoológica, que los diferentes pueblos, en su migración, hayan permanecido en regiones donde el león no existiera o hubiera desaparecido. La leyenda habla de leones en Grecia, pero teniendo en cuenta la importancia del papel que este animal tuvo en la fantasía de los pueblos de Europa desde la Antigüedad, uno podría preguntarse si el León de Nemea, matado por Hércules, no formaría parte de los mitos. No obstante, su presencia en la Península de los Balcanes fue señalada por Aristóteles. Para explicar las formas adoptadas por la palabra a través de Europa, hay que partir, no de la forma griega *léōn* (genitivo *léont-os*), sino de la forma latina *leo*, *leōnis*. Frecuentemente es la forma del nominativo latino *leo* la que explica las otras distintas formas, lo que hace pensar en un préstamo libresco. Es la *-o* de *leo* la que ha dado la *-w-* del al. *Löwe*, del neerlandés *leeuw* y, progresivamente, la *v* del lit. *levas* y del ruso *l'ev*.

Entre los félidos, el lince debe llamar nuestra atención. Su nombre está documentado desde Irlanda hasta Armenia, en una forma derivada de **luk-*, raíz que encontramos en gr. *leukós*, «brillante», epíteto aplicado a menudo a los ojos del lince: el irl. medio presenta *lug*, el sueco *lo* (<**luχa-*), al. *Luchs*, lit. *lúsziz*, el ruso *rys'* con una *r-* en analogía con *rvat'*, «desgarrar». El griego innovó con su *n* infija en *lúgx* [luŋks], gen. *lugk-ós* [luŋkos]. El latín *lynx*, por supuesto, fue tomado del griego. En francés, la designación popular del animal es *loup-cervier* («que ataca a los ciervos»), y podemos preguntarnos si el nombre del lobo (**wl̥k*^{w}*o-*) no se vio influido en griego (*lúkos*) y en latín (*lupus*) por el del lince. Raro actualmente, el lince debió de ser un huésped frecuente en los bosques de la Europa central y septentrional.

LA FLORA

De manera general, la terminología relativa a las especies animales o vegetales tendería a hacer creer que la Europa central tal como nosotros la conocemos, era el hábitat tradicional de los «indoeuropeos». Pero no debemos olvidar que nuestro juicio sobre la materia probablemente esté influido por las fuentes de nuestra documentación. Hemos visto a propósito del radical **bhāgo-*, que esta palabra pudo designar el árbol que, antes de la expansión neolítica, proporcionaba un elemento importante de la alimentación humana o animal, en la forma del hayuco o de la bellota. En un caso se trataba del haya y, en el otro, de la encina. El nombre de la encina en la Galia, **kassano-s*, muy posiblemente represente de modo regular un más antiguo **kastano-s*, que da el latín *castanea*, designación de la «castaña», recurso alimentario equiparable a la bellota y al hayuco. La palabra francesa *faine*, «hayuco», se deriva de la expresión *(glans) fāgīna*, es decir, «bellota de haya», siendo naturalmente *fāgīna* un derivado de *fāgus* «haya». En cuanto a *glans*, fr. *gland*, «bellota», está documentado —desde el itálico al armenio, pasando por el balto, el eslavo y el griego— por formas derivadas de un radical $gel^{\circ}H_2$ o $gleH_2$-. Para ilustrar que la evolución del sentido atribuido a una forma viene determinada por la manera en que el hombre utiliza los productos naturales, se recordará que *corn*, *korn*, en las lenguas germánicas, no se aplica a una especie determinada, sino a la que en cada región constituye el cereal básico: en Estados Unidos, *corn* designa el maíz; en Irlanda, la avena; en Inglaterra, el trigo. En Alemania, *Korn* se aplica al trigo en el sur, al centeno en el norte.

LA AGRICULTURA

La agricultura se desarrolló tardíamente, de modo paralelo a la ganadería. El esponjamiento de la tierra, primera condición para ase-

gurar la reproducción artificial de las especies botánicas, pudo efectuarse inicialmente mediante instrumentos como la reja de madera de un tipo análogo a la que en vasco se conoce con el nombre de *laia*. En español tenemos *layar* para «labrar la tierra». Es posible que, en un principio, el verbo procedente de la raíz H_2ereH_3 que traducimos por «arar» y que en latín tiene la forma *ārāre* designara inicialmente la operación realizada mediante esa herramienta primitiva. Pero el instrumento cuyo nombre, lat. *arātru-m*, fr. *araire*, se deriva de esta raíz mediante un sufijo que puede variar de una lengua a otra, es precisamente el que evolucionará para desembocar en lo que conocemos como arado. El hecho de que las palabras de esta raíz no aparezcan en indoiranio ha sido interpretado como un olvido debido a un largo período de migración. Pero también puede ocurrir que la invención del arado tuviera lugar en Europa posteriormente a la partida de los arios y que la herramienta se difundiera, por ejemplo, a partir de la cuenca del Danubio, desde el territorio de los eslavos, al Este, hasta el de los irlandeses, al Oeste. Obsérvese que el tocario conoce *āre* para el arado.

La palabra *yugo* está documentada en todas partes y generalmente como un neutro en *-o*, por ejemplo, en hit. *yugan*, sct. *yugám*, gr. *zugón*, lat. *iugum*, lo que parece indicar que el uncimiento de los bueyes se remonta a la más alta Antigüedad. Es difícil precisar con qué finalidad primera, si para el laboreo o para la tracción de la carreta en los desplazamientos de los nómadas. El término no está aislado: la raíz **yeug-* de la que se ha obtenido está ampliamente representada por verbos con el sentido de «unir». El fr. *joindre*, «juntar», con sus derivados, como *conjoint*, «conjunto», y la multitud de formas «cultas» que lo acompañan: *jonction*, *conjonction*, *conjugaison*, *juxtaposer*, en esp. *junción*, *conjunción*, *conjugación*, *yuxtaponer*, etc., ilustran perfectamente el extraordinario juego de esta raíz.

Para la noción de surco, hay una forma ampliamente documentada, la del latín *līra* que se remonta a un radical $*loiseH_2 > *loisā$ representada por el esl. ant. *lěxa* y el lit. *lyse*, con el sentido de «arriate», el alt. al. ant. *(wagan)leisa* «carril», al. *Gleise*, «carril, vía (férrea)»,

de *(Ge)leise*. El fr. *délirer*, «delirar», del lat. *dēlīrāre*, es propiamente «dejar el surco», «descarrilar», en el sentido figurado del término. En germánico, con acento en la sílaba final que hizo que *-s-* pasara de modo regular a *-z-*, y después a *-r-*, desembocó en **lairō*, de donde procede el al. *Lehre*, «enseñanza», el ing. *lore*, como en *folklore*, «estudio de los comportamientos populares»; el gót., que a menudo restableció la *-s-* por analogía, presenta *laisjan*, «enseñar». Para «aprender» tenemos un derivado en *-na-* formado sobre el vocalismo cero **lis-*, que se convierte en **liz-* y después en **lir-*, en el alemán *lernen* y el ing. *learn*. Otro derivado es gót. *laistjan*, «seguir», es decir, «seguir el camino», representado en alemán por *leisten*, «crear, realizar», y por el ing. *last*, «durar». El sustantivo correspondiente es gót. *laists*, «huella del pie», de donde procede el al. *Leisten* y el ing. *last* que designan la horma del calzado.

Para la noción de sembrar, encontramos en casi todas partes la raíz $*seH_1$ perfectamente representada en latín con *sē-men*, «semilla», y con *sē-u-i*, «he sembrado», con una *-u-*, como marca del perfecto, en analogía con los radicales en $-H_3$. Este elemento se convirtió en parte constitutiva del radical en el ing. ant. *sāwan* > ing. *sow*, «sembrar». Prácticamente sólo el griego constituye un caso aparte con la raíz **sper-* representada en las dos palabras que tienen el sentido de simiente, *spérma*, y *spóros*, tomados como préstamos en las formas de *esperma* y *espora*. Tanto el francés *semer* como el esp. *sembrar* representan al lat. *sēmināre*, derivado de *sē-men*. La comparación con el hitita *sai-* sugiere, como sentido primitivo, «enterrar». El término se referiría, por tanto, a las siembras grano a grano y no a voleo. De nuevo nos hallamos ante una raíz muy prolífica.

Para designar el grano producido por los cereales, encontramos una base *yewo-*, documentada en indoiranio con la forma *yava-* en sánscrito y en avéstico, que finalmente adopta el sentido de «cebada», y también en balto con el plural lituano *javai* y en griego con *zeiaí*, plural también, que designa una variedad de trigo. La forma más extendida por Europa es la que aparece en latín como *grānum*, «grano»; en germánico, ha dado *corn* en inglés, *Korn*, *korn* en ale-

mán y escandinavo, *zrŭno* en esl. ant., *žirnas* en lituano. La palabra, como hemos visto, designa generalmente el cereal más extendido, e incluso, como en balto, puede incluir hasta los guisantes. Paralelamente, encontramos designaciones específicas, para la cebada especialmente, con *$*g^{h}ersd^{(h)}$- representada por el al. *Gerste*, en lat. *hordeum*, el gr. *krīthé* con una una vocal inesperada, el albanés *driθ*. Podemos equipararla con el armenio *gari*.

LAS ESTACIONES

Para las estaciones, podríamos atenernos simplemente a dos, la buena (estación) y la mala: incluso cuando operamos con cuatro estaciones, conocemos, en cuestión de vestimenta, entretiempos que corresponden a la primavera y al otoño. No obstante, en las lenguas antiguas, encontramos formas comunes para el invierno, la primavera y el verano. Las designaciones antiguas para el invierno se remontan a una raíz *$g^{h}ei$-*, las más de las veces seguida de una *-m-*: griego *kheimōn*, lat. *hiems*, con un adjetivo *hībernus* que sugiere una antigua prenasalizada *^{m}b* con un tratamiento final *-m* y un tratamiento interno *-b-*, irl. *gam* (con una *-a-* analógica con la de *sam*, «verano»), lit. *žiema*, esl. ant. y ruso *zima*, sct. védico *himā-*. Encontramos la misma raíz, para designar la nieve, en el gr. *khiṓn*, el arm. *jiun* y el sánscrito *himā-*. El germánico es casi el único en presentar una designación divergente para la estación fría, con el gót. *wintrus*, al. *Winter*, ing. *winter*, dan. *vinter*.

Para la primavera, tenemos una base *wesn-*, con *-r* en lugar de *-n* en la posición final, representada por el gr. *éar* (<**wear* < *wesr̥*), lat. *uēr*, de donde proceden el it. y el esp. *(prima)vera*, irl. *err-ach* (que debió de alternar, según la posición en la frase, con **ferr-ach*), sueco *vår*, letón *vasara* —que tomó el sentido de verano—, esl. ant. y ruso *vesna*.

Para el verano, la forma básica es **se/om-*, con *-a-* en lugar de *-e/o-* en ciertos casos; puede valer también para el año entero, como

sct. *sama-* y arm. *am*; el avéstico *hama* designa el verano, para el que el irl. ant. tiene *sam*, el galés *haf*, el bretón *hañv*, formas que se remontan todas a **samo-*. En germánico, a la base **sem-* se le añadió un sufijo *-ro-* acentuado, lo que da lugar a **s°mro-* y a las formas contemporáneas ing. *summer*, al. *Sommer*, sueco *sommar*. Pero el verano ha sido designado también como la estación cálida: lat. *aestas*, *aestāt-is*, que da el fr. *été*, derivado de una raíz **H_2eid^h* documentada en gr. *aithō*, «quemar».

La Fontaine emplea «en el tiempo cálido» por el verano. El equivalente de *chaud-temps* es, en franco-provenzal, la designación regular de esta estación. Véase el patronímico *Chautemps*.

El otoño es un caso a parte, pues para designarlo cada rama de la familia tiene una o varias formas particulares, como el al. *Herbst*, dan. *høst*, frente al ing. *harvest*, que, ante la presión de su competidor *autumn*, imitado del francés, ha perdido su primitivo valor de recolección, el que encontramos en latín *carpo*, «yo recojo». De la misma raíz, tenemos el gr. *karpós*, «fruto». El inglés de América tiene para «otoño» la palabra *Fall*, «caída (de las hojas)», frente a *Spring*, «primavera», que refleja el brote de la savia (*spring*, «saltar, brotar») y el crecimiento de la vegetación.

LOS PUNTOS CARDINALES

Aquí vamos a decir unas palabras sobre los puntos cardinales. Para el Norte, no se encuentran formas comunes a varias ramas. A menudo es designado por el nombre del viento frío que proviene de allí, como *boréas* en griego. La forma francesa *nord*, como los demás puntos cardinales, está tomada del inglés antiguo, donde tenemos *norð*, que consideramos que quiere decir «a la izquierda» (osco y umbro *nertro-*, «la izquierda»), pues el Norte está a la izquierda cuando se mira al sol naciente. En fecha antigua, a penas se encuentran más concordancias respecto al Sur. Lo encontramos en el sct. *dakšina* designado como «a la derecha», pero también es allí donde se en-

cuentra el sol a mediodía, de donde proviene el fr. *midi* (con *-di* para «día» como en *lundi*, «lunes», *mardi*, «martes»...), en provenzal y en franco-provenzal *mi-jor(n)*. Éste puede ser simplemente el lado del sol, como en germánico, donde encontramos para «Sur» un derivado de la raíz **sun* que designa el sol: *sun-þ-* de donde proviene el ing. ant. *sūð*. Para que la *ū* [u:] pasara a [y], el francés debió de tomar esta forma en fecha bastante temprana. Las formas *sud*, *sur* de las demás lenguas románicas han sido tomadas bien a través de la escritura, bien en fecha bastante temprana, lo que justifica su [u]. El alemán *Süd* es un préstamo del neerlandés, pues la forma original *sund* está documentada en la onomástica: la parte meridional de Alsacia es conocida como el *Sundgau*, «cantón del Sur».

Para el Este, tenemos una forma antigua que designa también la aurora y que reconstruimos como **ausos*. En Homero figura *ēős*, en lat. *aurora*, lit. *ausra*, «aurora», en germánico *aust-*, que de manera regular da en ing. ant. *ēast*, tomado por el francés con la forma *est* y adoptado en italiano (*est*) y en español (*este*). El *aust* antiguo se vuelve a encontrar en el francés *Autriche*, «Austria», frente a la forma alemana evolucionada de manera regular en *Ost-* (*öst-* en *Österreich*, «Austria»). Advertiremos, para «Pascua», el ing. *Easter*, en cierta manera «la aurora del año», y el plural alemán, de idéntico sentido, *Ostern*. Pero el Este a menudo es designado como la dirección en que sale el sol: tal es el valor del griego *anatolé*, que da *Anatolia*, nombre con que los griegos conocen Asia Menor. El lat. *oriens*, esp. *oriente*, significa exactamente «levante». El francés *Levant* designa los países del este de la cuenca mediterránea. El ruso *vostok* (conocido por *Vladivostok*, «dominio del Oriente»), «Este», sugiere la salida del sol.

El Oeste puede ser la «tarde», como el gr. *hespéra* que tiene los dos sentidos. A menudo es la «caída del sol», el *occidente*, o incluso «el lugar donde se pone», el *poniente*. Las formas germánicas en *west-* son similares al sct. *avas*, «hacia abajo», al primer elemento del griego *hespéra* (por **wespera*) y al latín *uesper*, «tarde», de donde se deriva el fr. *vêpres* y el esp. *víspera*. El francés *ouest*, copia de la forma inglesa *west*, ha sido reproducido oralmente en español con la

forma *oeste* y gráficamente en italiano con *ovest*, despreciando el valor de *-u-* cuando en los siglos XVI y XVII se pensó distinguir entre *u* y *v*.

LAS TÉCNICAS DOMÉSTICAS

A propósito de las técnicas domésticas, hay que señalar que la costura es una de las más antiguas, con la raíz **suH-*, **siuH-* presente en casi todas partes, excepto en celta y en griego. Una raíz **(s)neH*$_1$- que tiene el sentido de hilar, y después el de tejer y entrelazar, dio en lat. *neo*, perfecto *nē-u-i*, y en griego *néō*, futuro *nē-s-o*. La forma correspondiente en alt. al. ant. *nāan*, al. *nähen*, tiene el sentido de coser. La aguja es en gótico *nē-þ-la*, en inglés *needle*, en alemán *Nadel*. Hay que asimilar esta base a **(s)new-*, que aparece en las designaciones del tendón y que debió de desempeñar un importante papel en la costura primitiva. Esta raíz está documentada en el sánscrito *snāvan-*, «lazo, tendón, cordón», en el tocario (dialecto B) *sñaura*, «nervios», en griego en *neûron*, «fibra, cuerda, nervio», y *neurá*, «cuerda del arco». La encontramos, con tratamientos fonéticos particulares, en el lat. *neruos* (> fr. *nerf*), «nervio», y el inglés *sinew*, «tendón».

Para el tejido podemos establecer una raíz *H*$_2$*ew-* con sufijos variables, en *-b*$^{\text{h}}$-, *-d*$^{\text{h}}$-, *-g-*: a partir de una forma con vocalismo cero **H*$_2$*ub*$^{\text{h}}$-, tenemos el griego *(h)uph-aíno*; en germánico, la raíz **H*$_2$*web*$^{\text{h}}$ da en inglés *weave*, y en alemán, *weben*, de donde procede *Weber*, «tejedor», patronímico muy frecuente; a partir de *H*$_2$*wed*$_{\text{h}}$- encontramos una designación de la vestimenta: ing. *weed*. Las formas celtas, irl. *figim*, galés *gweu*; el ing. *wick*, «mecha», y, sin duda, el lat. *uēlu-m*, «velo» (< *weskslo-*) suponen *H*$_2$*weg-*. El latín *texere* —de donde se derivan el fr. *tisser* y el esp. *tejer*— se aplica también a la fabricación de tabiques mediante almocárabes y a la construcción de navíos, lo que permite equiparar el griego *tektōn*, scr. *takšan*, «carpintero», y algunas palabras eslavas, germánicas y celtas que designan el hacha.

LOS METALES

Aunque se hayan encontrado abundantes objetos de metal en las sepulturas que fundadamente creemos «indoeuropeas», no es verosímil que antes de la dispersión existiera una técnica de fundición de los metales. La palabra *fundir*, fr. *fondre*, que, más allá del latín *fundere*, hacemos remontar a una base $g^{h}eu$-, alargada en $g^{h}eu$-*d*-, generalmente quiere decir «verter», sin especificación especial. Las formas indoeuropeas apenas nos informan sobre la fabricación de armas y herramientas a partir del sílex. Es interesante comprobar que con el lat. *saxum*, «piedra, peñasco», se corresponden algunas palabras germánicas que designan armas y herramientas de bronce o de hierro. Los sajones deben su nombre a un arma denominada *sax* (ing. ant. *seax*, alt. al. ant. *sahs*), que era una daga. En danés, *saks* designa las tijeras. El alemán *Messer*, «couchillo», se remonta a *mezzi-sahs* > *mezzi-rahs*, cuyo primer elemento designa la alimentación, como el sueco *mat*, el ing. ant. *mete*, el ing. *meat* (obsérvese *sweet-meats*, «bombones»), equivalente actual del francés *viande*, «carne», que sigue el modelo de una palabra que, derivada del latín *uīuenda*, se aplicaba a la alimentación en general (véase el esp. *vianda*).

Entre los objetos de que nos ocupamos aquí, los de metal, obtenidos mediante la rapiña o a través de intercambios, debieron de preceder a la metalurgia, y es frecuente que los nombres de los metales, en las distintas lenguas, no se remonten a la misma forma. El cobre, puro o en aleación, podría ser una excepción: la forma representada por el lat. *aes*, «bronce», que encontramos de nuevo en el derivado francés *airain*, está ampliamente extendido desde el indoiranio, sct. *áyas*, al germánico, gót. *aiz*, ing. ant. *ār*, que da el ing. *ore*, «mineral», y permite suponer un antiguo **ayos*- (< **H*$_2$*eyes*-). Mucho más tarde, cuando quedó perfectamente establecida la distinción entre el cobre y sus aleaciones, el primero recibió una designación derivada del nom-

bre de Chipre, fuente importante del metal, del que deriva el francés *cuivre*, ing. *copper*, al. *Kupfer*. El griego *khalkós* (<*$g^{h}_{o}lg^{h}o$-) es equiparable a las formas del balto, lit. *gelžìs*, y del eslavo, ruso *železo* (<*$g^{h}elg^{h}$-) que designan el hierro, en las que la evolución *satem* no tuvo lugar en la primera consonante (la *ž* rusa es resultado de una palatalización secundaria). Se trata ciertamente de un préstamo bastante antiguo de una lengua no identificada.

Para los demás metales, encontramos formas análogas en zonas geográficamente limitadas. Para la plata, por ejemplo, equipararemos las formas germánicas, ing. *silver*, al. *Silber*, dan. *sølv*, con formas del eslavo, como el ruso *serebro*, o del balto, como lit. *sidabras*. Esto vale también para el oro, para el que las lenguas del Norte presentan formas derivadas de una base *$g^{h}_{o}ltó$-, *$g^{h}élto$-, *$g^{h}olto$-, de la que deriva el gót. *gulþ*, ing. *gold*, al. *Gold*, dan. *guld* y, con tratamiento *satem*, let. *zèlts*, esl. ant. *zlato*, ruso *zoloto*. Con éstas, sin embargo, son equiparables ciertas formas indoiranias del mismo sentido, como sct. *hiraṇyam*, que hace referencia al color amarillo.

En otros lugares, la plata fue designada como el metal brillante, de una raíz *$H_{2}erg$-, origen del lat. *argentum*, irl. *argat*, arm. *arcat'*, tocario A *ārkyant*, sct. *rajatám*, gr. *árguros*.

Para el «oro», tenemos una base *$H_{2}euso$- representada por el lat. *aurum*, de la que provienen no sólo las formas románicas, como el fr. *or* y el esp. *oro*, sino también sus equivalentes celtas, irl. *ór*, galés *awr*, y, de otra parte, el prusiano antiguo *ausis* y el lit. *auksas*. El tocario A, para «oro», tiene *wäs* (<*$H_{2}wes$-) al lado de *wsi*, «amarillo».

En lo que concierne al hierro, su aparición tardía está reflejada por la variedad de los términos que lo designan. Con el latín *ferrum* es equiparable el ing. *brass*, «latón», y se le puede restituir una base común *$b^{h}e/ors$-; pero encontramos formas evidentemente emparentadas en ciertas lenguas semíticas. Más arriba se ilustró, con el balto y el eslavo, la utilización de una misma forma para metales diferentes por el empleo de la forma, referida al hierro, que tradicionalmente se aplicaba al cobre. En las lenguas germánicas, las designaciones del

hierro están tomadas del celta, pero en dos etapas diferentes de la evolución de la forma **īsarno-* documentada en la onomástica gala. Encontramos la forma con *-s-* en el adjetivo gótico *eisarn* y el al. *Eisen* o, mejor, en el adjetivo correspondiente *eisern*. En escandinavo, tenemos también, en fecha antigua, *īsarn*, que muy pronto se convierte en *jarn*, dan. *jern*, sueco *järn*, que reproduce una forma celta más reciente, irl. *iarn*, con pérdida regular de la *-s-* intervocálica, por tanto **īarno*. *Iron*, ['aiən] en el ing. británico, ['aiərn] en el de América, se remonta también a **īarno-*.

Para el plomo, las formas lat. *plumbum*, griegas *mólubdos*, *mólibos*, *bólimos*, *bólibos*, germánicas, ing. *lead*, al. *Lot* (**loud^{k}o-*) podrían ser préstamos de una misma base no indoeuropea, algo así como **^{m}blu^{m}b-do-*, forma expresiva y por consiguiente muy inestable, que sugiere la gran densidad del metal.

Como se puede ver por lo que antecede, las designaciones de los metales viajaron con los mismos metales y, debido a las peculiares circunstancias de los préstamos, las correspondencias fónicas a menudo son sólo aproximativas.

EL NEGOCIO

Cuando, en las lenguas que aquí nos conciernen, buscamos señales de preocupaciones comerciales, las encontramos en fecha más bien tardía, en ciertas sociedades complejas en las que está extendida la división del trabajo, y se pone de manifiesto su difusión mediante préstamos a lenguas que, a través de los contactos, se inician en los intercambios como ocupación profesional. En latín, la palabra que quiere decir «comprar», *emo*, anteriormente tenía el sentido de «coger»; tradicionalmente existía un término para designar la compra, *uēnum*, y el valor de «vender» se obtuvo por combinación de ese término con el verbo *dō*, «dar», bajo la forma *uēnum dō*, «doy en compra», que se convirtió en *uendo*. La palabra *negōtium*, que designa el comercio, está formada con el prefijo negativo *nec-* y *-ōtium* que de-

signa la ociosidad. El comercio es, en cierta manera, un modo de ocupar el tiempo, de activarse un poco. A partir de *busy*, «ocupado», el inglés derivó *business*, «ocupación». En francés, *affaires*, «quehaceres», indudablemente proviene de *à faire*, en un principio *avoir affaire*, «tener ocupación». La forma latina *negōtium* es un calco del griego *a-skholía*, «falta de ocio», y después «quehacer», formado con el prefijo negativo *a-* y *skholé*, «ocio», de donde se deriva el latín *schola* y nuestro *escuela*, fr. *école*. Los primeros comerciantes que conocieron los germanos fueron los taberneros de origen romano, los *caupōnes*, y de *caupō* se derivan el gót. *kaupon*, «comerciar», y las palabras alemanas *kaufen*, «comprar», y *verkaufen*, «vender». El eslavo (ruso *kupit'*, «comprar») recibió la forma del germánico. El danés tiene *købe* para «comprar», pero, como el inglés, una forma más tradicional para «vender»: dan. *sælge*, ing. *sell*, cuyo sentido primero es el del equivalente gótico *saljan*, «hacer un sacrificio», es decir, separarse de un objeto de valor. El inglés *buy*, «comprar», equiparable al gót. *bugian*, de idéntico sentido, plantea problemas formales: la forma antigua es *bycgan*, de la que se esperaría **bidge*; su pretérito *bought* corresponde al elemento *-bauhts* del gótico *anda-bauhts*, «redención», y al sct. *bhúkti-š*, «liberación». Esto tiende a hacer creer que la palabra se aplicaba inicialmente a la liberación de los prisioneros o de los esclavos mediante rescate. La noción de una ayuda aportada mediante la compra todavía es perceptible en ciertos empleos modernos de *buy*, como *buy me a drink!*, «¡págame una copa!». En una sociedad, en la que se consideraba que en cada célula se fabricaban todas las herramientas necesarias para la subsistencia, y en la que había esclavos disponibles para tal fin, más que objetos se compraban brazos y competencias técnicas. Lo que, en este contexto, valía para los hombres, era válido también para el ganado. En griego, *andrápoda*, «esclavos», un neutro que literalmente significa «pies de hombre», parecía calcado de *tetrápoda* (acusativo), «cuadrúpedo». El rescate, si no la compra, correspondía a menudo a una liberación, la que implica el término *redención* (*red-* equivalente de *re-* + *emo-*, «comprar»).

LOS COLORES

La visión que tenemos del mundo, en el sentido más material de este término, está condicionada por la percepción de los colores. Contrariamente a lo que se figura la mayoría de la gente, los colores distintos no son un dato natural. El arco iris presenta un continuo que analizamos en función de una gama cromática proporcionada por la lengua que se utiliza. Sin ir muy lejos, podemos señalar que los bretones y los galeses tienen una sola palabra, *glas*, para abarcar los campos del azul, el verde y, parcialmente, el gris. En muchas lenguas, que estamos tentados de calificar como «primitivas», del negro y del blanco sólo se distingue el rojo, y ésta precisamente parece que fue la situación en indoeuropeo común. De un extremo al otro del dominio, para designar este color encontramos formas derivadas de una raíz **reud*^{h}, latín dialectal *rūfu-s*, irl. *rúad*, bretón *ruz*, gót. *rauþ-s*, ing. *red*, al. *rot*, frecuentemente con un sufijo *-ro-* conocido en el sct. *rudhirá-s* y el griego *(e)ruth-ró-s*, el lat. *rube-r*, el esl. ant. *rŭd-rŭ*. Otras designaciones del rojo o de sus variedades se derivan de técnicas de tinte que hacían intervenir a diversos bichitos, como determinados gusanos, de donde procede, por ejemplo, el francés *vermeil*, «bermejo», del lat. *vermiculu-m*, «gusanito», o el esl. ant. *črĭvenŭ*, de *črŭvĭ*, «gusano». La base *reud*^{h}- se encuentra de nuevo en latín, en germánico, en balto y en eslavo para designar la herrumbre, y es verosímil que *rojo* durante mucho tiempo evocara más el color del ladrillo que el de la amapola, y de ahí la necesidad de términos como *vermellón* y *escarlata* para precisar que se trataba de un «rojo vivo».

Para el blanco y el negro, que actualmente nos parecen en Occidente dos percepciones enteramente caracterizadas con un único término para cada una, encontramos antiguamente, en latín por ejemplo, formas diferentes para uno y otro según se trate de un blanco o de un negro apagado o brillante: en latín, tenemos, de una parte, *albus* para la blancura del *alba*, y *ater* para la negrura del carbón; de

otra parte, *candidu-s* para el color de la toga de los «candidatos» a las funciones públicas, y *niger*, para el negro en general. Los dos últimos van juntos: *nigrum in candida vertere*, «cambiar lo negro en blanco», es decir, «confundir las cosas». El examen de las designaciones de los demás colores muestra que lo que llamaba la atención de los antiguos era esencialmente la luminosidad y no el color propiamente dicho. En griego, *leukós*, lo mismo que *glaukós*, quieren decir «brillante» antes de especializarse, el primero, en la blancura, y el segundo con un valor que abarca aproximadamente el dominio del celta *glas*, por tanto del azul al verde y al gris. Relacionamos con una misma base $*b^{h}leH_{3}$- tanto las palabras germánicas para «azul», en fr. *bleu*, como las palabras latinas *flāuos*, «amarillo», y *flōrus*, «rubio». La misma raíz, con un vocalismo diferente, $*b^{h}elH_{3}$ podría estar en el origen de las palabras baltas y eslavas para «blanco»: lit. *baltas*, esl. ant. *bělŭ*.

La mayor parte de los nombres de color se derivan de los que tienen los objetos caracterizados por el color en cuestión. El verde, por ejemplo, es el color de la vegetación y el inglés *green*, el alemán *grün* no podrían separarse de *grow*, «crecer», lo mismo que lat. *uiridis* —de donde proceden el fr. *vert* y el esp. *verde*— de la raíz documentada en lit. *veisti*, «propagar». Un caso interesante es el de la ciruela y su antecedente silvestre, el endrino. La base es **sle/oiw-*, que alternan con **sle/oik-*; las lenguas eslavas tienen *sliva* para la ciruela, de la que se obtiene el alcohol de ciruelas conocido con el nombre de *slivovitsa*; el germánico tiene, en alt. al. ant. *slēha*, *slēwa*, de donde procede el al. *Schlehe*, «endrino», y su equivalente inglés, *sloe*. En latín, con pérdida regular de la *s-* inicial, tenemos *līu-eo*, «estar lívido», y el adjetivo *līuidus*, «lívido». El celta presenta el irl. *li* y el galo *lliw* que quieren decir «color».

La misma noción de color parece ser de origen reciente. Las palabras que actualmente asumen este valor a menudo se remontan a formas que designaban la apariencia, la superficie, la cobertura, el plumaje, el pelaje. En latín, por ejemplo, *color* es equiparable al *-cul-* de *occulere*, «ocultar», y al *cēl-* de *cēlāre*, de idéntico sentido.

Querríamos poder continuar con esta revista a los campos semánticos en la que, mediante la comparación de las lenguas, podemos restituir formas más antiguas e imaginar a qué se referían éstas. Pero se llegaría pronto a emparentamientos que harían a las hipótesis un hueco aún más amplio que el logrado en las páginas anteriores, y esto fundamentalmente si se desea, como aquí nos ocurre a nosotros, acceder a los valores antiguos, por encima por consiguiente de las significaciones que sugieren los textos con que se trabaja. Es fundamental sobre todo no olvidar nunca que las lenguas que se derivan de un mismo idioma más antiguo, durante siglos, incluso milenios, evolucionarán de modo paralelo hasta que se hagan sentir los efectos de las influencias particulares a que cada una de ellas haya estado expuesta.

Ante todo, este paralelismo evolutivo está relacionado con el hecho de que la estructura de cualquier lengua lleva, en sí misma, los gérmenes de su evolución. De manera más explícita, digamos que cuando los hablantes tratan de satisfacer sus nuevas necesidades de comunicación, intentan hacerlo con los recursos que les ofrece la lengua que han recibido de sus mayores. Estos recursos no consisten en un conglomerado heterogéneo de vocablos diferentes, sino en un complejo de hábitos articulatorios, sintácticos, derivacionales y otros, el cual puede resistir con éxito las injerencias externas. Sin duda, este complejo no impedirá la evolución, pero la orientará constantemente. Llegará un día, sin duda, en que la suma de las adaptaciones a las nuevas condiciones morales, sociales y económicas será tal que la lengua, en su aspecto y en su estructura, resultará irreconocible. Entonces, sólo un examen atento podrá encontrar de nuevo los rasgos de identidad originales.

Para explicar el paralelismo evolutivo, además de las resistencias de la estructura lingüística, existen tendencias generales que condicionan el devenir de la humanidad. No es casualidad que en el curso de unas cuantas docenas de siglos, que se centran en torno al inicio de nuestra Era, aparecieran lo que conocemos como las religiones de salvación, desde el budismo y el mazdeísmo al cristianismo y el is-

lam, que ya no son, como el paganismo, simple comprobación de lo que parece regir la evolución del mundo y el destino del hombre, sino que establecen la oposición entre el bien y el mal. Del latín a las lenguas románicas nacidas de él, no se da sólo la palatalización de las dorsales, el desmoronamiento y posterior eliminación de las declinaciones, la renovación del vocabulario, sino que, por encima del mantenimiento de los términos antiguos, aparecen los nuevos valores que les ha conferido la nueva fe, y esto sigue un modelo casi idéntico en todas las partes de la Romania sometidas a la Iglesia de Roma.

Por tanto, si la comparación de las lenguas románicas no podía garantizar un establecimiento de los valores semánticos exactos de la lengua hablada en Roma antes de nuestra Era, ¿cómo podemos suponer que la comparación del griego y del indio, hablados y escritos en el primer milenio antes de Jesucristo, podría informarnos con exactitud de cómo era percibido y vivido por un pueblo de las estepas, cuatro o cinco mil años antes? Es preciso que aceptemos la situación, que admitamos las limitaciones que esto nos impone y que, sobre la cultura y las creencias que sugieren nuestras reconstrucciones, nos guardemos muy bien de manifestar ciertos juicios de valor que, entre entre ellas y nosotros, introducirían el velo de nuestras convicciones y de nuestros prejuicios.

TABLA DE CONVENCIONES GRÁFICAS

Figuran en cursiva:

1) las palabras citadas en su forma ortográfica,
2) las palabras citadas en una transliteración,
3) las formas reconstruidas precedidas de un asterisco.

Figuran en redonda:

1) entre barras oblicuas (/.../), las notaciones fonológicas (elementos distintivos),
2) entre paréntesis cuadrados ([...]), las notaciones fonéticas (realidad física),
3) entre comillas, la traducción de las formas citadas.

En todas las grafías representadas aquí, en cursiva o en redonda, las letras siguientes tienen el mismo valor fónico que en español: a, b, d, f, g (siempre dura), i, k, l, m, n, p, s, t, v, w (como en *watt*), z.

Casos especiales:

a y ɑ: si se tiene que distinguir entre las vocales del fr. *patte* y *pâte*, [a] designa la primera y [ɑ], la segunda.

å indica una vocal intermedia entre *a* y *o*.

æ indica una vocal intermedia entre *a* y *è*.

c a menudo se pronuncia como *ts* en *tsar*; č como *tch* en *tchèque*; ç como *ch* en el alemán *ich*, versión ensordecida de *y* en *yole*.

ch a menudo equivale a x o a χ (cf. más abajo).

e como *é* en fr. *pré* o *è* en *près*, pero si se especifica esta última, se adopta la notación [ɛ].

ə como *a* en el inglés *villa* o *e* en el alemán *Sage*.

h como en el inglés *hand* o el alemán *Hand.*

^{h}, volada, indica que la consonante que le precede se pronuncia con la glotis abierta como *p* o *t* en inglés, pero la aspiración que resulta de ello es más perceptible que en inglés.

ḫ en hitita: cf. x más abajo.

H, en las reconstrucciones, indica una consonante, cuyo valor preciso es desconocido, y que desaparece al alargar la vocal que le precede.

^{i}, volada, indica el timbre *i* de la consonante que le precede. Con valor análogo, encontramos también ^{y} o ^{j}.

j como *dj* en *adjoint* en inglés y en sánscrito; en español como x (cf. más abajo); en otros lugares, como la *y* de *yole* o marca del mojamiento de la consonante anterior.

m, n, en general, no nasalizan la consonante precedente; una vocal nasal está marcada por la tilde: *õ*, como en *on* de fr. *pont.*

o como *o* en fr. *sot* o en *sotte*, pero si se especifica este último, adopta la notación [ɔ].

ø como *eu* en fr. *peu.*

[ə] es la vocal que se oye a menudo en la primera sílaba de fr. *joli.*

r indica propiamente una *r* vibrante con la punta de la lengua; R una *r* vibrante con la úvula, ʁ (*r* invertida) la *r* ordinaria de París.

š como *ch* en fr. *chante.*

u como en español *puro*, a no ser en griego y en neerlandés, donde tiene el valor de la *u* del fr. *pur,* o en sueco donde tiene un valor análogo; *ü* alemana como *u* en fr. *pur.*

^{u}, volada, indica el timbre *u* de la consonante que le precede; se encuentra también ^{w} con valor análogo.

^{w}, volada, indica que la consonante que la precede se articula al mismo tiempo que una *w* como en *watt.*

x o la χ griega, en las transliteraciones y transcripciones, se pronuncia como la *ch* del alemán *ach* o la *j* del español *jota.*

y se pronuncia como en *yole* en las reconstrucciones; en ruso, como una *i* con la lengua retraída; en las transcripciones, como la *u* del fr. *pur.*

ž como *j* en fr. *jambe.*

θ o þ como la *th* del ing. *thin* o la *c* del esp. *cien.*

ð como la *th* del ing. *that.*

δ como la *d* del esp. *cada*.
β como la *b* del esp. *cabeza*.
γ como la *g* del esp. *hogar*.
Φ es una *f* pronunciada con los labios.
ŋ como *-ng* en el ing. *meeting*.
ᵊ, volada, en las reconstrucciones indica una vocal reducida de timbre impreciso.
̯ debajo de una consonante indica que ésta constituye la cresta de una sílaba.
̣ debajo de una consonante indica, en sánscrito, que la consonante se pronuncia con la punta de la lengua vuelta hacia atrás.
ʲ detrás de una consonante indica que es una palatalizada (articulada al mismo tiempo que una *i*) o una palatal, es decir articulada con el dorso de la lengua contra el paladar duro; para este último tipo encontramos también las notaciones [t̠], [d̠].
ʔ, cierre glotal, se oye al principio del alemán *acht*.
ˀ, volada, indica que la consonante precedente se produce con la glotis cerrada.
ʕ, contracción faringal acompañada de vibraciones glotales.
ḥ, la misma sin vibraciones glotales.
̆, encima de una vocal, indica que es breve.
̄, encima de una vocal, indica que es larga.
ː, después de una vocal, en las transcripciones, indican que es larga.
En la transliteración del griego, la iota suscrita está adscrita.

ÍNDICE DE LENGUAS Y PUEBLOS

acadio, 86, 128, 208.
afganos, 37.
africanas (lenguas —), 213, 217-218, 267.
alamanes, 78, 118.
albanés, 82, 89, **90-91**, 329.
albaneses, 21.
alemán, 89, **114-119** y passim.
alemanes, 9, 97, 128, 142-143, 148.
alsaciano, 140.
alto alemán, 119, 142.
alto alemán antiguo, 145, 310, 319, 327, 332, 333.
ambrones, 36.
americanos, 37.
anatolios, 20, 24, 75-76, 255, 284.
anglo-frisón, 138.
anglo-frisones, 117.
anglosajón, 149.
anglosajones, 120, 126.
aqueo, 48, 65, 73.
aqueos, 48, 65, 73, 100, 106.
aquitanos, 18, 35, 45.
árabe, 83, 87, 89, 103, 188, 208.
árabes, 30, 118, 188.
armenio, 83, **88-90** y passim.
armenios, 21.
Armórica (habitantes de —), 53.
arias (lenguas —) = indoiranio, 68, 69.
arios, 84, 327.
aromúnico, 109.
avaros, 96-97.
Avesta (lengua del —), **85-86**, 305, 320, 323, 324, 328-330.

bajo alemán, 119, 139.
balto, báltico, **92** y passim.
balto-eslavo, 79, 92-99.
baltos, 21.
bátavos, 117.
belgas, 47.
bengalí, 16, 83, 87.
beocio, 195.
boyos, 35, 36.
bosquimanos, 42.
bretón, 53, 82, 84, 89, 101, 122, 126-127, 140, 142, 330, 337.
bretones (en Gran Bretaña), 42, 47, 330, 337.

británicos, 49.
británico, **122.**
búlgaro, 82, 89, 144.
búlgaro antiguo = eslavo antiguo.
búlgaros, 97.
burgundio, 79.
burgundios, **114**, 118.

camito-semítico, 26.
castellano (cf. español), 31, 48, 89, 109.
catalán, 89, 109, 118, 140.
caucásicas (lenguas —), 26, 177, 204.
celta, **120-126**, **144-146** y passim.
celtas, **44-46**, 47, **48.**
celtíberos, 35, 38, 45, 47.
centum (lenguas —), *79-84*, 136, 143, 217.
checo, 89, 97, 98, 170, 225, 235.
checos, 97.
chino, 27, 148, 226, 314.
chinos, 34.
cimbrios, **36-37**, 81, 117.
cretense, 66.
criollos, 267.
croatas, 89, 97-98.

dacios, 100.
daco-rumano, 109.
danés, 89, 111.
daneses, 148.
danubianos, 23, 61-62, 65-69, 73.
demótico, 105.
dorio, 49.
dorios, 48, 73, 100, 107, 115.
dravídico, 86.

escandinavo, 7, 57, 79, 110, 226, 240, 286, 311, 329, 335.
escandinavos, 9, 114.
escitas, 85, 96.
escocés, 53, 126.
eslavo, **96-99** y passim.
eslavo antiguo, **97-98** y passim.
eslavos, 21, 85, **96**, 114, 142-144, 284, 327.
eslovacos, 97.
esloveno, 89, 144.
eslovenos, 97.
español, *109* y passim.
espartiatas, 48.
etíope, 208.
etrusco, 47, 72, 74, 107.
etruscos, 38, 72.
eurásico (pueblo — de las estepas), 22 n. 1.
europeos, 148.
euskara, cf. vasco, 45, 47, 218.
éuskaros, 38, 47.

falisco, 107.
fenicio, 103.
fenicios, 103.
filisteos, 72, 91.
finés, 58, 125.
fino-ugrio, 26.
fino-ugrios, 76, 85.
flamenco, cf. neerlandés, 140.
florentino, 109.
francés, 89, 109, **120** y passim.
francés antiguo, 108, 314, 331.
franceses, 9, 10, 128, 148, 158, 175-176.
franco-provenzal, 330.

francos, 77, 108, 114, **118-120**.
frigio, 100, 284.
frisón, 79.
frisón antiguo, 113.
friulés, 89, 109.

gaélico, 89, 122.
gaélicos, 46, 47.
gálatas, 122.
galés, 53, 81, 126, 145-146, 330, 334.
galés antiguo, 122.
galeses, 34, 337.
galo, 33, 40, 53, 58, **122**, **124**, 142, 145, 262, 278, 311, 335.
galo-romanos, 118-120.
galos, 10, 35, 47, 49, 77, 122.
gallego-portugués, 109.
germánico, **110-120**, **144-146** y passim.
germanos, 35, 47, **114-119** y passim.
georgiano, 83.
getas, 100.
gitano, 87.
gitanos, 87.
godos, 96, 114.
gótico, **114** y passim.
griego, 89, **100-105** y passim.
griegos, 45, 47, 77, 90, 103-105, 143, 167, 174, 331.
gujerati, 83, 87.

hebreo, 91, 125, 208.
helénico = griego, 66, 136.
helvecios, 36.
hindi, 83, 87.
hindostaní, 87.
hitita, **128-129** y passim.
hititas, 21, 75, 128, 153.
húngaro, 57, 89, 225.
húngaros, 97.
hunos, 34, 96.

iberos, 35, 45.
ilirio, 90-91.
ilirios, 72, 74.
indio, 86-88, 164, 170, 171, 205-206.
indios, 86-88, 148.
indoeuropeo,**15-26** y passim.
indoeuropeos, **20-26** y passim.
indo-hitita, 153.
indoiranio, **84-88** y passim.
indoiranios, 21, 24, 54, 67, 76, **85**, 173.
inglés, 89, **117, 118** y passim.
inglés antiguo, passim.
inglés medio, 157.
ingleses, 148.
iranio, 79, 82, 85-86, 87, 92, 96, 164, 171-172, 264, 314.
iranios, 76, 85-86, 96.
irlandés, cf. gaélico, 89, 122, **125-126**.
irlandés antiguo, 146, 173, 249, 262, 273, 288, 330.
irlandés medio, 325.
irlandeses, 53, 327.
islandés, 89, 272.
islandés antiguo, 113, 149, 201, 315-316, 319, 324.
italiano, 89, **109** y passim.
italianos, 109.
itálico, **105-107**, **144-146** y passim.

japonés, 27, 104.
japoneses, 85, 217.

katharévousa, 105.
kentiano, 138.
KLT (= Kemper, Léon, Tréguier), 126.
koiné, 105.
kurdo, 83, 89, 86.
kurganes (pueblo de los —), 63-64, 70-71, 73, 75, 308.

latín, **107-108** y passim.
letón, 89, **94-96**, 305, 323, 329, 334.
licio, 129.
lidio, 129.
ligures, 45, 47.
lituano, 89, 93-94 y passim.
lombardos, 119.
luvita, 129.

macedonio, 82, 89, 91.
macedonios, 97.
megalitos (pueblo de los —), 73.
megleno-rumano, 109.
merciano, 138.
mesapio, 90-93.
mesapios, 20.
micenio, 104-105.
mongoles, 43.
moros, 39.
munda, 83.

neerlandés, 46, 52, 79, 89, 110, **119**, 325, 331.
nórdico = escandinavo, 79, 136.
normandos, 33, 37.
nortumbrio, 138.
noruego, 52 n. 1, 89.

oc (lengua de —, hablantes de —), 109, 140.
oil (hablantes de —), 140.
osco, 74, 106, 107, 145, 196, 310, 330.
oscos, 72.
osco-umbro, 106.
oseta, 16, 86, 89.
ostrogodos, 119.

parisienses, 39.
pashto, 83, 86.
pelasgos, 72 n. 7.
penjabi, 83, 87.
persa, 83, 85-86.
persa antiguo, 85.
picardo, 109.
polabos, 97.
polaco, 144, 225, 323.
polacos, 97-98.
portugués, 89, 109, 136.
prácrito, 86.
proto boreal, 26 n. 9.
provenzal, 331.
prusiano antiguo, 56, **92**, 163, 167, 203, 206, 214, 320, 334.

retorrománico, 89, 109.
románicas (leguas —), **108-109** y passim.
románico (romance), 32, 48, 80, 91, 101, 109, 136.
romanos, 34, 37-38, 45, 51, 66, 77, 90, 107, 126, 142.
rumano, 106, 109, 136, 213, 320.

ruso, 83, 89, **96-99** y passim.
ruso antiguo, 306.
rusos, 37, 97, 128.

sabino, 107.
sabinos, 38, 72, 74.
sajón (del este, del sur, del oeste), 138.
sajones (del continente), 119.
samnitas, 38, 72, 74.
sánscrito, 86 y passim.
sármatas, 85.
satem (lenguas —), **79-84**, 136, 143, 163, 172-173, 190, 214, 323, 334.
semíticas (lenguas —), 25, 103, 187, 208, 334.
septentrionales (lenguas i. e. —), 222.
serbio, 82, 89.
serbios, 97.
serbo-croata, 144, 226, 323.
sículo, 107.
sindhi, 83.
singalés, 83.
sogdiano, 85.
sorabos, 142.
sueco, 89, **113-116** y passim.
suevos, 117-118.

tamil, 83, 86.
terramaras (pueblo de las —), 51, 66, 74, 106.
teutones, 34-37, 117.
tibetano, 83.
tocario, 17, 82, 84, 101, **127-128**, 138, 165, 175, 288, 327, 332, 334.
tracio, 91, 100.
turco, 83, 89, 90.

ucraniano, 89, 97.
ucranianos, 97.
umbro, 74, 106, 107, 289, 330.
umbros, 72.
uralo-penutiano, 26 n. 8.
urdu, 87.
uzbeco, 83.

valacos, 109.
vanetés, 126, 142.
vasco, cf. euskara, 89, 140.
vascos, 18, 31, 45.
vasos campaniformes (pueblos de los —), 73.
véneto, 90.
vénetos, 20, 72, **141-144**, 146.
vietnamitas, 37.
villanovenses, 73.
visigodos, 118.
volcos, 34, 45, 143.

wendos, 142-144.
wéstico, 79, 117, 138.

ÍNDICE SELECTIVO DE TÉRMINOS

ablativo$_1$, 236-237, 251.
—$_2$, 249, 251.
— plural, 254.
absolutivo, 236, 292.
acento, 175, 223, 225.
acusativo, 251, 252, 254, 296-298.
adjetivo, 232-233, 263-264.
agricultura, 326-329.
alargamiento en *-k*, 196-204.
alativo$_1$, 236-237, 251.
—$_2$, 250, 251.
alfabeto
—cirílico, 97.
—glagolítico, 97.
—griego, 103-104.
—latino, 107-108.
amalgama, 230-232.
analogía, 155-156, 161-162, 165-167, 231-232.
anticipación de tonos, 94-96.
aoristo, 279-281.
apical, 152, 220, 224.
ápico-alveolar, 152.
ápico-dental, 152.
ápico-velar, 224.
árbol genealógico, cf. *Stammbaum*.
asimetría de los órganos, 133-134.
asintáctico, 199, 247, 292, 295.
aspectos, 280-282.
aspiración, 111-112, 182-184.
aspirado, 205-212.
atracción paronímica, 162.
aumento, 283-284.

bilingüismo romano-germánico, 53, 120, 195.

cambios fonéticos regulares, 155-160.
cardinales, 24, 264-265.
cardinales (puntos), 330-332.
centum (lenguas —), 79-84.
chicheante, 152.
cierre de la glotis, 185, 210, 224.
cirílico, cf. alfabeto.
colectivo 255.
coloración, 179-180, 187-192.
colores, 337-338.
comparación, 148-151.
compuestos (primeros elementos de —), 235.

concluido, 267.
concordancia, 244-246, 255-257, 289.
condicionamiento interno de la evolución, 135-136.
«conjugación», 206-207, 276-279.
conservación de las distinciones, 184-187.
continuo, 152.
convergencia, 140-141.

dativo, 237, 250, 251.
— plural, 221-222, 254.
demostrativo, 241-243, 258-259.
desplazamientos, 314-316.
deponente, 287-288.
desaparición (pérdida), de la *p* en celta, 46, 53, 121, 143, 159.
devanagari, 87.
diátesis, cf. voz.
dinámica de la evolución, 153.
dios, 66, 312-314.
divergencia, 136, 138, 140.
domésticas (técnicas), 332.
dorsal, 224.
dorso-palatal, 220.
dorso-velar, 220.
Drang nach Osten, 97.
dual, 191, 257-258.

«*e* muda», 99.
«énfasis» (en árabe), 188.
ergativa (construcción —), 26.
ergativo, 239, 251.
espirante, 186 n. 3.
estaciones, 329-330.
evenimencial, 276-279.
explosivas, 224.
expresivas (desviaciones —), 156-157.

faringal, 152, 224.
fauna, 323-325.
femenino
género — 129, 153, 243-247.
sexo —, 201-202, 246.
flora, 326.
fonema, 168.
fonético, 168.
alfabeto — internacional, 27.
fonología, 168.
fricativa, 111, 190-191, 224.

ganadería, 316-323.
genitivo$_1$, 235-236.
—$_2$, 238, 248-249, 251.
—$_3$, 249, 251.
—$_4$, 249, 251.
— plural, 254-255.
glagolítico
(alfabeto —), 97.
glotal, 152.
glotalizada, 25, 210.
glotis (juego de la —), 110-111, 206-211.
grado pleno de la vocal, 175-176.
— cero de la vocal, 175-176.
— reducido de la vocal, 175-176.

ideográfica (grafía —), 104.
ideograma, 103, 128.
iers, 99.
impersonal, 287-289.
inestabilidad de las lenguas, 131-132.
— gramatical, 134-135.

instrumental, 251, 252-253.
— plural, 221-222, 254.

labial, 152, 220, 224.
labio-dental, 152.
labio-velar, 122-123, 224.
laringal —, 193-196.
langue, 162-165.
largas (vocales —), 177-178.
«laringal», 179.
— labio-velar, 193-196.
lateral, 216.
lenición, 124-126.
«leyes fonéticas», 157-158.
líquidas, 224.
locativo$_1$, 237-238.
—$_2$, 250, 251.
— plural, 254.

maxilar (juego del —), 132-134.
media (voz), 286-287.
metales, 333-335.
metátesis, 165.
modos, 281-282, 284-285.
mutación consonántica armenia, 88.
mutación consonántica germánica, 110-112.

nasal, nasalizada, 224.
negocio, 335-336.
neutro, 255, 289-291, 296-299.
«nombre de acción», 268, 272-273, 293-296.
«nombre de autor», 268-270, 273-276.
nombre de estado, 291-296.
nombre ~ verbo, 268.
nominales, 232-234.
nominativo$_1$, 236, 251.
—$_2$, 238-241, 251, 271.
no personales (modos —), 284-285.
norma que bascula, 40.
no silábicas (*i*, *u* —), 170.

objetiva (construcción —), 26.
objeto, 295-296.
oclusivas, 157.
— complejas, 212-214.
ondas (teoría de las —), cf. *Wellentheorie*.
orden (de fonemas), 169-173.
ordinales, 191-192.

palatal, palatalizada, 152.
parentesco, 300-309.
pasiva, 288-289.
perfecto, 267, 275.
personales, 260-262.
plural, 253-257.
posesivos, 262-263.
prenasalizadas, 217-223, 224.
«presente», 277.
presente *hic et nunc*, 282-283.
proceso en curso, 267.
prosodia griega y latina, 102.
pura (forma —), 228-230.
puro (radical), 28, 251, 234-236.

reconstrucción, 151.
«regularmente», 28.
retrofleja, 152.
runas, 115-116.

satem (lenguas —), 79-84.
schwa, 173, 178.

separación silábica, 218.
series de oclusivas, 87, 101, 106, 169, 171-172, 205-212.
silabario, 87, 104-105.
silábicas (*l* y *r* —), 170, 173.
silbantes, 152, 214-216.
simetría de los sistemas, 169.
singularización (sufijo de —), 246-247.
situacional, 276-279.
sociedad, 309-311.
sonantes, 173, 216-217.
sonoras aspiradas, 24, 205-212.
sonorización, 182-184.
sordas aspiradas, 205-212.
Stammbaum, 136-138.
sujeto, 271-272, 295-296.
sulcal, 224.

terramaras, 106.
tiempos, 280-281.
timbre vocálico de las consonantes, 98-99, 127-128.
tonos, 93-96, 226-227.

uer sacrum, 38.
uvular, 152.

velar, 152.
Verner (Ley de —), 112.
vibrante, 216.
vocal (una o varias), 173-177, 204-205.
vocativo, 235, 251.
voz, 285-289.

Wellentheorie, 138-140.

ÍNDICE DE AUTORES

Andreev, N. D., 26 n. 9.

Bader, Françoise, 316 n. 6.
Benveniste, Émile, 269 n. 5, 307, 321.
Bloch, Oscar, 51 n. 1.
Boisacq, Émile, 52 n. 1.
Bréal, Michel, 149.
Buck, Carl Darling, 52 n. 1, 300 n. 1.
Burrow, T., 130, 183 n. 1, 236 n. 2.

Corominas, Joan, 52 n. 1.
Courtés, Joseph, 277 n. 8.

Dauzat, Albert, 52 n. 1.
Dubois, Jean, 52 n. 1.
Dumézil, Georges, 311.

Ernout, Alfred, 52 n. 1, 151.

Falk, Hjalmar, 52 n. 1.
Feist, Sigmund, 52 n. 1.

Gamkrelidze, Thomas V., 209 n. 11.
Georgiev, Vladimir, 72 n. 7.
Gimbutas, Marija, 22, 71 n. 6.
Goody, Jack, 304 n. 2, 309 n. 4.
Greimas, A. J., 277 n. 8.

Haudry, Jean, 50 n. 1, 66 n. 4, 232, 320 n. 7.
Hellquist, Elof, 52 n. 1.
Joos, Martin, 188 n. 4.
Jordanes, 30 n. 1.

Klein, Ernst, 52 n. 1.
Kluge, Friedrich, 52 n. 1.

Leclercq, Patrice, 22 n. 1.
Leroi-Gourhan, André, 60 n. 1.
Leskien, August, 130.

Manczak, Witold, 130.
Martinet, André, 25 nn. 5 y 6, 26 n. 7, 31 n. 2, 39 n. 4, 186 n. 3, 188 n. 4, 190 n. 5, 197 n. 9, 205 n. 10, 236 n. 2.
Meillet, Antoine, 52 n. 1, 130, 149, 151, 180.
Miterrand, Henri, 52 n. 1.

Pedersen, Holger, 130.
Pisani, Vittore, 25.
Polomé, Edgar C., 22 n. 1, 60 n. 1.

Rachet, Guy, 60 n. 1.
Rask, Rasmus, 148.
Ruipérez, Martín Sánchez, 195.

Sadovzsky, Otto J., 26 n. 8.
Sapir, Edward, 197.
Saussure, Ferdinand de, 149, 178, 179.
Scherer, A., 22 n. 1.
Schleicher, August, 151.
Sturtevant, Edgar H., 130, 153, 197.
Thomas, Homer L., 24 n. 2.
Thurneysen, Rudolf, 130.
Torp, Alf, 52 n. 1.
Tovar, Antonio, 205 n. 10.
Trubetzkoy, Nicolás S., 24, 209.
Turcan, Isabelle, 68 n. 5.

Vaillant, André, 273 n. 6.
Vasmer, Max, 52 n. 1.
Vendryes, Jules, 130.
Verner, Karl, 112, 223.
Verrier, Paul, 130.

Wartburg, Walter von, 51 n. 1.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

Prefacio para los lectores 9

Advertencia a los investigadores 13

I.- *El indoeuropeo: dónde y cuándo* 15

II.- *Subsistencia y desplazamientos de población* 29

III.- *Condiciones generales de la expansión europea* 41

Recolección y agricultura, 41.- Expansión celta, 44.- La jerarquía social, 48.

IV.- *Datos lingüísticos y datos arqueológicos* 51

Mar y lago, 52.- El haya, 55.- El pez, 56.- El rey, 58.- El arado, 59.- Los datos arqueológicos, 60.- El Neolítico, 61.- Los megalitos, 62.- Los kurganes, 63.- Los danubianos, 65.- Primera oleada de gentes de las estepas, 67.- Segunda oleada de gentes de las estepas, 67.- Tercera oleada de gentes de las estepas, 68.- En el alba de la Historia, 71.- Los anatolios, 75.

V.- *Lenguas y grupos de lenguas* 77

Centum y satem, 79.

La rama indoirania 84

Los iranios, 85.- Los indios, 86.

El armenio 88

Págs.

El albanés 90

Rama balto-eslava 92

El balto, 92.- El prusiano antiguo, 92.- El lituano, 93.- El letón y la anticipación de los tonos, 94.- El eslavo, 96.

Las demás lenguas «satem» 100

El griego, 100.- Los datos homéricos, 102.- El alfabeto griego, 103.- El micénico, 104.

Las lenguas itálicas 105

El latín, 107.- El alfabeto latino, 107.- Las lenguas románicas, 108.

Las lenguas germánicas 110

La mutación consonántica, 110.- La «Ley de Verner», 112.- Los resultados de «-ww-», 113.- Los germanos del Este, 114.- Los germanos del Norte, 114.- Los germanos del Oeste, 115.- Los anglofrisones, 117.- Los francos, 118.- El altoalemán, 119.- El bilingüismo del imperio franco, 120.

Las lenguas célticas 121

Las labiovelares, 122.- La lenición, 124.- Lo que queda del celta, 126.

El tocario 127

El hitita 128

Bibliografía 130

VI.- *Divergencias, convergencias y parentescos* 131

El juego del maxilar, 132.- La inestabilidad gramatical, 134.- El condicionamiento interno, 135.- La divergencia y el «Stammbaum», 136.- La «Wellentheorie», 138.- La convergencia, 140.- Los vénetos, 141.- Germánico, celta e itálico, 144.

VII.- *Comparación y reconstrucción* 147

VIII.- *Cambios fonéticos y analogía* 155

La regularidad de los cambios fonéticos, 155.- Desviaciones expresivas, 156.- ¿Por qué «leyes fonéticas»?, 157.- Influencia del

Págs.

contexto, 158.- Variación de forma de una misma palabra, 160.- La analogía, 161.- El ejemplo de la palabra «lengua», 162.- Los resultados divergentes de la analogía, 165.

IX.- El sistema fonológico 168

A partir del sánscrito, 169.- ¿Una vocal única?, 173.- Las vocales largas, 177.- Las «laringales», 179.- Las «laringales» del hitita, 180.- Aspiración y sonorización, 182.- La conservación de las distinciones, 184.- La coloración «a», 187.- La coloración «o», 189.- Los cardinales, 192.- La «laringal» labiovelar, 193.- El alargamiento en -k-, 196.- Una o varias vocales, 204.- 3 ó 4 series de oclusivas, 205.- Las oclusivas complejas, 212.- Las silbantes, 214.- Las sonantes, 216.- Las prenasalizadas, 217.- La alternancia -r/-n-, 218.- La alternancia *-b^h-/-m-, 220.- El acento, 223.- Los tonos, 226.

X.- *La gramática* 228

La foma pura, 228.- Las amalgamas, 230.

Los nominales 232

A la búsqueda de los radicales puros, 234.- Ablativo y alativo, 236.- El locativo, 237.- La suerte de la «-s» de nominativo, 238.- El demostrativo, 241.- El género femenino, 243.- El genitivo, 248.- El dativo y el locativo, 250.- El nuevo alativo, 252.- El instrumental, 252.- El plural, 253.- El dual, 257.- Los demostrativos, 258.- Los personales, 260.- «Yo y tú» ~ «yo y él», 261.- Los posesivos, 262.- Los adjetivos, 263.- Los cardinales, 264.

El verbo 266

La «conjugación», 266.- Concluido y proceso en curso, 267.- Nombre y verbo, 268.- «Nombres de acción» y «nombres de autor», 268.- Aparición de un sujeto, 271.- El «nombre de acción», 272.- El «nombre de autor», 273.- Los elementos de la «conjugación», 276.- Acontecimientos y situaciones, 276.- Los tiempos, 280.- Los modos, 281.- El presente «hic et nunc», 282.- El aumento, 283.- Los modos no personales, 284.- Las voces, 285.

El neutro 289

Los nombres de estado, 291.- Del nombre de acción al verbo, 293.- Los neutros en «-o-m», 296.

Págs.

XI.- *El vocabulario*..... 300

El parentesco, 301.- La sociedad, 309.- Los dioses, 312.- Los desplazamientos, 314.- La ganadería, 316.- La fauna, 323.- La flora, 326.- La agricultura, 326.- Las estaciones, 329.- Los puntos cardinales, 330.- Las técnicas domésticas, 332.- Los metales, 333.- El negocio, 335.- Los colores, 337.

Tabla de convenciones gráficas..... 341

Índice de lenguas y pueblos..... 345

Índice selectivo de términos..... 351

Índice de autores..... 355